AJ CAMPBELL



LA LLAMADA

A veces, el silencio es el peor error

LA LLAMADA

AJ CAMPBELL



Copyright © AJ Campbell, 2026

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Diseño de portada: Tim Barber, Dissect Designs

Para Billy, Edward y Josh.
Siempre estaré orgullosa de vosotros.
Mamá x

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

TAMBIÉN DE AJ CAMPBEL
Agradecimientos
Acerca del Autor

1

Domingo

Esperando a que llegue la llamada telefónica, Joey se reacomoda en la litera superior. Sostiene la carta a contraluz y vuelve a examinar los detalles. Nueve días, eso es todo lo que tiene. Imágenes angustiosas del agente de cobro de deudas llamando a la puerta, y lo que esto le hará a su familia, consumen sus pensamientos. Esto y el seguro del coche que pronto debe renovar. Girándose de lado, extiende el brazo y abre la mano. Observa cómo la carta revolotea hasta el suelo, recriminándose por los atrasos en el impuesto municipal.

Se tumba boca arriba y mira fijamente los bultos del techo de escayola, moviendo las rodillas de un lado a otro, incapaz de ponerse cómodo. Estrellas como fuegos artificiales destellan en su campo de visión, un dolor pulsante detrás de los ojos. Se tensa. Una de sus incesantes migrañas es *lo último* que necesita. Estirándose hacia la lámpara con pinza fijada a la estructura de la cama, apaga la luz, rezando para que el inminente dolor de cabeza pase antes de que se apodere de él y le haga sentir que su cerebro va a estallar fuera de su cabeza.

Los habituales ruidos de la noche flotan desde abajo. Todos desconocen felizmente los problemas en los que está metido. El

teléfono vibra. Levanta la pantalla para ver un mensaje de un tipo que conoce del pub. El tercer mensaje que ha recibido de él en la última semana.

¿Recibiste mis mensajes, Joey? ¿No podría pedirte que me devolvieras los doscientos que te presté en Navidad?

Vuelve a vibrar. Esta vez es Becca. Las mariposas se agitan en su estómago. Siempre lo hacen cuando se trata de ella.

Ven al pub. La gente dice que no te ve desde hace siglos. Bx

He estado ocupado. Lo intentaré. Jx

Resopla. No tiene suficiente dinero ni para poner diez libras de gasolina en el coche, mucho menos para comprar una pinta en el pub. Comprueba si hay llamadas perdidas, aunque sabe que no encontrará ninguna. Solo han pasado dos minutos desde la última vez que miró. Dos minutos de nerviosismo mientras desea que llegue la llamada. Quiere acabar con esto cuanto antes. Otro par de minutos se arrastran antes de que el tono de llamada rasgue el aire como una explosión. La voz áspera de Oz suena en la línea, transmitiendo la información que Joey ha estado esperando.

—Queda conmigo en el aparcamiento del Coach and Horses.
—¿Por qué allí? —pregunta Joey.
—¿Por qué no?
—¿A qué hora?
—A las seis.
—¿Y todo lo que tengo que hacer es entregar unos documentos?
—Así es.
—¿Dónde?

—Te daré la dirección más tarde. —Hay una pausa antes de que Oz añada—: ¿Quieres el trabajo o no? Si no estás dispuesto, encontraré a otra persona. —Parece molesto.

—Estaré allí.

—No llegues tarde.

Joey vuelve a encender la luz, tranquilizándose. Todo irá bien. Será pan comido: una manera rápida de ganar dinero extra, dijo Oz, cuando Joey lo vio durante la semana. Solo algunas entregas fuera de horario cuando los mensajeros normales no están disponibles o están demasiado ocupados. O para artículos que no pueden esperar al correo. Oz es un hombre de negocios. No estaría involucrado en nada turbio. ¿O sí?

Desciende por la escalera, saltando desde el peldaño del medio, maldiciendo al aterrizar y luego resbalando con uno de los libros escolares de su hermano Dylan. Busca un par de pastillas en el cajón superior de su cómoda, se las mete en la boca, tragándolas con un sorbo de la botella de agua medio vacía que recoge del suelo. Con suerte, detendrán el dolor de cabeza. Poniéndose una sudadera con capucha, baja las escaleras a toda prisa, saltándose los últimos tres escalones y aterrizando con un golpe seco. Su fiel border terrier está esperando abajo como siempre, moviendo la cola furiosamente. La esperanza llena sus ojos color avellana. Le acaricia la cabeza. —No, Hetty. Ya te llevé a dar un largo paseo esta tarde.

Joey entra en la cocina donde Dylan está preparando un crumble de manzana y su madre está mezclando masa para sus estelares Yorkshire puddings. —Hola, cariño —dice su madre, con esa mirada que dice que realmente no está ahí, sino en un lugar donde una dosis extra de sus analgésicos más fuertes la ha llevado. Sus mejillas están pálidas como suelen estar cuando tiene uno de sus brotes. El frío no estará ayudando. La tele está sonando a todo volumen desde el salón. Una de las películas románticas de su madre compite con la ensordecedora música dance del teléfono de su hermana Megan. Ella está posando frente a la pantalla, contorsionando su cuerpo delgado mientras practica para su último vídeo de TikTok. —¿No te quedas? —grita su madre por encima del ruido de la batidora, una expresión de decepción borra la sonrisa de su rostro. Más culpa. Las

sonrisas de su madre eran cosa del pasado hasta hace poco. Pero ha conocido a un hombre —el primero desde que murió su padre— que parece haber conseguido que las comisuras de su boca vuelvan a elevarse. —Estoy haciendo un asado. Sabes que los domingos comemos todos juntos.

—Guárdame un plato —le dice, asintiendo hacia el horno encajado en unas unidades marrones gastadas—. Me lo comeré más tarde. —Tiene demasiadas cosas en la cabeza como para pensar en comida.

—Por cierto, tenemos un problema —dice su madre, apagando la batidora de mano y limpiándose las manos en el delantal—. La caldera está fallando otra vez. No hay agua caliente. El depósito está frío.

Era lo que le faltaba.

—He tenido que encender el calentador de inmersión.

Joey gime. Tampoco necesita eso: otro aumento en la factura mensual de energía. Mira su reloj. Un viejo Swatch Automatic Chrono que fue de su padre. No tiene tiempo para comida y electrodomésticos estropeados. Después. Lo arreglará todo después. Le da un beso en la mejilla a su madre. —No te preocupes. Llamaré a un fontanero.

—Además, la hipoteca vence la semana que viene. Me va a faltar bastante. Lo siento. Han sido unos meses muy malos. Pero me estoy empezando a sentir mucho mejor. Espero conseguir más trabajo pronto.

Joey frunce el ceño. —¿Cuánto nos falta?

—Trescientos.

—No te preocupes. Me ocuparé. Me voy. Hasta luego.

Sentado en el último escalón, Joey se está atando los cordones de las zapatillas cuando aparece Dylan. —¿Adónde vas? —pregunta Dylan.

—Fuera.

—¿Adónde?

—No te importa.

—¿Vas a ver a tu novia?

—No es mi novia.

—Pero te gustaría que lo fuera.

Joey no se defiende. Dylan sabe lo que siente por Becca. —No voy a verla. Tengo que hacer unos recados.

—Llévame contigo. —Tiene su cara de *Por favor, Joey*: ojos suplicantes, un ligero ceño fruncido. La que a menudo usa para envolverlo aún más alrededor de su dedo meñique. Aunque no es una estrategia consciente para conseguir lo que quiere. Dylan es demasiado bueno para eso.

—No puedo. —Joey se mete en su abrigo.

—¿Por qué no?

—Tengo cosas que hacer. Volveré demasiado tarde. Además, mañana tienes colegio.

—¿Y?

—Pues ve a hacer tus deberes. —Joey se sube la cremallera del abrigo y abre la puerta principal.

—¿Qué recados?

Joey sale fuera. —No te importa. —Cierra la puerta, dándole un tirón extra porque no está cerrando bien. Otra cosa que necesita arreglo. El frío le golpea la garganta, el viento lo azota. Sube a su coche. El motor arranca al tercer intento, lo que no es inusual. Cuando consiga algo de dinero, necesitará que revisen el coche. El tablero indica que la temperatura ha bajado de cero grados. Cierra los ojos y respira hondo mientras frota sus nudillos, esperando a que se despeje el parabrisas. Luego mete la marcha y pisa el acelerador.

Hora de acabar con esto.

El pub Coach and Horses, una posada del siglo XVI con características vigas de roble y una acogedora chimenea, es donde ha quedado con Oz. Está a diez minutos en coche del barrio donde vive. En la carretera principal, queda atrapado detrás de un monstruoso camión esparcidor de sal, las carreteras están heladas en algunos tramos, lo que alarga el viaje a veinte minutos. Al ver el Audi descapotable de Oz en la esquina del aparcamiento, Joey estaciona a su lado. Oz sale del coche y camina hacia Joey. Cómo puede permitirse un coche tan bonito está más allá de la

comprensión de Joey. Tiene algunos años, pero, aun así. Le ha ido bien. Cuando comenzó el primer confinamiento, viendo la oportunidad de negocio perfecta, Oz pasó de ser un empleado del supermercado donde trabajan Joey y Becca a establecer un servicio de entrega de bebidas: *Ozwald's – ¡Felicidad en una botella!* Ampliando hasta emplear a dos personas, Ozwald's ha despegado, permitiendo a Oz ganar un buen dinero a juzgar por el coche que se compró como regalo anticipado de Navidad.

Joey sale de su coche, temblando. Mira con cautela la puerta trasera del pub. No quiere ser visto por el tipo al que debe doscientas libras, ni tampoco por Becca,. Ella insistiría en que se uniera a ella para tomar una cerveza.

—Llegas tarde —dice Oz.

—Lo siento. Las carreteras estaban mal.

Oz es un tipo formidable, varios centímetros más alto que el metro ochenta de Joey. Tiene pequeñas hendiduras afeitadas en el medio de sus cejas, y lleva un pequeño aro en la oreja perforada. Tira de la capucha de su abrigo y recoloca su gorro. —Pon este código postal en tu navegador —grita por encima del viento racheado.

—No puedo. Está roto —dice Joey.

—¿Qué le pasa?

—Ni idea. Uso Google Maps. —Joey alcanza dentro del coche y coge su móvil del soporte—. Adelante.

Oz le da una dirección, luego le entrega un sobre acolchado.

—¿Debería preocuparme? —pregunta Joey mientras sostiene el sobre—. Porque esto no se siente como un montón de documentos que no pueden esperar al correo.

—No te preocupes.

Joey arroja el sobre al asiento del copiloto. —¿Qué hay de mi pago? —pregunta, consciente del nivel de gasolina que queda en su depósito.

—El hombre del taller, CC, te lo dará cuando le entregues el sobre. Será mejor que te pongas en marcha. Te estará esperando.

2

Mientras Oz desaparece en el pub, Joey vuelve a su coche y gira la llave en el contacto, pero no arranca, ni siquiera al quinto intento. Da un golpe con la mano en el volante y exhala un gran suspiro. Lo intenta de nuevo. Nada. A este paso ahogará el motor. ¿Cuándo empezará la vida a sonreírle? Algo de dinero, eso es todo lo que necesita. Coge el sobre acolchado del asiento del copiloto y pasa los dedos por su suave superficie. Sabe lo que hay dentro —lo supo en cuanto Oz se lo entregó—. Suficiente para saldar su montaña de deudas, que crece día a día. Estudia las indicaciones en Google Maps. Queda justo el combustible necesario en el depósito para llegar allí. Intenta arrancar de nuevo. Esta vez, el motor responde. Suspira aliviado.

Las obras dificultan la ruta por las carreteras rurales, y el viento continúa con su brutalidad, zarandeando el coche cuando atraviesa un tramo de campo abierto. Zigzaguea por los sinuosos caminos, maldiciéndose por ser tan idiota y haberse metido en algo así. Tiene que haber alguna trampa. Su madre siempre dice que el dinero fácil no existe. La luz ámbar del combustible en el salpicadero es un recordatorio constante del desafío al que se enfrenta.

El taller es un pequeño establecimiento destartalado al final de un camino por lo demás desierto. Un patio de hormigón da paso a un alto taller rectangular con una puerta metálica del suelo al techo,

ligeramente abierta. Es el único indicio de presencia humana. Aparca junto a un viejo Land Rover abollado y salpicado de barro y levanta lentamente el freno de mano. Duda. El lugar es oscuro y amenazador, y puede oler la grasa, aunque todas las ventanillas del coche están cerradas. Había imaginado encontrarse con el tipo sin siquiera salir de su coche. Un simple intercambio a través de la ventanilla con el motor aún en marcha. Pero este lugar parece abandonado, sin un alma a la vista. ¿Le habrá dado Oz la dirección correcta? Mira fijamente el letrero metálico sobre la puerta, apenas visible en la oscuridad. Apenas distingue las letras negras sobre una placa de aluminio: *CC Autos: ITV y Mantenimiento, Reparación de Colisiones, Presupuestos Gratuitos*. Joey se queda sentado, observando la pila de neumáticos de repuesto junto a una gran puerta corrugada.

Un repentino golpe en la ventanilla del coche le sobresalta. Gira la cabeza para encontrarse con dos ojos que le miran intensamente. Son amenazadores. Se le revuelve el estómago. Otro golpe le hace estremecerse. Abre la puerta y ve a un hombre fornido que le hace señas hacia una entrada lateral que Joey no había visto. ¿Es este CC? Joey no quiere salir. Quiere poner el coche en marcha y largarse de allí cagando leches. No parece el tipo de lugar en el que quiera quedarse. ¿Por qué aceptó esto? Debe haber otras formas. Pero sabe que no las hay. No para gente como él.

—¿Eres CC?

—Así me llaman. Tú debes de ser Joey. Ven conmigo.

—¿Podemos hacer el negocio aquí? —pregunta Joey, consciente de que suena patético. No está acostumbrado a esto. Este tipo de tejemanejes es para la tele, no para un don nadie como él. Examina el edificio y los alrededores, posando la mirada en un contenedor rebosante de chatarra.

—No te preocupes. No tengo cámaras, si es eso lo que te inquieta. No quiero que nadie vea lo que ocurre en este sitio. —CC suelta una risa estruendosa—. Sígueme. —Su corpulenta figura avanza por la puerta, dejando a Joey sin más alternativa que coger el sobre acolchado y seguirle.

Las temblorosas piernas de Joey apenas pueden sostener el peso de su cuerpo. No es que tenga mucho. Sus amigos del colegio no le llamaban Palillo por nada. Dentro, huele a metal y óxido, como a sangre. Hace un frío glacial, incluso más frío que fuera, y, aparte de una débil luz que brilla desde el fondo del taller que vio al llegar, está oscuro. Apenas puede distinguir algunos coches elevados en el aire. CC grita: «¡Date prisa! ¡Vamos, vamos!», rompiendo el incómodo silencio.

Joey se apresura hacia la luz, donde encuentra a CC sentado detrás de un escritorio firmando documentos en una oficina iluminada con fluorescentes que huele a comida precocinada. Lleva un traje y corbata, aunque no muy bien puestos. Hay personas que parecen desaliñadas por mucho que se esfuercen. La mancha de comida que ensucia la solapa de su chaqueta no ayuda. —Estoy contigo en un segundo. —CC levanta la cabeza y sonríe; una brillante sonrisa de dientes blancos que no consigue aliviar la aprensión de Joey. Esos ojos oscuros e inexpresivos no revelan nada. Un calefactor portátil al lado del escritorio desprende un calor intenso, pero, aun así, hace un frío atroz allí dentro, como si estuvieran bajo tierra. CC entrelaza las manos detrás del cuello y se recuesta estirándose. Asiente con la cabeza, señalando hacia tres neumáticos apilados—. Toma asiento.

Joey se apoya contra los neumáticos, mirando alrededor de la habitación. Cajas que parecen contener piezas de automóviles ocupan el espacio a ambos lados. Archivadores y una nevera de media altura, con una tetera y un microondas encima, cubren la pared detrás del escritorio. La puerta de la nevera tiene una gran abolladura en el frente, como si alguien no hubiera podido contener su ira, y sobre ella cuelga un póster titulado *Supercars* que muestra Ferraris, Aston Martins, Lamborghinis y Jaguars de gama alta.

—¿Qué tienes para mí, entonces? —dice CC.

Joey le entrega el sobre acolchado, intentando disimular el temblor de sus manos con movimientos exagerados. CC toma el paquete, acariciándose la barba de leñador que necesita un buen recorte. Una línea de grasa oscurece sus uñas, con las yemas de los dedos gruesas y agrietadas. Sonríe de nuevo. Parece que sonríe

mucho. Joey no se siente reconfortado, pero quizás está siendo injusto. CC rápidamente le ordena salir de la oficina con un gesto de su áspera mano hacia la puerta. —Espera ahí fuera. Te llamaré cuando esté listo.

Joey espera afuera, pero no puede evitar estirar el cuello por la rendija de la puerta. CC abre cuidadosamente el sobre acolchado y lo sacude, facilitando la salida de una docena aproximada de fajos de billetes de cincuenta libras. Joey nunca ha visto tanto dinero. ¡Lo que podría hacer con todo eso! CC separa los fajos en dos pilas ordenadas. Asiente y vuelve a meter una pila en el sobre. Dando un golpe con las manos en el borde del escritorio, empuja su silla hacia atrás. Coge el sobre y la pila de dinero y se dirige a la nevera. Joey está hipnotizado mientras observa cómo CC despega el póster de la pared para revelar una caja fuerte empotrada. Pulsando ocho veces en el teclado digital, abre la puerta y coloca el dinero y el sobre dentro. Cierra la caja fuerte, se gira y camina hacia la puerta de la oficina.

Joey se echa hacia atrás, fuera de la vista.

—¿Dónde estás, chaval?

Joey espera un segundo y da un paso adelante. CC le hace un gesto afirmativo con la cabeza y le entrega cinco billetes de diez libras. —Todo bien. Puedes irte —dice, sonriendo de nuevo.

Joey no puede escapar lo suficientemente rápido. ¿Cincuenta libras, en serio? ¿Qué fácil ha sido eso? Se dirige a paso ligero hacia la salida, seguro de que CC le está observando. Pero no se atreve a mirar atrás. Solo quiere salir de allí. La descarga de adrenalina desde que aceptó esta jugarreta lo ha dejado agotado.

De vuelta en el asiento del conductor, intenta arrancar el coche, pero vuelve a mostrarse rebelde. El motor gira. Una, dos, tres veces. Espera un minuto, suplicándole al coche que se comporte. Lo intenta de nuevo. Nada. Suelta una retahíla de palabrotas. Incluso después de cinco intentos, todo lo que escucha es un chasquido. —Por el amor de Dios —exclama Joey, golpeando el volante con la palma de la mano—. Ahora no. Por favor, ahora no.

CC reaparece, golpeando la ventanilla. A regañadientes, Joey la baja. —¿Problemas ahí, chaval? Parece que tu motor vintage

necesita algo de cariño.

Joey finge una sonrisa. —Estará bien en un momento.

CC niega con la cabeza mientras, una vez más, el motor falla. —No me suena bien. ¿Llevas mucho con problemas?

Con los labios apretados, Joey asiente y hace otro intento.

—¡Qué pena! —CC golpea el capó del coche—. Los Focus suelen ser buenos corredores.

—Solo un poco temperamental a veces —dice Joey, sin poder ocultar el temor en su voz. Puede sentirlo en los huesos. Este no es un lugar donde quiera quedarse atrapado. No habrá forma de regresar, solo un Uber, y eso hará una buena mella en las cincuenta libras que acaba de ganar.

CC golpea el capó nuevamente. —Bueno, si necesitas ayuda, solo grita. Estaré encantado de echarte una mano. —Se aleja tranquilamente para cerrar su garaje.

Tras otros tres intentos fallidos, Joey está seriamente preocupado. El sudor sigue goteando por su espalda. No puede creer que esto le esté pasando. Pero así es.

—Te diré qué —grita CC—. Déjalo aquí conmigo. Le echaré un vistazo por la mañana. —Camina hacia el coche—. Suena como el alternador. Lo tendré listo para ti mañana por la tarde. No te preocupes, puedes confiarme tu coche.

Joey lo intenta de nuevo, mirando alternativamente al volante y a CC, que está negando con la cabeza. Lo intenta dos veces más antes de rendirse.

—Sube a mi coche. Te llevaré a casa —dice CC.

Joey vacila. Sabe que está mal. Este no es alguien con quien debería estar involucrado. Su madre siempre le ha dicho que nada es gratis. Pero no ve otra opción. Cierra la ventanilla y, con gran reluctancia, sale del coche.

—Date prisa —dice CC—. No tengo toda la noche.

Durante el trayecto de vuelta a su casa, Joey da indicaciones mientras CC habla sobre coches rotos y familias rotas; una hija a la que apenas ve, aunque Joey no está escuchando completamente los detalles. Está calculando la logística para pasar el día de mañana sin coche. Necesita llevar a Dylan al colegio. Su hermano solía coger el

tren con su amigo, pero el primer día después de las vacaciones de Navidad, cuando salieron de la estación, se detuvieron en las tiendas para comprar algunos aperitivos, y dos matones los atracaron. Les robaron los móviles junto con los míseros euros que Dylan y su amigo tenían en los bolsillos de sus blazers. Joey los ha llevado a ambos al colegio desde entonces, y la madre del amigo de Dylan los recoge, a pesar de las protestas de Dylan, que preferiría seguir cogiendo el tren.

CC hace preguntas que Joey no quiere responder, pero se siente obligado a hacerlo. Al fin y al cabo, este tío no tenía por qué ayudarlo. No le debe ningún favor a Joey. Podría haberlo dejado para que encontrara su propio camino a casa en la oscuridad y el frío helador. CC se solidariza cuando Joey le habla de su padre. —También perdí a mi padre cuando era joven —dice—. Es duro.

—¿Por qué te llaman CC? —pregunta Joey para cambiar de conversación. No quiere hablar de su padre con este hombre. Se siente moralmente incorrecto.

—No me gusta mi nombre. Nunca me ha gustado. —Arruga la nariz—. Cameron Carling. Lo odio. —Llegan a una calle lateral adyacente a la casa de Joey—. Dime, chaval, ¿eres de fiar?

¿Por qué pregunta eso? Me gusta pensar que sí —responde Joey. Y lo dice en serio. Joey Clarke puede que no sea el más puntual (la vida se interpone), pero si tuvieras una libra de sobra, apostarías por él si buscas la opción más fiable.

—Bien. Me gusta la gente en la que puedo confiar. Tengo otro trabajo para ti.

—Estoy bien, gracias. Solo hice esto como un favor —dice Joey, percibiendo un peligroso mar de riesgos en el que no tiene deseos de zambullirse. No es tan estúpido. Es un mar lleno de violentas tormentas y corrientes mortales que lo separarán de su familia.

—Entregas fáciles. Podrías ganarte un buen ingreso —dice CC—. Parece que tú y tu familia podríais necesitarlo.

Joey abre la puerta del coche. —Gracias por el viaje y por ayudarme con mi coche. ¿A qué hora puedo ir a recogerlo mañana?

—Debería estar listo sobre las cuatro. Dame tu número de teléfono. Te mandaré un mensaje cuando esté.

—¿Cuánto crees que costará?

—Depende de lo que encontremos.

—Traeré el efectivo. —Joey se estremece. ¿Cómo va a conseguir el dinero de ese tipo? Tiene las cincuenta libras, pero ya las ha gastado mentalmente. Está acorralado. Necesita su coche.

—¿Tengo pinta de ser el tipo de tío que acepta efectivo?

Por primera vez en todo el día, Joey se ríe. —Sí.

—Me gusta tu honestidad, chaval. Efectivo será. Nos vemos mañana. —CC se ríe con una siniestra carcajada ronca.

3

Lunes

Sin su coche, Joey llega tarde al trabajo. Aparece jadeando y nervioso por haber tenido que dejar que Dylan cogiera el autobús para ir al colegio. Por tercera vez en la última semana, Joey se encuentra teniendo que decirle al Sr. Parasi que se saltará su descanso de la mañana para compensar su retraso. El Sr. Parasi pone los ojos en blanco, pero no dice nada. Para ser un jefe, no está mal. Por lo general se llevan bien. Joey trabaja para él, a tiempo completo, desde que dejó los estudios después de que su padre muriera. Un gran error. Ahora lo sabe, pero en aquel momento, ganar dinero para mantener a la familia y cuidar de su madre era mucho más importante que obtener titulaciones. Y ahora, por supuesto, también está la ventaja de que Becca trabaja allí a tiempo parcial.

Joey pasa el día reponiendo estanterías, como suele hacer los lunes, intentando reprimir continuos bostezos. Apenas durmió en toda la noche, preguntándose cómo va a conseguir el dinero para pagar su coche. Después de darle a su madre dinero para comprar algo de comida y artículos de aseo de las cincuenta libras que le dio CC, le queda un poco, pero sabe que no llegará muy lejos. Necesita conseguir más de alguna parte. Pagar su coche es la prioridad

inmediata, para quitarse a CC de encima. Todas sus otras preocupaciones económicas pueden esperar otro día. Pero, por supuesto, no pueden. Atormentan sus pensamientos mientras repone mecánicamente las estanterías vacías con latas de alubias y tarros de salsa para pasta.

Después del trabajo, coge un tren y soporta la peligrosa caminata de media hora desde la estación del pueblo hasta CC Autos. Por una carretera rural rápida con curvas ciegas, los coches que se aproximan le obligan a subirse al arcén herboso para protegerse en varios momentos. Finalmente, recorre el camino hasta el taller de CC.

Hay más actividad que la noche anterior. Un zumbido de ajetreo que impregna el aire con un fuerte olor a sudor. La música dance retumba desde un altavoz portátil colocado en medio del suelo, y dos mecánicos están ocupados bajo los capós de coches viejos y maltrechos. Ni siquiera se fijan en Joey. Están demasiado ocupados bromeando a costa de un joven mecánico que trabaja debajo de un coche alzado en un elevador hidráulico.

CC aparece entre los coches, sobresaltando a Joey. Hoy lleva un mono azul marino en contraste con el traje y la corbata de ayer, pero más en consonancia con sus trabajadores. —Ten cuidado. Ese elevador está fallando. Es un poco temperamental —le grita al joven mecánico. Joey observa a CC carcajearse mientras pulsa un botón en un poste lateral—. ¡Rápido, sal de ahí! —El joven mecánico se lanza a un lado, ejecutando una caída lateral mientras el coche cae en picado. Un gesto fugaz de pánico cruza la cara de CC cuando el vehículo se estrella contra el suelo de hormigón. El ruido es ensordecedor. Suena como un tubo de escape petardeando o un disparo. —Joder, no pretendía que cayera del todo —dice CC . —Los otros dos mecánicos estallan en carcajadas—. Más te vale revisar la suspensión.

Joey se lleva las manos a la nuca, acunando su cráneo con angustia. No le ve la gracia a esta broma. Para nada. Este tío está loco. Ve su coche a un lado del taller, sorprendido de lo limpio que está. —Ha quedado como nuevo, ¿eh? —dice CC, asintiendo hacia el Ford Focus plateado de Joey.

—¿Lo has limpiado?

—Claro que sí. Nunca había visto un coche tan sucio. Ahora se puede ver de qué color es. —Se ríe—. Pensé que era negro cuando apareciste anoche. —Se gira hacia sus empleados—. Dejad de hacer el tonto. Poneos a trabajar. Me gustaría irme a casa en algún momento esta noche. —Le hace un gesto a Joey para que se acerque a su coche—. ¿Cuándo fue la última vez que cambiaste el aceite?

Joey se encoge de hombros, girando las palmas hacia arriba. No puede recordarlo. ¿Lo ha cambiado alguna vez?

—Hace más de unos años, por lo que se ve. Me sorprende que esta cosa siga funcionando. Y que pasara la última ITV. ¿Te lo hizo algún colega? —Suelta otra sonora carcajada—. Necesitaba un alternador nuevo y una buena puesta a punto. ¡Nunca había visto unas bujías tan destrozadas!

CC señala el parabrisas. —Necesitaba escobillas nuevas. También le he puesto medio depósito de gasolina. Ibas con poca. No puedes pedir más, ¿verdad?

Abrumado por los nervios, Joey suelta su problema. —Tengo un pequeño problema con el dinero. No llegué a tiempo al banco. ¿Puedo traértelo el fin de semana?

CC tuerce los labios. —Tendrá que ser una transferencia bancaria. Pero eso plantea un problema. Tendré que pasarlo por los libros y cobrarte el IVA. Eso añade otro veinte por ciento, ¿sabes? En fin. Ven conmigo a la oficina y te daré los datos de mi cuenta. Puedes hacer la transferencia directamente.

¿Y ahora qué? Joey sabe exactamente qué. No es idiota. No quiere entregar más paquetes. Pero no tiene opción. Un conductor borracho que conducía sin seguro y mató a su padre le arrebató esa elección hace años.

Conducirá su coche fuera de este lugar.

Pero sabe que no irá directamente a casa.

Tragando saliva con dificultad, se dirige hacia la oficina de CC para averiguar adónde llevará su coche recién arreglado cuando salga de este agujero. —No nos andemos con rodeos, chaval —CC balancea en su mano el sobre acolchado que Joey le trajo ayer—.

¿Qué te parece hacer un par de recados para mí para saldar tu cuenta?

Joey aprieta los puños. No porque esté preparado para pelear, sino porque sabe que está vencido, y quiere golpearse a sí mismo por haberse metido en esta situación. Nunca debería haber atendido esa llamada de Oz ayer. —Cuéntame sobre esos recados.

—Solo son dos —CC le entrega a Joey el sobre acolchado con una dirección garabateada en un Post-it adherido. Joey puede adivinar lo que hay dentro: la mitad del dinero que entregó ayer. Se siente más pesado de lo que debería, ¿o es su temor y arrepentimiento envueltos en un manojo de miedo lo que lo hace pesar más?— Espera ahí —dice CC, dirigiéndose detrás de su escritorio donde se agacha para abrir el cajón inferior y sacar un paquete. Joey no puede distinguir qué es al principio, pero pronto identifica una pequeña mochila negra. Del tipo que usaría una mujer. Traga saliva. CC escribe una dirección en una tarjeta de cortesía y se la entrega a Joey—. Este es el segundo. A las siete en punto esta noche. Asegúrate de estar allí exactamente a esa hora. Eso es lo más importante. —Joey da un paso adelante para examinar la dirección. Está en el pueblo de al lado. No conoce la calle. En realidad, es una urbanización. Regency Close. Número uno. Joey mira su reloj y hace un cálculo rápido. No falta mucho y todo esto habrá terminado. Su corazón se hunde hasta sus entrañas al pensar en lo que diría su padre si pudiera verlo ahora.

CC desliza la mochila sobre el escritorio. —No llegues pronto. No llegues tarde.

Joey la recoge, preguntándose cuánto dinero contiene.

—Llámame cuando hayas dejado la mochila. Entonces podemos considerarlo saldado —CC hace una pausa antes de añadir—: Si quieres, claro.

—Sin problema. A las siete en punto —dice Joey y, sin querer pasar ni un momento más allí, se precipita hacia la puerta y salta dentro de su coche. Arranca a la primera. No recuerda la última vez que eso sucedió.

CC se despide con la mano, articulando en silencio: —No te olvides de llamar.

Joey no puede salir de allí lo suficientemente rápido. Al menos el coche funciona bien. Mejor que nunca. Para ser justos, el tipo ha hecho un buen trabajo. Echa un vistazo al indicador del nivel de combustible. Después de entregar estas bolsas en las direcciones especificadas, debería tener suficiente gasolina para que le dure hasta el día de pago. Cuando llegue a casa esta noche, va a investigar sobre trabajos a tiempo parcial. Nada le impide comenzar algo nuevo este fin de semana. Encontrará algo que pague semanalmente. Eso es lo que necesita. Ingresos semanales adicionales para cubrir todos los gastos imprevistos que su paga mensual y las prestaciones de su madre no pueden cubrir. Al menos su madre ha empezado a trabajar de nuevo. Solo unas pocas horas cuando se encuentra lo suficientemente bien, trabaja para la empresa de limpieza de su amiga, pero es algo. Dicho esto, con su recaída de esta semana, no hay promesa de dinero extra en un futuro próximo.

Conduce hasta la primera dirección, un piso en un gran complejo moderno con vistas al río en la ciudad. Presiona el timbre del apartamento dieciséis, según la nota Post-it pegada en la bolsa. En la cámara del sistema de entrada, puede verse a sí mismo. Rápidamente aparta la mirada y mira hacia la fachada del edificio. Es el tipo de lugar en el que Joey siempre había soñado vivir cuando se fuera de casa. En los días en que la ignorancia era una bendición y nunca consideraba cómo iba a pagar sus sueños. Viviría allí con una chica como Becca y tendría un trabajo en la City donde tendría que llevar traje. Los pisos de las esquinas tienen balcones con mesas, sillas y árboles elegantes en macetas. Laureles, cree que se llaman. Sigue soñando, Joey. Nunca dejes de soñar. Llegaría a casa del trabajo un viernes y se serviría una cerveza —una copa de vino para Becca— y se sentarían a compartir los respectivos logros de su semana laboral mientras miraban al río y esperaban a que llegara su comida china para llevar.

Una voz masculina interrumpe sus reflexiones. —Pasa. Gira a la derecha y soy el último a la izquierda.

La puerta de cristal hace clic y suena mientras se abre. Joey entra rápidamente y camina por el pasillo tenuemente iluminado

hasta donde un hombre de unos treinta y tantos está esperando. Tiene el pelo con tupé y perilla, y viste un chándal de diseñador. Asiente a Joey, toma el sobre acolchado y cierra la puerta silenciosamente. Joey se queda mirando los números uno y seis de cromo pulido adheridos a la puerta, momentáneamente aturdido. ¿Qué fácil ha sido eso? Quizás debería considerar este "servicio de entrega" como un trabajo a tiempo parcial. No. Piénsalo de nuevo, Joey. Piénsalo de nuevo.

Uno menos, queda uno.

Y entonces se acabó. Habrá terminado con esta mierda. No está hecho para esto.

Tiene tiempo de sobra antes de tener que entregar la mochila en Regency Close. No quiere gastar gasolina yendo a casa, así que se detiene en un apartadero para esperar. Mira fijamente la mochila en el asiento del copiloto. Desearía poder coger el dinero y huir. Pero sabe que por muy rápido que corra, nunca será lo suficientemente rápido.

Suena su teléfono, haciéndole dar un respingo. Es CC. —Ha habido un cambio de planes. No puedes entregar la mochila hasta mañana por la noche. Misma hora. No la pierdas de vista hasta entonces.

A Joey no le gusta su tono. Si no le debiera dinero, le mandaría a la mierda. Pero luego se pregunta si lo haría. CC no es el tipo de tío al que le hablas así. Y para ser sincero, Joey no es el tipo de persona que manda a nadie a paseo.

Frustrado, Joey conduce a casa. Ahora tiene que esperar otro día para que esto termine. Durante todo el trayecto, se permite soñar con lo que podría hacer con el dinero que hay dentro de la mochila. No deja de mirarla de reojo. Y cada vez que se detiene en un semáforo, se queda mirándola fijamente hasta que la luz verde aparece en su visión periférica. Apuesta a que hay suficiente ahí dentro para permitirse unas vacaciones después de saldar todas sus deudas. Dos, de hecho. Podría llevar a su familia a esas vacaciones a Disney. Las que su madre había estado ahorrando antes de que su padre muriera. Los ingresos de ella permitían a la familia lujos que el sueldo de su padre no alcanzaba. Poco sabía ella que cuando

empezó a apartar doscientas cincuenta libras al mes para llevar a la familia a Disney, acabaría usando esos ahorros duramente ganados para pagar el ataúd de su marido.

América —una semana en Disney— allí irían los cuatro. Y pagaría para que Becca y él volaran a alguna playa exótica donde el alojamiento consistiera en cabañas con techo de paja con vistas al mar, y camareros sirviendo bebidas mientras uno dormita en la hamaca en la playa.

Sigue soñando, Joey. Nunca dejes de soñar.

Al llegar a casa, considera dejar la mochila en el coche, pero ¿y si lo fuerzan? No, no puede dejar dinero dentro. No puede ni empezar a contemplar añadir otra deuda a las crecientes exigencias de sus obligaciones pendientes. Estira el brazo y la coge, con curiosidad por mirar dentro. Solo para ver cuánto hay. Pero sería demasiado tentador. Le darían aún más ganas de huir con todo.

—Joey. Ayúdanos —grita Megan cuando abre la puerta—. Hace un frío que pela.

Joey se detiene en la puerta del salón, con la mochila en el suelo fuera de la vista. Megan y su madre están acurrucadas bajo un edredón en el sofá.

—¿Recibiste mis mensajes, cariño? —dice su madre—. La calefacción se ha estropeado. ¿Has llamado a un fontanero para que venga a echarle un vistazo?

—Lo arreglaré ahora.

—Sube al desván, ¿quieres?, y baja ese calefactor eléctrico.

—Claro.

—¿Quieres que ponga tu cena en el microondas? —le grita su madre mientras se dirige a las escaleras.

La comida es lo último en lo que piensa. Todo lo que quiere hacer es esconder la mochila y darse una ducha caliente. Los acontecimientos del día se han mezclado en un hedor rancio de sudor que no puede soportar más tiempo. —Quizá más tarde.

En el piso de arriba, Dylan está con su habitual atuendo post-escolar de pijama, haciendo los deberes en su cama. Joey se quita la

mochila del hombro y se agacha para abrir un cajón. —¿Qué tienes ahí? —pregunta Dylan—. ¿Es una mochila nueva?

—¡No te importa! —espeta Joey y al instante se arrepiente al ver la expresión de dolor en la cara de Dylan. Su hermano no se merecía eso. No ha hecho nada malo. Joey mete la mochila debajo de un montón desordenado de camisetas y cierra rápidamente el cajón.

—¿Qué te pasa, Joey? —pregunta Dylan.

—Nada, colega. ¿Por qué?

—Has estado actuando... muy raro.

—¿A qué te refieres? —pregunta Joey, sorprendido de que haya sido notorio. Tiene el peso del universo sobre sus hombros, pero eso no es algo de lo que deba preocuparse un niño de doce años.

—No sé. —Dylan levanta los hombros e hincha las mejillas.

Joey camina hacia la litera inferior y revuelve el pelo de su hermano. Tienen los mismos rizos rubios sucios que llevan con un estilo de "me desperté así". En algunos podría parecer desaliñado, en ellos parece natural. —Estoy bien. Ahora, sigue con tus deberes.

Joey se quita la ropa, la mete en el cesto de la ropa sucia y coge una toalla del suelo. El agua caliente y el jabón le proporcionarán un alivio temporal de sus problemas. Se siente especialmente sucio esta noche. Pero cuando abre el grifo, el agua fría le salpica. Suelta un taco y corre de vuelta al dormitorio, deteniéndose en el armario ropero para encender el calentador de inmersión. Con una toalla envuelta alrededor de la cintura, y otra en las manos para secarse el pelo, entra en el dormitorio para ver a Dylan arrodillado junto a la cómoda, apuntándole con una pistola.

4

—¿Qué es esto? —dice Dylan. Se miran brevemente con terror, el miedo congela sus rasgos en expresiones idénticas.

Joey retrocede, aferrándose al marco de la puerta, intentando contener su pánico. —Bájala. Ahora. ¡Por el amor de Dios, Dylan! —Joey espía a través de la rendija de la puerta para ver a su hermano bajar el arma hacia el suelo. Regresa corriendo a la habitación. Dylan está sin palabras, con la boca completamente abierta. Joey deja caer la toalla con la que se estaba secando el pelo y corre hacia su hermano. Puede oír a su madre llamándolos. Joey recoge con cuidado la pistola y la coloca lentamente en el cajón.

—¿Estás en problemas, Joey? —pregunta Dylan, su voz un susurro de incredulidad y miedo. Hace sobresalir su labio inferior y sacude la cabeza.

—No, colega. No.

—¿Por qué tienes una pistola? —pregunta Dylan, con la voz más alta.

—No es mía. —¿A qué está jugando CC?

—¿De quién es?

Joey mira hacia la puerta. —Cállate.

—Dímelo.

—Es una larga historia.

—Quiero oírla.

—Solo cállate, Dylan. —Joey saca la pistola del cajón y la coloca en la mochila acolchada con toallas. Está intentando mantener la compostura mientras por dentro se derrumba.

Dylan recoge un trozo de tela negro del suelo y se lo entrega a Joey. —Estaba envuelta en esto. —Su voz tiembla, como si no pudiera decidir si está enfadado o triste.

Joey saca la pistola de la mochila. La envuelve en el trozo de tela negra como si fuera un mago intentando hacerla desaparecer. Sin suerte. La mete de nuevo en la mochila y la entierra bajo las camisetas. Cierra el cajón de golpe. No puede creer que esto esté sucediendo. Es como si se hubiera quedado dormido y estuviera teniendo una pesadilla infernal.

Megan irrumpe en la habitación y les hace saltar. —Mamá os está llamando. Está empezando ese nuevo drama policíaco. Tenéis que bajar ahora. —Se detiene en la puerta, mirando fijamente a sus hermanos arrodillados en la alfombra—. ¿Qué estáis haciendo?

Dylan se levanta de un salto. —Nada. Lárgate de aquí.

Megan coloca las manos en sus delgadas caderas. —¿Qué está pasando?

Esto es lo último que Joey necesita. Se pone de pie. —Vamos ahora. Te vemos abajo. —Intenta sonar alegre, pero puede sentir la alarma del peligro resonando en su voz, aunque ellos no puedan oírla—. Vete.

Megan resopla y bufa antes de desaparecer. Joey agarra la mochila, escaneando la habitación en busca de otro escondite. Lo último que necesita es que su entrometida hermana la encuentre. Ya es bastante malo que Dylan lo sepa. Mirando alrededor de la habitación, opta por esconderla bajo su almohada.

—Tengo miedo —dice Dylan.

—Eh, colega, no lo tengas. Mañana se la llevaré a alguien, y asunto arreglado.

—¿A quién?

—Tú no te preocupes. Pero Dylan, debes prometerme algo. Mírame. —Joey agarra la cara de su hermano y acuna su barbilla entre sus manos. Dylan se niega a mirarlo. Joey sacude su cara

hasta someterle—. No debes contarle esto a nadie. ¿Me oyes? Ni a un alma.

Dylan retuerce sus labios en un nudo de desafío. Joey sacude la cara de Dylan otra vez. —Si alguien se entera, estaré en graves problemas. Y quiero decir, realmente graves. Prométemelo.

—Lo prometo —dice Dylan.

Su madre asoma la cabeza por la puerta. Dylan suelta un grito sobresaltado. —¿No me habéis oído llamar? —pregunta ella, frunciendo el ceño—. ¿Ya tienes ese calefactor?

—Lo haré ahora y lo bajaré enseguida —dice Joey.

Ella los mira con sospecha antes de marcharse.

—Te veré abajo —le dice Joey a Dylan—. Actúa con normalidad.

Joey hace una rápida llamada a un colega que conoce del colegio y con quien ocasionalmente se ve en el pub, Pat el fontanero. Mientras marca el número, se da cuenta de que no ha visto a Pat durante un tiempo, pero es que Joey no va al pub tanto como solía. No puede permitírselo. Pat acepta pasarse en algún momento. —Pero será temprano por la mañana. Estoy hasta arriba de trabajo en este momento. —Una sensación de temor sobre el coste se suma a las preocupaciones de Joey. Termina la llamada con los gritos de Megan para que se dé prisa y traiga el calefactor.

Joey odia subir al desván. Está abarrotado hasta las vigas con todas las pertenencias de su padre, de las que su madre se ha negado a desprenderse. —Ni hablar —dice ella cada primero de diciembre cuando Joey lucha por abrirse camino a través del desorden para sacar los adornos navideños. Cada año intenta persuadirla para que al menos empiece a considerar la idea. Pero las cajas de ropa, zapatos, libros y medallas de los logros de su padre en el ring de boxeo en sus años más jóvenes permanecen intactas.

Encontrando la varilla para abrir el desván, Joey desengancha la escotilla y baja las escaleras extensibles. Una ráfaga de aire frío le golpea mientras sube. Busca el interruptor de la luz, pero no funciona. ¡Genial! La bombilla debe haberse fundido. Se abre camino entre el desorden con solo la linterna de su teléfono para guiarlo, localiza el viejo calefactor y lo baja para su familia.

—¿Qué te pasa? —dice su madre cuando Dylan rechaza su oferta de chocolate mientras todos ven la televisión, acurrucados bajo los edredones, porque, a pesar del calefactor, hace un frío despiadado. Megan está acurrucada junto a Joey. Sigue escondiendo su cabeza detrás del hombro de él, esperando el próximo susto. En realidad, este episodio es un poco demasiado sangriento para ella, pero insiste en quedarse a ver la tele con su familia. Adora su tiempo juntos, como todos ellos.

Dylan resopla y cruza los brazos sobre su pecho. —Nada.

Joey está mirando la televisión, pero no se está concentrando. Ya tiene suficiente con su propio drama. Simpatiza con Dylan. Su apetito desapareció cuando vio esa pistola en la mano de su hermano. Encuentra una voz alegre. No es difícil. Ha tenido mucha práctica en lo que respecta a su familia. Él fue quien los ayudó a superar la pérdida del hombre al que todos habían amado. El que mantuvo las ruedas de la familia en movimiento mientras los demás se quedaban inmóviles, incapaces de seguir adelante. —Déjalo, mamá. Más para nosotros —dice Joey con una sonrisa fingida.

Su madre levanta las cejas, mirando por encima de sus gafas rotas. Una de las patillas está unida a la montura con celo, lo que hace que se asienten torcidas sobre su cabeza. Han estado así durante meses, pero no tienen dinero para reemplazarlas, y como solo las usa para ver la televisión, no ha sido una prioridad en su lista. Tan pronto como Joey consiga algo de dinero extra, le comprará un par nuevo. Cuando sea que eso ocurra.

Después de que termina el drama televisivo, su madre manda a Megan y Dylan a la cama y cuestiona a Joey. —¿Qué le pasa a Dylan? —pregunta.

—Dolores de crecimiento —responde Joey—. ¿Has tenido noticias de tu amigo esta noche? —dice, cambiando de tema. Ella conoció a Adrian —Ade— en una reunión escolar. El evento ya había sido cancelado tres veces por el Covid, y casi no va esta vez tampoco. Hizo falta toda la persuasión de sus amigas, y también la de Joey, para que se arreglara y fuera, aunque solo fuera por una hora. Pero acabó quedándose toda la noche, y su teléfono no ha dejado de sonar desde entonces.

Sonríe, mirando de reojo su teléfono en el borde del sofá. —Puede que haya recibido algunos mensajes.

—¿Está interesado entonces?

—Ha dicho que le gustaría llevarme a cenar mañana por la noche. ¿Te importaría cuidar de los niños? Solo por unas horas. Suponiendo que me encuentre mejor, claro.

—Claro. No hay problema. —Y no lo es. Joey haría cualquier cosa para ver a su madre feliz otra vez. Sabe que nunca superará lo que le pasó a su padre. ¿Quién lo haría? Cuando tu marido sale a trabajar un día para no volver jamás, y descubres que fue culpa de otra persona, la vida nunca puede volver a ser la misma. Pero espera que encuentre algún nivel de felicidad de nuevo. Después de todo, solo tiene cuarenta y cuatro años. Aunque aparenta mucho más con su cabello cada vez más fino y la piel flácida desde que perdió una tonelada de peso tras la muerte de su marido. Todos pensaron que se debía al tsunami de dolor que la golpeó de lado y envolvió cada célula de su cuerpo, y en parte, probablemente lo fue. Pero junto al dolor había un sufrimiento inexplicable que era generalizado y pesado y la tuvo viviendo en el sofá durante la mayor parte de dos años hasta que un diagnóstico de fibromialgia explicó su padecimiento. Una enfermedad que afecta sus músculos y huesos, le causa dolor y le roba el sueño. Todo ello la deja agotada y la ve regresar periódicamente a la cama durante el día por largos períodos.

—Tengo que ayudar a un amigo con algo mañana —miente—. Así que no volveré hasta las ocho.

—Está bien. Le diré que no me recoja hasta entonces.

—¿Cuándo vamos a conocer a este Ade? —pregunta Joey.

—Déjame conocerlo primero.

—Lo conoces desde hace más de treinta años, ¿no?

—No de esta manera —sonríe—. No lo conocía tan bien cuando estábamos en el colegio. Estaba en otra clase y salía con otro grupo.

—No me gusta esto —susurra Dylan después de que Joey se tome un par de ibuprofenos y se meta en la cama.

Joey finge no oírle. No puede enfrentarse a su hermano. Está intentando mantener la compostura, sabiendo que está acostado junto a un arma. ¿Cómo ha llegado a esto? No sabe qué hacer para salir del paso. Si lo devuelve a CC, este le exigirá el pago por su coche. Una exigencia que Joey no puede cumplir. Teme pensar cómo reaccionará CC ante eso. No tiene elección. Debe cumplir con esta última entrega. Entonces, ha hecho un pacto consigo mismo. Definitivamente no hará más de estos trabajos. Le pedirá al señor Parasi más horas en el supermercado. Y conseguirá otro trabajo. Los restaurantes están desesperados por personal. Podría fácilmente compaginar un par de turnos de noche y fin de semana. Y se inscribirá en ese curso nocturno que Becca le ha estado animando a solicitar. «Nunca es demasiado tarde», dice ella. «Consigue esos niveles A que deberías haber conseguido cuando estabas en el colegio». Todo iba tan bien antes de perder a su padre. Había sido uno de los alumnos más diligentes. Pero entonces perdió a su mentor, a su mejor amigo, su enfoque, y nada en la vida importaba ya. ¿Cuál era el sentido?

Dylan patea el colchón de Joey desde abajo con el talón del pie, como suele hacer cuando quiere ser molesto. —No me gusta esto.

—Duérmete —sisea Joey.

—No puedo.

Joey se da la vuelta y cuelga la cabeza sobre la litera superior hasta que apenas puede distinguir la cara de Dylan en el resplandor de la luz de la luna que brilla a través del hueco en las cortinas. —Vas a hacer que mamá venga.

—¿Qué estás haciendo realmente con una pistola? ¿Vas a disparar a alguien?

—Por el amor de Dios, ¿por quién me tomas?

—Entonces, ¿por qué la tienes? Esto no es América, Joey. La gente no tiene pistolas sin más.

—No sabía que estaba ahí.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Pensé que era otra cosa.

—¿Qué?

—No lo sé. Mira, la estoy entregando como un favor para alguien.

—¿Quién?

—Solo alguien.

—Me estás asustando de verdad.

Joey cuelga su cabeza de nuevo sobre la litera superior. —No tanto como tú me asustas a mí. Deja las preguntas y vete a dormir. Lo estoy solucionando.

5

Martes

Según Google Maps, Regency Close está a diez millas de distancia en el pueblo vecino. Pero pensamientos inquietantes atraviesan la mente de Joey mientras planea su escape de esta jaula de corrupción en la que se encuentra atrapado. Pensamientos que le dicen que no conduzca todo el camino y que tenga en cuenta las cámaras de CCTV. Están por todas partes hoy en día. No es que Joey sea un experto. Pero conoce a un tipo del pub que tiene su propia empresa de seguridad instalando CCTV y que afirma ser un maestro en su oficio. Solía trabajar para el ayuntamiento hasta que lo dejó para montar su propio negocio. Solo tenía veinte años entonces. Es un poco fanfarrón, lo que Joey encuentra irritante, pero aun así lo admira. ¿Por qué no puede él hacer algo así? Parece que todo el mundo está montando su propio negocio exitoso. Si tan solo pudiera hacer algo similar para conseguir estabilidad económica. Joey no ha visto al tipo desde hace tiempo. Probablemente esté demasiado ocupado con todos los trabajos que fluyen como rápidos, llenando su agenda durante meses.

Teniendo en cuenta todo lo que le ha contado a Joey sobre las formas en que los delincuentes eluden las cámaras de CCTV — tomando calles secundarias y evitando las zonas conflictivas de la

ciudad—, Joey planea el viaje a Regency Close cuando el sueño se niega a llegar. Se decide por un lugar de aparcamiento en una calle lateral, detrás de los garajes de la hilera de casas adosadas vecinas. Luego memoriza la ruta de veinte minutos que recorrerá a pie hasta Regency Close. Repasar los planes en su cabeza una vez más le permite caer en un sueño agitado.

A Joey le cuesta despertarse. Llega tarde al trabajo una vez más. El señor Parasi mira su reloj y le dedica una sonrisa con los labios apretados. Siempre ha sentido debilidad por Joey. Conocía al padre de Joey de años atrás, cuando solía entregar fruta y verdura a la tienda. Pero Joey está tentando a la suerte. —Has perdido la entrega —dice el señor Parasi, pasando una mano por su corto cabello gris.

Entrega. Suena como si hubiera gritado esa palabra.

El señor Parasi ajusta sus gafas redondas. —Ozwald ha dejado una entrega de bebidas. Empieza con eso.

—Recuperaré el tiempo —dice Joey—. Vendré mañana por la tarde en mi día libre.

Joey pasa la mañana apilando estantes en el pasillo de bebidas, intentando contener persistentes bostezos. Cajas de refrescos y botellas de agua con y sin gas a un lado; cerveza, vino y licores al otro. Ni siquiera sabe cuánto tiempo más tendrá este trabajo. El supermercado del señor Parasi es una especie en extinción, que mantiene los valores de abastecerse de productos locales mientras resiste la constante amenaza de los gigantes supermercados.

Joey a menudo se pregunta qué estaría haciendo ahora si no hubiera perdido a su padre. Quizás habría empezado la universidad como Becca. Su padre siempre le decía que estaba hecho para gobernar el mundo. Joey no llegaría tan lejos, pero sabe que estaría haciendo algo más que apilar estantes y atender a clientes malhumorados en un supermercado local mientras considera entregas dudosas para ahorrarse tener que pagar la maldita reparación del coche. No puede concentrarse. Dentro de una semana los agentes de ejecución llamarán a su puerta, pero por ahora tiene un problema más urgente, y su estómago revuelto

persiste en recordarle la cara de Dylan cuando lo encontró con esa pistola.

Trabaja durante su hora de almuerzo. A pesar de haberse saltado el desayuno, sabe que no podrá comer nada, y esto borrará la marca negra que el señor Parasi puso en su nombre esta mañana. Se toma un descanso rápido para revisar su teléfono, solo para desear no haberlo hecho. Un correo electrónico de la agencia de cobros aconsejándole formas de saldar deudas y recordándole su próxima visita si no puede pagar el dinero que debe, solo lo deprime aún más. Al igual que un mensaje de CC recordándole que no olvide llamarlo después de que haga la entrega esta noche.

La tarde se hace más pesada que la mañana. Joey intenta lo mejor que puede olvidar sus problemas y se pierde pasando artículos por la caja registradora, pero no está ayudando. Los temores sobre lo que le espera por la noche invaden persistentemente sus pensamientos. —¿Te quedarías una hora extra esta tarde? —pregunta el señor Parasi—. Necesito ausentarme de la tienda un rato.

—Sin problema —responde Joey. Las mariposas de Becca revolotean en su estómago. Si se queda una hora extra, podrá verla. Ella es una estudiante madura en su último año de universidad, estudiando psicología, aunque todavía vive en casa y trabaja el turno de la tarde los martes y todo el día los sábados. Por esta razón, el sábado es su día favorito de la semana. Aquella semana que no apareció porque tenía un virus estomacal fue uno de los mayores anticlímax de su vida. Fue ese día, a finales de octubre del año pasado, mientras cargaba con un dolor sordo de decepción en sus hombros caídos, cuando se dio cuenta de lo mucho que Becca significaba para él. Nunca antes había experimentado ese sentimiento.

Joey se la presentó al señor Parasi cuando ella comenzó a buscar trabajo a tiempo parcial después de empezar la universidad. Se conocieron en el pub Coach and Horses hace años, cuando Joey estaba sentado fuera en el muro de ladrillos donde se reúnen los fumadores. Ella apareció y le preguntó si podía pedirle fuego. Fue el momento en que por fin entendió lo que significaba la frase "amor a

primera vista". Su amistad prendió a partir de ahí. Joey querría más. Dios, cómo querría más. Ya lo creo. Ella es todo lo que siempre ha imaginado que sería la novia perfecta, aunque a veces pueda ser una auténtica charlatana: amable, ingeniosa y guapa, con montones de energía, y tan condenadamente sexy con ese largo pelo rubio, piel cremosa y cuerpo tonificado gracias al running que practica. Pero siempre ha sabido cuál es su sitio, y con las exigencias de su familia y de la vida, no ha tenido la fuerza para aspirar a algo por encima de sus posibilidades.

Sin embargo, últimamente se han acercado mucho más. Pero él duda en llevar la relación a un nivel más íntimo. Ella también, puede notarlo: ambos reacios a arriesgar la preciosa amistad que han construido.

Becca saluda con la mano y se dirige hacia él en las cajas, empujando un carrito con cajas de cartón, con el pelo recogido en dos trenzas que se balancean de lado a lado con cada paso que da. Se saludan chocando los puños. —¿Qué tal la vida? —pregunta ella.

No querrías saberlo.

Suspira. —Regular. ¿Qué tal fue la mudanza?

Ella abre las cajas y repone los estantes de dulces junto a las cajas. Joey sonríe mientras ella parlotea. —Un caos, todavía. He estado ayudando a mi madre, pero sigue enloquecida con todo el desorden. Mi padre se ha marchado unos días y ella perdió los nervios. Dijo que aún quedaba demasiado por desempaquetar como para que él se fuera por ahí a alguna conferencia. Entiendo su punto de vista. Todavía hay cajas por todas partes, pero para ser justos con mi padre, tiene un negocio que atender. Mamá dijo que mudarse era estresante, pero nunca me di cuenta de cuánto. Tendrás que venir cuando tengamos todo ordenado.

Son ricos, sus padres. Bueno, ricos en comparación con la familia de Joey. Su antigua casa tenía piscina. Becca le invitó a él y a otros amigos del pub a una fiesta allí el verano pasado para la celebración del veinticinco aniversario de boda de sus padres, pospuesto del año anterior por el Covid. Había una carpa con pista de baile, y todo el cotarro estaba repleto de globos plateados. Joey nunca había visto nada igual, especialmente la comida que ofrecían. El bufé ocupaba

toda la longitud de un lado de la carpa y parecía lo bastante elegante para una boda.

Becca ayuda a una anciana que lucha con una cesta de la compra sobrecargada. Es amable así,siempre ayudando a los clientes. Y siempre tiene una sonrisa para todos. —¿Estás bien, Joey?

—Sí, ¿por qué?

—Pareces... no sé... como distraído.

—Estoy bien —miente. No está bien en absoluto.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta Becca a Joey después de haber metido la compra de la mujer en bolsas y despedirse de ella con un gesto.

—Tiene un nuevo novio.

—¿Un nuevo novio, eh?

—Ya lo sé. El primero desde que murió mi padre.

—¿Cómo es?

Joey se encoge de hombros. —Aún no lo he conocido.

—¿Dónde se conocieron?

—En una reunión del colegio.

—¿Estudiaron juntos? Eso es bastante dulce.

—No paran de enviarse mensajes. No la he visto sonreír así desde que papá murió, así que supongo que es algo bueno para ella.

—No puedo imaginar a mis padres con otras personas.

Joey se encoge de hombros. —Es duro, pero me alegro de que ella esté feliz.

Becca ladea la cabeza y le sonríe. —¿Sabes? Realmente eres uno de los buenos, Joey Clarke.

Ella retiraría ese comentario si supiera el lío en el que se ha metido. Le encantaría confiar en ella. Contarle sobre su estupidez. Ella no le juzgaría. Lo sabe. Pero es la última persona a quien quisiera decepcionar. Es uno de los buenos, ¿verdad?

—¿Te apetece ir al cine esta noche? Courtney y yo estamos pensando en ver la nueva película de Spider-Man —pregunta Becca, ordenando las barras de Dairy Milk en una fila perfecta.

Nada suena más atractivo que una noche con ella y Courtney, la amiga de la infancia de Becca. A Joey le cae bien Courtney. La

conoce desde hace tanto como a Becca. Se marchó de la zona cuando terminó el colegio para unirse al ejército, pero una temporada en Afganistán cambió su perspectiva de la vida, y ahora trabaja en una oficina sin futuro y come demasiada tarta.

—No puedo esta noche. En otra ocasión, seguro.

La siguiente hora pasa como si fuera solo un minuto. Ese es el efecto que ella tiene en él. Casi consigue olvidarse de la pistola durante un rato. Casi.

6

La fiel Hetty está esperando cuando Joey llega a casa. Puede oírla gimotear, con sus patas arañando la enorme ventana del salón de la casa familiar de tres dormitorios de los años setenta mientras sube por el corto camino del jardín. Ella corre hasta la puerta principal para recibirle, moviendo la cola a toda velocidad. Joey se inclina para devolverle el saludo antes de subir las escaleras. Dylan sale corriendo del salón tras él. —¿Seguro que te vas a deshacer de eso esta noche? —pregunta a mitad de la escalera.

Joey se gira, frunciendo el ceño y llevándose un dedo a los labios. Dylan salta al mismo escalón que Joey. Con su decimotercer cumpleaños acercándose rápidamente, ha pegado un estirón en los últimos meses. La parte superior de su cabeza ahora llega hasta el hombro de Joey, lo que, junto con la aparición del vello facial y el cambio en su voz, le recuerda a Joey que su hermano pequeño ya no es tan pequeño. —¿Te quieres callar? —susurra Joey.

—¿Callar sobre qué? —pregunta Megan, de pie en lo alto de las escaleras con su uniforme escolar, su largo pelo rubio sucio despeinado tras un día en el colegio—. ¿Qué estáis tramando vosotros dos?

Joey llega al penúltimo escalón. —Aparta, Megs.

—Últimamente te estás comportando taaaan raro. —Desliza las piernas hacia los lados hasta que una alcanza la pared y la otra el

borde de la barandilla, lo mismo con las manos. Proporcionando otra barrera más, una cruz humana que impide el paso a Joey—. No hasta que me digas qué está pasando.

Joey está perdiendo la paciencia. —¡Aparta! Antes de que me ponga duro.

Ella se ríe con una carcajada femenina e irritante directamente en su cara. —Uuuuhhh. Qué miedo.

Joey le mete las manos en las axilas y la levanta. Ella le da patadas con las piernas. Él extiende más los brazos y la lleva hasta su habitación, ignorando sus chillidos mientras se retuerce como si estuviera grabando uno de sus vídeos de TikTok. —Suéltame. Me estás haciendo daño —dice, riendo cuando él la deja caer sobre la cama—. ¿Qué *está* pasando?

Él la mira fijamente, sorprendido por la perspicacia de una traviesa diablilla de diez años.

Joey sale de casa, prometiéndole a Dylan que resolverá esto lo más rápido posible. Lleva una gorra de béisbol negra en el bolsillo de su abrigo, y antes de salir del trabajo, cogió una de las mascarillas negras del señor Parasi de su oficina, agradeciendo a la pandemia global por esta pequeña bendición.

La temperatura ha vuelto a bajar, y el cielo nocturno es de un gris oscuro y sucio, cargado de nieve a punto de caer. Le duele la cabeza, a pesar de la doble dosis de ibuprofeno que tomó antes de salir. Pero no ha progresado a una migraña. Todavía no. La está esperando. La bomba que explota en su cabeza e incapacita su cuerpo durante horas. Sube la calefacción del coche al máximo. Al menos ahora funciona. Un atisbo de fortaleza, cortesía de CC. Se obliga a centrarse en la próxima hora. Después será libre para concentrarse en resolver sus otros problemas urgentes.

A pesar del aire caliente que sale de la calefacción, sigue sin poder entrar en calor. El salpicadero le indica que hay un grado. Estira el brazo hacia la guantera y encuentra los guantes que guarda allí. El par de suave cuero negro que su padre solía llevar en invierno cuando conducía.

El tráfico resulta lento. Todo el mundo parece estar en la carretera esta noche. Intentando sobrepasar a los coches de delante, Joey prueba una ruta alternativa a través de una urbanización moderna donde las casas están apiñadas con coches aparcados, haciendo la carretera apenas accesible. Gana poco tiempo. Al llegar a la calle lateral, mira alrededor, buscando cámaras de vigilancia. No hay ninguna a la vista, así que encuentra un sitio para aparcar entre dos todoterrenos anodinos y apaga el motor. Está oscuro y, aparte del zumbido del tráfico de fondo, silencioso. El margen que se ha dado para el viaje le permite sentarse un rato, respirando profundamente. Con la mascarilla cubriéndole la cara y la visera de la gorra de béisbol bien calada, comprueba su rostro en el espejo. Misión cumplida, apenas es reconocible. Se mete la mochila por dentro del abrigo, cerca del pecho, y sale del coche.

Ha empezado a nevar. Los copos revolotean en el aire. Mantiene la cabeza agachada mientras recorre las calles secundarias hacia Regency Close. No solo para evitar que la nieve le entre en los ojos, sino también por algo más que escuchó decir al tipo del pub sobre el comportamiento de los criminales. ¿Es eso lo que es ahora? ¿Joey Clarke: un criminal? Anoche, mientras estaba acostado sin poder dormir, consideró ir a la policía y entregar el arma. Pero ¿qué dirían? ¿De dónde la sacaste? Siempre podría hacerlo de forma anónima a través de una de esas amnistías de armas. Hubo un programa de entrega el año pasado. Medidas para librar las calles de armas peligrosas. Por lo que entiende, incluso podría recibir una compensación. ¿Cuánto vale un arma como esta? Pero entonces, ¿qué? Tendría a tipos como CC persiguiéndole para siempre.

No está hecho para esto.

Llega a una saludable zona verde frente a la entrada de Regency Close con tres minutos de antelación y se coloca detrás de un árbol grande. Las palabras de su madre susurran como hojas en el viento:
—Problemas, Joey. Aléjate de los problemas.

Por lo que puede ver, la urbanización consta de solo tres casas, o mansiones a ojos de Joey. Mira su reloj y calcula que si espera donde está un minuto más, para cuando camine hacia la urbanización y localice el número uno, estará tocando el timbre

exactamente a las siete en punto, como le indicaron. Una pareja pasea a su perro, que tira hacia el árbol frente al que Joey está escondido. Joey se aparta de la vista. No puede permitir que nadie lo vea. El perro se detiene para hacer sus necesidades. La pareja discute, algo sobre la madre de la mujer, antes de culparse mutuamente por olvidar las bolsas para recoger los excrementos mientras registran sus bolsillos buscando alguna de repuesto. Joey desea que se den prisa de una vez. ¿Por qué aquí, por qué ahora? Como si el mundo no estuviera ya bastante en su contra. —Aquí tienes —Joey oye decir por fin a la mujer. Espera a que el hombre recoja los excrementos del perro antes de que se alejen, todavía discutiendo sobre la madre de la mujer como un par de adolescentes mimados.

Joey comprueba su reloj. Ya son más de las siete. Va a llegar tarde. Debería correr. Pero desde que salió de casa esta noche, esa vocecita que le dice que mantenga la calma se ha negado a ceder. Cruza la calle con la cabeza agachada y camina con naturalidad hacia la puerta del número uno de Regency Close como si estuviera visitando a un amigo.

Es una casa moderna —de doble fachada con una puerta que tiene paneles de cristal esmerilado a lo largo del centro—. El tipo de casa que Joey solo puede soñar con poseer algún día. Se quita la mochila de la parte delantera de su abrigo y toca el timbre. Es uno de esos timbres inteligentes, pero no se siente amenazado. Ha mantenido la cabeza agachada todo el tiempo.

Abre una mujer, lo que le desconcierta. Habría apostado a que sería un hombre. Se le cae la mandíbula. ¿Qué demonios? Extiende la mochila como si fuera una bomba de relojería. El sonido de una sirena de policía pasando por el final de la calle los alarma a ambos. ¿Han venido por él? Joey se gira para comprobarlo, y antes de darse cuenta, ella ha extendido la mano, le ha agarrado de la manga del abrigo y lo está metiendo dentro mientras mira ansiosamente por el camino. Tropieza con el umbral y se tambalea hacia el vestíbulo, que está lleno de cajas de cartón. La mochila cae al suelo de madera. Ella evita su caída y sin querer le quita la gorra de béisbol. Le

arranca la máscara de la cara y dice: —¡Dios mío, Joey! ¿Qué estás haciendo aquí?

7

Esto no puede estar pasando.

Pero está pasando.

La madre de Becca está de pie frente a él. ¿Para qué quiere *ella* una pistola?

—Señora Stanley —dice Joey, atónito, su cabeza diciéndole una cosa y sus ojos otra.

—Maggie, por favor —cierra la puerta y sonríe. ¿Cómo puede sonreír? Joey intenta atar cabos, pero al ver a la madre de Becca, con ese pequeño espacio entre sus dos dientes delanteros igual que el de su hija, no logra encontrar una respuesta—. ¿Es eso lo que creo que es? —Recoge la mochila y se cuelga la correa en el antebrazo. Parece diferente a cuando la ha visto antes. El comportamiento tranquilo y sofisticado que recuerda tan vívidamente ha sido reemplazado por un semblante agitado. Y está más delgada. No le sienta bien. Su rostro parece demacrado. Él quiere preguntarle, pero está tan impactado que solo puede asentir —. Quédate a tomar algo —dice, desabrochando frenéticamente la mochila y tirando de los cordones.

Joey no sabe qué hacer. Ha cumplido su parte y ha entregado la mochila como le ordenaron. Quiere salir de allí ya, rápido. Pero es la madre de Becca. Y le ha proporcionado una pistola. Parece trastornada. La sonrisa psicótica que le dedicó a Joey cuando llegó

permanece en su cara. Sus manos tiemblan. Dividido, piensa en Becca. Por mucho que quiera alejarse de esta grave situación, no puede marcharse hasta entender qué planes tiene Maggie para este letal pedazo de metal que ha entregado en su puerta. Quizás debería agarrarla y salir corriendo. No sabe qué hacer. No puede pensar con claridad. Es como si no estuviera en su cuerpo sino levitando, observando esta terrible situación desde arriba.

—Puedes quedarte diez minutos, ¿no? —Mete la mano en la mochila y saca la pistola envuelta en tela. El fuerte olor a alcohol emana de su aliento—. Una bebida. Te prepararé algo bueno. O un sándwich. ¿Qué tal un sándwich? —Quita la tela de un tirón y la desecha como si fuera basura. Examina la pistola, sosteniéndola en diferentes ángulos, luego arroja la mochila a un armario debajo de la gran escalera. Reconoce una sudadera azul que Becca suele llevar al trabajo, colgada de un gancho—. Sándwich. Deja que te prepare ese sándwich.

—De verdad necesito irme —dice Joey. Ella le apunta con la pistola. Él retrocede—. Por el amor de Dios, Maggie. Baja eso. Está cargada. —No tiene ni idea de si lo está, pero no va a arriesgarse.

—Lo siento, no quería asustarte —dice con una risita. ¿Qué le pasa a esta mujer? Demasiado alcohol, eso es. Baja las manos a los costados, todavía sosteniendo la pistola—. Solo estaba practicando.

—¿Practicando para qué?

Ella vuelve a reír. —No te preocupes. Estás completamente a salvo.

No puede dejarla, ¿verdad? No en ese estado de desequilibrio. Becca podría estar en peligro, y si algo le pasara, nunca se lo perdonaría. Necesita llamarla. Ahora. Decirle que no vuelva a casa. Alcanza su bolsillo trasero, pero recuerda que no tiene su móvil. Maggie le agarra la muñeca. —Ven, ven —dice, con la mirada vacía —. Diez minutos.

Tambaleándose, lo arrastra por el pasillo, pasando cajas sin desembalar etiquetadas con los nombres de varias habitaciones. Pasan por el salón y varias puertas cerradas hasta que llegan a la cocina, donde una fila de más cajas sin abrir bordea una pared. —Siéntate, siéntate —dice, elevando la voz una octava, sonando como

una colegiala emocionada. Un altavoz inalámbrico sobre la mesa emite una dramática pieza de música clásica. Saca el taburete del extremo de la isla central, que separa el área de la cocina de unidades blancas de alto brillo de una mesa redonda a juego y un conjunto de sillas de cuero gris. Joey hace lo que le dice. No se atreve a desobedecer—. ¿Whisky, vino? ¿Cuál es tu veneno, Joey?

Él no quiere beber. Se siente expuesto. Como si ella le hubiera obligado a desnudarse y sentarse ahí sin ropa. Esto es más que extraño. —Agua estará bien, gracias.

—Vodka. Te traeré un vodka. ¿No es eso lo que bebéis los jóvenes?

—Estoy conduciendo.

Ella bosteza y se ríe, la misma irritante carcajada. Tambaleándose hacia la nevera Smeg, saca una botella de agua de marca y la desliza por la superficie lisa hacia Joey. —Te traeré un vaso. —Abre la puerta de un armario.

—No hace falta. Beberé de la botella —dice Joey, sus ojos recorren la habitación. Es enorme. Tan grande como todas las habitaciones de la planta baja de su pequeña casa juntas. Es tan clínica, tan blanca, excepto por la mesa puesta para dos. Una gruesa vela roja arde en un farolillo de acero inoxidable y cristal entre dos manteles individuales rojos colocados uno frente al otro, flanqueados por cuchillos y tenedores de plata para carne.

Maggie vacía el resto del vino tinto que hay sobre la encimera en su copa. La botella cae estrepitosamente sobre la superficie mientras la coloca junto a otra botella llena del mismo vino. Desde el otro extremo de la isla central, saca un taburete de la fila de cuatro. Hace todo esto con una sola mano. En la otra, empuña la pistola. —Quítate el abrigo y los guantes.

Hace mucho calor ahí dentro, pero no quiere quitárselos. Quiere beber su agua e irse. Da un trago.

La madre de Becca es elegante pero torpe: bien vestida con una camisa blanca y falda recta con una abertura en el frente, ; un rostro perfectamente maquillado, pero arrastrando las palabras y gesticulando con manos temblorosas. —¿Cómo has acabado involucrado en este tipo de comportamiento? —pregunta.

Joey se siente más incómodo con cada segundo que pasa. No quiere hablar con ella ni responder a ninguna de sus preguntas. Necesita quitarle la pistola y largarse de allí.

—¿Sabes por qué tengo esto? —La pistola parece muy grande en su pequeña mano. Su peso hace que su muñeca se mueva, mientras las uñas brillantes de su otra mano golpean la superficie de la isla central. Él niega con la cabeza, sin atreverse a hablar. ¿Qué se le *puede* decir a alguien con una pistola cargada en la mano? Ella se ríe histéricamente, apuntando la pistola a Joey—. Voy a asesinar al padre de Becca. Bang.

8

Maggie adopta una expresión seria, sus ojos vidriosos penetran los de él. Sus ojos son de un azul impactante, como los de Becca. —¿Sabes cómo deshacerte de un cadáver, Joey?

Joey siente que ella se está burlando de él. Ya basta. Se desliza del taburete. Realmente es hora de irse.

Ella le extiende la palma de la mano. —Quédate ahí —Una risa descontrolada brota de su boca—. ¡Estoy bromeando! —Joey puede ver a Becca en sus rasgos, pero se siente muy extraño. Puede ver a Becca, pero también ve a alguien más: alguien trastornado y desequilibrado.

—Tengo un plan —Da golpecitos con el cañón de la pistola contra su cabeza. Una mirada conocedora le arruga la frente.

¿Cómo ha acabado aquí?

Suena el timbre. Maggie se gira e imita el sonido. Lanza sus manos hacia Joey. —No te muevas.

Lo deja con los codos sobre la isla central, la cabeza entre las manos y la pistola descansando junto a su copa de vino tinto. Tan casual, como si fuera un cuenco de aceitunas. Debería largarse de allí. Irse. Ahora. Llevarse la pistola. No puede dejársela a ella. Va a matar al padre de Becca, por el amor de Dios. ¿Lo hará? ¿Realmente lo hará? Debería cogerla y salir corriendo, encontrar la puerta trasera y escapar. Necesita tomar el control, pero no puede pensar con

claridad. Quedarse con la pistola no es una opción. No puede llevarla a casa. Tiene que volver a donde vino, a CC. Eso es lo más lógico. Salta del taburete y está a punto de alcanzar ese feo pedazo de metal cuando oye el taconeo de ella por el pasillo.

—Solo era Amazon —dice, dejando caer tres cajas sobre la mesa de la cocina—. ¿Qué habrá pedido ahora mi hija? —Se acerca a él, el hedor a alcohol es aún más intenso. Lo empuja para que vuelva a sentarse y retoma su posición en el taburete. Bebe un sorbo de vino, balanceando las piernas de un lado a otro. Sus manos tiemblan. Calcula mal al dejar la copa y esta golpea la encimera como hizo la botella antes—. Ups —dice, limpiándose el vino derramado en la manga de su camisa blanca. Una mancha rojo oscuro tiñe la sedosa tela.

—¿Quieres saber p-por qué voy a asesinar a mi marido?

Así que *sí* planea asesinar al padre de Becca. No, no quiere saber por qué, pero supone que se lo va a contar de todos modos. Golpea con los nudillos la isla central. Joey no puede hacer otra cosa que mirarla fijamente. —¿Te ha contado Becca que tiene una aventura?

Joey niega con la cabeza y murmura: —No —Eso es verdad. Becca nunca ha dicho nada negativo sobre su padre, salvo que es un poco sobreprotector.

La tristeza proyecta una sombra sobre su rostro mientras una profunda melancolía la envuelve. —Con su asistente personal. ¿Puedes creerlo? —Los pendientes de perlas que hacen juego con su collar se balancean de un lado a otro mientras sacude la cabeza con fuerza—. Me ha destrozado.

Joey no sabe qué decir.

—Bueno, *era* su asistente personal. Así empezó, de todos modos. Pero Jessica Samuels es más que eso ahora. Es la... —Extiende un brazo teatralmente—. Directora de Operaciones de la empresa. Su mano derecha, como él se refiere a ella, completamente indispensable —Sus ojos fulminan la pistola—. ¿Y sabes cuánto tiempo lleva siendo más que eso? —No le da a Joey la oportunidad de responder—. ¿Cuánto tiempo lleva mi marido follándosela a mis espaldas? —Joey se estremece. Maggie no es el tipo de persona que suele decir palabrotas. No según su experiencia. En las pocas

ocasiones en que la ha conocido, siempre ha parecido del tipo callado. La mujer que revolotea, atendiendo las necesidades de todos. Da otro sorbo de vino—. ¿Sabes qué lo hace peor? Confiaba en ella. Cuando se unió a la empresa, le enseñé todo lo que luego utilizó en mi contra para robarme la vida. Pensaba que era mi amiga.

¿Por qué le está contando todo esto?

Sus facciones se contraen, haciendo que su rostro parezca retorcido. Le recuerda a Joey a alguien. Ve a Becca en ella, pero no en la fealdad de esta distorsión. —¿Sabes cómo se siente que un amigo te traicione?

Joey asiente.

—Cuéntame.

Joey permanece callado. No confía en sí mismo para hablar. Ella está tan desquiciada que teme decir algo incorrecto y que le apunte con la pistola.

Ella se lo repite, con voz más exigente. —Cuéntame — Desenrosca la parte superior de la botella de vino llena y vuelve a llenar su copa. El silencio de él parece borrarle el recuerdo de su pregunta—. ¿Te ha contado Becca que intentaron internarme? Los dos me quieren en el manicomio para poder fugarse juntos. Lo han estado planeando.

Joey intenta mantener la calma, a pesar de su inquietud. Sus ojos no paran de ir de ella a la pistola. ¿Podría reducirla, quitarle el arma y salir corriendo? Lo considera, pero está sentado demasiado lejos para simplemente estirar el brazo y cogerla. Está aterrorizado de que ella le apunte. Se siente un cobarde, pero el miedo se ha apoderado de él. Agarrándose al borde del taburete, se prepara para el momento adecuado para desactivar esta situación.

—Una noche, cuando estaban de viaje de negocios, fui a la oficina. Viaje de negocios, y un cuerno —Joey se estremece. Oírla decir palabrotas todavía le suena tan extraño—. Encontré folletos en su despacho. Incluso había llegado al punto de hacer consultas. Había hecho anotaciones por todas partes con diferentes programas y sus precios. Eso también me destrozó —Agita distraídamente la pistola en su dirección—. Entonces, dime, ¿cuánto tiempo crees que llevan con su aventura?

Joey se muerde el labio y mira al suelo. No sabe qué decir, ni adónde mirar.

—¿Cuánto tiempo, Joey? —Coloca la pistola en la isla central.

Él se encoge de hombros. Sus ojos se dirigen a la pistola. Esta es su oportunidad. Va a levantarse cuando ella mete su dedo corazón dentro del guardamonte, haciendo girar la pistola en círculos, cada vez más rápido. —Más de dos años —Las comisuras de su boca se curvan hacia abajo, y asiente, repitiendo: «Dos años enteros» tantas veces que Joey pierde la cuenta. Su dedo sigue haciendo girar la pistola. Las lágrimas empiezan a caer—. Se quedó con mi trabajo. Me quitó a mi marido. Lo tenía todo planeado. Mi hermano me lo contó, ¿sabes? Así es como me enteré. Al principio no le creí. Pero mi hermano tenía razón. Todo lo que necesitaba eran pruebas. Y las conseguí. ¿Sabes cómo?

Joey la mira y niega con la cabeza. No más preguntas, por favor. Se siente como si estuviera de vuelta en la comisaría donde acabó justo después de la muerte de su padre. Cuando la policía lo interrogó sobre un robo que involucraba a sus supuestos amigos de la pandilla con la que solía juntarse. Cuando en realidad estaba en casa cuidando de su madre. Fue entonces cuando el peso de la desesperanza lo aplastó. Fue entonces cuando lo traicionaron.

Ella deja de hacer girar la pistola y la coge, aumentando la inquietud de Joey hasta convertirla en pánico absoluto. Las lágrimas brotan de sus ojos, cayendo por su rostro enrojecido mientras agita la pistola de manera precaria. —¿Qué crees que encontré, Joey? —Apunta la pistola en su dirección otra vez.

¿Está puesto el seguro? No puede saberlo. Un gemido escapa de su boca mientras se echa hacia atrás en el taburete, manteniendo las manos extendidas, listas para protegerse de una bala. Mira alternativamente a Maggie y a la pistola. No puede morir ahora. ¿Qué pasará con su familia? ¿Quién cuidará de ellos? —Maggie, por favor, baja la pistola. Me estás poniendo nervioso —Salta del taburete, con las manos todavía protegiendo su cuerpo—. Nada bueno puede salir de que esa cosa se dispare.

Ella no está escuchando. Su llanto se vuelve histérico. Como si estuviera cayendo en espiral por un pozo de desesperación sabiendo

que no hay salida. —Me convertí en esa esposa loca y paranoica que ves en las películas. Ya sabes, la que revisa bolsillos, espía llamadas telefónicas, husmea en correos electrónicos. Esa era yo. Encontré todo lo que necesitaba. Oh, Dios —se lamenta. Se levanta y da dos pasos hacia atrás. Mirando a Joey a los ojos, coloca tranquilamente la pistola en su sien y aprieta el gatillo.

9

El estallido del revólver reverbera por toda la habitación. El ruido es ensordecedor. Joey grita. Sus manos se apresuran a proteger sus oídos, pero no lo suficientemente rápido. El sonido atraviesa su cuerpo, el dolor es intenso. El cuerpo de Maggie sigue la trayectoria de la bala antes de ceder ante la gravedad y desplomarse en el suelo. Durante una fracción de segundo, ella mira a Joey, con los ojos llenos de desesperación. ¿Pero fue eso antes de apretar el gatillo o después, sabiendo que había hecho algo estúpido, muy estúpido? En toda la confusión, Joey no lo sabe. Una lluvia de sangre salpica los armarios blancos brillantes y la pared detrás de ella. Como si alguien hubiera cogido un pincel, lo hubiera mojado en pintura roja y lo hubiera sacudido contra la pared.

Necesita ayudarla. Corre hacia su cuerpo sin vida. Pero entonces se detiene. ¿Cómo podría explicar esto? ¿A la policía, a Becca? Él trajo el arma con la que la madre de ella se suicidó. Se golpea la sien con las palmas de las manos, encerrando su cabeza como en una coraza de protección ante la enormidad de la situación en la que ha sido lo bastante tonto como para meterse. Gimotea. No puede pensar con claridad. Debería llamar a una ambulancia. Lo sabe. Pero primero necesita salir de allí. ¿Y si el padre de Becca vuelve a casa y lo encuentra allí? ¿O Becca?

Cálmate, Joey. Deja de entrar en pánico. Necesitas pensar con claridad.

Pero no puede pensar con claridad. ¿Quién podría? Esto está más allá de su comprensión. Le está matando la cabeza, y el pitido en los oídos por el disparo es persistente. Lo único seguro es que necesita salir de allí y llamar a una ambulancia. Rápido. ¿Es eso lo correcto? No lo sabe. Está demasiado alterado. Mira fijamente el arma. ¿Y si las huellas de Dylan siguen en ella? La limpió, pero ¿y si no la limpió bien? No lo sabe. ¿Podrían rastrearla hasta él? Oh, Dios, simplemente no sabe lo suficiente sobre estas cosas. Sin atreverse a arriesgarse, coge una servilleta de la mesa, recoge el arma y se la mete en el bolsillo del abrigo. Está temblando tan fuerte que cree que podría vomitar. No, Joey. No puedes vomitar, por favor, no más fluidos corporales. Cálmate. Habla en voz alta. —Esto es lo que vas a hacer. Vas a coger el arma y volver a tu coche—. La botella. No puede dejar esa botella de agua. La coge. ¿Había algo más? Echa un vistazo rápido a la habitación antes de apagar la luz y salir corriendo por el pasillo.

Pero en la puerta principal se detiene y duda. ¿Y si le ven salir? No puede arriesgarse. Se lanza al salón, buscando otra salida. Las puertas del patio dominan la pared del fondo. Corre hacia ellas y prueba el tirador. Por supuesto, están cerradas. Nada es tan sencillo. Busca una llave. Una pequeña caja decorativa está sobre una vitrina de cristal en la esquina. Por una vez, tiene suerte. Encuentra una llave e intenta meterla en la cerradura, pero sus manos temblorosas y los guantes hacen que sea una tarea demasiado difícil. No puede arriesgarse a quitarse los guantes. Se detiene unos segundos para calmarse antes de intentarlo de nuevo. La llave entra a la primera y consigue abrir la puerta.

Sale al exterior, pero entonces recuerda. La mochila. Eso tendrá su ADN por todas partes. Y el de Dylan. ¿Importa? No lo sabe. Vuelve a entrar y se lanza hacia el armario en el pasillo. Más grande de lo que pensaba, más bien una habitación. Probablemente sea tan grande como el dormitorio de su hermana. Ahí está la mochila. Ha caído encima de un amplio zapatero tan alto como él. ¿Cuántos zapatos necesita una familia de tres? Entra para cogerla, pero se

detiene. Horrorizado, oye que se abre la puerta principal. Becca grita: —¡Mamá! ¿Has oído ese ruido? ¡Sonaba exactamente como un disparo!

10

—Mamá, ¿dónde estás? —pregunta Becca con su forma de ser despreocupada y alegre.

No, no, no. Esto no puede estar pasando. Joey se acurruca detrás del zapatero en la oscuridad, apretando su cuerpo contra la pared.

—Mamá. ¿Estás ahí?

Oye cómo el bolso de Becca cae al suelo con un golpe seco. Se dirige hacia el armario. Sus pasos se acercan. Podrá oír los latidos de su corazón retumbando contra su pecho; está seguro. Quedarse quieto; debe quedarse quieto. Puede verla a través del panel lateral enrejado del zapatero.

Ella cuelga su abrigo en la parte superior de la puerta, estirando el cuello como si intentara buscar a su madre. Lanza sus deportivas al armario de una patada. Caen a los pies de Joey. Una de ellas golpea la punta de su zapatilla. Hace tanto calor allí dentro, es asfixiante, como si estuviera agachado junto a un fuego ardiente. No puede soportarlo. Ella entra en el armario. Ha llegado el momento. ¿Cómo va a explicar lo que ha ocurrido? Su madre está muerta en la cocina, y el arma que la mató está en su bolsillo. Suena un teléfono. Por una fracción de segundo, piensa que es el suyo. El pánico que recorre su cuerpo crece como una bola de nieve, hasta que recuerda

que dejó intencionadamente su teléfono en casa. No quería que lo localizaran en esta zona.

Becca contesta su teléfono. —Hola, tío Ronny. —Se estira hacia la parte superior del zapatero y coge un par de zapatillas, instintivamente, y por suerte para Joey, sin mirar lo que está haciendo. Está tan cerca de él que podría alargar la mano y tocarla. Contiene la respiración, temeroso de que ella pueda oírlo respirar—. Repite eso. —Chasquea la lengua, alejándose del armario—. No te oigo bien... no, lo siento, no he revisado mis mensajes. Acabo de llegar a casa. —Otro chasquido—. La línea está entrecortada. Iba a ir al cine con mi amiga, pero cambiamos de opinión. —Joey oye un suave golpe cuando las zapatillas caen al suelo—. Me acordé de ti. —Ríe—. Compré un Subway. Uno de esos wraps Mega Meat que siempre solíamos comer juntos. Luego vine directamente a casa, pero no creo que mamá esté... no sé dónde está. Debe haber salido.

—Quizás está arriba —le dice Becca—. Voy a mirar... No. Papá no viene a casa esta noche. Tuvo que quedarse otra noche en la conferencia. Algo relacionado con una reunión con un cliente... Vale. Se lo diré y haré que te llame. —Hay una pausa—. ¿Qué ha sido eso? No te oigo bien... ¿Qué? ¿Estás ahí? —Becca chasquea la lengua una vez más y cuelga—. ¿Mamá, estás en casa? —grita mientras se dirige por el pasillo hacia la cocina.

Y entonces lo oye.

El grito penetrante de la chica que ama. Le atraviesa como aquella bala en la cabeza de Maggie. Quiere ir y ayudarla, consolarla, alejarla del desastre del que él es parcialmente culpable. Le está dando un calambre en la pierna. Se pone de pie. El dolor es intenso. Tiene que salir de allí.

—Ambulancia. Necesito ayuda. Creo que han disparado a mi madre. No creo. No tiene pulso... No. No puedo dejarla. —La voz de Becca resuena por el pasillo—. No hay nadie más en la casa. No lo sé. No creo que haya nadie. No voy a dejarla. Necesito ayudarla.

Joey se mueve hacia la puerta del armario. Necesita huir. Va a ser su última oportunidad. ¿Y si alguien lo reconoce mientras regresa caminando a su coche? Esta no es una zona que conozca particularmente bien, pero otros sí. Presa del pánico, se obliga a

respirar profundamente mientras intenta decidir qué es lo mejor. Algún tipo de disfraz, eso es lo que necesita. Las cámaras de seguridad deben haberlo captado en algún lugar durante el trayecto desde su coche hasta la casa. Si no, definitivamente en el timbre con vídeo, aunque duda que pudieran reconocerlo con la máscara y la gorra como disfraz. Pero siempre hay una posibilidad. Y con su suerte, es un riesgo que no puede permitirse correr. Agarra un abrigo de hombre del perchero y un par de zapatillas deportivas del zapatero, que deben pertenecer al padre de Becca.

Sigilosamente, sale del armario. Está a punto de correr hacia el salón cuando algo llama su atención junto a la puerta principal. El trozo de tela negra en el que estaba envuelta la pistola. No puede dejarlo allí. Se acerca de puntillas y lo recoge, metiéndolo en su bolsillo junto con el arma. La desesperación de Becca lo está torturando. —Hay sangre por todas partes. ¿Cuánto tardará en llegar una ambulancia? No, no puedo dejarla. No lo haré. No lo haré.

Deben pensar que el pistolero todavía está en la casa. Tiene que salir de allí. Rápido.

Becca continúa histéricamente: —No puedo esperar tanto. Tenéis que ayudarme.

Esto es un infierno en la tierra. Se asoma por la pared del pasillo, hacia la cocina donde ella ha encendido la luz. Puede verla arrodillada junto a su madre, con el teléfono encajado entre el hombro y la oreja. ¿Captará su atención cuando pase frente al salón? Seguramente está demasiado absorta ocupándose de su madre muerta. No puede permitirse esperar más. Una ambulancia llegará en cualquier momento, y también la policía. Respira hondo y cruza rápidamente el pasillo hasta el salón, donde abre silenciosamente la puerta del patio y se desliza al exterior, aliviado por el aire frío.

Sin querer perder ni un segundo, se cambia las zapatillas y mete las suyas en la mochila. Es un apretón, pero apenas puede cerrarla. Rápidamente se pone el abrigo, una parka con capucha, encima del suyo, lo cierra con la cremallera y mete la mochila por delante. Del bolsillo trasero, saca su máscara negra, se la pone y se sube la capucha de la parka.

Mientras hace esto, evalúa el jardín, sopesando sus opciones. Un camino de baldosas conduce a una puerta trasera. ¿Es esa su mejor opción? No lo sabe. ¿Quizás la puerta lateral y salir por el frente sería una mejor elección? Al menos sabrá hacia dónde va. Se recrimina a sí mismo. Mala idea. No es el momento. Podría encontrarse con la

ambulancia. Y la policía; ellos también estarán en camino.

Tomando el camino de baldosas, se apresura hacia la puerta, resbalándose con las zapatillas que son al menos una talla más grande para él. La puerta no se abre. Forcejea con el cerrojo rígido, levantando la puerta con el pie para aflojar la carcasa. Afortunadamente, no tarda mucho, y finalmente es libre para regresar a su coche.

Pero no está libre.

Nunca lo estará.

La imagen de la madre de Becca apretando el gatillo y desplomándose en el suelo, junto con los gritos desgarradores de Becca, le atormentarán el resto de su vida.

La verja da a un estrecho sendero. No puede evitar que su cuerpo tiemble. Se detiene para recuperarse y apoya la espalda contra la valla, mirando al cielo. Está nevando. ¿Qué ha hecho? Respira profundamente para calmarse antes de emprender el camino.

Joey no regresa a su coche por donde vino. Había decidido dar un rodeo, algo de lo que ahora se alegra. Empieza a caminar, diciéndose constantemente que vaya más despacio. La gente no camina tan rápido. ¿O sí? Con este frío, ¿no intentarían todos llegar a su destino lo más rápido posible? Alguien que se acerca le llama. ¿Qué demonios? ¿Le están llamando a él? Se gira en dirección contraria, obligándose a seguir adelante. Sigue moviéndote, Joey. Sigue moviéndote. Pasa junto a algunas personas más, pero mantiene la mirada fija en el suelo, agradecido por la nieve.

Cuando Joey llega a la calle que está a dos de donde aparcó el coche, comprueba que no haya cámaras de seguridad antes de meterse en un callejón, donde se detiene para volver a ponerse sus

propias zapatillas deportivas y quitarse la parka. Esconde las zapatillas dentro de ella, la enrolla y coloca bajo el brazo.

Ya en su coche, se sienta un minuto, intentando asimilar la enormidad de la última hora. La parka y las zapatillas del padre de Becca, junto con la mochila, están en el asiento del copiloto. Saca la pistola del bolsillo de su abrigo e intenta meterla en el bolsillo de la parka, pero no cabe. Saca un gorro y un par de guantes. También deben de ser del padre de Becca. Los vuelve a meter y prueba con el otro bolsillo. Aparte de un pañuelo usado, está vacío. Joey mete la pistola dentro. Su respiración es rápida y superficial, su mente trabaja a toda velocidad. Necesita deshacerse de estas cosas. Pero ¿cómo? ¿Dónde? Un río. Podría llenar los bolsillos con piedras y tirarlos al canal. ¿Se hundirá? No tiene ni idea. ¿Y las zapatillas? Quizás pueda quemarlas. ¿Dónde? Simplemente no lo sabe. Estas son preguntas que jamás pensó que tendría que responder.

Quiere irse a casa. Pero sabe que no puede ir directamente. Necesita calmarse. Su madre sabrá que algo va mal. No puede pensar con claridad. Los gritos de Becca, repitiéndose en su mente, no se lo permiten. Tampoco la conversación que tuvo con Maggie antes de que se apuntara con esa pistola, ni la imagen de las paredes manchadas de sangre, ni la breve expresión en su rostro justo antes de que la bala le atravesara el cráneo. ¿Era una mirada de arrepentimiento? ¿Pena? ¿Alivio? Tenía la intención de usar la pistola contra su marido. ¿Lo entendió bien Joey? Quería asesinar a su marido. ¿Qué le hizo cambiar de opinión? Tantas preguntas que no puede contestar.

El padre de Becca, Alan, siempre ha parecido buena persona. Joey solo lo ha visto unas pocas veces. Cuando a veces deja a Becca en el supermercado, y en la fiesta de aniversario de boda que celebraron en su antigua casa el año pasado. Esa fue la primera vez que Joey habló extensamente con él, principalmente sobre fútbol. Becca ha mencionado antes que cree que sus padres están teniendo algunos problemas. Muchas discusiones, pero nunca aludió al motivo de ellas. ¿Sabe ella que su padre ha estado viéndose con su asistente a espaldas de su madre? Alan no parece ese tipo de hombre.

El abrigo, las zapatillas y la mochila en el asiento del copiloto le recuerdan el lío en el que está metido. Se están burlando de él. Es como si pudieran hablar. "Mira lo que has hecho, Joey Clarke. Has abandonado a alguien que te necesitaba. ¿Qué clase de ser humano eres?". Debería haber sido sincero, quedarse y ayudar a Becca. ¿Qué le pasa? No solo dejó a una mujer muerta, dejó a Becca, la mujer de la que se ha enamorado, para que lidiera con todo ello.

Sin previo aviso, la compuerta del arrepentimiento se abre de golpe. Se sienta y solloza. No puede controlarse. No es propio de él. Joey no llora fácilmente. Incluso después de que muriera su padre, contuvo su dolor por el bien de su familia. Pasaron meses antes de que derramara una lágrima, y eso fue en la comisaría mientras protestaba por su inocencia ante un crimen que no cometió.

Cogiendo la mascarilla del compartimento lateral de la puerta del coche, se limpia las lágrimas y los mocos de la cara. Tiene que calmarse e idear un plan. Si se asusta, va a arruinar realmente su vida. La pistola. Debe deshacerse de la pistola. Esa tiene que ser su prioridad, ¿verdad? Luego puede pensar qué hacer con el abrigo, las zapatillas y la mochila. Son más grandes y voluminosos y será más difícil deshacerse de ellos.

Arranca el motor y maniobra para salir del aparcamiento. La pistola. ¿Qué hacer con la pistola? ¿Es buena idea el canal? Un tramo de agua de nueve millas con varios puntos de acceso desde donde podría tomar el camino de sirga. Tendría que hacerlo ahora. Sería demasiado arriesgado intentar deshacerse de ella durante el día. Pero los canales tienen mala reputación después del anochecer, y aunque no es la hora más oscura de la noche, sabe por sus días rebeldes acerca de las drogas y la violencia que ocurre allí. La pandilla con la que solía juntarse a menudo se reunía por allí. No. Mantén la calma, Joey. Mantén la calma. Esto requiere planificación. Si se apresura, le atraparán. ¿Qué pasará entonces con su familia?

Una ambulancia con las luces azules parpadeantes pasa zumbando a su lado. ¿Se dirige a casa de Becca? No puede ser. Habrían llegado más rápido en una emergencia así. Pero tal vez no pudieron. Ha oído hablar de las dificultades que ha enfrentado el servicio de ambulancias desde que comenzó el Covid. El marido de

una amiga de su madre tuvo un infarto y tuvieron que esperar una hora y veinte minutos para que llegara una ambulancia. ¿Ha tenido que esperar Becca todo este tiempo sola con su madre muerta? Pensar en ella acurrucada junto a su madre es desgarrador. Le dan ganas de volverse la pistola contra sí mismo. Gira a la izquierda hacia una calle lateral e intenta encontrar un sitio, pero los coches están aparcados a ambos lados de la carretera, parachoques contra parachoques. No puede esperar más. Pisando el freno, busca a tientas la manilla para abrir la puerta y vomita en la carretera.

11

Hetty está esperando cuando Joey llega a casa. Él la aparta. Ella se detiene, con una expresión de incredulidad enfurruñada en su linda carita. Él se agacha y la toma en sus brazos. —Lo siento, Hetty —le acaricia el cuello—. Lo siento mucho. —Las voces fluyen desde el salón, débiles frente a Dua Lipa sonando a todo volumen desde la habitación de Megan. El olor a comida china llena el aire. Su madre nunca cocina chino. Espera que no se haya gastado el dinero que le dio en comida para llevar.

Su madre aparece en el pasillo, toda arreglada. Sus vaqueros nuevos —su regalo de Navidad de sus hijos que Joey compró con su tarjeta de crédito— y una blusa rosa, junto con una sutil aplicación de colorete y pintalabios, la hacen verse mejor de lo que la ha visto en mucho tiempo. De repente recuerda que prometió quedarse con los niños mientras ella salía a cenar con Ade.

—¿Dónde has estado? —pregunta ella.

—Lo siento —dice Joey. Una palabra que ha usado en exceso últimamente.

—Se suponía que iba a salir. Dijiste que te quedarías con los niños.

Suelta a Hetty de sus brazos y se pone de pie. —Lo sé. Lo olvidé. Lo siento mucho, mamá. —Ahí va de nuevo. ¿No se supone que lo siento es la palabra más difícil de decir?

—Está bien. Cambiamos nuestros planes. Ven y conoce a Ade. —Agarra la manga de su abrigo—. No quería dejar a los niños, así que fue al chino y compró comida para llevar. Hay suficiente para ti.

Una sensación de absoluto pavor se apodera de él. No podría haber un peor momento para conocer al nuevo novio de su madre. Solo quiere llevar a cabo el plan que ideó durante el camino a casa. Llevar la pistola al desván con el pretexto de que quiere buscar una caja con cosas de su padre para revisarlas, que vio cuando subió a buscar el calefactor. No hacer conversación trivial mientras se fuerza a tragar un plato de fideos de Singapur y ternera crujiente con chile. Pero no tiene elección. Sería extraño ignorar a su nuevo pretendiente. —Ven, ven —dice ella, tirando de su brazo.

Cuando llegan al salón, Ade se levanta de la mesa del comedor. Su madre los presenta, sonriendo nerviosamente. Ade asiente hacia Joey. —Encantado de conocerte. Tu madre me ha contado muchas cosas sobre ti. —Es alto, sin afeitar, con ojos asimétricos, lo que inquieta a Joey. Dylan está sentado a la mesa junto a Ade. Mira fijamente a Joey como si intentara decirle algo.

—Siéntate, siéntate, cariño —dice su madre—. Quítate el abrigo.

Joey se la quita de encima. Su abrigo debe quedarse puesto. —No hace falta. Solo voy a ir al baño y volveré enseguida. Encantado de conocerte, Ade —dice antes de dirigirse a la puerta.

—Joey —lo llama su madre, con decepción en su tono.

—Vuelvo en un minuto —dice con una ligereza forzada en su voz antes de subir las escaleras de tres en tres hasta su dormitorio, donde cierra la puerta y se desliza hasta el suelo. En su espacio seguro, sus emociones toman el control. Todo su cuerpo tiembla. Abraza sus rodillas contra su pecho, sus respiraciones son tan profundas como el problema en el que está metido. No debería haber aceptado los repartos de CC. Nunca debería haber atendido esa llamada telefónica el domingo por la noche.

No se queda así por mucho tiempo. Actuar rápidamente es la clave del juego. Se levanta y camina por la habitación, ideando un plan revisado. Saca la pistola del bolsillo de su abrigo, la desenvuelve de la servilleta. Su superficie metálica brilla a la luz de la luna. Le dio una limpieza rápida antes. Después de vomitar, se

detuvo en una gasolinera y compró algunos cigarrillos. Sabía que no debería. Un gasto tan innecesario, pero no podía calmarse. Luego logró encontrar un espacio para aparcar en la calle contigua. Una calle trasera sin viviendas, donde fumó dos cigarrillos, uno tras otro, entre limpiar la sangre de la madre de Becca de la pistola con los guantes que encontró en el bolsillo de la parka. La limpiará adecuadamente más tarde. Por ahora, la envuelve en una toalla de mano que encuentra en el suelo y la mete bajo la sábana, debajo de su almohada.

Con calma, camina al baño y se apoya contra el lavabo. Se mira en el espejo, pero no por mucho tiempo. La imagen es demasiado fea. Abre el grifo y se salpica agua fría en la cara, luego se limpia los dientes para librarse del sabor amargo de su purga inoportuna anterior.

Un generoso plato de comida china le espera cuando regresa al salón. Es un regalo, un banquete, comparado con el plato único habitual que tienen en las raras ocasiones que piden comida para llevar. Ade está tratando de impresionar. Debe gustarle mucho. Ella se ve bien arreglada. Se siente triste pero contento. Triste porque no es para su padre para quien se arregla, pero contento porque finalmente está recuperando su vida. Ha pasado mucho, mucho tiempo.

Joey examina las sobras disponibles. Si solo se sirve una pequeña porción, habrá suficiente para alimentarlos a todos, mañana por la noche.

—¿Dónde has estado? —pregunta su madre, cargando su plato con más arroz frito con huevo.

—Estuve en el pub. Perdí la noción del tiempo. Lo siento. —Extiende su mano bruscamente y cubre el cucharón—. No más para mí.

Su madre lo mira con sospecha. Mentir nunca ha sido su fuerte. Por lo que a ella respecta, es tan fino como el papel de arroz cuando se trata de contarle mentiras. Puede ver a través de él. Cuando era niño, una vez fingió estar enfermo porque quería un día libre de la

escuela. Su padre también lo descubrió, y Joey nunca dejó de escuchar sobre ello.

Su madre le lanza la mirada. Esa que le dice que pueden continuar esta conversación en otro momento. Por ahora, ella quiere que todo salga bien.

Y todo sale bien. Por un tiempo. Ade parece una persona bastante decente. Sostiene una botella de vino hacia Joey. —¿Te gustaría una copa?

Joey necesita relajarse. Sus nervios están destrozados. Pero debe mantener la cabeza clara. El vino le hace hablar. Demasiado. —No, gracias.

—Mira, Joey —dice Megan, rellenando su vaso de una botella familiar de cola. Su madre nunca compra cola. Detesta esa bebida. "Pudre los dientes y altera tus niveles de azúcar en sangre". Megan sonríe a su vaso de cola, el santo grial de las bebidas en su mundo —. Ade lo compró para nosotros.

—¿Puedo servirte un vaso de eso en su lugar? —pregunta Ade. Joey acepta. Tal vez le calme el estómago. ¿A quién intenta engañar? Nada le calmará el estómago hasta que haya solucionado el lío que está causando que dé vueltas.

—¿En qué pub sueles beber? —pregunta Ade.

—El Coach and Horses.

—Lo conozco.

Joey coge una galleta de gambas y la coloca en su lengua. —Gran comida china —dice—. ¿De dónde la habéis pedido? ¿Del Flame Wok o del Noodle House?

—Del Flame Wok —responde su madre—. Sus fideos son mucho mejores. También sus galletas de gambas.

Joey dirige la conversación hacia temas que al menos le permitirán consumir algunos bocados, tratando de ignorar las miradas desconcertantes que Dylan le lanza. ¿Qué le pasa? —¿A qué te dedicas, Ade? —pregunta Joey.

Ade fija sus ojos en Joey y dice: —Estoy en la policía. Soy detective.

12

Joey deja de masticar. El sabor de la ternera con chile se ha vuelto rancio. Le cuesta tragar. —Debe de ser un trabajo interesante —son las palabras que consigue encontrar. Como si este hombre sentado frente a él pudiera ver a través de él y más allá del techo hasta esa pistola que descansa bajo su almohada.

—Tiene sus momentos.

Joey se remueve en su silla. El calor le invade el cuerpo. Pronto le llegará a las mejillas y le delatará. Un hombre con la profesión de Ade seguramente sabe leer las señales. ¿O es la vergüenza de lo que ha hecho lo que dispara su paranoia? Se quita la sudadera con capucha, aliviado cuando Dylan se roba el protagonismo con su frase lapidaria: —¿Has visto alguna vez un cadáver, Ade?

Ade sonríe con afecto. —Algunos. —Se frota la barba de diseño. ¿O es que simplemente no se ha afeitado en días? Joey no logra decidirse.

—Cuéntanos sobre ellos —dice Dylan con entusiasmo. Quiere ser patólogo forense cuando sea mayor, así le dijo a su familia el año pasado, después de que terminaran de ver *Silent Witness* en maratón.

Joey no quiere escuchar. ¿Cómo puede alguien dedicarse a ese trabajo? Él vio su primer cadáver esta noche, y es suficiente para toda una eternidad.

—No puedo —dice Ade.

Dylan es persistente. —¿Por qué no?

—Sería muy poco profesional por mi parte.

—¿Qué haces durante todo el día? —Dylan se mete un rollito de primavera en la boca.

—Bueno, ya sabes, investigamos delitos graves como agresiones, robos, allanamientos. Ese tipo de cosas. Sí que detenemos e interrogamos a personas, pero no es como la tele te haría creer. —Sonríe—. La mayoría del tiempo se pasa esperando y haciendo papeleo. Hay muchísimo papeleo. Más del que jamás podrías imaginar.

Dylan golpea con sus palillos contra el cuenco. Parece decepcionado porque Ade evidentemente está restando importancia a su ocupación, haciéndola menos glamurosa de lo que Dylan imagina. —Cuéntanos sobre el caso más sangriento en el que hayas trabajado.

—Dylan, cállate ahora mismo —ordena su madre—. Y no golpees los palillos así. Es de mala educación.

—¿Por qué es de mala educación? —pregunta Ade.

—Es como los indigentes piden comida en China y se considera una falta de respeto en los restaurantes.

Ade asiente con la cabeza. —Cada día se aprende algo nuevo.

Dylan repite su petición. —Venga. Cuéntanos tu caso más sangriento.

—Dylan, he dicho que ya basta.

Ade toca la mano de su madre y sonríe, al parecer divertido por la naturaleza inquisitiva de un niño inocente.

Joey coloca los palillos sobre su cuenco. Ni siquiera puede fingir que está disfrutando. Todo lo que ve es la sangre de Maggie y partículas de su cerebro en cada bocado de ternera crujiente con chile.

—Apenas has comido. ¿Qué te pasa últimamente? —pregunta su madre.

—Solo estoy un poco cansado, nada más. —Joey se levanta, recoge los platos y los apila—. Ha sido un día ajetreado. Me voy a

duchar. —Necesita alejarse de allí. Alejarse del detective, que le mira como si fuera otro criminal culpable.

—Tenemos tu helado favorito en el congelador —dice su madre. *¿Tenemos?*—. Ade lo compró cuando fue a buscar la comida china. —Ya les hace sonar como si fueran un matrimonio.

—No hace falta. Guardadme un poco para mañana. —Joey mira a Dylan y hace un gesto en dirección a la cocina—. Te toca fregar. Yo secaré. —No espera a que su hermano proteste. Sonríe a Ade y dice —: Encantado de conocerte. Gracias por la cena. Estaba deliciosa, todo un lujo —antes de dejar la mesa para llevar los platos sucios a la cocina.

Dylan le sigue. —¿Qué pasó? ¿Dónde pusiste la pistola?

Joey le lanza una mirada horrorizada. —Cállate.

—No pueden oírnos —articula Dylan sin voz.

—Hablas más alto de lo que crees. No quiero hablar de ello. Está solucionado. Hecho. Terminado. Vamos, colega. Tenemos que seguir adelante.

Joey yace en la cama, con la pistola bajo su cabeza. Necesita seguir el consejo que le dio a su hermano anteriormente: seguir adelante. Siente como si la cabeza le fuera a explotar, a pesar del ibuprofeno que tomó antes de ducharse. Explotar como lo hizo aquella bala a través de la cabeza de Maggie. Quiere llevar la pistola al desván, junto con la parka y las zapatillas del padre de Becca y la mochila, que trasladó al maletero del coche, pero Ade sigue abajo. Si intenta llevar todo al desván a estas horas de la noche, su madre se preguntará qué demonios está haciendo. Y luego está Dylan. Joey no puede soportar ahora el turno de preguntas. Además, ¿cómo explicará que va a buscar la parka, las zapatillas y la mochila a su coche? No son precisamente objetos que pueda meter en el bolsillo de su abrigo.

El teléfono vibra sobre su pecho. Los mensajes de CC inundan su pantalla, preguntándole si la entrega salió bien. Joey no encuentra fuerzas para responder. Una llamada perdida sigue al último mensaje, que Joey escucha mientras se muerde la uña del pulgar. El

tono de CC es exigente, pidiéndole a Joey que lo llame inmediatamente.

Charlas y risas suben desde el salón. Son más de las diez y media. Normalmente, su madre apenas aguanta despierta hasta las nueve. Es como si la compañía de Ade le hubiera estado suministrando latas de Red Bull gota a gota. La misma sensación de tristeza, pero la alegría de antes se cierne sobre él como una nube gris. ¿Por qué no se va Ade ya? Ha estado en su casa bastante tiempo. Joey hace una mueca ante sus pensamientos. Está siendo injusto.

La voz de Dylan sube desde la litera de abajo. —¿Estás despierto, Joey?

Joey lo ignora e intenta dormir. Pero no puede. Las imágenes de Maggie se niegan a abandonar su mente. Es pasada la medianoche cuando Ade se marcha. Escucha sus murmullos distantes de conversación en la puerta principal, despidiéndose. Sus manos corren a taparse los oídos.

Después de apagar su teléfono, se retuerce más que los acontecimientos de su vida en estos últimos días. El zumbido en sus oídos por el disparo no ayuda; el ruido constante le recuerda sus pecados. No puede dejar de pensar en Becca. Quiere desesperadamente llamarla, pero no confía en sí mismo. Tampoco quiere alertar a Dylan sobre lo que ha ocurrido. Se levanta para tomar otra dosis de ibuprofeno, pero descubre que el suministro habitual que guarda en el cajón superior se ha agotado. ¿Cómo los ha terminado tan rápido? Poniéndose la bata, baja sigilosamente las escaleras, pero el pánico le hace dar media vuelta ante la idea de que Dylan encuentre la pistola de nuevo. Regresa a su habitación, sube silenciosamente a su litera y mete la pistola y su teléfono en los bolsillos.

La casa está tan fría que es como si alguien hubiera abierto las ventanas ayer y se hubiera olvidado de cerrarlas antes de irse a la cama. En la cocina, Hetty lo saluda. Joey se agacha para acariciarle el lomo. Su voz tiembla. —¿Qué he hecho, Hetty? —Ella frota su cabeza contra su pierna desnuda, dándole esa mirada de amor incondicional como diciendo que le importa un bledo. El olor de la

comida china sobrante triplica las náuseas en su estómago. Abriría la ventana si no hiciera tanto frío. Llena un vaso grande con agua, luego hurga en el cajón de trastos en busca del suministro de analgésicos de su madre. Se toma dos y bebe el agua de un trago mientras mira por la ventana hacia el jardín trasero. Su reflejo le devuelve la mirada mientras piensa en las cosas del padre de Becca en el maletero de su coche. Mira el reloj de la cocina. Es casi la una. Los vecinos podrían estar todavía despiertos. Podrían verlo. Necesita esperar un poco.

Pone el hervidor y va a la nevera por leche, pero cuando levanta el cartón, encuentra solo un chorrito chapoteando en el fondo. Su madre querrá eso para su té por la mañana. Se reprende por no haber comprado más antes. Vuelve a colocar el cartón en la nevera y añade una cucharada extra de azúcar a su taza.

En el salón, se desploma en el sofá y busca el mando a distancia, que encuentra encajado entre los dos cojines del medio. Enciende la televisión y baja el volumen. Se tumba en el sofá. La pistola se le clava en el costado, no permitiéndole olvidar cómo acabó ahí. Hetty se tumba en el suelo a su lado, con la cabeza apoyada en sus patas delanteras. Saca el teléfono del bolsillo de su bata y desplaza por sus mensajes. CC parece haber captado la indirecta. Descansando el teléfono sobre su pecho, pasa por los canales de televisión, pero no mira ninguno. El teléfono suena. Es Becca. Su corazón late con fuerza. No puede enfrentarse a hablar con ella. Llega un mensaje de texto indicando un nuevo mensaje de voz. Marca su buzón de voz y escucha a Becca sollozar mientras cuenta la historia de alguien disparando a su madre.

13

Miércoles

Joey se pregunta dónde está ella. No sabe cómo funcionan estas cosas. ¿Estará con el cuerpo de su madre en el depósito de cadáveres? ¿O con algún amigo? ¿Adónde iría? ¿Qué pasa con su padre? Siente como si le hubieran dado una patada en las tripas, el dolor es intenso. El mismo dolor que lo atormentó durante meses después de la muerte de su padre. Impotencia. Vacío. Entumecimiento.

Quiere llamarla, consolarla, decirle que todo estará bien, pero ¿cómo podría? Ni siquiera él es lo bastante estúpido como para no saber que nada volverá a ser igual. Ni para ella, ni para él. ¿Cómo podría serlo?

Se queda en el sofá hasta poco antes de las siete, entrando y saliendo de vívidas pesadillas que involucran a Maggie. En la última, coge la pistola y le dispara. Su cuerpo se estrella contra la pared de la cocina, cayendo como una muñeca de trapo al frío suelo de baldosas. Un grito de horror lo despierta. Por un momento, parece tan real que se siente mareado. Como si estuviera de pie en lo alto de un edificio, tambaleándose al borde. Se incorpora de golpe cuando oye golpes en la puerta principal.

¿Quién demonios será? Visiones de abrir la puerta a la policía queriendo interrogarle sobre Maggie desfilan ante sus ojos. ¿Cómo se han enterado? Salta del sofá. Debe llegar a la puerta antes que su madre. Ella tendrá uno de sus ataques si ve a la policía. Él quiere resolver este lío. Su familia no tiene por qué formar parte de esto. Mantén la calma, Joey. Mantén la calma. Sentirán que estás mintiendo. Corre hacia la puerta, preparándose para enfrentarse a la policía, pero se detiene. La pistola está en su bolsillo. No puede abrir la puerta a la policía con una maldita pistola en el bolsillo. Examina el salón y vuelve corriendo al sofá para esconderla debajo mientras vuelven a golpear la puerta.

Le buscan a él.

Está perdido.

Joey sale corriendo de la habitación al oír a su madre gritando desde lo alto de la escalera. —Hay alguien en la puerta —. Levanta la vista para verla bajar apresuradamente, con los brazos envolviendo su cuerpo—. ¿Quién será?

—Yo abro. Vuelve a la cama —. Todo su cuerpo tiembla mientras abre la puerta principal, esperando que lo esposen.

—Pensé que nunca ibais a abrir —. Pat el fontanero entra con una sonrisa demasiado grande para estas horas tempranas y le da una palmada en el hombro a Joey—. Me alegro de verte, tío. Ha pasado tiempo. ¿Cómo te va?

Los niveles de estrés de Joey se desploman. —Me alegro de verte también. Olvidé que venías —. Cierra la puerta.

—¡Dije que vendría temprano! —Pat deja su bolsa de herramientas en el suelo y se frota las manos—. ¡Hace bastante frío aquí! Un problema con la calefacción, supongo —. Tiene un tic nervioso que hace que su cabeza se sacuda cuando habla.

—Y que lo digas. Empezó con la falta de agua caliente, y ahora la calefacción se ha estropeado.

Pat es un tipo bajito, como un duende, y parece que debería estar todavía en el colegio, no dirigiendo su propio negocio exitoso de fontanería. Joey a menudo lo ve en TikTok. Ha conseguido bastantes seguidores con sus vídeos locos donde canta ópera desafinando mientras aconseja sobre la mejor manera de desatascar

inodoros y arreglar grifos que gotean. Tiene unas orejas enormes, algo por lo que se burlaron terriblemente de él en la escuela, pero ahora se mofa de ellas en estos vídeos. —¿Dónde está la caldera?

Esperar a la policía y ver al fontanero ha desorientado a Joey. Asiente hacia las escaleras. —Arriba en el baño, a la derecha. Está haciendo un ruido extraño. Ven conmigo. Te lo mostraré.

Pat sigue a Joey escaleras arriba hasta el baño. —Está aquí —. Joey abre el armario para mostrar la caldera.

—Te diré qué. Pon el hervidor y averiguaré qué está pasando.

—No tenemos leche. Tendré que salir cinco minutos.

—Leche y dos de azúcar. Tan marrón como lo tomaría tu abuela.

Joey baja corriendo, con el corazón acelerado de nuevo. Necesita coger la pistola y encontrar otro escondite. Se dirige rápidamente al salón solo para ver a su madre sentada en el sofá manipulando el mando a distancia. De pie en la puerta, no puede ver la pistola, pero sabe que está junto a sus pies. —Menos mal que ha venido el fontanero —. Ella palmea el sofá a su lado—. Ven y siéntate con tu madre un minuto.

Duda. Su teléfono suena. Apoyándose en el marco de la puerta, saca el teléfono del bolsillo. El nombre de Becca aparece en la pantalla. Deja que suene.

Su madre palmea el sofá de nuevo. —¿Qué te pasa, Joey? Te conozco. No eres tú mismo. Háblame.

¿Por dónde empezar?

No se mueve. —Estoy bien, mamá. Ve a hacer un poco de té, ¿quieres? Pat lo toma extra fuerte.

—Necesitamos leche —dice ella, levantándose—. Voy por el calefactor. Lo dejé en la habitación de Megan anoche. Hace demasiado frío aquí abajo sin él.

—Yo iré a por la leche —le grita mientras ella sale de la habitación. Corre hacia el sofá para recuperar la pistola y se la mete en el bolsillo del batín. Cuando vuelva de dejar a Dylan en la escuela, la esconderá en el desván hasta que pueda averiguar cómo deshacerse de ella. Por ahora, tendrá que quedarse en su dormitorio.

Sube corriendo las escaleras. Dylan sigue dormido, a pesar de todo el alboroto. Aunque, de todos modos, Dylan podría dormir durante un terremoto en días de escuela. Coloca la colcha sobre los hombros de Dylan, culpablemente contento de que esté dormido. Adora a su hermano con pasión. Pero no quiere hablar con él en este momento. La funda del edredón está estampada con Spider-Man, pero está tan descolorida que a menos que lo supieras, no reconocerías las imágenes del superhéroe. Es hora de que tenga uno nuevo, pero Dylan se niega rotundamente a separarse de él. Su padre le compró esta funda poco antes de morir. Joey sube a su cama y estira el edredón, dejando la pistola bajo la almohada, antes de vestirse.

Hetty está esperando al pie de las escaleras. Le da una mirada de desesperación inmerecida y un gemido de hambre. —¿Nadie te ha dado de comer, pequeña? —Joey se agacha para acariciarle la cabeza—. Podemos arreglar eso —. Hetty corre tras él hasta la cocina, donde Joey mete la mano en el recipiente de comida para perros, solo para encontrar un puñado de migas esparcidas por el fondo. ¿Cuándo ha pasado esto? Sabía que les quedaba poca, pero planeaba comprar una nueva bolsa de comida para perros cuando le pagaran la semana que viene. Revuelve el pelo áspero de Hetty—. No te preocupes. Te lo solucionaré.

Joey entra en una gasolinera para comprar leche y un par de latas de comida para perros. Mientras acerca el móvil al datáfono, reza para que el pago sea aceptado. Suspira profundamente. Está harto de vivir así. Trabajando como un esclavo y recibiendo solo deudas constantes como recompensa. Cuando un pitido le notifica que su banco ha rechazado el pago, suelta una maldición por lo bajo. Hurga en su bolsillo y paga las latas con lo poco que le queda de las cincuenta libras que CC le dio el lunes por la noche. Cuando regresa a casa, pone la tetera al fuego y busca un abrelatas. Hetty está fuera de sí. Al abrir una lata de comida para perros, vierte la mitad en el cuenco de Hetty. Sus uñas taconean en el suelo mientras corre en círculos de emoción. Los trozos son demasiado grandes. Le costará

comerlos. Con un tenedor, Joey los tritura hasta hacerlos más manejables, y luego prepara té para todos.

Pat está trabajando afanosamente en las entrañas de la caldera cuando Joey llega con el té. —Estaba intentando recordar cuándo fue la última vez que te vi —dice Pat mientras coge la taza que le ofrece Joey—. Deben de hacer un par de años. ¿Sigues yendo al Coach and Horses?

—De vez en cuando. ¿Y tú?

Pat se aparta de la caldera y sorbe su té. —Los domingos por la noche.

Joey asiente. Se siente ausente. Como si no estuviera en casa hablando con Pat sino en casa de Becca hablando con su madre. —Rara vez voy los domingos.

—El trabajo me tiene demasiado ocupado como para salir mucho más. He contratado a otro fontanero, pero aun así no es suficiente. ¿Sabías que ahora tengo una peque?

—Sí, lo sabía. Estuve en las copas por el bautizo. ¿Recuerdas?

—Ah, sí. Me acuerdo. Fue una noche bastante caótica, ¿verdad? —Pat saca el móvil del bolsillo y gira la pantalla hacia Joey—. Aquí está. —Se ríe—. La mayor pérdida de tiempo que jamás ha existido —dice con cariño.

Joey mira el salvapantallas donde aparece la niña pequeña sentada en el regazo de Pat. Le recuerda a Megan cuando tenía esa edad. Pat coloca su teléfono en el alféizar de la ventana. —Lamento decirte que tu bomba está muerta, colega. Completamente kaput. —El corazón de Joey se hunde. Pat da otro gran sorbo a su té y deja la taza en el borde de la bañera—. Déjame enseñarte. —Señala la caldera, explicando retornos, flujos y ciclos.

Joey presta atención. Hace preguntas, calculando si puede arreglarlo él mismo. De lo contrario, ¿de dónde demonios va a sacar el dinero para pagar otra factura inesperada? —¿Ves aquí? —Pat pasa los dedos por la tubería—. También está perdiendo agua.

Joey hace una mueca. —¿Cuánto va a costar?

—Estamos hablando de... un cálculo aproximado, claro, tendré que consultar con mi proveedor... entre cien y ciento cincuenta para una bomba nueva decente. Las puedes conseguir más baratas, pero

no te lo recomendaría. Pronto me estarías llamando para arreglarla de nuevo.

—¿Cuándo podrías hacerlo?

—Ay, colega. Estoy hasta arriba en este momento. Las calderas se están estropeando por toda la ciudad. Es la época del año.

—Es que mi madre. No está bien, y el frío le afecta.

Pat esboza una sonrisa de simpatía. —Sí, claro. Claro. Ya recuerdo. Déjame ver qué puedo hacer. Haré algunas llamadas. A ver cuánto tardaría en conseguir una bomba nueva. Seguro que alguien tiene una en stock. Intentaré pasarme después del trabajo y cambiarla. Aunque puede que sea tarde.

—¿Hoy?

—No puedo prometértelo, pero haré todo lo posible. ¿Hay alguien en casa durante todo el día?

—Alguno de nosotros estará.

—Perfecto. Te mandaré un mensaje si puedo incluirte. A veces los trabajos llevan menos tiempo del previsto. —Recoge sus herramientas—. Y a veces más. ¿Cuándo fue la última revisión?

La expresión de Joey le dice a Pat que nunca. Y entonces es como si Pat pudiera ver la desesperación en sus ojos. El cálculo mental de cómo su viejo amigo del colegio conseguirá el dinero para pagar esta factura imprevista. —No te preocupes por la mano de obra, colega. Solo te cobraré las piezas. Y te haré la revisión también.

—Te lo agradezco. Gracias.

—Karma, Joey, karma. Nunca olvidaré cuando me defendiste cuando pasamos a secundaria. Cuando les dijiste a todos que no me llamaran Dumbo. Ahora puedo reírme. —Se aletea sus grandes orejas—. Pero en ese momento me afectaba mucho, ¿sabes? Pero tú les cantaste las cuarenta y los alejaste de mí. —Pat suelta una carcajada—. Ya me invitarás a una cerveza en otra ocasión.

Después de acompañar a Pat a la salida, Joey sube corriendo las escaleras para encontrarse con Megan en la puerta de su dormitorio. —Joey, ¿puedo hablar contigo?

—¿Qué pasa?

Ella le hace un gesto para que entre en su habitación. —Necesito preguntarte algo.

Joey la sigue. Ella tiene la habitación más pequeña de la casa, el cuarto trastero. Hace un frío terrible allí dentro. Su cama ocupa toda la longitud de la pared más alejada, bajo la ventana, lo que no ayuda. Megan se acerca a su perchero y saca un papel doblado del bolsillo de su chaqueta. Se muerde el labio inferior y se lo entrega a su hermano. —No quería dárselo a mamá.

—¿Qué es esto? —pregunta Joey, receloso.

—Léelo.

Joey examina las palabras en el papel, que informa a los padres sobre una excursión de fin de semana a Alton Towers programada para el final del trimestre de verano. El grupo saldrá el sábado por la mañana y regresará el domingo por la tarde. Las comidas, el alojamiento en hotel y la entrada al parque están incluidos en el precio. Aun así, Joey traga saliva cuando ve la cantidad y el depósito requerido de cincuenta libras para el viernes por la tarde. El dinero adicional para gastos será discrecional. ¿Cuánto significa eso? No quiere que ella se lo pierda, pero ¿cómo demonios va a conseguir estas cincuenta libras para el depósito, y ni hablar del resto que debe pagarse al comienzo del trimestre de verano? Se muerde el labio inferior mientras hace cálculos, pero las cuentas no le cuadran.

—¿Qué te parece? —pregunta ella, con los ojos muy abiertos y un tono esperanzado—. ¿Puedo ir?

Joey no encuentra las palabras para decirle que no puede permitírselo. Aunque a veces puede ser una pequeña diablilla, es una buena chica. Un domingo, hace unas semanas, fue a recogerla de una fiesta de pijamas. La madre lo invitó a entrar en la casa, donde seis chicas habían tomado el salón para pasar la noche. Estaban desparramadas en colchones inflables, picoteando palomitas mientras chillaban y gritaban compartiendo vídeos de TikTok en sus móviles. No pudo evitar notar lo desfasado que parecía el teléfono de Megan en comparación con los smartphones de las otras chicas. Y lo descolorido que se veía su pijama junto a los esponjosos y de marca de sus amigas.

—Todo el mundo va a ir.

—Tendré que ver, Megs.

Ella se deja caer sobre la cama. Las comisuras de su boca se hunden. —Sabía que dirías eso. No es justo.

Joey se sienta en la cama junto a ella y le pasa un brazo por los hombros. —Eh, cambia esa cara. No he dicho que no, ¿verdad? Solo necesito hacer cálculos. Déjamelo a mí. Lo resolveré.

Su cara se ilumina. —¿De verdad? ¿Entonces crees que podré ir?

—De alguna manera lo conseguiremos.

Ella da un puñetazo al aire. —Gracias. Gracias. —Aprieta los puños y los agita vigorosamente frente a su pecho mientras le regala a su hermano la más grande de las sonrisas. Le da un beso en la mejilla—. No puedo esperar a contárselo a mis amigas.

Él se guarda el papel en el bolsillo de la sudadera y se levanta. —Vamos, es hora de vestirse. Llegarás tarde al colegio.

—¿Joey? —llama ella cuando él camina hacia la puerta.

Él gira la cabeza.

Ella curva los dedos índices y pulgares formando un corazón y lo bombea contra su pecho. —Te quiero.

—Yo también te quiero, Megs.

Cierra la puerta. ¿Cómo esperan los colegios que todos los padres tengan este tipo de dinero a mano?

Tiene razón. No es justo. Pero bueno, la vida no es justa. Todos lo sabemos.

14

—Entonces, ¿qué opinas de Ade? —Es la décima o así pregunta que Dylan le ha hecho desde que empezaron el trayecto hacia el instituto. Su amigo no está con ellos hoy. Tiene cita con el dentista y llegará más tarde por su cuenta, para desesperación de Joey. Podría haberse ahorrado este interrogatorio durante todo el viaje.

—Parece un tío majo.

—Un detective, sin embargo. ¿Te preocupa?

El móvil de Joey suena desde su soporte. Mira la pantalla. Se le revuelve el estómago. Es Becca. No puede hablar con ella. No solo porque Dylan está en el coche, sino porque no confía en sí mismo. El tono de llamada le raspa los nervios desgastados, sonando como un niño aprendiendo a tocar un violín desafinado. Se la imagina con el teléfono pegado a la oreja, deseando que conteste. La llamada pasa al buzón de voz.

—Si hace feliz a mi madre, entonces yo soy feliz. —Joey enciende la radio, subiendo el volumen para evitar más preguntas. Después de dejar a Dylan en el instituto, se detiene a la vuelta de la esquina y espera un par de minutos, reuniendo valor para escuchar el mensaje de Becca. Marca su buzón de voz. La voz desolada de Becca le forma un nudo en la garganta. "Joey, por favor contesta. Por favor. Te necesito". Hay una pausa. Su voz se convierte en un susurro. "Llámame cuando oigas esto".

Suena un mensaje. Es Pat.

> ¡Tengo tu bomba! Pasaré en algún momento hoy. Te avisaré con la hora. He conseguido un descuento. £103. ¿Podrías pagar en efectivo? Pat

El teléfono suena otra vez. El nombre de Becca aparece en la pantalla. La idea de que esté intentando desesperadamente contactar con él le está matando, pero todavía no puede enfrentarse a hablar con ella. Necesita llegar a casa y subir la pistola al desván. No puede concentrarse en nada más. Ella cuelga y vuelve a llamar. Él presiona el botón de respuesta. Ya no puede ignorarla más. Ella le susurra la palabra al oído. —Por fin.

Él mantiene su voz tan serena como puede. —¿Qué pasa?

—¿No recibiste mi mensaje?

—No —miente, odiándose a sí mismo—. ¿Qué mensaje?

—Estoy flipando aquí.

—Cálmate. ¿Qué ha pasado?

—Estoy en casa de Courtney. Necesito tu ayuda.

—¿Con qué? ¿Qué ha ocurrido?

Está histérica. —Todo está jodido.

—Becca, cálmate. Dime qué ha pasado.

—Alguien ha intentado asesinar a mi madre. Está en el hospital.

—*¿Qué?* —Joey traga saliva mientras calcula las consecuencias de esta revelación. ¿Maggie no está muerta? Eso no puede ser verdad. Lo vio con sus propios ojos. También lo oyó. El disparo de la pistola; una salpicadura roja en las paredes; Maggie, un montón en el suelo, la sangre brotando de su cabeza. Los gritos de Becca cuando llegó a casa y presenció la horrible escena. Se siente tan reciente, como si todavía estuviera en su casa viendo todo desarrollarse como una película de terror que tienes que dejar de mirar porque es terriblemente real.

—Llegué a casa anoche y... —su voz se quiebra— ...la encontré en el suelo de la cocina, sangre por todas partes.

Hay una pausa. Necesita pensar. Decir algo equivocado podría meterle en un lío aún más profundo del que ya está. Si Maggie sigue viva, seguramente revelará lo que realmente ocurrió, ¿no? Su cabeza da vueltas.

—¿Estás ahí, Joey?

—Sí. Estoy aquí. Dios, estoy en shock. ¿Dónde está ahora?

—En la UCI. Está inconsciente.

—¿Dónde le dispararon? —Es una pregunta tonta, pero llena el silencio.

—En la cabeza. Pero parece que fue un mal disparo. La bala solo le rozó un lado de la cabeza. La policía está esperando a que despierte para averiguar exactamente qué pasó. Debe haber visto a la persona que le hizo esto. —Su voz se quiebra de nuevo—. No me dejaron ir al hospital con ella por el Covid. Tiene que pasar por todo esto sola. No pude hacer nada para ayudarla. Cuando llamé a la ambulancia, querían que la dejara.

—¿Por qué?

—Pensaron que el pistolero aún podría estar en la casa. Pero ¿cómo iba a dejarla sola?

Joey mira a través del parabrisas. Maggie no estaba muerta, y él la dejó morir. ¿Qué clase de persona es?

—Tengo que ir a la comisaría y hacer una declaración.

—No pensarán que *tú* lo hiciste, ¿verdad? —¿Cómo saldrá de esta si culpan a otra persona por lo ocurrido? Seguramente no llegará a eso. Los forenses confirmarán que fue un intento de suicidio. Sabe cómo funcionan estas cosas. Él y su familia habían visto suficientes series policíacas durante los meses de confinamiento. Podrán determinarlo por las salpicaduras de sangre y la trayectoria de la bala.

—No, no. —Hace una pausa—. Bueno, no creo que lo piensen. —Vuelve a hacer una pausa antes de añadir—: ¿Verdad que no?

—Solo necesitan tu versión de los hechos.

—Querían interrogarme anoche, pero estaba demasiado conmocionada, así que accedí a hablar con ellos esta mañana. No me permitieron quedarme en la casa. Me dejaron hacer una maleta, observándome todo el tiempo. Me sentía como una criminal. Luego

me escoltaron fuera. Todo está acordonado. La policía está por todas partes. No consigo contactar con nadie. —Está hiperventilando.

—Cálmate, Bex.

—No puedo calmarme. Esto es un infierno.

—¿Dónde está tu padre?

—No volvió a casa anoche. Se suponía que lo haría, pero estaba en una conferencia y decidió quedarse otra noche. Por eso acabé en casa de Courtney. Ahora necesito que alguien me lleve a la comisaría. No tengo mi coche. No había forma de que pudiera conducir anoche. Luego quiero ver a mamá. ¿Crees que me dejarían entrar si me hago una PCR?

—No lo sé.

—¿Puedes venir a recogerme al piso de Courtney y llevarme?

No puede enfrentarse a ella, pero tampoco puede negarse. No en su momento de desesperada necesidad. —Claro.

—Sabía que podía contar contigo, Joey.

Joey hace una mueca ante la ironía de sus palabras. —Envíame la dirección por mensaje. Iré directamente.

No sabe si está haciendo lo correcto. Ya no sabe nada. ¿Debería mantenerse alejado? Pero ¿cómo puede ignorarla? No para de darle vueltas a todo en su cabeza, sintiéndose enfermo. Como si estuviera en un barco en aguas tan tormentosas que no puede atracar. En su lugar, se ve forzado a alejarse cada vez más de la orilla sin nada más que la visión de olas mortales por delante. Si tan solo no hubiera cogido esa llamada el domingo. Sabía que lo que estaba a punto de emprender estaba mal. Es un completo idiota.

Courtney vive con otras dos amigas en un bloque de pisos en la misma ciudad que la nueva casa de Becca. Joey aparca en la zona de visitantes y llama a Becca. —Estoy fuera.

—Sube. Necesito cinco minutos. Mi tío está al teléfono.

No puede enfrentarse a cuatro chicas alteradas, no en estas circunstancias. —Esta bien. Te espero aquí. —Enciende la radio, cambiando entre emisoras para distraer su mente. Dos presentadores están discutiendo el impacto del Covid en la salud

mental de la nación. Intenta escuchar, pero sus pensamientos insisten en llevarlo de vuelta a Maggie tumbada en el suelo de su cocina, con un charco de sangre alrededor de su cabeza. Una llamada lo distrae. Hace una mueca al ver que es CC. No puede enfrentarse a hablar con él. Espera a que termine la llamada. No tiene sentido antagonizar a un hombre así. El teléfono suena con un mensaje. No hay premio por adivinar de quién es.

Tenemos que hablar llámame YA

Cambia la emisora de radio y se queda helado cuando las noticias locales transmiten la historia sobre el intento de asesinato de una mujer local anoche. La policía está buscando a un pistolero. Podría ser peligroso. Se insta al público a estar vigilante.

¿Cómo puede estar pasando esto?

Siguen minutos angustiosos mientras espera hasta que finalmente aparece Becca con Courtney, ambas con aspecto de no haber llegado a la cama anoche. El pelo de Becca está mojado y está tan pálida como el abrigo de esquí que lleva puesto. —Cuídala —le dice Courtney a Joey mientras intercambian miradas de *WTF*. Courtney abraza a Becca—. Ven a quedarte aquí si lo necesitas. Llámame cuando quieras. Aunque sean las tres de la mañana. —Acaricia el brazo de Becca—. Estoy aquí para ti.

Becca lleva una bolsa de viaje y tiene una mochila colgada al hombro. Camina hacia la parte trasera del coche y golpea el maletero. Joey está a punto de liberar el cierre, entonces recuerda lo que hay dentro. ¿En qué está pensando? Concéntrate, Joey. Mantente concentrado. Sale disparado del coche, tropezando consigo mismo en su prisa por evitar que abra el maletero. —Aquí, dámelas. Está lleno de trastos. Las pondré en la parte de atrás.

Tiene las cejas fruncidas, con los extremos internos inclinados hacia arriba, mientras se quita la mochila del hombro y se la entrega mecánicamente junto con la bolsa de viaje. —Siento haber tardado tanto. Acabo de ponerme en contacto con mi tío y tuve que explicarle todo.

—No te preocupes.

—Voy a su casa después de hablar con la policía. Me quedaré allí hasta que regrese mi padre. Sigue sin contestar al teléfono.

—¿Sabe lo que le ha pasado a tu madre?

Ella niega con la cabeza. —Nadie puede localizarlo. Debo haberlo intentado veinte veces.

—¿Por qué no volvió a casa?

—Conoció a un nuevo proveedor en la conferencia. Quedaron para cenar juntos y hablar de un negocio. Cuando hablé con él ayer, la línea era mala. Dijo que había terribles tormentas de nieve y tenía mala cobertura. Debe de haber apagado el teléfono o simplemente no hay señal. En fin, nadie puede localizarlo. Su teléfono sigue enviando la llamada al buzón de voz. —Becca le lanza a Joey una mirada de confusión—. Lo cual es extraño, ¿no crees? No tengo ni idea de dónde era esta conferencia. La policía lo está rastreando. —Se encoge de hombros—. ¿Me llevarás a casa de mi tío después de la comisaría?

—Sin problema. —Joey abre la puerta del coche y tira las bolsas en el asiento trasero antes de subirse al asiento del conductor junto a ella. Se miran y ella rompe a llorar. Joey se acerca y la atrae hacia él, la culpa lo consume mientras ella solloza en sus brazos—. Eh, eh. Todo va a estar bien. —La sostiene con fuerza, sus cuerpos se entrelazan en un lío tembloroso. Espera que ella no note que está temblando tanto como ella.

Ella se aparta. —Será mejor que nos vayamos. —Se despide con la mano de Courtney—. La policía me está esperando.

15

—No puedo creer lo que ha pasado —dice Becca sacudiendo la cabeza mientras mira su teléfono. Está al borde de las lágrimas otra vez—. Ayer a estas horas salía de casa para ir a una clase. Y ahora voy a una comisaría porque alguien ha entrado en nuestra casa e intentado asesinar a mi madre.

—Lo siento muchísimo, Bex. No te mereces nada de esto. ¿Cómo está ella?

—Sigue en coma. Quien intentó hacerle esto no hizo un buen trabajo. —Becca mira al frente, mordiéndose la esquina del labio inferior—. ¿Podrían pensar que fui yo?

Joey se incorpora a la carretera principal.

—No digas tonterías. ¿Por qué pensarían eso?

—Porque fui la última persona que la vio.

—Pero no estabas allí cuando ella... —Estaba a punto de añadir "se disparó". Está en una situación precaria—. Recibió el disparo —dice—. Además, tienes una coartada, ¿no? —Está a punto de decir que debe haber cámaras de seguridad en el Subway donde compró comida anoche, pero se da cuenta de que tampoco se supone que sepa eso—. Estabas con Courtney, ¿no?

—Al final no salimos. Todo depende de lo que encuentren, ¿verdad? ¿Y si los forenses descubren que le dispararon solo minutos antes de que yo llegara a casa? ¿Y si pueden situarme allí

en el momento del crimen? ¿Sabes qué es raro? No hay signos de que alguien haya forzado la entrada. Hablé con la policía sobre ello anoche. —Sacude la cabeza, entornando los ojos mientras mira sus manos apretadas en puños y golpea sus nudillos entre sí—. Creen que mi madre probablemente conoce a quien le hizo esto. Lo más probable es que le dejara entrar. Lo frustrante es que, como acabamos de mudarnos allí, nuestro timbre con vídeo aún no funciona, así que no hay imágenes de nadie que fuera a casa ayer.

Joey se detiene en un paso de peatones, escuchando atentamente. Esto son buenas noticias para él, ¿no?

—Era otra tarea en la lista de cosas por hacer de papá, pero tuvo que irse de viaje de negocios, así que nunca llegó a hacerlo. Lo compró el fin de semana pasado y lo instaló, pero no funcionaba. Se va a dar de tortas por eso. Habríamos podido ver quién vino a casa ayer.

Mientras una breve oleada de alivio le invade, Joey finge fruncir el ceño y añade otra mentira.

—Qué pena. —Hace una mueca por el engaño en su voz. Él puede oírlo, aunque ella no—. ¿Y los vecinos?

—Al parecer, la casa de enfrente y a la izquierda tiene un timbre con vídeo, pero están de vacaciones. La policía está intentando localizarlos. Hay arbustos alrededor de su casa, así que no están seguros de si habrá captado algo. La gente de la otra casa salió cuando llegaron la policía y la ambulancia. Oyeron el disparo, pero no le dieron importancia. Idiotas. Los forenses están en la casa. Con suerte, deberían aclarar algo más. Parece que hubo una entrega de Amazon en algún momento de ayer. Hay paquetes en la mesa, así que están investigando para ver a qué hora se entregaron y si el repartidor vio u oyó algo.

Joey recuerda la noche anterior. Ese repartidor no podría haberle visto a través de la ventana de la cocina, ¿verdad? No lo cree, pero ese pensamiento le deja otra duda inquietante de que, de una forma u otra, está jodido.

—¿Qué ocurre ahora?

—La policía dijo algo sobre revisar las cámaras de seguridad locales y hacer visitas puerta a puerta. Comprobarán los registros del

teléfono de mamá y hablarán con sus amigos. No es que tenga muchos amigos. Se ha encerrado en sí misma estos últimos años. Aunque, ¿no lo ha hecho mucha gente? Supongo que me darán una actualización esta mañana. Y necesitan encontrar a mi padre. —Golpea el borde de su móvil contra la palma de su mano antes de volver a comprobar la pantalla. Su voz se quiebra mientras gira la cabeza hacia Joey—. ¿Sabes qué es realmente triste?

Él la mira de reojo y levanta las cejas. Solo es una mirada fugaz. Es demasiado difícil mirarla a los ojos durante mucho tiempo. Vuelve a centrar su atención en las luces traseras del coche de delante.

—Mamá esperaba que papá volviera a casa anoche. La mesa estaba puesta para dos, y había sacado dos filetes del congelador. Le dije que cenaría fuera después del cine, así que no me esperaba hasta mucho más tarde. Gracias a Dios que Courtney no tenía ganas de ir al cine al final. —Su voz se quiebra—. Mamá podría estar muerta ahora.

Joey siente como si estuviera existiendo en otro plano. Como si alguien más hubiera tomado el control de su vida para intentar hacer un mejor trabajo, y él fuera solo un espectador observando cómo se desarrolla la catástrofe.

—Es como si no hubiera recibido el mensaje de papá diciendo que no volvería a casa anoche. Luego él desapareció. Tampoco puedo contactar con Jessica. Ella conoce todos sus movimientos.

—¿Quién es Jessica? —Joey sabe exactamente quién es Jessica, pero necesita seguir el juego.

—Jessica Samuels. Es la asistente de papá. Bueno, más que una asistente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Joey, pensando que ya sabe lo que viene. ¿Acaso ella sabe sobre la aventura de su padre?

—Jessica se unió a la empresa hace unos años como asistente personal de papá. Es encantadora. Me llevo muy bien con ella. —Joey puede sentir cómo ella vuelve la mirada hacia él—. Hay cosas que no te he contado.

Joey se detiene ante un semáforo en rojo. Gira la cabeza para mirarla. —¿A qué te refieres?

—Mi madre está bastante jodida.

Y que lo digas.

—¿Sabes que solía trabajar en la empresa de papá?

Joey asiente. Recuerda que Maggie se lo contó. —Pero dimitió.

—¿Cómo sabes eso?

Cuidado, Joey. Cuidado. Balbucea. —Tú me lo dijiste.

—¿Lo hice? —Frunce el ceño—. Bueno, era mentira. Lo siento. Sé que no debería haberte mentido, pero no quería hablar de ello antes. Mamá trabajaba a tiempo completo en la empresa. Ella y papá eran iguales. Entonces, hace tres años, tuvo una especie de pequeña crisis, por decirlo de alguna manera. Nadie lo supo, excepto papá y yo. No quería que nadie más lo supiera. Seguía funcionando, pero era como si realmente no estuviera con nosotros la mayor parte del tiempo. Se fue alejando de ambos. Empezó a beber cada vez más, y a ocultárnoslo. Bueno, intentando ocultarlo de todos modos. Solo empecé a notarlo durante el confinamiento. Solía esconder las botellas vacías en el garaje.

—Deberías habérmelo contado —dice Joey—. Yo te cuento los problemas con mi madre.

—Lo sé. Pero tu madre tiene una enfermedad real.

La tuya también.

—Nunca lo he valorado. La primera vez que encontré las botellas vacías, no le di mucha importancia. Estaba en el garaje buscando líquido limpiaparabrisas para mi coche. Tiré la botella detrás de unas cajas. Fui a mover una, pero era mucho más ligera de lo que esperaba, y cuando miré, estaba llena de botellas vacías de vino y vodka. —Continúa divagando, descargando su ansiedad. Joey tiene que concentrarse mucho para entenderla—. Debido al confinamiento, no había podido deshacerse de ellas. Luego, cuando empezamos a salir del confinamiento, fui a encontrarme con unos amigos, pero no me sentía muy bien, así que volví a casa antes de lo previsto. Encontré a mamá desplomada en el sofá, agarrando una botella de vodka. Fue entonces cuando las alarmas sonaron alto y claro. Las cosas empezaron a encajar. Fui a buscar por el garaje y encontré más cajas de vino. Las revisé, y estaban llenas, pero cuando llegué a la caja penúltima de abajo, estaba repleta de botellas vacías de vodka. La última caja también.

—¿Qué pasó después?

—Papá fue muy comprensivo. Organizó que se fuera de vacaciones con su hermano. Ella es muy cercana a su hermano, mi tío Ronny. Papá no se lleva bien con él. Ronny solía trabajar para él, pero tuvieron una pelea enorme. De todos modos, esa es una historia para otro momento. Yo habría ido con mamá, pero fue cuando me dio Covid.

—Lo recuerdo.

—Papá les reservó en un hotel de lujo en Cornualles. Fue mientras estaban fuera cuando Jessica empezó a involucrarse más en la empresa. Jessica es muy inteligente. Y muy ingeniosa además. Una de esas personas con las que te sientes bien estando cerca. ¿Sabes a qué me refiero?

Como tú, quiere decir Joey, pero simplemente asiente en señal de acuerdo.

—Cuando mamá volvió de esas vacaciones, estaba más distante que nunca. Jessica ya trabajaba a tiempo completo para entonces. Ella como que ocupó el lugar de mamá.

En todos los sentidos.

Becca suelta un gran suspiro, agotada después de descargar los problemas de su familia. Joey le toma la mano. Es un movimiento involuntario, pero parece lo correcto. Es suave y se siente tan pequeña envuelta en sus largos dedos. ¿Sabrá ella sobre la aventura de su padre con Jessica? Quiere preguntárselo, pero sabe que no puede. ¿Cómo podría explicar cómo ha obtenido esa información?

Becca jadea.

—¿Qué?

Su boca se abre mientras mira fijamente a Joey. —Quizás mamá está teniendo una aventura. Tal vez sabía que papá no volvería a casa, y sabía que yo no volvería hasta tarde, así que invitó a su amante a cenar, y todo salió terriblemente mal. —Hace una pausa—. ¿O eso es un poco rebuscado?

Joey se encoge de hombros, concentrándose en el tráfico. No confía en sí mismo para hablar.

—Lo sé. No estoy pensando con claridad. —Retira su mano de la de Joey y mira su teléfono antes de cerrar los ojos—. Estoy tan

cansada. —Deja caer la cabeza sobre el pecho—. Gracias por escuchar.

Conducen el resto del camino hasta la comisaría en silencio. Joey no deja de mirarla de reojo, incapaz de creer que se ha encontrado en esta situación. Por lo que a él respecta, Becca siempre había tenido la vida familiar perfecta: un vínculo estrecho, la casa grande, dinero, vacaciones. Solo demuestra que no es oro todo lo que reluce.

16

Cuando llegan a la comisaría, Becca levanta la cabeza y se frota los ojos. Parece tan cansada. Como si no hubiera dormido en una semana. —¿Entrarás conmigo?

Una comisaría es el último lugar donde Joey quiere encontrarse. Le toma la mano de nuevo. —No creo que me dejen entrar. El covid y todo eso. —Le aprieta los dedos—. Pero me quedaré por aquí esperándote.

—Probablemente tengas razón —dice Becca apoyándose en él. Joey la rodea con un brazo y, sin pretenderlo, le besa el pelo húmedo, inhalando el aroma a fresas y menta. Es el momento más íntimo que han compartido. Cierra los ojos. Huele tan fresco, como un día de verano. En otras circunstancias, querría quedarse así para siempre. Se aparta.

—Todavía temo que piensen que fui yo quien intentó matarla —dice Becca.

—No lo harán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es ridículo. Te conozco. No eres una asesina. Nunca harías algo así.

—Pero ellos no saben eso.

—Bex, tranquila. Nunca llegaremos a ese punto.

—¿Debería preguntar si puedes entrar conmigo? Quizás te dejen —repite Becca.

Él no quiere que la policía piense que es más que un amigo ayudando a una colega con un viaje. Querrán tener una de sus pequeñas charlas con él antes de que se dé cuenta. —Ve tú. Te estarán esperando. Voy por un café. Avísame cuando hayas terminado y volveré aquí de inmediato.

Joey conduce unos minutos hasta encontrar un sitio en una calle lateral donde no tiene que pagar por aparcar. Luego vuelve caminando hasta la calle principal y encuentra una cafetería básica llena de obreros charlando y devorando desayunos fritos. El tipo de lugar al que no iría si Becca estuviera con él, pero sabe que el café será barato. Debería comer, pero el olor a comida grasienta le revuelve el estómago, al igual que el pensamiento de su descubierto bancario. Cada bocado se le quedaría atascado en la garganta. Pide un café negro grande, paga y lleva la taza a una mesa de la esquina donde puede dar la espalda al bullicio de los ruidosos comensales que devoran sus desayunos de media mañana.

Cogiendo tres sobres del recipiente en medio de la mesa de formica, los abre y remueve el azúcar en su café. Sus nervios están destrozados. Las voces retumban en sus pensamientos.

«Confiesa, Joey. Confiesa. Solo es cuestión de tiempo antes de que Maggie despierte y les diga exactamente quién le entregó la pistola con la que se disparó».

«Pero aquí está la cosa, Joey. Existe la posibilidad de que muera. Entonces nadie tendría que saber nunca que formaste parte de todo esto. Bueno, nadie aparte de CC, claro. No hagas nada precipitado. Piénsalo».

Bebe un sorbo de su bebida. Todo se siente tan mal: dónde está, lo que ha hecho. Saber que Maggie no estaba muerta cuando la dejó anoche ha multiplicado su ansiedad por diez. Dejó morir a una mujer. ¿Qué clase de persona es? Su madre siempre ha dicho que las desgracias vienen de tres en tres. Si algo malo ha sucedido dos veces, seguro que hay un tercer evento esperando a la vuelta de la esquina para hacerte tropezar. Siempre ha sido una buena persona.

«Eres uno de los buenos». Eso es lo que dijo Becca. Él es uno de los buenos.

Ella no sabe lo equivocada que está.

Sus pensamientos se dirigen a Ade. De todos los hombres con los que su madre podía haberse enrollado, tenía que ser un policía. Coge su teléfono y se desplaza por las noticias, tratando de pasar el tiempo. Una camarera golpea una bandeja con platos y cubiertos sucios sobre la mesa. Joey levanta la mirada. Le recuerda a su madre. Su cara es amable pero arrugada, su pelo fino recogido en una tensa coleta. —Perdona, cariño. No quería asustarte. —Suena como su madre también—. Has estado sentado ahí un buen rato.

Joey se gira y mira el reloj en la pared sobre el mostrador. Tiene razón. Ha pasado más de una hora. —Lo siento —dice.

Recogiendo su taza vacía, la agita frente a la cara de Joey. —Parece que te vendría bien otra de estas. ¿Quieres que te traiga una? —Joey asiente. Ella coloca la taza en su bandeja y le guiña un ojo—. No se lo digas a los demás. Normalmente no hago servicio de mesa. Pero parece que lo necesitas.

¿Tanto se le nota?

Coge su teléfono y escucha sus mensajes de voz. El primero es de CC. «Joey. ¿Qué coño estás haciendo? ¿Por qué no me has llamado? Necesito respuestas. ¿Qué pasó anoche? No llamaste nunca».

Joey debería enfrentarse a él, pero no puede. No en este momento. Necesita pensar con claridad. ¿Debería contarle lo que realmente sucedió? ¿O debería decir que entregó la mochila como le ordenaron y se marchó de inmediato? La camarera reaparece con su café. Hurga en su bolsillo buscando algunas monedas. —Invita la casa —dice ella, dándole una palmada en la espalda y alejándose. También es amable como su madre. Su generosidad hace que se le salten las lágrimas. Contrólate, Joey. Contrólate.

Mientras está echando azúcar a la segunda taza de café, Joey reflexiona sobre qué hacer con el abrigo, las zapatillas y la mochila que siguen en su coche. ¿Quizás podría tirarlos en el vertedero? Podría llevarlos junto con toda la basura acumulada en el cobertizo del jardín que su madre le ha estado pidiendo que lleve al punto

limpio desde hace tiempo. O tal vez podría hacer una limpieza de su ropa y la de Dylan y llevarla toda a una de las muchas tiendas benéficas que hay en la calle principal. No seas tonto, Joey. La ropa del padre de Becca destacaría como un pulgar dolorido entre sus cosas gastadas. ¿Y si espera hasta que permitan a Becca volver a su casa? Podría ir a verla e intentar devolverlos al armario de donde los sacó. Ahora sí que estás siendo un idiota, Joey. Necesitan ser eliminados correctamente. Tiene que quemar todo. Pero, ¿dónde puede hacerlo? Considera buscar en Google para averiguarlo, pero ¿y si acaban interrogándolo por su participación en todo esto? Ha visto las series policíacas. La policía se lleva ordenadores y teléfonos y examina tu historial de búsqueda. ¿Cómo se vería si descubrieran que había estado explorando formas de quemar pruebas criminales?

Su teléfono suena. El nombre de Becca aparece en la pantalla. Responde a la llamada. Su voz suena débil. —¿Puedes venir a recogerme? Ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué?

—Te lo diré cuando llegues. Date prisa.

—Dímelo ahora.

—No puedo. —Baja la voz—. No puedo quedarme en este lugar ni un minuto más. Te espero fuera.

Joey se traga el resto de su café y sale corriendo hacia la puerta, dejando su taza sucia en el mostrador y agradeciendo de nuevo a la camarera. Está lloviendo a cántaros, el viento sopla con fuerza. Se envuelve con los brazos mientras camina a zancadas de regreso a la comisaría, tratando de descifrar qué ha pasado. Por favor, que no diga que sospechan de ella en todo esto. Eso simplemente no puede suceder. Las gotas caen de su pelo mojado y resbalan por su cara. No recuerda haberse sentido nunca tan frío. Becca está sufriendo. Se odia a sí mismo. Este pensamiento le hace tomar una decisión. Va a entrar en la comisaría y confesar el papel que ha desempeñado en el disparo a su madre.

17

Al doblar la esquina y acercarse a la comisaría, Joey ve a Becca de pie bajo la protección de un gran roble. Tiene el teléfono pegado a la oreja y su pelo rubio ondea salvajemente alrededor de su cabeza. El viento crea una melodía entre las ramas del árbol. Suena como una triste canción que ha escuchado antes. No recuerda su nombre, pero es una que no le gusta. Ella lo ve y termina la llamada. —Necesito decirte algo —dice él, mientras corre hacia ella, recuperando el aliento.

Ella se adelanta. —Han detenido a mi padre. Creen que lo hizo él. Creen que le disparó a mi madre.

Joey se queda paralizado. —¿Qué? —Siente el calor de la vergüenza subiendo por su cuello y sonrojando sus mejillas. Esto no puede estar pasando.

—Nos han asignado una agente de enlace familiar, una FLO las llaman. Una mujer muy amable. Me lo contó cuando estaba allí dentro. El hombre que vive en la casa de la esquina de nuestra urbanización vio a mi padre. Anoche, alrededor de la hora en que le dispararon a mi madre. Lo reconocieron por su abrigo, de entre todas las cosas.

—¿Su abrigo? —repite Joey, mientras el pavor lo atraviesa como el viento cortante.

Ella tiembla y tira del brazo de Joey. —Quiero irme de aquí.

Mientras miraba alternativamente a Becca y a la comisaría, se preguntó si esto puede empeorar. La mitad sensata de él quiere subir los escalones hacia la comisaría y entregarse. La otra mitad desea desesperadamente no haber recibido nunca esa llamada telefónica el domingo por la noche. Fue el mayor error de su vida. Encendió la cerilla que comenzó este fuego brillante que no tiene forma de apagar. Todo lo que quiere es llevarse a Becca lejos, a un lugar donde solo estén ellos dos. Lejos de los problemas que él ha dejado en su puerta. Necesita tiempo para pensar. —El coche está aparcado a unas calles de aquí. Quédate aquí e iré corriendo a buscarlo y volveré por ti. Seré rápido.

—No quiero quedarme aquí más tiempo. —Se levanta la capucha de su chaqueta de esquí sobre la cabeza—. Iré contigo.

Intentan hablar, pero el viento aullador corta sus palabras, troceándolas en un galimatías incomprensible. Cuando llegan al coche, Joey lucha contra el viento para abrirle la puerta antes de correr hacia el lado del conductor y saltar dentro. Arranca el motor y enciende la calefacción al máximo, quitándose el empapado abrigo y tirándolo al asiento trasero junto a las bolsas de ella. Ayuda a Becca a quitarse la chaqueta de esquí y la lanza por encima de su hombro para que caiga junto a su abrigo. —¿Qué va a pasar ahora con tu padre?

—Fueron al centro de conferencias y lo arrestaron. La FLO me lo contó. Tengo la sensación de que me dijo más de lo que debería. Fui un poco... insistente. Ya sabes cómo puedo ser. La acosé un poco para obtener respuestas. Se llevaron toda su ropa y pertenencias como pruebas. —Sacude la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—¿Pruebas de qué?

—De que lo hizo él. De que intentó asesinar a mamá. Comprobarán los residuos de pólvora y las salpicaduras de sangre del disparo, supongo. Ahora está de vuelta allí, en la comisaría, siendo interrogado. Todavía no puedo creer que esto esté pasando. —Sus ojos se cierran momentáneamente. Su cara se contrae de dolor. Un dolor que él podría terminar si le dijera a la policía lo que sabe. Podría liberar a su padre de las cadenas de ser sospechoso del intento de asesinato de su esposa. Becca abre los ojos y lo mira

fijamente—. Por el amor de Dios, Joey. Mi padre intentó asesinar a mi madre.

—Pero tiene una coartada, ¿no? ¿No tenía una cena con ese nuevo proveedor para su empresa?

—Se canceló. El tipo no se encontraba bien.

—¿Qué hay de la tal Jessica con quien fue a la conferencia?

—Cenaron juntos temprano.

—El personal del centro de conferencias podrá dar fe de eso, ¿verdad?

Ella asiente. —Sí. Pero acortaron la cena. Jessica no se sentía bien, aparentemente, tampoco. Consideraron volver a casa, pero las tormentas de nieve eran tan malas que decidieron quedarse. Además, papá pensó que podrían reunirse con el cliente esta mañana. Dados los horarios, era posible que pudiera haber conducido de vuelta, apretar el gatillo y luego volver rápidamente al centro de conferencias.

—El centro debe tener cámaras de seguridad. Seguramente lo habrían captado en algún momento si hubiera hecho eso.

—La policía lo está investigando. Y sus registros telefónicos. Pero estas cosas llevan tiempo.

Joey toma la mano de Becca y la aprieta. —Inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Ella tarda un rato en responder. —Supongo que sí.

—¿Qué decías sobre el hombre y el abrigo de tu padre? —Joey hace una mueca al pronunciar estas palabras, sabiendo que el abrigo está a menos de dos metros de distancia en el maletero de su coche.

Becca sopla en sus manos y las sostiene frente a la calefacción. —Recuerdo que papá nos contó que se topó con ese hombre justo después de que nos mudáramos. Se rieron porque llevaban el mismo abrigo. Es uno de esos abrigos tipo parka con capucha de piel. Hablaron sobre lo cálidos que eran y dónde los habían comprado. Anoche, el hombre dijo que volvía del pub y vio a papá. No estaba exactamente huyendo de la escena, pero tampoco caminaba tranquilamente. Supongo que por eso piensan que dejó el centro de conferencias, vino a casa, le disparó a ella y volvió allí.

Joey no puede creer lo que está escuchando.

Ella hace una pausa, sacudiendo la cabeza. —Me niego a creer que sea capaz de hacerle daño. Debe haber alguna explicación. Pero no pinta bien, ¿verdad? Alguien fue visto con su abrigo, y nadie puede dar fe de él en el momento del disparo. Las probabilidades están en su contra. —Vuelve a sacudir la cabeza—. No tiene sentido. Él nunca le haría daño.

Pero él le ha hecho daño. Está teniendo una aventura. ¿No es eso uno de los peores tipos de daño? Los pensamientos sobre Maggie de anoche, cuando le contó lo que hacía su marido, atormentan a Joey. Su marido la destrozó, había dicho ella.

Pero eso no es suficiente para culparlo de un crimen que no cometió.

Joey enciende los limpiaparabrisas y los observa barrer la lluvia del cristal. Están haciendo ese ruido que pone los nervios de punta. CC podría no haber instalado estos nuevos correctamente. Hay demasiada tensión entre el cristal y la escobilla. Demasiada tensión por todas partes.

—No entiendo el hecho de que llamara para decir que no volvía a casa. Pero lo hizo, eso creen.

Joey la mira. El dolor en sus ojos es agonizante.

—Ha mentido —niega con la cabeza—. Él no es un mentiroso. No tiene ningún sentido. La policía me hizo todo tipo de preguntas sobre él y su matrimonio. Fue horrible. —Levanta la mirada hacia Joey—. Mi padre intentó asesinar a mi madre. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Por qué lo haría?

Joey no puede responder. Bueno, podría plantear una teoría. Que su padre pudiera fugarse con su amante. Joey piensa en cómo se desarrollará todo esto. —El centro de conferencias *tendrá* cámaras de seguridad. Alguien podrá responder por él.

—¿Y si las tormentas de nieve afectaron a las cámaras? ¿Puede el clima hacer eso?

Joey se encoge de hombros. No sabe de estas cosas. —Supongo que puede distorsionar la imagen.

—Vamos, vámonos. Necesito algo de beber.

—¿Quieres que te recoja un café?

Ella niega con la cabeza. —Esperaré hasta llegar a casa de mi tío. —Señala sus vaqueros empapados—. Quiero quitarme esto.

Joey escucha a Becca mientras conduce a través del viento que azota el agua contra el parabrisas. La lluvia golpea con fuerza el coche. Es tan intensa que parece que el techo vaya a hundirse. Becca alza la voz para darle indicaciones mientras le cuenta las últimas horas en la comisaría, donde respondió a numerosas preguntas sobre su madre y su padre. La culpa pulsa a través de sus venas, acelerando sus latidos. Culpa paralizante, miedo y resentimiento, todo mezclado en un cóctel tóxico color sangre.

—Reduce la velocidad aquí. Toma el siguiente desvío —dice Becca cuando llegan a la calle de su tío—. Ahí abajo, eso es. —Joey gira hacia lo que es más un camino de tierra que una carretera y atraviesa un arco de árboles que se extiende hasta un par de casas aisladas. Reduce la velocidad a diez millas por hora. Su coche no sobrevivirá a estos baches.

—Está un poco apartado —comenta Joey al acercarse a un par de casas adosadas al final del camino.

—Lo sé. Él y su mujer se separaron hace unos años. Quería mantener su negocio, así que esto era todo lo que podía permitirse. ¿Dónde está su coche? No parece que esté en casa. Aquí, aparca frente a esos arbustos. Le llamaré para ver dónde está. No puede haber ido muy lejos. Sabe que estoy de camino. —Hace una llamada, dejando un mensaje diciendo que ya está allí—. No pasa nada. Sé dónde guarda una llave de repuesto.

—Me iré ya —dice Joey—. Tengo algunas cosas que resolver. — No puede seguir manteniendo esa pistola escondida bajo su almohada por más tiempo.

—Por favor, quédate conmigo hasta que él regrese. No quiero estar sola.

Incapaz de resistirse a la mirada desesperada en sus ojos, Joey la sigue a través de una puerta lateral y alrededor del desastre que es el jardín trasero. Arbustos descuidados, plantas y malas hierbas difuminan los bordes en una masa de caos marrón y verde. Le recuerda a Joey cómo acabó su jardín trasero en los años posteriores a la muerte de su padre. A diferencia de su madre, que

odia la jardinería, su padre estaba obsesionado con ella. Cada domingo por la mañana, solía sacar a Joey para que le ayudara. Era una sesión de vínculo semanal que Joey echó muchísimo de menos después de que se fuera. El jardín quedó abandonado, como este, hasta el confinamiento, cuando finalmente cedió a las insistencias de su madre y volvió a salir allí.

—Aquí está —dice Becca, agachándose y separando las hojas de un arbusto de hiedra para revelar un montón de grandes guijarros multicolores—. Lo preparó para mí cuando perdí la segunda llave que me dio. —Aparta cinco o seis piedras, elige una y la gira para mostrar una cubierta de plástico negro con una cerradura de combinación. Mira a Joey—. ¿Nunca adivinarías que esto estaba aquí, verdad?

Joey murmura en acuerdo.

—Puso mi fecha de nacimiento como combinación, así que nunca puedo olvidarla. —Becca gira las pequeñas ruedas de la cerradura—. Aquí está. —Abre la cubierta y saca la llave antes de colocar todas las piedras de vuelta donde las encontró.

Abre la puerta trasera, que conduce a una pequeña cocina que huele a bacon frito y comida para gatos. Una sartén grasienta descansa en el fregadero, junto con un plato manchado de ketchup y un par de tazas. Becca llena la tetera cuando suena un teléfono. —¿Era el mío? —dice, hurgando en el bolsillo de su sudadera. Mira la pantalla—. Ha salido a comprar algunas cosas. Ya viene de vuelta. —Su cara se arruga mientras señala sus vaqueros—. ¿Podrías preparar café mientras me cambio?

—Claro.

Abriendo un armario, encuentra tres tazas. Alcanza la parte trasera de la encimera y trae un bote y un frasco de café hacia el frente. —El café y el azúcar están ahí. ¿Puedes hacer tres? Mi tío lo toma solo sin azúcar. Debería haber leche en la nevera. Vuelvo en un momento. —Recoge sus bolsas y sale de la cocina.

Joey va a la nevera, pero aparte de una caja de huevos y algunas latas de refrescos, está vacía. Su tío debe estar comprando leche.

Un ruido del otro lado de la habitación capta su atención. Un gato negro como el azabache salta sobre la mesa y se gira para

mirarlo. Joey se acerca y lo acaricia. —Hola, minino. Eres una monada. —El gato ronronea mientras Joey pasa su mano por su espalda hasta el final de su cola. Repite esta acción mientras mira alrededor del desgastado mobiliario. Nada combina entre sí. Como si toda la habitación hubiera sido amueblada desde una tienda de segunda mano. El aparador pasado de moda no está nivelado. Una de las patas está rota y está apuntalada con ladrillos.

Mira fijamente una pila de carpetas en el escritorio junto a un portátil. El salvapantallas muestra la foto de una mujer bonita con un sombrero fedora color canela. Tiene la cabeza ladeada, y la palma de su mano está extendida bajo su boca mientras lanza un beso a la cámara. Le resulta familiar. Se estruja el cerebro. ¿Dónde la ha visto antes? Tal vez ha estado en el supermercado. El gato maúlla y empuja la mano de Joey con su cabeza. —Estoy en problemas, minino. En problemas muy graves, y no sé qué hacer.

Vuelve a la tetera que burbujea camino del punto de ebullición y mira por la ventana hacia el desorden del jardín, con una sensación de presagio recorriéndole. Como si se estuviera hundiendo y no pudiera detenerse. Tampoco hay nadie que pueda ayudarle. ¿Dónde va a acabar todo esto? Desenrosca el frasco y pone café en las tres tazas y azúcar en dos. Oye el motor de un coche. Mientras llena las tazas con agua, la puerta principal se abre y se cierra de golpe. —¡Bajo en un minuto! ¡Mi amigo está en la cocina preparando café! —grita Becca desde arriba.

Es la mano lo que primero le advierte. Los dedos manchados de grasa se envuelven alrededor de la puerta para empujarla. Y entonces aparece el cuerpo, y él lo sabe.

—Vaya, vaya, vaya. Si es el chico en persona.

18

Joey parpadea, disipando la confusión que cree tener, pero que no existe. Todo está tan claro como si fuera una tarde de verano, no media mañana en pleno invierno. Su voz vacila. —CC.

—Soy yo —gruñe este, pavoneándose hacia Joey y dejando caer la bolsa de la compra en la encimera. Tiene un aspecto agotado. Aunque no es de extrañar: su hermana está en coma y una pistola que él suministró la puso ahí. Imita la voz lastimera de Joey—. CC. —Sacando un cartón de leche de la bolsa, lo golpea junto a las tazas —. Mejor empieza a llamarme Ronny —dice.

Joey lo mira confundido. ¿Ronny? ¿Y entonces a qué viene lo de CC? Entonces cae en la cuenta. Su nombre real es Cameron. Eso fue lo que le dijo a Joey la primera vez que se conocieron. Ronny es el apodo de Cameron. Ronny cruza la habitación a grandes zancadas y agarra un archivador de la mesa. Abre la puerta de un armario, enciende la luz, se agacha a cuatro patas y desaparece en su interior. Joey oye cómo su voluminoso cuerpo roza contra la pared, y luego un zumbido y un chirrido como el de una puerta metálica al abrirse. Hay una pausa y luego un golpe como si la misma puerta se cerrara. Su cuerpo sale marcha atrás del armario. Suelta un juramento al ponerse de pie y golpearse la cabeza con el techo en pendiente. Fulmina a Joey con la mirada mientras se frota la cabeza, sin dejar de maldecir.

Joey se siente sumamente incómodo. ¿Qué fue del tipo sonriente que conoció la otra noche? Joey no logra adivinar si Ronny se sorprende de verlo allí o no. ¿Sabe que Becca y él son amigos? Joey echa un vistazo a la puerta. No sabe por qué. Quizás piensa que puede salir corriendo, esprintar hasta su coche y alejarse a toda velocidad.

—Ni se te ocurra intentar irte —dice Ronny. Se lanza hacia Joey y le da un empujón en el pecho—. Tú y yo tenemos que hablar. —Los empujones se vuelven más fuertes. Duelen. Joey retrocede un paso. Ronny avanza. Joey puede sentir su aliento en la cara. El olor es nauseabundo—. ¿Por qué has estado ignorando mis llamadas? ¿Y qué coño pasó anoche en casa de mi hermana?

¿Miente? ¿Le dice que dejó la mochila y se fue? Piensa, Joey, piensa.

Becca irrumpe en la habitación y le compra un tiempo desesperadamente necesario. Tiene el pelo mojado, y Joey puede oler el familiar aroma a fresas y menta. Rompe a llorar en cuanto ve a su tío. Ronny se vuelve hacia ella y le abre los brazos.

¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Cómo puede este hombre, con quien ha tenido la desgracia de verse involucrado, ser el tío de Becca?

Ronny acuna la cabeza de Becca en el hueco de su brazo y le acaricia el pelo. —Todo va a salir bien, ángel. —Le lanza a Joey una mirada cargada de maldad. La escena es repugnante. Ronny no merece tenerla entre sus brazos.

Joey se da la vuelta y termina de preparar las bebidas. Pero solo echa leche en una de las tazas. Ya no tiene sed. Escuchar a Becca contarle a este sinvergüenza lo de su madre y las acusaciones contra su padre es un suplicio. Con las prisas, se le cae la cuchara al suelo. La recoge y la tira al fregadero. Cae con estrépito. Agarra otra del escurridor sobre el lavaplatos, escuchando a Becca relatar el trauma de las últimas dieciocho horas mientras remueve las bebidas. —Bex, perdona que te interrumpa, pero tengo que irme. Luego estoy disponible si me necesitas. —Joey saca las llaves del bolsillo, esperando que ella no note cuánto le tiemblan las manos.

—Al menos quédate a tomar el café —dice ella.

—Ya llego muy tarde. —Joey asiente hacia Ronny—. Un placer conocerte. —Se vuelve hacia la puerta trasera y la abre, esperando a medias que un par de manos lo agarren por el cogote y lo lancen como una bolsa de basura de vuelta a la casa, pero lo único que oye es la voz ronca de Ronny.

—Oye, Joey. Me he fijado en que uno de los neumáticos de tu coche está en mal estado. No deberías conducir así. Ven, que te lo enseño.

Joey aprieta los dientes.

—Ahora vuelvo —le dice Ronny a Becca, le da un beso en la frente y sigue a Joey por la puerta—. No sabía que tú y Becca fuerais tan buenos amigos —dice cuando han cruzado la puerta del jardín. Joey guarda silencio. Está pensando en cuánto contarle a este bruto—. Vamos. Quiero respuestas. ¿Qué pasó realmente con mi hermana?

Joey se resigna a decir la verdad. —Hice exactamente lo que me dijiste, pero ella me reconoció. Me arrastró al interior de la casa como una loca. No sabía qué hacer. Era muy persuasiva. Había estado bebiendo. Mucho. Apenas podía caminar en línea recta. En un momento insinuó los planes que tenía para su marido, y no precisamente buenos. Luego volvió la pistola contra sí misma. Estaba como una cabra. ¿Qué más puedo decirte? Se disparó ella sola. —Si Ronny no va a creer sus palabras, seguro que reconocerá la angustia en su voz—. Si hubiera sabido lo que había realmente en esa mochila, nunca la habría cogido. Pensé que era dinero. Deberías habérmelo dicho.

—¿Y la dejaste morir?

Las palabras de Ronny escuecen como el viento azotando violentamente las mejillas de Joey. Ya no quiere hablar más con este hombre amenazante, pero la mirada sombría en sus ojos malvados le dice a Joey que sería mejor no ignorarlo. —Creí que estaba muerta. Cayó al suelo como si lo estuviera. Había un charco de sangre bajo su cabeza y por toda la pared. De verdad, parecía muerta. No sabía qué hacer.

—¿Dónde está la pistola?

—Me la llevé conmigo.

—¿Por qué? Ahora se ha convertido en una maldita investigación por intento de asesinato. Y están culpando a Alan. —Las comisuras de sus labios se contraen. ¿Fue una sonrisa burlona? Se lleva la mano a la boca.

—Entré en pánico. Pensé que si la dejaba allí, podría rastrearse hasta mí. —Joey hace una pausa antes de añadir—: O hasta ti. Así que la cogí y salí corriendo.

—¿Dónde está ahora?

—Me deshice de ella.

—¿Dónde?

—La tiré al canal. —Mantén la calma, Joey. Mantén la calma. No te pongas colorado. No es el momento.

—¿Cuándo?

—Anoche. Antes de irme a casa.

—¿Cómo sabes que nadie te vio?

—Fui con cuidado.

Ronny fulmina a Joey con la mirada, acariciándose la barba. Una mirada que le sacude cada milímetro de la columna vertebral como una serie de descargas eléctricas. Tiene la misma mirada perturbadora que tenía Maggie anoche. Sabía que le recordaba a alguien. Joey pensó que había sido Becca. Y en parte tenía razón, pero ahora puede ver claramente el parecido entre hermanos. Está a punto de hablar cuando Becca sale corriendo de la casa. Sube el camino a toda prisa y se detiene frente a ellos. —Acabo de hablar con Jessica —dice—. ¿Y sabéis qué?

—¿Qué, ángel? —pregunta Ronny. La dulzura en su voz suena falsa.

—Tiene coartada. —Becca está de pie con los brazos cruzados alrededor del cuerpo, protegiéndose del viento rugiente. Se apoya contra el maletero del coche—. La policía ha interrogado a Jessica. Fue a su habitación anoche a pedirle paracetamol. Aproximadamente a la hora en que dispararon a mamá.

Joey se pregunta si esto es cierto. ¿Fueron a cenar pronto y luego a la habitación de Alan para pasar la noche juntos, pero no pueden admitirlo, así que ella inventó esta historia?

—¿Y ese hombre que mencionaste, que dijo haber visto a tu padre huyendo de vuestra casa anoche? —pregunta Ronny.

—Supongo que la policía investigará eso más a fondo. Debió de ser otra persona con el mismo abrigo que el de papá. Estoy casi segura de haber visto su abrigo en el armario ayer. —Se encoge de hombros—. Pero no puedo estar cien por ciento segura. —Joey le echa un vistazo al trasero apoyado contra el maletero del coche. El pensamiento de que la gente esté buscando un abrigo que está escondido justo debajo de ella — una prueba crucial en lo que se considera una posible investigación por asesinato — lo horroriza.

—De todas formas, Jessica nos ha reservado un hotel hasta que podamos volver a casa. Necesito ver a papá. ¿Uno de vosotros me lleva?

Joey quiere ofrecerse voluntario, pero sabe que tiene que encargarse de la pistola. Además, necesita distanciarse de esta situación asfixiante.

—Yo me encargo —dice Ronny—. Joey tiene que ir al trabajo.

—Gracias. Voy a recoger mis cosas.

—Llámame luego —le grita Joey a Becca mientras ella trota hacia la casa. Saltando al coche, le hace un gesto a Ronny y arranca el motor. Joey está a punto de arrancar cuando Ronny golpea el cristal. A regañadientes, Joey baja la ventanilla.

—Tengo otro paquete para ti. Y no te preocupes —sonríe burlonamente—, no es otra pistola.

Joey levanta las manos como rindiéndose. —Esto me ha traumatizado. He terminado, Ronny. No estoy dispuesto a más.

Como un trapo rojo ante un toro, las palabras de Joey cargan a Ronny con un estallido de ira. —Sí que lo estás, Joey. —Echa un vistazo a la casa—. Necesito que esto se haga. —Golpea el techo del coche—. Apaga el motor.

Joey lo mantiene en marcha en un gesto de desafío hasta que Ronny repite su exigencia y Joey cede y saca la llave del contacto.

—Espera ahí. Ahora vuelvo.

Pasmado, Joey lo ve pasearse por el camino, con los hombros moviéndose al ritmo de su zancada. ¿Por quién me toma este animal? El desafío supera a su miedo. Espera a que Ronny

desaparezca en la casa antes de volver a arrancar el motor y salir disparado, sin importarle los baches del camino. En el espejo retrovisor, puede ver a Ronny persiguiéndole a toda carrera, con unos sobres acolchados en las manos. El coche da una sacudida cuando Joey cae en un bache, frenándole. No puede pinchar ahora. Conduce bajo el arco de árboles, con el pensamiento puesto en Becca. ¿Debería dejarla allí con él? ¿Con el maníaco que suministró la pistola con la que su madre se disparó? No le haría nada para hacerle daño, ¿verdad? Ha oído a Becca hablar de su tío Ronny antes. Solo de pasada. Recuerda que solo le contó cosas buenas de él, casi con entusiasmo.

Joey acelera, rezando para que su coche sobreviva al deplorable estado de la carretera. En el cruce con la carretera principal, se ve obligado a detenerse y dejar pasar varios coches. Tamborilea en el volante, deseando que se den prisa. Está a punto de incorporarse cuando se produce un golpe descomunal en el maletero de su coche. Mira por el espejo retrovisor, el resplandor de las luces de freno proyectan un brillo demoníaco sobre el rostro de Ronny. Joey puede ver los sobres acolchados bajo su brazo, y sostiene la pantalla de su móvil hacia Joey, como si intentara mostrarle algo. Pero a Joey no le interesa. Preso de un pánico ciego, pisa a fondo el acelerador y sale disparado a la carretera principal.

19

Un coche que se acerca toca el claxon con fuerza, girando para evitarlo. La conductora reduce la velocidad hasta ponerse a la altura del coche de Joey, señalándose la sien. Articula con los labios: «Idiota», antes de acelerar y alejarse. Pero a Joey ya no le importa. Quiere alejarse de allí. La lluvia ha amainado, pero los limpiaparabrisas siguen funcionando, raspando el parabrisas durante todo el camino a casa.

La Ford Transit de Pat está aparcada frente a su casa cuando llega. Una furgoneta azul con *Calefacción y Fontanería Pat* escrito en blanco en ambos laterales. Joey suspira. Debería haber ido a la universidad y aprendido un oficio cuando terminó el instituto. Ahora podría tener una furgoneta. Una con *Calefacción y Fontanería Joey* estampado en los laterales. O *Joey el Fontanero*, eso suena mejor. Puede imaginársela aparcada donde está la furgoneta de Pat. Entonces no estaría metido en el terrible lío en el que se encuentra ahora.

—Como nueva —dice Pat, mientras deja caer una llave inglesa en su caja de herramientas—. La bomba funciona. El agua fluye. Todo revisado. Llámame si hay algún problema —Recoge la basura del suelo y la mete en una bolsa de *Plumb City*.

El sonido de los radiadores burbujeando en acción es música celestial para los oídos de Joey. —¿Puedo transferirte el dinero a tu cuenta? —pregunta Joey, ganando algo de tiempo para reunir los fondos.

—Sí, claro. Te enviaré una factura por mensaje —Pat se levanta. Su rodilla cruje—. Tiene que pasar por la contabilidad, me temo, ya que tendré que pagarle a mi proveedor. De lo contrario, lo habría hecho en efectivo.

—Sí, claro. Envíamela y lo arreglaré —¿A quién pretende engañar?

—Te haré llegar la factura antes del fin de semana. Si pudieras pagarla de inmediato, me ayudaría mucho. El flujo de caja está un poco ajustado últimamente. Mucha gente no paga a tiempo. Tengo facturas pendientes desde noviembre, y los proveedores me están presionando. Y con el pequeñajo necesitando cosas nuevas todo el tiempo. Los zapatos de los niños, ¿cuánto crees que cuestan? Cuarenta libras, joder. *Cuarenta*. ¿Puedes creerlo? No son más grandes que mi mano.

—No te preocupes —dice Joey, suspirando interiormente de alivio. Al menos tiene un par de días para encontrar el dinero.

—¿Cuándo nos vamos a tomar esa copa, entonces? Será bueno ponernos al día por los viejos tiempos y todo eso. Si quieres, claro. No tienes que hacerlo. Solo bromeaba con lo de que me tienes que invitar a una cerveza.

—Claro que quiero —ríe Joey, dando una palmada amistosa en el hombro de Pat—. Estoy muy agradecido por lo que has hecho.

—¿El domingo por la noche?

—Estoy ocupado esta semana. ¿Qué tal la próxima?

—Sí, claro. Los domingos por la noche es mi noche de pub —Se ríe—. La parienta me suelta la correa los domingos —Deja de reír y frunce el ceño—. ¿Está todo bien, Joey? Pareces preocupado. Espero que no te importe que te lo diga. ¿Tienes problemas económicos?

Joey resopla para sus adentros. Sus abrasadoras dificultades financieras han palidecido en insignificancia desde anoche. La amenaza de los agentes ejecutivos parece una fiesta comparada con la amenaza de ir a prisión por obstruir la justicia y huir de la escena

de un crimen. ¿Qué más? Delitos con armas de fuego: posesión de un arma. Solo eso podría llevarlo entre rejas. Cuando lo sumas todo, sin embargo, tirarán la llave. Ha sido un completo idiota. Cuando descubrió que era un arma y no dinero lo que había en esa mochila, debería habérsela devuelto inmediatamente a Ronny. ¿En qué estaba pensando? —Tengo muchas cosas encima en este momento, eso es todo.

—Llámame cuando quieras, colega. ¿Ves estas? —Señala sus grandes orejas—. Son grandes y feas, pero perfectas para escucharte.

Cuando Pat se va, aparece su madre. —Gracias a Dios que está arreglado. Es un buen tipo. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Tengo horas extra esta tarde.

—¿Tienes un momento para devolver ese calefactor al desván? No tenemos sitio para él aquí abajo. Lo he dejado en el rellano.

—Claro. Te veo mejor.

—Lo estoy. Mucho mejor. Voy a ir a las tiendas. No tardaré mucho. Compraré algunas cosas para la cena de esta noche con el dinero que me diste —Lo mira con sospecha—. ¿De dónde dijiste que lo habías sacado?

—¿Por qué tantas preguntas? —espeta. No puede evitarlo. Se siente como una goma elástica a punto de romperse. Ella parece sorprendida por su arrebato—. Lo siento. No quería que sonara así. Ya te lo dije, ¿no? Le presté a alguien en el pub cincuenta libras en Navidad. Me las devolvió.

—Hablar siempre ayuda —dice ella mientras se aleja.

Cuando se cierra la puerta principal, él sube corriendo las escaleras hasta su dormitorio y se sienta en la cama de Dylan durante unos minutos, con la cabeza entre las manos. Está agotado, como si ya hubiera corrido una maratón, y apenas es mediodía. ¿Qué le está pasando? Respira profundamente, obligándose a mantener la compostura. Nada permanece igual para siempre.

No está hecho para esto.

Su vida es un desastre.

Todos estarían mejor sin él.

Se levanta de un salto, coge la pistola de debajo de la almohada y se dirige al armario de la ropa. Encuentra el palo en la esquina, baja la trampilla del desván y extiende la escalera hasta el suelo. Equilibrando el calefactor bajo el brazo, sube al desván. Al llegar arriba, enciende la luz, pero recuerda que, la bombilla se ha fundido. Encuentra la linterna en su teléfono. Sus ojos escanean el espacio buscando un escondite adecuado. Vacila. Una voz lo sobresalta.

—¿Me estás escuchando?

Joey mira hacia abajo a su madre al pie de la escalera. —¿Qué has dicho? —El zumbido en sus oídos está afectando su audición.

—Ten cuidado ahí arriba.

—Pensé que te habías ido a las tiendas.

—Está lloviendo. Pensé que esperaría hasta que pare.

Hace una mueca. Quería recoger el abrigo, las zapatillas y la mochila de su coche y llevarlos al desván, lo que le daría algo de tiempo hasta que decidiera qué hacer con ellos. En este momento, no confía en sí mismo para tomar este tipo de decisiones.

—Deja el calefactor cerca de la entrada, para que esté al alcance si lo necesitamos otra vez —desea que ella se vaya. Su presencia multiplica su angustia—. Eso es, justo ahí a un lado.

—No hay suficiente espacio a un lado. Hay demasiadas cosas aquí arriba.

—Lo sé. Necesito despejar un poco. Llevo tiempo pensando en ponerme con ello. Si me siento con fuerzas, quizá empiece este fin de semana.

Eso es justo lo que le faltaba. —¡No sin mí! —le grita desde arriba. No puede dejar que ella suba sola. Agarra la pistola en su bolsillo, que le pesa como la carga de culpa en su alma. Ya no puede soportarlo más. Tiene que deshacerse de ella—. Te harás daño, mamá. Hazme un favor. Ve a buscar una bombilla en esa caja de la repisa superior debajo de la escalera.

Con ella fuera de su camino durante un par de minutos, se abre paso entre el desorden hacia el fondo del desván y vuelve a colocar el calefactor en el espacio donde lo encontró el otro día, junto a una vieja maleta cubierta de polvo. Ese será un buen escondite. Abre la cremallera y descubre que está llena de la ropa vieja de su padre:

jerseys, camisetas, pantalones y ropa interior. Se queda mirándolo todo un rato, tragándose el nudo que crece en su garganta por su madre, que ni siquiera ha sido capaz de tirar los calcetines agujereados y los calzoncillos gastados de su padre. Saca la pistola de su bolsillo y la mete entre la ropa, murmurando una disculpa a su padre, que seguramente le estará maldiciendo desde arriba.

—Ya la tengo —se gira asustado para ver la mitad superior del cuerpo de su madre asomando por la trampilla. Está cambiando la bombilla, iluminando toda la zona—. Mamá, baja de ahí.

—Esa maleta contiene la ropa de tu padre, ¿verdad? Bájala. La revisaré. Hay que empezar por algún sitio. Toma, pásame. —Sube otro peldaño, sus piernas aparecen a la vista.

¿Podría empeorar esto? —Ahora no. Te ayudaré el fin de semana. Tengo que ir a trabajar.

—No, no. Pásame esa maleta. Debería haber otra por algún lado —señala hacia la zona de la izquierda—. Por ahí. No tengo nada planeado esta tarde. Voy a revisarlas —sube hasta el último peldaño —. Hace un frío terrible aquí arriba.

—Mamá, baja. Las bajaré más tarde.

—Joey Clarke. Si no me las pasas, voy a ir yo misma a buscarlas. —Joey conoce a su madre. Cuando no está afectada por los síntomas debilitantes de su enfermedad, es una mula terca y decidida. Tiene esa mirada —ojos fulminantes, ceño fruncido— que le dice a su hijo que deje de discutir con ella—. Vamos. Pásamelas. —Camina hacia él, tropezando con el árbol de Navidad que Joey había subido de nuevo al desván a principios de mes.

No aceptará un no por respuesta. Piensa, Joey. Piensa. Mira fijamente la maleta junto a sus pies que contiene el arma que voló la cabeza de alguien anoche, envuelta entre la ropa de su difunto padre. —Sal de aquí. Te vas a hacer daño. Estoy hablando en serio, mamá. Ya me he lastimado el pie. —Levanta la pierna para mostrar una lesión fingida, tratando de ocultar la desesperación en su voz. Antes de que se dé cuenta, ella le pedirá que abra la maleta para hurgar—. Baja y te las pasaré desde abajo.

Deja escapar un profundo suspiro silencioso y lentamente mientras ella desciende por la escalera. Espera, observando hasta

que su cabeza desaparece de la vista. Tan rápido como puede, abre la cremallera de la maleta y saca la pistola, escondiéndola en una vieja pantalla de lámpara sobre un montón de cajas. Localiza la otra maleta que ella pidió, lleva las dos hasta la trampilla y se las entrega a su madre, que espera abajo.

—Gracias, Joey. Va a ser doloroso, pero ya es hora. Sé un cielo y bájalas por mí, ¿quieres? —Mira hacia la abertura del desván—. Has dejado la luz encendida.

—Lo sé. Ve a preparar un té, y yo cerraré y bajaré las maletas. —Asiente hacia las maletas junto a sus pies.

—Pensándolo mejor, mi dormitorio servirá por ahora. No quiero disgustar a los niños si no llego a revisarlas hoy.

—Ve a preparar ese té.

—¿Estás intentando deshacerte de mí? —Coloca las manos en sus caderas—. Te conozco, Joey Clarke. ¿Qué está pasando?

—Estoy bien. De verdad.

—¿No te he enseñado a no mentir nunca?

—Déjalo, mamá. Todo está bien.

Ella se aleja por el pasillo. —Ya sabes dónde estoy si necesitas hablar.

Él observa hasta que ella desaparece por las escaleras de nuevo antes de subir para apagar la luz. Pero entonces entra en pánico. ¿Y si ella decide subir más tarde para revisar más cosas de su padre? Podría encontrar fácilmente la pistola. Necesita un escondite más seguro. Saca la pistola de la pantalla de la lámpara y avanza con dificultad entre el desorden hasta donde termina el suelo. La mete debajo de una tabla del suelo encima del aislamiento. Allí nunca la encontrará.

Una vez que ha cerrado la trampilla del desván, lleva las maletas al dormitorio de su madre. Una habitación luminosa pintada de amarillo natillas que Joey decoró para ella hace unos años. Pensó que podría alegrarle y levantarle el ánimo. Coloca las maletas junto a su armario. Está a punto de salir de la habitación, pero vacila. En la puerta, se gira y las mira fijamente. La idea de la ropa de su padre metida en dos maletas remueve ese compartimento de dolor en su corazón que intenta no perturbar estos días. Incluso después de

tantos años, aunque la crudeza ha evolucionado hacia la aceptación, sigue siendo doloroso. Piensa en Becca y lo que debe estar pasando, y lo que le espera mientras navega por la vida después de este trauma, del cual él es parcialmente responsable.

20

—Los pasillos de frutas y verduras necesitan reponerse. Empieza con las patatas —instruye el señor Parasi cuando Joey llega al trabajo. Se arrepiente de haber aceptado este turno. Pero ni una sola alma podría haber predicho el tormento en el que se encontraría cuando se ofreció para estas horas extra. Joey le sigue hasta la zona de carga. —Parece que todo el mundo está comprando patatas. —Joey carga una jaula con cajas y pasa su turno reponiendo las estanterías vacías, intentando no pensar en el grave problema en el que está metido. Pero no puede evitarlo. Su constante ansiedad se lo recuerda. También lo hacen los continuos mensajes de Ronny diciéndole que más le vale ponerse en contacto o si no.

Cuando sale del trabajo, revisa su teléfono. Ignora más mensajes de Ronny pero ve que Becca ha estado intentando localizarle.

Llámame cuando puedas. Bx

La llama. Ella contesta de inmediato. —Estoy en el hotel que nos reservó Jessica, pero papá no está aquí. Pensaba que ya habría vuelto. ¿Puedes venir? Me estoy volviendo loca yo sola. —Joey duda. Solo quiere llegar a casa. Tiene que ocuparse de esas zapatillas y el abrigo que están en el maletero de su coche. Se siente como un

gato al que solo le queda una de sus nueve vidas, y necesita guardarla para lo que sea que los próximos días le deparen.

—Por favor, Joey.

—¿Qué hotel?

Ella le da indicaciones.

Comprueba la hora. —Estaré allí lo antes posible.

—Nos vemos en el bar.

Por el camino, Joey llama a su madre para decirle que cenen sin él. Va a volver tarde. —¿Adónde vas? —le pregunta ella. Últimamente sale mucho más de lo normal. Sabe que debe contarle lo de la madre de Becca. Se enterará tarde o temprano, si es que no lo ha hecho ya por las noticias locales. Sabe que él y Becca son amigos. Y sabe que él desea que pudieran ser más que amigos. —Te lo contaré más tarde.

—Estás metido en algún lío, ¿verdad?

No quiere estresarla. Solo provocaría un brote. —Estoy bien, mamá. Relájate.

—¿Tienes novia? —pregunta ella.

Lo dice como si fuera una sorpresa. No ha tenido muchas novias y solo una relación seria. Al final de su adolescencia, tuvo un romance intenso de un año con una chica de la que creía estar enamorado. Pero cuando a ella le ofrecieron una plaza en la universidad, las cosas cambiaron. Se habían tomado las cosas demasiado en serio demasiado rápido, dijo ella, cuando llegaron a su residencia en Newcastle con el coche de él lleno a rebosar con todas sus pertenencias. Necesitaba espacio, dijo ella. ¿Qué se suponía que significaba eso? Condujo los quinientos y pico kilómetros de vuelta a casa completamente conmocionado y nunca más supo de ella. Solo en estos últimos meses, a medida que sus sentimientos por Becca se han desarrollado, se ha dado cuenta de que aquella chica de Newcastle fue solo un amor de adolescente.

—No —responde—. ¿Miraste las maletas?

—No lo hice. No me veía con fuerzas. Quizá mañana.

—No te preocupes. Las volveré a subir al desván.

—No hace falta. Ya me ocuparé de ellas en algún momento.

El hotel donde se aloja Becca es uno de esos sitios de lujo tipo boutique en pleno centro. Una antigua biblioteca catalogada como edificio protegido donde la iluminación es tenue, y la zona de recepción huele a cuero de los sofás y sillones orejeros. Está situado a igual distancia de la comisaría y del hospital, ideal para las necesidades de Becca y su padre. Joey se siente incómodo mientras pasa de largo frente a las dos recepcionistas y se dirige por el pasillo revestido de roble hacia el bar, donde encuentra a Becca esperando en un sofá de piel con una pinta de cerveza. Está pálida y lleva el pelo recogido en un moño despeinado en lo alto de la cabeza. A Joey sigue pareciéndole guapísima. —Papá acaba de volver de la comisaría —dice ella.

Joey se sienta a su lado. —¿Dónde está?

—Ha ido a su habitación. No se encuentra bien. Probablemente sea por el estrés, o ha pillado ese virus que tenía Jessica en la conferencia. ¿Quieres tomar algo?

Joey quiere. Y más de una copa. Quiere beberse diez chupitos de Jägermeister, acompañarlos con una pinta de cerveza y olvidarse de la vida por una noche. Mira el bar con aprensión. Aún faltan unos días para que le paguen, y el precio de dos pintas en un sitio como este le costará un riñón y agotará lo que le queda de dinero. Antes de que pueda responder, ella se mueve hacia delante hasta que su trasero queda en el borde del sofá, y coge su vaso de la mesa. —Acompáñame. No quiero beber sola. —Se termina de un trago el resto de su pinta.

—Me toca a mí —dice él. Lo mínimo que puede hacer es invitarla a una copa. Si tan solo pudiera sincerarse, ella no estaría pasando por la mitad de la angustia que está soportando. Coge su vaso vacío —. ¿Lo mismo otra vez? —Pero cada vez que piensa en confesar el papel que ha desempeñado en este drama, ve a su familia con platos tan vacíos como el vaso que sostiene. Y no puede hacerles eso. Sabe que es solo cuestión de tiempo antes de que Maggie

despierte y lo revele todo, pero por terrible que suene, también sabe que existe la posibilidad de que no lo consiga.

Espera a que le atiendan, estudiando la amplia variedad de ginebras expuestas detrás de la larga barra. Hay mucha gente y los camareros están atendiendo a otros clientes. Mira de reojo a Becca hablando por teléfono. El ceño en su rostro se va acentuando por segundos. Algo ha ocurrido. Joey siente un familiar sudor frío. ¿Con *quién* está hablando? Después de lo que parece una hora de asentimientos y murmullos por su parte, aunque es menos de un minuto, ella aparta el teléfono de su oreja y se queda mirando al suelo.

—¿Qué te pongo? —pregunta una camarera, mirando a Joey de arriba abajo.

—Vuelvo en un minuto —dice Joey y se dirige hacia Becca—. ¿Estás bien? —le pregunta.

Ella deja caer el teléfono en su regazo y lo mira conmocionada.

—Han llamado desde el hospital. Mi madre ha tenido una hemorragia cerebral. La están llevando al quirófano para operarla.

Joey se agacha y le agarra la mano.

—Bex, lo siento mucho.

—Necesito decírselo a mi padre. Intenté llamarle, pero no contestó. Debe haberse quedado dormido. —Se golpea las sienes con las palmas de las manos y se las desliza por las mejillas—. Esto es una pesadilla.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta Joey.

Ella se levanta y coge su teléfono.

—Encontrar al cabrón que le hizo esto.

Joey murmura para sí mismo durante todo el camino a casa. Palabras de consuelo asegurando que todo irá bien rebotando contra aquellas que le exigen entregarse. Cuando llega a casa, no puede creer lo que ven sus ojos. El coche de Ade está aparcado delante. Golpea el volante con el puño y se ríe a carcajadas.

—¿Estás de broma? —grita. Había planeado coger las cosas del maletero y esconderlas en el desván por el momento. Esta parece su

opción más segura, ¿no? No deja de dudar de sí mismo.

Las risas le saludan al abrir la puerta principal, junto con Hetty, que menea el trasero de alegría. Su madre grita lo habitual:

—Buenas noches, cariño.

Cuelga su abrigo en el armario y se agacha para saludar a Hetty.

—Es verdad, ¿sabes? —dice mientras acaricia el pelo áspero de Hetty—. El perro es el mejor amigo del hombre.

En el salón, la familia y Ade están sentados a la mesa jugando al Monopoly.

—Tengo hoteles en las moradas —dice Dylan, con una voz presuntuosa que eclipsa la mirada de regocijo en sus ojos.

Su madre pone los ojos en blanco.

—¿Y adivina quién acaba de caer en ellas? —dice, empujando un pequeño montón de billetes de papel en dirección a Dylan—. Estoy acabada.

—Todavía tienes las verdes y tres estaciones —dice Dylan.

Su madre se ríe.

—Regent Street y Bond Street están hipotecadas y sin dinero, no tengo ninguna posibilidad.

—Empecemos otra vez, así Joey puede jugar —dice Megan.

—Ni hablar. Estoy ganando. —Dylan mira a Joey y le lanza un rápido ceño fruncido, el pliegue de su ceja preguntando si está bien.

—Pero quiero que Joey juegue —protesta Megan.

—Estáis bien así. Estoy agotado —dice Joey, saludando a Ade con un gesto de cabeza.

—Hay estofado de pollo en el horno para ti —dice su madre—. O sobras de comida china.

—Ya he comido —miente Joey. Otra vez. Este es el problema con las mentiras. Dices una, y siguen apareciendo, una tras otra. No puedes detenerlas. Y necesitas tener muy buena memoria para no tropezar con todas ellas. Está hambriento, pero no se ve capaz de cenar delante de un detective y mantener una conversación educada mientras finge que todo va bien en su mundo. Además, siente que un dolor de cabeza infernal se le está acercando.

—¿Dónde?

—Me compré un sándwich después del trabajo.

—Un sándwich no te llenará. Te estás quedando en los huesos.

—Estoy bien —dice, dejándolos discutir sobre sus imperios inmobiliarios.

Después de tomarse un par de analgésicos, sube por la escalera hacia su cama.. Dominado por el agotamiento, cada peldaño supone un esfuerzo considerable. Como si estuviera escalando una montaña empinada con una pesada carga a la espalda. Ni siquiera se molesta en desvestirse Cediendo a la comodidad de su pequeña área de privacidad, estira sus extremidades, levantando las rodillas para que sus pies puedan descansar en la estructura. Comprueba su teléfono. Hay otra llamada perdida de Ronny, nada de Becca. Se queda tumbado en la oscuridad, intentando silenciar la voz insistente que le dice que se entregue. Pero hay demasiado en juego. Su familia nunca sobreviviría sin él. Y por brutal que suene, tiene la posibilidad de salirse con la suya.

Si la madre de Becca no lo consigue.

21

Jueves

El despertador del hambre despierta a Joey. Es tan intenso que se siente enfermo. Mira su teléfono. Son casi las seis. Se queda tumbado un minuto hasta que ya no puede soportar el vacío que le carcome por dentro. ¿O está un poco nervioso por lo que está a punto de hacer? Baja lentamente por la escalera de su cama, escuchando los suaves ronquidos de Dylan. Necesita ser rápido para salirse con la suya. Se frota los brazos y las piernas, intentando alisar la ropa de ayer. Tan silenciosamente como puede, se arrodilla en el suelo junto a Dylan, que duerme profundamente. Mete la mano debajo de la cama y saca una vieja bolsa de lona. Se acerca al radiador bajo la ventana y gira el mando para apagarlo como parte de su plan.

La casa está mortalmente silenciosa, todos siguen profundamente dormidos. Baja sigilosamente las escaleras, evitando el imprevisible tercer escalón empezando por abajo. A veces cruje bajo su peso. Lo único en lo que puede pensar es en una tostada cubierta de mantequilla y mermelada, pero cuando llega a la cocina encuentra el panero vacío. Coloca dos Weetabix en un bol, añade algo de leche y varias cucharadas de azúcar, pero cuando va a tomar una cucharada, el estómago le da un vuelco. Deja el bol a un lado.

Hetty espera a sus pies, moviendo la cabeza de un lado a otro con la esperanza de conseguir alguna golosina. —Todavía no es hora de desayunar —dice. Se inclina y la acaricia—. Tienes que esperar un poco, amiga mía.

En el armario debajo de las escaleras, encuentra sus Crocs. Los que una vez fueron de su padre y que se ha negado a dejar que su madre tire a pesar de que han perdido el agarre y la correa izquierda está rota. Con la mayor discreción posible, coge lentamente sus llaves de la mesa del pasillo y sale por la puerta principal.

El viento le azota mientras recorre el camino hacia su coche. El sol aún no ha salido, la oscuridad es su amiga bienvenida. En su prisa, casi pierde el equilibrio. Se estabiliza contra la valla del jardín y la usa como guía hasta la puerta. Una rama caída se rompe bajo sus pies, sonando como un trueno en la quietud de la madrugada. Cuando llega a su coche, aparcado en la parte trasera de la casa, abre el maletero. Mira a su alrededor, esperando a medias ver a su madre observándole desde la ventana de su dormitorio. Pero la casa está a oscuras. De repente le asalta un pensamiento. ¿Y si Ade se quedó a dormir? Ni siquiera oyó a Dylan acostarse, así que ¿y si Ade nunca se marchó? Joey no vio el coche de Ade frente a la casa, pero ¿quién dice que no lo movió más arriba en la calle? Pero ¿por qué habría hecho eso? La paranoia le hace comprobar también las ventanas de sus vecinos, pero no ve un alma. Mete el abrigo, las zapatillas deportivas y la mochila de su coche en la bolsa de lona, baja la tapa del maletero y la cierra suavemente.

Comprueba si el coche de Ade está aparcado en algún lugar de la calle antes de volver a entrar, pero no lo ve. La casa sigue en silencio. Tras meter los Crocs en el armario, se escabulle escaleras arriba con la bolsa de lona al hombro. En silencio, abre la puerta del dormitorio de su madre, comprobando que está sola. Encuentra la varilla para abrir la trampilla del desván en el armario de la ropa y espera hasta que el latido de su corazón retumbando en sus oídos es el único sonido que puede escuchar. Cuando está seguro de que nadie se mueve, despliega la escalera hasta el suelo. Sube, escalón a escalón, gimiendo interiormente con cada crujido y chirrido. Zigzaguea a través del desorden hasta el lugar donde escondió la

pistola. Pero cuando mete la mano bajo la tabla del suelo, no está allí.

Empieza a sudar, a pesar de la temperatura bajo cero. Esto no puede estar bien. Tantea a ambos lados del espacio. ¿Dónde está? ¿Ha estado su madre en el desván y se la ha llevado? ¿Ha acertado con el lugar? Agachándose a cuatro patas, gatea por las tablas del suelo, metiendo la mano debajo de cada tabla entre las vigas mientras contiene la respiración, rezando por haberse equivocado. Estaba seguro de que estaba en algún lugar del medio. Solo cuando su tacto encuentra la aspereza de la toalla se permite respirar. Vuelve a contener el aliento cuando escucha la inconfundible voz de su madre susurrando con urgencia desde abajo: —Joey, ¿qué *estás* haciendo ahí arriba a estas horas de la mañana?

—Ya bajo —responde él. Su madre está subiendo la escalera—. Quédate ahí. Hace un frío horrible aquí arriba. —Con las manos temblorosas, intenta abrir la cremallera de la bolsa de viaje, pero se atasca.

—¿Qué *estás* haciendo? —le grita su madre desde abajo.

Él entra en pánico. La bolsa no se abre. Tira de la cremallera otra vez y se desprende de la costura. —Ya voy —grita. Mete la pistola dentro de la bolsa junto con el abrigo, las zapatillas y la mochila. Sin tiempo para hacer nada más, la empuja donde las vigas se encuentran con el suelo, ocultándola bajo una capa de aislante. Dirigiéndose hacia la trampilla, tose por todo el polvo y las microfibras que le irritan la garganta. Su corazón todavía late con fuerza, pero ya había planeado qué hacer en caso de interrupciones. Se coloca el calefactor bajo el brazo y desciende por la escalera. —Hay algo mal con el radiador de nuestro dormitorio.

Ahí vamos otra vez. Más mentiras.

—Hace un frío terrible ahí dentro. —Llega al último peldaño y suspira—. Voy a tener que llamar a Pat otra vez para que venga a echarle un vistazo.

Su madre le quita el calefactor. —¿Qué le pasa? Anoche funcionaba perfectamente cuando Dylan se fue a la cama.

—Ya lo sé, pero me estoy congelando.

—¿Estás cogiendo algo?

—Tal vez. —Después de deslizar la escalera de nuevo hacia el interior del desván, recoge la vara que ha caído al suelo y cierra la trampilla. Coge el calefactor de manos de ella y va a su dormitorio. En la puerta, se gira y finge una sonrisa. Ella lo mira, luego mira hacia el desván y de vuelta a él—. No nací ayer, Joey. Sé que estás tramando algo.

Él señala con la cabeza hacia la puerta y baja la voz. —Tengo frío. Deja de buscar cosas donde no las hay.

Ella camina hacia él. —Estoy preocupada por ti. Te estás comportando como cuando murió tu padre. ¿Estás metido en algún lío?

Él se lleva el dedo índice a los labios. —Despertarás a Dylan y a Megs. Deja de preocuparte. Vuelve a la cama.

—Parecías agitado cuando llegaste anoche. No quise decir nada delante de todos. Estabas blanco como el papel.

—Estoy bien.

—¿Es por Ade?

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de que haya conocido a alguien.

Él niega con la cabeza, frunciendo el ceño. —No. No. Me alegro por ti.

—¿Seguro? Entendería que te resultara difícil.

—De verdad, estoy bien. Vuelve a la cama, por favor.

—¿Dónde estuviste anoche?

Él duda. Si hay alguien a quien le resulta difícil ocultarle sus problemas, es a ella. Tiene una manera de atravesarlo con la mirada hasta conseguir extraer la información que quiere. —Mi amiga Becca tiene algunos problemas. Estaba con ella.

—¿Qué problemas?

Él suspira. —Su madre tuvo una hemorragia cerebral. Está en el hospital sometiéndose a una operación.

—¿Un derrame?

—Le dispararon.

A su madre se le desencaja la mandíbula. —Por el amor de Dios. ¿Quién?

Joey se encoge de hombros. —No lo saben.

—¿Está consciente?

—Ha estado en coma y todavía no habla.

—¿Por qué no dijiste nada antes?

Él se encoge de hombros otra vez.

Ella aprieta el cinturón de su bata. —Vamos. —Inclina la cabeza hacia un lado, indicándole las escaleras—. Vamos a poner la tetera.

A él le encantaría vomitar los nauseabundos acontecimientos de su semana a alguien. Su madre sabría qué hacer. Siempre lo sabe. Pero no puede cargarla con sus problemas. Solo la enfermaría. Además, no quiere arruinar la pequeña felicidad que ha encontrado. —Tranquila, mamá. Me vuelvo a la cama. —Encuentra una sonrisa para ella. Otra falsa.

22

Joey pasa la siguiente hora en la cama navegando sin rumbo por su teléfono. Incluso los hilarantes vídeos de TikTok que normalmente le hacen partirse de risa no consiguen arrancarle ni la más mínima sonrisa. Dylan ronca suavemente debajo de él. Busca en Google *hemorragia cerebral* de nuevo, como hizo anoche, para ver si puede encontrar más información. La hemorragia mata células cerebrales. La tasa de supervivencia es del cincuenta por ciento. La mayoría de los supervivientes experimentan problemas con el habla y la memoria. Pensamientos incómodos e inapropiados le atormentan.

¿Y si Maggie nunca recuerda lo que pasó?

¿Y si muere?

Le manda un mensaje a Becca.

¿Alguna noticia sobre tu madre? Jx

Ella responde inmediatamente.

La operación ha ido bien, según parece. ¿Podemos hablar? Bx

Dame cinco minutos. Jx

Baja las escaleras y llena el hervidor, frotándose los ojos irritados mientras espera a que hierva el agua. La operación ha ido bien. ¿Significa eso que Maggie podrá hablar ahora? ¿Revelará que fue él quien le llevó el arma?

¿Es hoy el día en que todo saldrá a la luz?

Se sirve una taza de café, sintiéndose mareado. Rebusca en la lata de galletas y chasquea la lengua. Solo quedan mitades de digestive rotas. Coge un par y las moja en su bebida. Apoyado contra la encimera, contempla las tazas usadas de anoche sumergidas en un fregadero de agua sucia. Igual que él: ahogándose en la turbiedad de una vida creada por su propia estupidez. Va a comerse las galletas, pero maldice cuando ve que se han deshecho en la taza. Coge el bol de Weetabix de antes. No parece nada apetecible, pero lo devora como un animal hambriento. Cogiendo otro par de galletas, lleva su café al salón y llama a Becca.

Su voz es un susurro. —Espera un momento. —Joey la oye moverse y abrir y cerrar puertas—. Perdona, estaba en la habitación de mi padre. Me he quedado sin pasta de dientes, así que fui a buscar un poco. Ya estoy de vuelta en la mía. Apenas he dormido en toda la noche. Hay algo que me ronda la cabeza y necesito hablarlo con alguien.

—Claro.

—Sé que esto puede sonar absurdo, y no se lo he contado a nadie, pero mamá mencionó hace un tiempo que pensaba que papá y Jessica estaban teniendo una aventura. No le di importancia, le dije que estaba siendo ridícula. Papá nunca haría algo así. Estoy segura. Pero ¿y si me equivoco? ¿Podrían él y Jessica haber planeado esto para deshacerse de mamá y estar juntos? ¿Podría Jessica haber mentido para darle una coartada?

Joey piensa en lo que Maggie le contó. Iba a usar el arma para asesinar a su marido porque creía que le estaba siendo infiel. ¿Acaso Ronny la incitó a hacerlo, proporcionándole un arma a su hermana para matar a su marido?

—¿Estás ahí, Joey?

—Perdona, estaba pensando en lo que acabas de contarme. ¿Qué hay del hombre que creyó ver a tu padre esa noche?

—La policía lo interrogó de nuevo. Está cien por ciento seguro de que vio a alguien usando el mismo abrigo que tanto él como papá tienen. Pero no puede asegurar que fuera definitivamente papá quien lo llevaba puesto. De altura similar, pero podría haber sido cualquiera. No vio su cara porque llevaba la capucha puesta y una mascarilla. Eso es un poco raro, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—Un hombre caminando por la calle con mascarilla. Parece extraño. Lo entendería si estuviera en una tienda, pero ¿en la calle?

—La gente sigue llevando mascarillas. Las vemos en el supermercado, ¿no? ¿Están seguros de que era una mascarilla? Podría haber sido un cuello térmico o una bufanda. Hace un frío de mil demonios últimamente.

—Dicen «él», pero ni siquiera pueden estar seguros de que fuera un hombre. La policía sigue revisando las cámaras de vigilancia y pidiendo grabaciones a los vecinos. Pero nada. No puedo creer que mi padre haya hecho esto, pero las cosas no cuadran. Y aquí hay otra cosa confusa. El abrigo. La policía ha registrado toda la casa y la oficina de papá, pero no está. Lo que les hace pensar que quien disparó a mi madre se llevó el abrigo de papá. No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido.

Joey vuelve arriba para vestirse. Dylan se incorpora en la cama y estira los brazos por encima de su cabeza. Bosteza ruidosamente. —Mamá está preocupada por ti.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Joey.

—Me ha estado haciendo preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre adónde has estado yendo. Normalmente no sales tanto. Y acaba de contarme lo de la madre de Becca. ¿Tuviste algo que ver con eso?

Joey lo mira horrorizado. —¿Qué estás intentando decir?

—Tenías una pistola. Fuiste a llevarla a algún sitio. Y esa misma noche, alguien disparó a la madre de tu novia.

—No es mi novia. Y si me estás preguntando si yo disparé a la madre de Becca, la respuesta es un rotundo NO. —Joey chasquea la lengua—. Por Dios, Dylan. ¿Por quién me tomas?

Hay un minuto o dos de silencio antes de que Dylan diga: —Por cierto, voy a empezar a coger el autobús para ir al instituto otra vez.

—¿Por qué?

—Tengo que hacerlo algún día, y ahora es tan buen momento como cualquier otro —hace una pausa antes de preguntar—: ¿Qué opinas de Ade?

—Parece simpático. ¿Por qué?

—Se siente un poco raro. Ya sabes, mamá con novio.

—Tiene derecho a ser feliz. Y si él la hace feliz, entonces me cae bien.

—Supongo que sí.

Joey pasa la mañana reprimiendo bostezos mientras escanea automáticamente artículos por la caja y empaqueta la compra en bolsas. La tienda está abarrotada hoy. A la hora del almuerzo, solo toma un descanso de quince minutos. El señor Parasi le ofrece un panini de jamón y tomate. Uno de varios que se aplastaron cuando la caja en la que estaban empaquetados se cayó al suelo. —No puedo vender estos. Coge dos, si quieres —dice el señor Parasi. Joey no rechaza la oferta. Pondrá uno en la nevera y lo tomará para el almuerzo de mañana. Mientras le da un mordisco al panini, revisa su teléfono. Hay varias llamadas perdidas de Ronny y un mensaje de Becca pidiéndole que la llame.

Ella contesta después de un par de tonos. —Mamá puede recibir visitas. Pero no hasta última hora de la tarde. Está esperando para hacerse un escáner, y luego la enfermera dijo que me llamaría. Papá ha vuelto a la comisaría.

—¿Por qué?

—La policía tiene más preguntas para él. Siento ser una molestia, pero ¿me llevaríad al hospital?

—No puedo salir temprano del trabajo. Está muy concurrido hoy. Cualquier momento después de las cuatro debería estar bien.

—Eso está bien.

—¿Cómo está ella?

—Fuera de sí, creo. Estoy muy preocupada.

—¿Quieres que le diga al señor Parasi que no vendrás el sábado?

—No lo sé. Podría ser una buena distracción.

—Aguanta ahí.

Después del breve descanso de Joey, el señor Parasi le indica que reponga los congeladores. El trabajo que Joey más odia. Preferiría atender las cajas. Veinte minutos después de apilar cajas de palitos de pescado y bolsas de patatas fritas para horno, un olor rancio familiar le llega: el aroma de bacon y tomates rancios. Se gira mientras una mano se posa simultáneamente sobre su hombro con tanta fuerza que las rodillas de Joey se doblan.

—Becca me dijo que te encontraría aquí —Ronny se ríe—. Esto es lo que pasa cuando ignoras mis llamadas. No es inteligente.

Joey coge otras dos bolsas de patatas y las lanza al congelador. ¿Cómo había extraído esa información de Becca? Supone que Ronny podría haberle preguntado casualmente dónde trabajaba su amigo.

—¿Parezco el tipo de hombre al que le gusta que le ignoren?

El corazón de Joey retumba en su pecho. Nunca había despreciado tanto a una persona. ¿Cómo se libra de este hombre? Es peor que las pesadillas que tiene sobre su padre, que también se niegan a dejarle en paz. El panini de jamón y tomate que comió a mediodía le repite. Puede saborear el agrio de los tomates podridos, igual que el olor en el aliento de este maníaco.

—Tengo más trabajos para ti, Joey.

—Déjame en paz.

—Parece que no lo entiendes.

—¿Entender qué?

—Ahora trabajas para mí.

—La única persona para la que trabajo es el señor Parasi, que es dueño de esta tienda.

Ronny extiende su brazo por el pasillo. —Pero esto no es un trabajo de verdad. Becca me dice que el sueldo es una miseria.

Estás hecho para más.

—Al menos es legal.

—Vamos, Joey. Sabes tan bien como yo que los que somos como tú y yo solo podemos ganar un ingreso decente empujando ciertas barreras.

—No quiero tener nada más que ver contigo.

Se carcajea. —¿Ah, sí?

Joey se siente cada vez más incómodo. El frío del congelador no está haciendo nada para refrescar el calor que sube por su cuerpo y se extiende por su cara. Mira a su alrededor, deliberando por dónde escapar.

—No lo harás —Ronny pone su mano en el hombro de Joey otra vez, pero esta vez aprieta tan fuerte que Joey grita de dolor. Con la otra mano, Ronny le presenta su teléfono a la cara—. ¿No querrías acabar como esto?

Joey mira fijamente la imagen. Es de un hombre, con la cara golpeada hasta convertirla en pulpa. —¡Qué demonios!

—Tiene suerte de estar vivo.

—¿Tú le hiciste esto? —Joey no puede creer la imagen que tiene delante.

—¿Yo? —Ronny se ríe—. ¿Parezco el tipo de persona que se involucra en tales juegos? —Niega con la cabeza—. No, tengo personas mucho más desagradables para encargarse de esos asuntos. Pero me tomo algún disfrute personal en ocasiones especiales.

Joey aprieta los puños.

—Tengo otra persona más para mostrarte —Ronny quita la mano del hombro de Joey y pasa a otra foto en su teléfono—. Aquí tienes. ¿Qué te parece?

Joey cierra los ojos; no quiere mirar, pero su curiosidad no se lo permite. Los abre, parpadeando para enfocar la imagen, antes de cubrir la exhibición de patatas fritas y paquetes de guisantes congelados con el contenido de su estómago.

23

Ronny continúa con sus amenazas. Sus ojos taladran a Joey. —Vas a la policía. Ya sabes lo que pasará —empuja la pantalla de su móvil hacia la cara de Joey, mostrando una foto de Ronny y Dylan—. Y si me entero de que has repetido esta conversación a otra persona, tu hermano estará gritando por su mamá —Ronny mira el congelador donde Joey ha vomitado—. Apesta —dice, arrugando la cara—. Créeme, Joey Clarke. No soy un hombre con el que se pueda jugar —Ronny señala dentro del congelador—. Buena suerte limpiando todo eso —da una palmada en el hombro de Joey—. Estate atento al móvil. Tengo tres entregas para ti esta noche. La recogida será desde mi garaje. Ya sabes dónde ir. Te mandaré un mensaje con la hora —se marcha con una última palmada en el hombro de Joey, riéndose—. Y asegúrate de lavarte los dientes.

Joey lo observa alejarse. Pensamientos asesinos recorren su mente. Se apoya contra el congelador, intentando recuperar la compostura. Solo en dos ocasiones anteriores ha sentido tanto odio como para pensar que podría matar. Una cuando vio la foto en el periódico del conductor borracho que mató a su padre. La segunda fue cuando se enfrentó a ese grupo de canallas con los que salía poco después de la muerte de su padre, los que intentaron incriminarle por el delito que ellos habían cometido. Ese fue un tipo

diferente de ira. Estaba mezclada con dolor. Había pensado que eran sus amigos. Pero esto está a otro nivel.

Ronny ha amenazado a su familia.

Y nadie hace eso.

Joey es el tipo de persona que puede ser manipulada. Lo sabe. Prefiere una vida tranquila a cualquier tipo de confrontación. Se le puede empujar bastante lejos. Es un blando.

Pero cuando se trata de su familia... eso es un asunto diferente.

El señor Parasi aparece y lo acompaña a la sala de personal. —Lo siento mucho. Lo limpiaré —dice Joey, entrando en pánico aún más, consciente de que se ha convertido en un problema esta semana.

—No harás nada por el estilo. Vete a casa. Tu turno termina en media hora de todos modos.

No puede permitirse salir temprano. Ya lleva unas horas menos este mes, y necesita el dinero para mantener a los agentes de cobro lejos de su puerta. Sin mencionar todas las demás facturas que llegan como bolas de demolición, destrozando su vida. Y todavía necesita comprarle a Dylan ese nuevo teléfono, especialmente ahora que quiere ir al colegio por su cuenta. Pensándolo bien, después de las amenazas de Ronny hoy, Joey necesita seguir llevando a Dylan al colegio.

—¿Ese hombre te dijo algo que te molestó?

—¿Qué hombre?

—Vi a un hombre hablando contigo. Te mostró algo en su móvil antes de que te pusieras enfermo. Parecía que le conocías.

—Solo un cliente. Me estaba enseñando un chiste —Joey se sirve un vaso de agua y se lo bebe de un trago, seguido de un segundo—. Me siento mejor ahora. Estaré bien.

—Vaya chiste —el señor Parasi lo mira con sospecha.

—Limpiaré ese desastre.

—Necesitas irte a casa. Estás pálido. Y si tienes un virus, no quiero que se contagie al resto del personal. ¿Quieres que te lleve?

—Estoy bien, de verdad.

Becca llama cuando se mete en el coche para volver a casa. —Mamá ha tenido su escáner. Está consciente. Puedo ir a verla.

—¿Está hablando? —pregunta Joey, pensando que podría vomitar de nuevo.

—No lo sé. Pensaba que estarías todavía en el trabajo. Solo te dejé un mensaje para decirte que voy a pedir un Uber para ir al hospital.

Mira la hora. —Te llevaré yo. Estaré allí tan pronto como pueda.

—Gracias. Me gustaría eso.

Joey encuentra a su madre con Megan cantando y bailando una canción de Justin Bieber que Megan está reproduciendo en su móvil. Está tratando de coreografiar una secuencia de baile, y se están riendo histéricamente porque su madre sigue haciendo los movimientos mal. —No, mamá, el movimiento de cuerpo viene después del movimiento de cadera, no antes. Mírame —no puede recordar la última vez que vio a su madre tan feliz como ha estado esta semana. Al ver a Joey, ella se detiene—. Tú continúa —le dice a Megan, sin aliento. Se limpia la fina capa de sudor que brilla en su frente.

Megan protesta. —No puedes parar ahora. Casi lo tenemos.

—Ve a hacer tus deberes, y continuaremos más tarde. Quiero hablar con tu hermano.

Joey aprieta la mandíbula. ¿Por qué las mujeres siempre quieren hablar? La novia con la que había tenido una relación seria había sido una habladora. Cuando rompieron, ella se quejó de que él nunca se había abierto con ella. No se molestó en decirle que nunca sintió que podía hacerlo. No con ella, de todos modos. Es solo cuando su amistad con Becca se ha profundizado en los últimos meses, y ha comenzado a hablar de su padre con ella, que se ha dado cuenta de que esto de hablar puede ser algo terapéutico y recíproco. Con la persona adecuada. —No me quedo. Solo vine a casa para coger algunas cosas, y me voy —se dirige a las escaleras para lavarse los dientes, ignorando su petición de que le diga adónde va.

Su teléfono suena con un mensaje mientras pone un chorrito de pasta de dientes en el cepillo. Es de Ronny.

Recogida en el garaje a las 8 no llegues tarde

Se mira fijamente en el espejo mientras el cepillo eléctrico le limpia los dientes. Manchas grises oscurecen la piel bajo sus ojos. Han aparecido granos en su frente, salpicados sobre sus cejas, y necesita afeitarse. Su cara parece hueca, como si alguien hubiera cincelado sus pómulos sin hacer un buen trabajo. Debate llamar a Becca y decirle que pida ese Uber. Pero si su madre le dice algo, quiere ser él quien le explique todo antes de que acuda a la policía. Porque tendrá que hacerlo. Lo sabe. Debe prepararse para lo peor.

Cuando sale del baño, su madre está de pie en la puerta de su dormitorio, haciéndole señas para que se acerque. —¿Qué quieres? —pregunta él, siguiéndola dentro de la habitación. Ella se sienta en el borde de la cama, sosteniendo su móvil—. Este correo llegó hoy. No quería preocuparte, pero tengo que enseñártelo. No me lo puedo creer.

Él toma el teléfono y rápidamente escanea el párrafo que explica que la tarifa que tenían está a punto de terminar. Deja de leer. Ya sabe lo que esto significa. Su domiciliación bancaria mensual de energía pronto será el doble de lo que era hace un año.

—¿Qué vamos a hacer? —dice ella.

Él encuentra una sonrisa para aliviar la tensión en los ojos de su madre. —Está bien. Sabía que esto iba a pasar. He hecho algunas horas extra este mes, y voy a conseguir un trabajo a tiempo parcial. No te preocupes, mamá. Lo tengo controlado.

Ha estado pensando en solicitar un trabajo a tiempo parcial desde Navidad, pero primero necesita actualizar su currículum y escribir una carta de presentación. Nunca ha tenido que escribir una antes. Su padre le consiguió el trabajo con el señor Parasi. Desde los quince años, trabajaba un par de horas después de la escuela los viernes, limpiando o reponiendo estanterías. Luego, cuando cumplió dieciséis, el señor Parasi le enseñó a manejar la caja registradora, y

cuando dejó la escuela, el señor Parasi se apiadó de él y lo contrató a tiempo completo.

La última vez que actualizó su currículum fue en enero de hace dos años, en 2020, cuando decidió que una nueva década vería un nuevo él, e hizo algunos propósitos de año nuevo de manera poco característica. Iba a dejar de fumar y volver a la universidad. El primero lo logró por un tiempo. Durante tres meses y tres días no tocó un cigarrillo. Pero el Reino Unido se encontró en confinamiento y el señor Parasi lo tenía trabajando a todas horas mientras la gente invadía el supermercado para vaciar las estanterías. Joey y el resto del equipo no podían reponerlas lo suficientemente rápido, especialmente los rollos de papel higiénico, la pasta y el arroz. Una de las empleadas de fin de semana —una mujer de cuarenta y tantos que trabajaba todos los domingos para pagar sus extensiones de pestañas y uñas de gel— le ofreció un cigarrillo cuando su turno terminó por el día, y la determinación de Joey desapareció junto con sus esperanzas de volver a estudiar.

—Eres tan buen chico, Joey. Estoy tan orgullosa de que seas mi hijo.

Por favor, mamá. Para. No sabes lo equivocada que estás.

—Necesito hablarte de otra cosa. —Da una palmadita al lugar a su lado.

Joey hace una mueca. Por favor, que no diga que ha estado en el desván.

—Sé que lo que le ha pasado a la madre de Becca te ha afectado. ¿Qué tal si hablas con Ade? No tiene hijos propios, pero tiene tres sobrinos adolescentes, y es voluntario en el club juvenil local. Está acostumbrado a hablar con chicos todo el tiempo. Y en su trabajo, está expuesto a todo tipo de situaciones.

Joey no puede creer lo que está escuchando. —No soy un niño, mamá.

—Lo sé. Lo sé. Pero podría ser un oído imparcial que te escuche. Que te guíe.

—Déjalo, ¿quieres? Mi amiga está pasando por un momento difícil. Estoy tratando de apoyarla lo mejor que puedo. No es gran cosa.

—Pero podemos ayudarte.

—He dicho que lo dejes. —Su tono es cortante—. No quiero hablar con Ade porque no hay nada de qué hablar.

—Él podría ayudarte.

¡Estás de broma!, quiere gritarle. En su lugar, dice: —Por favor, mamá. Mis asuntos son mis asuntos. No le hables de mí. Lo digo en serio.

¿Por qué no pueden todos dejarlo en paz?

De camino al hospital, Becca lo pone al día mientras mira los limpiaparabrisas apartando la lluvia. —Están permitiendo un visitante por paciente.

—¿Cómo es eso?

—Cambios en la política de la planta. Una hora por día. Hablé con papá, y decidimos que yo era la mejor persona en este momento. —Suspira profundamente—. Tengo miedo. —Joey la mira. Sus ojos se encuentran: una unión de tristeza y temor.

Él acepta esperar para llevarla de vuelta al hotel cuando termine su hora con su madre. Esto le permitirá llegar a tiempo al taller de Ronny. Considera buscar un café, pero no le apetece, así que pasa el tiempo navegando por TikTok, tratando de encontrar algo que lo haga reír. Después de cinco minutos, se rinde y enciende la radio del coche. Las noticias parlotean de fondo mientras planea su respuesta en caso de que la madre de Becca ya pueda hablar y le diga a Becca que fue él quien le llevó el arma con la que se disparó. Se siente como una olla a presión con el nivel de gas atascado al máximo. Es solo cuestión de tiempo.

Una hora más tarde, ella aparece desde la esquina del edificio, escribiendo mensajes en su teléfono. Cuando ve a Joey, niega con la cabeza. Él aparta la mirada, preparándose para lo que viene. Se estira y abre la puerta. —¿Qué te ha dicho? —pregunta.

24

Las lágrimas de Becca fluyen libremente. El miedo sigue siendo la emoción predominante para Joey. Una canción soul suena en la radio. La apaga y se sienta sobre sus manos temblorosas. Las palabras de ella salen entre murmullos y tartamudeos. —Nada —niega con la cabeza—. No exactamente nada. Pero le cuesta un esfuerzo abrir la boca. Y cuando lo hace, lo que sale no tiene sentido —se limpia las lágrimas de la cara—. Luego, cuando intenté hacerle preguntas, simplemente me miró como si estuviera viendo a través de mí.

—Oh, Bex. Lo siento mucho —No lo siente. No del todo. Se compadece de ella. Por supuesto que sí. La quiere. Eso lo sabe. Lo ha sabido durante mucho tiempo. Pero por muy cruel que se sienta, su remordimiento tiene un lado opuesto de alivio. Es una espada de doble filo.

Ella levanta la cabeza. —La enfermera dijo que aún es pronto. Que pueden ocurrir milagros. Dijo que ha visto gente recuperarse. Pero sé que sus posibilidades no son altas —se limpia la nariz con la manga de su chaqueta de esquí, sorbiéndose—. Papá llamó. Ha terminado en la comisaría.

—Eso son buenas noticias.

—Por ahora. Va a la oficina para reunirse con Jessica. Necesita ayuda con algunos asuntos de negocios. Dijo que le ayudará a

distraerse de la situación. Al parecer, quizás podamos volver a casa el fin de semana.

—¿Han terminado ya los de la científica?

Se encoge de hombros. —La FLO no dijo nada. Solo dijo que la policía estaba terminando y que podríamos volver a casa muy pronto —baja la cabeza hacia el pecho—. No sé si quiero volver allí. Todo me recordará la noche que la encontré y todo el desastre. La sangre.

Joey le aprieta la mano. Empatiza con ella. Toda esa sangre. —No verás nada de eso. Habrán contratado limpiadores. Profesionales que hacen esto constantemente.

—Lo sé. La FLO me lo dijo. Pero. aun así. ¿Sabes qué es lo que más me asusta?

—¿Qué?

—¿Y si papá y Jessica tienen una aventura, y ella mintió para darle una coartada? Odio pensar así de él. De verdad. Y sé que me repito, pero no tiene sentido.

Joey siente que la pesada bolsa de culpa que ha cargado desde el tiroteo se vuelve más pesada cada hora. Podría liberarlos a todos de su angustia ahora mismo. Ir a la policía y confesar las mentiras que ha contado. —¿De verdad crees eso?

—Ya no sé qué pensar. Deberías poder confiar en tus padres por encima de cualquier otra persona, ¿no? Y me siento avergonzada por pensar así, pero no puedo evitarlo —le da un golpecito juguetón en el hombro—. Al menos te tengo a ti.

¿Cómo puede estar tan equivocada?

—Entra un rato —dice ella cuando Joey se detiene frente al hotel —. Tómate algo conmigo.

—No puedo. Tengo que estar en otro sitio.

—¿Dónde? —dice con un tono que sugiere: "¿Qué es más importante que yo?"

—Le dije a un amigo que le ayudaría con algo —dice Joey con remordimiento. El pesar por tener que mentir cada vez más a las personas importantes en su vida se hace más profundo.

—¿Solo uno rápido? Hasta que papá vuelva de su reunión con Jessica. Dijo que no tardaría mucho —lo mira con esos ojos. Los que

normalmente hablan con calma pero que ahora gritan con desesperación.

Aún no son las siete. Todavía tiene una hora hasta que deba encontrarse con Ronny. —Vale. Un café rápido —dice, aunque está tentado de pedir algo más fuerte para calmar sus nervios.

El bar del hotel está lleno de huéspedes y bebedores locales. Joey reconoce a un tipo del Coach and Horses, pero sin ganas de hablar con él, evita el contacto visual. Becca busca un asiento.

—Ah, están aquí. Pensaba que se reunirían en la oficina —dice, señalando una mesa en el extremo opuesto del bar. Joey mira y ve a Alan con una mujer que supone debe ser Jessica. Están sentados uno al lado del otro en un sofá de cuero, concentrados en un portátil con archivos esparcidos por la mesa. Hace una mueca. Estas no son personas con las que quiera pasar ni cinco segundos, y mucho menos la media hora que pensaba compartir a solas con Becca. ¿Cómo puede Alan estar sentado ahí con Jessica cuando su esposa está en su lecho de muerte?

Becca guía a Joey hacia ellos. —Pensé que estarían en la oficina —dice.

Levantan la mirada al unísono. Alan saluda a Joey con un gesto y le indica que tome asiento en una de las butacas de cuero al otro lado de la mesa. Alan es un hombre atractivo, piensa Joey, delgado y en forma, con una abundante cabellera para un hombre de cincuenta años. La lleva a la altura de la barbilla y está más grasienta de lo que Joey recuerda, pero eso fue antes de que el pobre hombre fuera sospechoso de intentar asesinar a su mujer.

Becca se inclina para darle un beso en la mejilla a su padre. —Recibí tu mensaje —le dice Alan a Becca—. Quizás pronto me dejen verla. —Parece genuinamente afligido. No como un hombre que supuestamente está teniendo una aventura con la mujer de pelo estilo Cleopatra a la altura de la mandíbula sentada a su lado. Su cabello brilla bajo la luz de las opulentas lámparas de pie situadas a ambos lados del sofá. Es diferente a como Joey se la había imaginado. Vestida con leggings y una blusa vaporosa, parece mucho más joven que los padres de Becca, y lleva alianza de matrimonio. No es algo en lo que normalmente se fijaría, pero, por

curiosidad, fue lo primero que buscó. ¿Es posible que estos dos estén teniendo una aventura? Diría que no. Ella parece tener la mitad de años que Alan. Pero ¿quién sabe? El marido de la mejor amiga de su madre tenía una aventura con una compañera de trabajo veinte años mayor que él. La pareja más improbable, dijo su madre. Pero durante cinco años, nadie tuvo ni idea.

Alan presenta a Joey a Jessica. Ella saluda a Joey con un gesto y sonríe, reuniendo los archivos. Alan le dice a Becca que vaya al bar y pida otra ronda de bebidas. —Para mí no —dice Jessica, cogiendo su vaso y terminando lo que parece agua con gas.

—¿Cómo estás, Joey? —pregunta Alan.

—¿Cómo estás tú, más bien? —responde Joey, sintiendo que cada vez se añade más peso a su bolsa de culpabilidad. Se está volviendo imposible de cargar.

—He tenido semanas mejores, como te puedes imaginar. —Parece la mitad del hombre que Joey recuerda. Desinflado, como si los acontecimientos de los últimos días le hubieran absorbido la vida. Da un sorbo a su pinta de Guinness.

—Necesito volver a casa con mis hijos —dice Jessica con voz seca. Coge una funda de nylon del sofá e introduce su portátil dentro—. Me ocuparé de todo esto más tarde cuando estén en la cama y me pondré en contacto contigo mañana. Buena suerte. —Toca el brazo de Alan. Su voz se suaviza—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré —dice Alan—. Gracias por todo.

—No hay problema. Cuando quieras. Me despediré de Becca de camino a la salida. —Se gira hacia Joey—. Encantada de conocerte.

Incómodo es quedarse corto para describir cómo se siente Joey. No sabe de qué va a hablar con Alan, pero se salva cuando Becca regresa a la mesa y ocupa el lugar de Jessica. —Van a traer las bebidas a la mesa. —Joey no quiere esperar. Quiere salir de allí—. Joey lo sabe todo, papá —dice ella, sin darse cuenta de cuán ciertas son sus palabras.

Joey no puede soportar pasar ni un momento más con el hombre cuya libertad tiene en sus manos atadas. —Vosotros tenéis cosas de qué hablar. —Se levanta—. Os veré más tarde.

Becca extiende la mano y agarra la suya. —No tienes que irte. —Se gira hacia Alan—. ¿Verdad, papá?

Alan está de acuerdo con su hija. Suena un teléfono. Es el de Becca. Lo coge de la mesa y mira la pantalla. —Es la FLO —dice, frunciendo el ceño—. Me pregunto qué querrá. Solo hablé con ella cuando salía del hospital. —Toma la mano de Joey y tira de ella para que vuelva a sentarse, mientras un camarero llega con sus bebidas.

Joey coge una cucharilla y añade cucharadas de azúcar a su café, necesitando desesperadamente energía. Los ojos cansados de Alan alternan entre Becca y su pinta de Guinness, con la frente arrugada de preocupación. Joey remueve su bebida, observando cómo el ceño fruncido de Becca se mantiene durante toda la llamada con la FLO. —Eso ha sonado preocupante —dice cuando termina la llamada, sentándose erguida.

Alan y Joey la miran interrogantes.

—La FLO tiene noticias importantes para nosotros. Viene para acá ahora.

25

—¿Qué noticias? —pregunta Alan.

—No quiso decirlo por teléfono. Es mejor que lo comunique en persona, dijo. ¿Qué podría ser?

El estómago de Joey da un vuelco. ¿Y ahora qué? ¿Le habrán visto subiendo a su coche la noche en que Maggie se disparó? —¿Crees que han atrapado a alguien?

—Las cámaras de vigilancia podrían haber captado algo —dice Alan—. O quizás ese repartidor de Amazon. O el timbre con vídeo del vecino, aunque no tenía muchas esperanzas en eso. —Su mano aprieta el vaso. La blancura de sus nudillos se filtra a través de la rojez de su piel—. Ya lo dije, ¿no? Sabía que al final atraparían a quien le hizo esto.

—Viene directamente aquí. Dijo que no tardará mucho.

Joey se bebe el café de un trago. Le quema la boca y le escuece la garganta. No puede estar presente cuando llegue el agente de enlace familiar. —Lo siento, pero tengo que irme. Llámame luego.

El intenso olor a aceite alimenta la agresividad de Joey cuando entra en el taller de Ronny. Una ira ardiente recorre su cuerpo. Una rabia tan fuerte que destruye su pensamiento racional. Nunca ha sido el tipo agresivo. Jamás. Su madre a menudo le ha dicho que necesita endurecerse. Que es demasiado blando. Pero desearía haber traído

la pistola consigo. Que Dios le perdone, pero la usaría ahora mismo; la sostendría contra la cabeza de Ronny y apretaría el gatillo. Aunque no apuntaría para matar. No, haría que su muerte fuera lenta y dolorosa. Le haría sufrir. No puede creer que esté teniendo estos pensamientos. Este no es él.

Pero cuando llegan las cosas serias, nadie amenaza a la familia de Joey.

Nadie.

Un mecánico sigue trabajando bajo el resplandor de las luces del techo, perdido debajo de un maltrecho BMW elevado en un puente. Una radio emite la música rock pesada que Joey detesta. Él prefiere música "más sensiblera". No puede evitarlo. Es como es. Pasa junto al mecánico, manteniendo la mirada fija en el suelo de hormigón, y se dirige a la oficina al final del taller. Ronny está sentado detrás de su escritorio, sin verse diferente a como Joey le vio el otro día. Le resulta increíble que actúe con tanta normalidad después de lo que le ha hecho a su hermana.

—Joey. Me alegra ver que eres puntual. Espero que te sientas mejor ahora. —Apuntándole con un bolígrafo, sonríe con sorna—. Y espero que te hayas cepillado los dientes. —Un brillo de diversión sardónica reluce en sus ojos oscuros.

Joey no puede hablar. Ha perdido toda confianza en sí mismo para decir lo correcto.

Ronny abre un cajón de su escritorio y saca tres sobres acolchados blancos. Iguales a los que vende el señor Parasi en la pequeña sección de papelería del supermercado. Cada uno tiene una pegatina fluorescente con un nombre y una dirección. Ronny los coloca en una pila. Empujándolos a través del escritorio, dice: —Entrégalos en orden. Están todos a menos de un kilómetro uno del otro, así que terminarás en menos de una hora. Recoge el dinero. No te molestes en contarlo. Son clientes habituales. No querrían encontrarse en el lado equivocado conmigo. —Se ríe—. Arruinaría su diversión del fin de semana. —Luego desliza un teléfono móvil por la mesa—. Empieza a usar este para todos los trabajos futuros conmigo. He enviado un mensaje con su número. —Sacando algunos billetes de veinte libras del mismo cajón, los lanza sobre el

escritorio—. Aquí tienes. Esto debería venirte bien para tus problemas familiares. Sé lo mucho que luchas.

—¿Por qué dices eso?

—La mayoría de las personas con una familia que mantener están pasándolo mal en estos momentos. Envíame un mensaje cuando hayas entregado el tercero.

Joey aspira aire entre los dientes. ¿Cómo se atreve este hombre a tratarle como un sucio felpudo sobre el que cree que puede pasar por encima? Apretando la mandíbula, Joey agarra el dinero y los sobres. —Mañana aquí a la misma hora. Trae el dinero que hayas recogido esta noche. No llegues tarde. —Joey se gira para marcharse cuando las espeluznantes palabras de Ronny le dejan clavado en el sitio. La mano de Ronny forma la silueta de una pistola, con los dedos anular y meñique recogidos bajo el pulgar, y los dedos índice y corazón apuntando en dirección a Joey—. No querrías decepcionarme, ¿verdad? Sería una pena ver a tu hermano herido. —Sacude los dedos índice y corazón en el aire como si disparara una pistola—. Es demasiado mono, tu hermanito.

Joey sale furioso hacia su coche. ¿Por qué ese lunático no está más preocupado por su propia hermana? Está perturbado. Como si no sintiera nada por ella. Siente los sobres acolchados metidos en el bolsillo de su sudadera. Sabe lo que contienen; la sustancia en polvo se puede sentir a través del plástico de burbujas. Arranca el motor, intentando controlar el infierno de rabia que quema su sangre. Ahora es oficialmente el propietario de un teléfono desechable. ¿Cómo ha llegado su vida a esto?

Sabe que no debería conducir con estos sentimientos de rabia, pero debe alejarse de este monstruo que le ha transformado de un ciudadano respetuoso de la ley a un traficante de drogas de baja estofa. Golpea con la mano la palanca de cambios y encuentra la marcha atrás. El coche rechina al retroceder. Encuentra la primera y sale rugiendo.

Unos minutos después, aparca en una calle lateral para estudiar las direcciones. Introduce la primera en Google Maps y espera a que la voz monótona le indique el camino. Tras quince minutos de trayecto, llega a un pub en las afueras de la ciudad. Encuentra un

sitio en el aparcamiento, coloca el sobre acolchado en la parte delantera de su abrigo y se apresura a entrar, sintiéndose incómodo. Así no es como se suponía que iba a ser su vida.

Es un típico pub británico con una moqueta de diseño ondulado y una hilera de tiradores que ofrecen una selección de las mejores cervezas según el cartel metálico que cuelga encima. El olor a comida de pub impregna el ambiente, y está lleno de bebedores nocturnos y clientes de la hora del almuerzo que aún no han conseguido marcharse tambaleantes a casa. Joey se dirige al extremo de la barra y espera. Cambiando el peso de una pierna a otra, mira de reojo a los clientes que bordean la barra, preguntándose si la persona con la que ha quedado estará entre ellos. Un tipo de aspecto triste con la nariz roja se apoya en la barra junto a él. Más allá, dos mujeres de unos treinta años comparten una botella de Shiraz, y a su lado, unos cuantos tipos apuran pintas de cerveza. Una pareja enamorada con las mejillas sonrojadas, que mejor

deberían buscarse una habitación, ocupa el otro extremo de la barra, con el asiento de al lado vacío. Nadie capta la mirada errante de Joey.

No queriendo malgastar dinero comprando una bebida, evita a la camarera. De todos modos, no tiene sed. Sin embargo, no le haría ascos a un chupito de whisky si alguien se lo ofreciera. Cualquier cosa para calmarse. En lugar de eso, se queda mirando las viejas fotografías en blanco y negro que abarrotan la pared junto a él. Imágenes de caballos y carros entregando barriles de cerveza y mujeres con vestidos largos y cofias. Ve a un policía con casco, sujetando una porra, y rápidamente aparta la mirada.

Dentro de su abrigo, el sobre acolchado le quema como si estuviera en llamas. Quiere que esto sea rápido. ¿Dónde está este tipo? —Mantente alejado de los problemas, Joey —le dijo su madre hace años, cuando se descarriló poco después de perder a su padre, y casi terminó con sus huellas dactilares en la base de datos nacional—. No puedo permitirme perderte a ti también.

Un golpecito en el hombro le sobresalta. Se gira y ve a un hombre corpulento de unos cuarenta años, vestido informalmente

con vaqueros y una camisa a cuadros. —Creo que encontrarás lo que buscas por allí —dice el hombre, con una voz tan áspera como la de un perro. Señala con la cabeza hacia el centro del pub—. Es una fiesta de cuarenta cumpleaños. Ven conmigo.

Joey le sigue hasta una mesa llena de tipos ruidosos que llevan allí desde la hora del almuerzo, a juzgar por la cacofonía de bromas arrastradas que flotan entre ellos. La mesa está llena de jarras de cerveza vacías y paquetes de patatas fritas desechados. Más risas y obscenidades resuenan entre ellos cuando alguien regresa de la barra con una bandeja de chupitos de tequila y un plato con cuartos de lima. Uno de los hombres se balancea sobre las dos patas traseras de su silla y se gira hacia Joey. —¿Eres Joey? —Joey asiente —. Ve al baño y me reuniré contigo —dice el hombre arrastrando las palabras.

Joey encuentra los servicios para caballeros y finge usar el urinario, con arcadas por lo mal que huele a meados. Cuando el hombre irrumpe, Joey mete la mano en su abrigo y le entrega el paquete.

Asintiendo a Joey, agarra el paquete y eructa sonoramente. Le entrega a Joey un grueso rollo de billetes. —¿Qué estás esperando? Ya puedes largarte —despide a Joey con un gesto de la mano.

La siguiente parada es una casa grande. Joey traga saliva. Moderna y con doble fachada, le recuerda a la de Becca. Un recuerdo que no desea revivir. Es demasiado atroz. Joey sale del coche y llama a la puerta. Una mujer de aproximadamente la misma edad que su madre la abre. Está arreglada como su madre cuando Ade vino la otra noche. Ya ha hecho esto antes. Muchas veces, a juzgar por su piel amarillenta y sus ojos saltones. Le entrega a Joey un pequeño sobre, que Joey acepta a cambio del sobre acolchado asignado. La mirada de alegría que le ensancha los ojos le dice a Joey que no puede esperar a echarle mano a su capricho de fin de semana. Con una sonrisa de colegiala, abre el sobre antes de que Joey se haya alejado siquiera. —Eres nuevo —dice—. ¿Qué le pasó a nuestro chico habitual? —Joey se encoge de hombros y se despide. Cuanto menos trato tenga con estas personas, mejor.

Conduce hacia el centro para ir a la tercera dirección. Un piso en una antigua casa reconvertida donde Joey espera cinco minutos a que alguien aparezca en la puerta. Delgada como una regla, la mujer es más joven que las dos primeras consumidoras. Joey se pregunta si será mucho mayor que él mismo. Lleva una minifalda vaquera y un jersey negro de cuello alto. Un largo collar de cuentas cuelga de su cuello. Mira a Joey de arriba a abajo. Sus labios rojos forman una gran sonrisa mientras coge su mercancía y le entrega algo de dinero. —Pareces divertido —se ríe, subiendo y bajando las cejas—. ¿Quieres unirte a nuestra fiesta?

Para no ofenderla, le dice: —Quizás en otro momento.

La mujer le guiña un ojo. —Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme —dice con otro guiño antes de cerrar la puerta.

Joey se ríe de la locura del mundo en el que se ha encontrado. No puede evitarlo. Ha estado con amigos que consumían drogas en fiestas, pero solo las ha probado una vez. En una cena poco concurrida durante su época con su ex y los amigos de ella del instituto. Justo antes de que ella se fuera a la universidad y rompieran. A mitad de la velada, cuando la cena había terminado, ella le sorprendió cuando sacó una bolsa de polvo blanco. Nunca la había considerado de ese tipo. Despejó un espacio frente a ella, enrolló el mantel y comenzó a cortar el polvo en líneas sobre la mesa de cristal con una tarjeta regalo de iTunes. No disfrutó de la experiencia. En lugar de unirse a ella y sus amigos, que daban vueltas por el salón en un frenesí de baile durante las siguientes horas, abrazándose a intervalos regulares y prometiendo amarse para siempre, él se sentó en el sofá tratando de frenar la paranoia insana de que alguno de ellos quería asesinarle.

Antes de ponerse en marcha hacia casa, ansioso por saber qué le habían dicho los policías a Becca y a su padre, Joey comprueba su teléfono. Su teléfono de verdad, no la porquería barata que Ronny le había dado antes. No hay mensajes.

Conduce de manera errática, al borde de las lágrimas. No puede seguir así. Necesita una vía de escape de los problemas en los que se ha visto involucrado sin querer. Y la necesita rápidamente. Pero por cada camino que explora en su mente, mientras zigzaguea y da

bandazos entre el tráfico, solo encuentra un camión lleno de problemas.

Al llegar a casa, asoma la cabeza por la puerta del salón como hace habitualmente y saluda a todos. Actúa con normalidad, Joey. Actúa con normalidad. —Te he guardado algo de comida —le dice su madre desde el sofá, donde está viendo una película con Dylan y Megan.

—Luego. —Sube corriendo las escaleras para esconder el dinero que ha recaudado esta noche. Necesita una hora en la ducha, se siente tan sucio. Y la tomaría si no fuera por la constante amenaza de las facturas de energía que acecha sus pensamientos. O quizás sí pueda, ahora que tiene unos ingresos extra. No puede negar que ese pensamiento ha cruzado por su mente. Ha ganado mucho más esta noche que en un turno de diez horas con el señor Parasi. Y es en efectivo, así que ni siquiera Hacienda puede llevarse una parte. Calcula cuánto podría ganar en una semana si Ronny necesitara sus servicios cada noche, y tiene que admitir que la suma es tentadora.

Pero él no es ese tipo de persona. Nunca podría vivir consigo mismo, ¿verdad? Sabe la respuesta antes de haber terminado de hacerse la pregunta.

Siente que se está hundiendo.

Su vida está fuera de control.

En su dormitorio, despliega el fajo de dinero sucio. Debe haber al menos mil libras ahí. Lo mete en una bolsa de plástico y lo esconde bajo su almohada. Mañana encontrará un escondite más adecuado. Coloca los billetes de veinte que Ronny le dio antes en su cartera, que aprieta en su mano. Debe admitir que no se había sentido tan llena desde hace mucho tiempo, incluso antes del confinamiento, cuando el efectivo se usaba más ampliamente. Hay algo muy reconfortante en esa sensación.

Se desnuda hasta quedarse en calzoncillos y se dirige a ducharse, solo para encontrarse con Megan que también va directa al baño. —No —grita Joey—. Es mi turno. —Intenta colarse antes que ella, golpeándose el dedo del pie con la barandilla.

—El que duerme, pierde —exclama Megan mientras salta dentro del baño. Asoma la cabeza por la puerta—. Eso es lo que siempre me dices a mí. —Se ríe y le saca la lengua antes de cerrar la puerta de golpe.

¡Podría estrangularla! Oye sonar su teléfono. Corre de vuelta a su habitación. Es Becca. —¿Cómo ha ido? —dice al contestar la llamada.

Ella está llorando. —No puedo creerlo. Nadie intentó matar a mi madre. Ella intentó suicidarse.

26

Joey sabía que en algún momento escucharía estas palabras. Solo pensaba que la policía tardaría un poco más en comunicárselas.

—Las pruebas forenses demuestran que se disparó a sí misma.

—Es una noticia terrible —dice Joey. Oh, las mentiras, las mentiras. Están brotando de él como las lágrimas brotan de ella.

—Definitivamente había alguien con ella. La persona que se llevó la pistola. Pero todavía hay muchas preguntas sin respuesta —hace una pausa. Un silencio que Joey no puede llenar. Está aterrado de decir algo inapropiado—. ¿Estás libre? ¿Podrías venir? Mi padre se ha ido a la cama. Me vendría bien algo de compañía.

—Claro —dice él, sin pensarlo.

—¿Joey? —dice ella.

—¿Qué?

—Eres un amigo tan bueno. Te quiero.

Estas son palabras que solo había soñado con escuchar. Pero en las circunstancias adecuadas. Ahora suenan completamente fuera de lugar. Como si sus oídos le estuvieran castigando por los crímenes que ha cometido. No mereces estas palabras, Joey. Eres un mentiroso, un embustero tramposo. —Puedo estar contigo en media hora.

Dylan está tumbado en su cama cuando Joey regresa de la ducha. —¿Dónde has estado esta noche? —pregunta—. Mi madre no deja de preguntarme.

Sujetando los extremos de la toalla, Joey la lanza sobre sus hombros y se seca la espalda. —Con Becca. Está muy afectada por lo de su madre.

—¿Qué se sabe?

—Nadie intentó matarla. Ella intentó suicidarse.

Los ojos de Dylan se abren como platos. —¿Por qué?

Joey se encoge de hombros. —¿Quién sabe?

—Tiene que haber una razón.

—Claro que la hay. Simplemente no saben cuál es.

—¿Cómo lo saben?

—¿A qué vienen tantas preguntas? —dice Joey, frotándose las piernas con la toalla.

—Quiero saberlo.

—La policía puede demostrarlo.

—¿Cómo?

—Por las pruebas forenses. El ángulo de la pistola; las salpicaduras de sangre, supongo.

—¿Va a morir?

—No lo saben. ¿Estás satisfecho ahora?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Me preguntaste si yo le había apuntado con esa pistola.

—No lo decía en serio. Lo sabes.

—Pero lo dijiste.

—Apuesto a que a Ade le interesaría todo esto.

Joey se detiene a medio salto mientras se pone unos calzoncillos. —Ni se te ocurra mencionarlo. Lo digo en serio.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Prométemelo.

—Lo prometo.

—Ahora vete a la cama. Voy a volver a ver a Becca.

Dylan le mira con recelo.

Joey se encuentra con Becca donde la dejó antes, en el mismo sofá de piel del bar del hotel. Está inclinada, desplazándose por su teléfono. Levanta la cabeza cuando él se acerca, como si pudiera sentir sus pasos. Cuando sus miradas se cruzan, su rostro se derrumba. Él se acomoda en el espacio a su lado y le ofrece sus brazos abiertos. Ella apoya la cabeza en su pecho, y él la abraza hasta que está lista para hablar.

El bar no está tan concurrido como antes, pero hay más ruido. Joey contempla a la multitud, charlando y riendo, disfrutando de la libertad de su jueves por la noche como gente normal: es casi viernes, tomemos una copa para celebrarlo. ¿Cuándo fue la última vez que salió y se divirtió así? Ni siquiera lo recuerda. Aparece un camarero y Becca levanta la cabeza. —¿Quieres beber algo? —le pregunta a Joey—. Pide lo que quieras. Mi padre abrió una cuenta antes.

Joey pide un whisky con hielo. Lo encuentra reconfortante. Su padre solía beber whisky. Siempre dejaba que Joey diera un sorbo cuando su madre no miraba. Su padre se llevaba el dedo índice a los labios y le guiñaba un ojo antes de decirle que nunca se lo contara a su madre. —Yo tomaré un vodka —dice Becca, sentándose erguida. Mira a Joey—. Creo que ambos necesitamos un trago fuerte.

No lo sabes bien.

—¿Has comido? —pregunta Becca.

Joey niega con la cabeza. No tiene hambre, pero sabe que debería comer algo.

Ella levanta la mirada hacia el camarero. —¿Todavía servís comida? —pregunta—. Anoche tomé un sándwich club aquí. Me encantaría otro de esos.

—Sin problema —responde el camarero.

—Que sean dos —dice Joey, dándose cuenta por primera vez en mucho tiempo que tiene dinero en la cartera para pedir comida en un sitio como este. McDonald's o KFC son sus opciones habituales en las raras ocasiones en que puede permitirse el gasto. Tiene que admitirlo. Se siente bien. Momentáneamente. Si no se recuerda a sí mismo cómo consiguió los fondos. Y si ignora la punzada de culpa

porque ese dinero ya tiene un destino. Comprar sándwiches club en un hotel elegante no pagará sus deudas.

El camarero asiente y recoge los vasos vacíos, agrupándolos juntos antes de ponerlos en su bandeja. Le da un rápido repaso a la superficie con el trapo y coloca dos posavasos desechables nuevos. —Enseguida estoy con ustedes.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta Joey.

—Más o menos igual. Hablé con la planta justo antes de que llegaras. Consiguió tomar un par de cucharadas de sopa esta tarde, pero sigue desorientada. Son las primeras etapas, no paran de decirme. Con estas últimas noticias, el agente de enlace familiar dijo que le conseguirán ayuda psiquiátrica. Puede que eso la ayude a empezar a hablar. Voy a verla mañana. Sabré más entonces.

—¿Supongo que siguen buscando a alguien?

—Siguen recogiendo pruebas y haciendo averiguaciones. —Se remueve en el asiento y cruza un tobillo sobre la rodilla opuesta—. Escucha esto. —Sus cejas se fruncen mientras relata lo que el equipo forense encontró en uno de los armarios de la cocina: medicamentos triturados en el mortero, molidos hasta convertirlos en polvo—. Las pruebas muestran que eran antidepresivos. También he descubierto que el médico se los recetó por primera vez hace tres años. Papá lo sabía. Pero mamá no quería que yo me enterase, así que nunca me lo dijeron. Había recogido una nueva receta el día anterior y trituró el contenido de todo el frasco en ese mortero. Lo que no tiene sentido es por qué hizo eso si planeaba pegarse un tiro. Eso les lleva a creer que alguien apareció inesperadamente con una pistola. —Se encoge de hombros—. Pero la gran pregunta es, ¿quién?

—¿Tienen alguna idea?

—Ninguna en absoluto. Papá no puede explicarlo. Yo no tengo ni idea, y el tío Ronny tampoco. Mi madre no tiene muchos amigos, pero los que tiene tampoco lo saben. Los registros telefónicos y correos electrónicos no muestran nada fuera de lo normal.

El camarero aparece y coloca dos vasos sobre los posavasos. Cogen sus bebidas y chocan los vasos. Joey da un sorbo,

saboreando el calor abrasador mientras el líquido caliente desciende por su garganta. Da otro sorbo.

—El agente de enlace dijo que podemos volver a la casa mañana. Los equipos han completado todo lo que necesitaban.

—Eso es algo bueno, ¿no?

—Lo estoy temiendo. No será lo mismo sin mamá allí.

—¿Cómo lo está llevando tu padre?

Becca se encoge de hombros. —No muy bien, la verdad. El agente de enlace pidió hablar conmigo a solas después de contarnos todo esto.

—¿Por qué?

—Me hizo más preguntas sobre el matrimonio de mamá y papá: cómo se llevan, cuánto tiempo pasan juntos. Cosas que ya les había contado.

—¿Entonces siguen pensando que tu padre tiene algo que ver con esto?

Levanta los hombros y los mantiene encogidos hasta las orejas. —Estoy tan confundida como ellos.

—¿Qué les dijiste?

—La verdad. Todo lo que sé. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Por supuesto.

Llegan sus sándwiches club. Joey quita el palillo que asegura las capas de uno de los triángulos y muerde el sándwich, sin darse cuenta de lo hambriento que estaba hasta ahora. Es todo un lujo comer en un sitio como este. ¿Cómo sería comer así todo el tiempo? Con la libertad de no tener que preocuparse por cuánto va a costar o qué tendría que sacrificar para permitirse semejante extravagancia. Becca saca los palillos de sus cuatro triángulos y quita las rodajas de huevo. Los vuelve a montar y mordisquea los bordes de uno de los triángulos. —¿Qué hay de su hermano? Dijiste el otro día que él y tu padre tuvieron una pelea monumental. Que era una historia para otro momento. ¿Qué pasó?

Pone los ojos en blanco y suelta un resoplido. —No estoy muy segura, para ser sincera. Mi padre es un tipo bastante reservado. El tío Ronny empezó a trabajar para él poco después de que papá

montara el negocio. —Deja el sándwich sin comer en el plato y lo aparta—. Un día, Ronny trabajaba para él. Al día siguiente, ya no.

—¿Por qué?

—Nunca he descubierto la verdadera razón. Papá insinuó que hizo algo turbio, pero nunca me ha dicho exactamente qué. Ronny estaba muy resentido. Causó una enorme ruptura familiar. Según Ronny, él era un socio comercial, pero papá tenía una perspectiva diferente. Papá fue quien puso todo el capital para iniciar el negocio antes de que Ronny apareciera en escena. Tenía a Ronny en nómina como empleado. Y solo por mamá. Perdieron a sus padres cuando eran muy jóvenes y crecieron en centros de acogida. Mamá es muy protectora con él. El tío Ronny no puede hacer nada mal a sus ojos. Ronny cree que, si no fuera por él, la empresa nunca sería lo que es hoy. Él firmó al Cliente Cero.

—¿Cliente Cero? —pregunta Joey, dejando su plato vacío sobre la mesa, mirando de reojo las sobras de Becca.

Becca sonríe. —Es el nombre que le dan a su gran cliente. Switchton Limited, son un actor importante en el mercado. —Explica cómo una vez que Switchton firmó, eso impulsó a otros a seguir su ejemplo. Muchos otros—. Habían estado luchando hasta entonces, pero todo despegó cuando Switchton se unió. Según el tío Ronny, se esforzó durante un año cultivando la relación hasta que firmaron. Entonces todo se fue a la mierda para el tío Ronny. Papá lo despidió, y su esposa, mi tía Erin, lo dejó. Tienen una hija, mi prima Freya. Erin se la llevó a vivir con sus padres. Para castigar al tío Ronny, creemos. Freya solía ir a un colegio privado. Cuando Ronny dejó el negocio, ya no podía pagar las cuotas. Erin tuvo que conseguir que sus padres las pagaran. Ella *es* un poco esnob. No es que se lo diría al tío Ronny. Él la recuperaría mañana mismo si pudiera. Ella no le habló durante mucho tiempo después de dejarlo, y no le permitía ver a Freya. Eso me entristeció. Es mi única prima, y éramos cercanas cuando éramos niñas. El verano pasado, Erin empezó a dejarle verla otra vez. Pero solo porque Ronny aceptó empezar a financiar las cuotas escolares de Freya. Y les devolvió a los padres de Erin las cuotas que habían pagado mientras tanto. Erin me dijo que ese fue el acuerdo.

—Su nuevo negocio debe de irle bien.

—Así es. Era mecánico antes de trabajar con papá. Compró un local para iniciar su propio negocio. También compra y vende coches. Desde el Covid, el mercado de coches de segunda mano ha despegado.

Y el mercado de la cocaína, quiere decir Joey. —Debió de hacer algo malo para que tu padre le despidiera.

—Ronny se volvió vago después de firmar con Cliente Cero. Pensó que ya había cumplido su parte y quería una porción mayor del pastel, por lo que tengo entendido. Luego descubrió que en realidad no era socio. Se puso hecho una furia. Dijo que había confiado en papá —se encoge de hombros—. Hubo más cosas, pero no sé exactamente qué. Papá sabe cuánto quiere mamá a Ronny, así que siempre ha intentado mantener la paz por ella —da un sorbo a su vodka.

—¿Nadie más lo sabe?

—No creo que nadie lo sepa. Escuché al tío Ronny y a papá discutiendo sobre ello. Ellos no saben que yo lo sé. Fue por la época en que mamá empezó a enfermar, y papá no quería más estrés para ella. Así que le dio a Ronny el dinero para establecerse por su cuenta y dejó que la gente creyera que se había marchado voluntariamente.

El camarero pasa y les pregunta si quieren otra bebida. —Lo mismo —dice Becca.

—Un café para mí, por favor —dice Joey—. Estoy conduciendo.

—Quédate. Tengo una cama super king en mi habitación —Becca mueve su mano hasta la rodilla de Joey. Ambos sienten la electricidad que les recorre. Él puede notarlo por la forma sorprendida en que ella le mira—. Me vendría bien la compañía —mira al camarero—. Que sean dos.

Esto no es buena idea. En cualquier otra ocasión, al escuchar estas palabras de invitación, estaría en el cielo. Ha pensado en compartir su cama en incontables ocasiones. Pero no es el momento. —Tráigame también un café solo, por favor —le dice al camarero.

—De todos modos, Ronny culpó a papá. Dijo que, si no le hubiera echado de la empresa, la tía Erin seguiría con él —Becca se

encoge de hombros—. Aunque Erin siempre fue un poco interesada. Le gustaban los lujos. Pero Ronny puede ser un personaje difícil.

Que lo digas.

—¿En qué sentido?

—Papá dice que es el tipo de persona que siempre ha tenido un complejo del tamaño de un saco de patatas —se ríe—. Aunque Ronny siempre ha tenido debilidad por mí, y mamá le quiere, así que creo que es cuestión de aguantar y callarse. Mamá intentó que papá convenciera a Ronny de quedarse en la empresa. Papá dijo que lo había intentado, pero que Ronny había tomado su decisión y no iba a cambiar de opinión. Todo resultaba inconsistente. Había algo más, pero papá no quiso decirlo. En cualquier caso, mamá se volvió retraída. Papá incorporó a Jessica a la empresa para que mamá pudiera reducir sus horas. Esto debió ser más o menos cuando comenzó con los antidepresivos.

El camarero llega con la siguiente ronda de bebidas. Becca choca su vaso contra el de Joey, pero él, todavía duda si otro whisky es buena idea, coge tres sobres de azúcar y los vacía en su taza de café. Su mente divaga mientras contempla contarle todo. Le haría la vida mucho más fácil, ¿verdad? Su tío organizó la entrega de una pistola a su madre para que ella pudiera asesinar a su padre porque estaba teniendo una aventura con su colega. Suena como un guion de esas telenovelas que a su madre le encanta ver.

Becca coge su vaso y se lo pone en la mano. —Quédate —dice ella, con sus ojos azules como un mar cálido en el que quiere sumergirse. No puede resistirse a ella.

Joey está a punto de dar un sorbo de whisky cuando su teléfono suena. Lo coge de la mesa. Es un mensaje de Dylan.

> ¿De dónde has sacado todo ese dinero escondido bajo tu almohada?

27

Joey mira fijamente el mensaje.

—¿Qué pasa? —pregunta Becca—. No parece una buena noticia.

¿Cómo va a explicar esto? Da un golpe con el vaso de whisky sobre la mesa. —Lo siento, no puedo quedarme.

Aquí vamos otra vez, otra necesidad de disculparse.

—¿Qué ha pasado?

Se pone de pie. —Mi madre no se encuentra bien.

Otra mentira.

—Tengo que volver a casa.

Busca su cartera, saca un billete de veinte libras y se lo entrega, avergonzándose cuando recuerda de quién viene este dinero: del tío de ella.

Becca rechaza su ofrecimiento. —Va a cuenta de mi padre.

Él deja el dinero sobre la mesa y duda antes de inclinarse para besarla suavemente en los labios. El momento es embriagador; pura felicidad en medio del caos y el tumulto. Se siente tan correcto. Pero entonces las mentiras y el engaño vuelven a inundarlo, y lo incorrecto toma el control.

De camino al coche, llama a Dylan. —¿Qué demonios haces hurgando entre mis cosas? Te lo he dicho antes. Es privado. Yo no reviso tus cosas.

—Estás en problemas, ¿verdad?

—Te lo explicaré cuando llegue a casa. No se lo digas a mamá.

Dylan está tumbado en la cama esperándole. —¿Dónde has estado? —Saca el fajo de billetes de Ronny de debajo de su edredón.

Joey se abalanza e intenta coger el dinero, pero Dylan es más rápido. Lo esconde de nuevo bajo las sábanas. —Ni hablar, no te lo daré hasta que me digas de dónde lo has sacado.

Joey alza la voz. —Dámelo, ahora.

—Será mejor que bajes la voz, o mamá vendrá aquí. ¿Y qué dirá cuando vea que tienes tanto dinero escondido en una bolsa?

—Te lo advierto.

—¿Exactamente de qué me adviertes?

Joey se sienta en el borde de la cama. Dylan no va a ceder. —Entrégamelo.

—¿Qué harías si fueras yo y descubrieras que estoy metido en alguna mierda seria?

—Cuida ese lenguaje —dice Joey.

—¿Lo ignorarías? La otra noche fue una pistola. Esta noche, un alijo de dinero sin explicación.

Las palabras de Dylan son tan maduras que dejan a Joey atónito. Es como si su hermano se hubiera transformado de la noche a la mañana. Parece y suena tan adulto. El niño inocente es ahora una fuerza con la que hay que contar. ¿O ha sido así durante un tiempo y Joey no lo ha notado?

—Y no me tomes por idiota. —Dylan se incorpora en la cama y se inclina hacia delante. Agarra el antebrazo de Joey—. ¿Qué ha pasado? Recuerda lo que siempre dice mamá. Un problema compartido es un problema reducido a la mitad.

Cuando su padre murió, Joey prometió a su madre que no tendría que preocuparse. Él siempre estaría ahí para cuidar de todos. Una promesa solemne por la que ha vivido. Y una que se niega a romper. Joey se muerde el labio, mirando al suelo, intentando inventar una historia que contarle a su hermano. Una que tenga la posibilidad de un final mejor.

—Empieza por el principio —dice Dylan.

Joey se lleva las manos entrelazadas detrás de la cabeza. —No quería decírtelo, iba a ser una sorpresa, pero supongo que ahora tengo que hacerlo. He estado haciendo horas extra y trabajillos para pagar algunas deudas y comprarte un móvil nuevo y unas gafas nuevas para mamá. ¿Satisfecho?

28

Viernes

Joey sale de puntillas de la casa y se dirige al trabajo, dejando a su familia dormida. Es un día sin clases para Dylan y Megan, lo que le da la oportunidad de empezar temprano.

—Esto sí que es una novedad —dice el señor Parasi con sarcasmo, pero sonriendo en señal de aprecio.

—No hace falta que me pague. Solo estoy compensando el tiempo que he perdido esta semana.

—Bien hecho. Encárgate de la caja unas horas. Tengo papeleo hasta el techo que ordenar.

Joey pasa su tarjeta de seguridad por el lateral de la caja y atiende a un hombre que quiere comprar un paquete de cigarrillos. —Mejor que sean dos —dice el hombre, tosiendo. Tiene una barba poblada, igual que Ronny. Joey se estremece—. Así me ahorro volver a salir hoy.

Joey intenta concentrarse en su trabajo, pero no puede. Los pensamientos sobre Dylan y Becca y el trabajo que Ronny le tiene preparado para esta noche están envueltos en el miedo de que Maggie recupere la memoria. Luego están los agentes ejecutivos que llegarán en menos de una semana. Está viviendo pendiente de un hilo. Lo sabe.

Durante su descanso para comer, le pide un cigarrillo a otra trabajadora, Val, que está fumando en la parte trasera del supermercado. —Pensé que lo habías dejado —dice ella, poniéndose de pie. Lanza la colilla al suelo y la apaga con un giro de su pie.

—Tengo muchas cosas encima. Te compraré un paquete.

—Ya era hora —se ríe mientras vuelve al trabajo.

A Joey le cae bien Val. Tiene tres hijos y siempre le dice que espera que se conviertan en alguien como él.

Desearía que todo el mundo dejara de decir lo buena persona que es.

Revisa su teléfono mientras está sentado en el muro de piedra, dando caladas. El humo golpea sus pulmones, mareándole. Se siente bien, unos segundos de liberación del agarre de sus preocupaciones. Le esperan dos mensajes. El primero es una factura de Pat, el fontanero. El segundo es de Becca informándole de que pueden volver a su casa. Busca su número y la llama.

—Estoy aquí —dice ella—. Todo se siente muy raro. Como si nada de esto hubiera ocurrido nunca. Como si mamá fuera a volver a casa en cualquier momento. No quiero estar aquí. —Joey se estremece. Su dolor es su dolor—. ¿Te apetece venir?

—No puedo hasta más tarde. Termino a las cuatro. Podría reunirme contigo entonces. ¿Te apetece ir a tomar algo?

—¿Podrías venir a buscarme? Mi coche está dando problemas. No he conseguido arrancarlo antes. No estoy segura si es porque no se ha usado en toda la semana. Necesito que mi tío le eche un vistazo.

—Claro.

Joey da una patada al muro. ¿Por qué ha hecho eso, ofrecerse a volver a Regency Close?

Llega un mensaje de Ronny al teléfono desechable. Lo saca del bolsillo.

cambio de planes. a las ocho esta noche. en mi casa

Da otra patada al muro. Esto no puede continuar.

Cuando Joey se acerca a la calle que lleva a la casa de Becca, la ve corriendo por la acera, con las mejillas sonrojadas y el pelo rubio recogido en dos coletas que sobresalen por debajo de un gorro de lana y rebotan sobre su pecho. Toca el claxon y se detiene junto a ella. Sin aliento, salta al asiento del pasajero. —Has llegado temprano. —No es así, pero no la corrige. Sus mejillas sonrojadas están manchadas de lágrimas—. Tenía que salir de allí, así que me fui a correr. —Se inclina para darle un beso en la mejilla.

—Es comprensible. —Joey se estremece al sentir el contacto de sus labios contra su piel, muy consciente de que su relación ha subido de nivel—. ¿Cómo está tu madre? —El exceso de entusiasmo en su voz le hace estremecerse, pero tiene que saberlo.

—El hospital acaba de llamar literalmente. Está despierta y pregunta por mí. ¿Te importa llevarme allí? Podríamos ir a tomar algo después.

Se traga el nudo de miedo que crece en su garganta. —Claro.

—Necesito una ducha rápida. De todos modos, no puedo ir hasta dentro de media hora. Se la han llevado para hacerle una radiografía. Ahora están preocupados por su pecho. Creen que podría tener neumonía. ¿No crees que es demasiado? —dice Becca, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Va mamá a decirnos por fin lo que pasó?

Le tiemblan tanto las manos que Joey apenas puede sujetar el volante. —Esperemos que sí. —No sabe qué más decir. ¿Es este, de verdad, su último día de libertad antes de que lo encierren y tiren la llave?

—Gracias por llevarme. —Becca toca el antebrazo de Joey—. No sé qué habría hecho sin ti esta última semana.

Oh, la ironía de sus palabras.

Becca continúa. —La FLO vino para estar con nosotros cuando regresamos a casa.

—Es muy comprensiva, ¿verdad? —dice Joey.

Becca asiente. —Dijo que han logrado hablar con algunos amigos más de mamá. Pero nada. Todos dijeron que no habían tenido noticias de ella en algunas semanas, pero claro, nos hemos mudado de casa. Incluso su amiga más cercana, Mary, dijo que no había

notado nada fuera de lo normal. Al parecer, hablaron justo antes de que nos mudáramos. Mary vino a nuestra antigua casa y ayudó a mamá a empaquetar cajas. Dijo que mamá parecía estresada, pero lo atribuyó a la mudanza. Mary no pudo ayudar el día de la mudanza, pero se ofreció a venir al día siguiente. Mamá aceptó, pero la rechazó ese mismo día porque tenía tos. Le preocupaba tener Covid de nuevo y no quería arriesgar a que Mary lo contrajera. Mary es diabética.

Becca suspira profundamente. —Las únicas personas que parecen haberla visto en la última semana somos yo, papá y el tío Ronny. Y, aparte de ese tipo que vio a alguien con el abrigo de papá, los vecinos no vieron nada. No han encontrado nada en las cámaras de seguridad. Nadie ha aportado información. Cero. —Sacude la cabeza—. Parece que la única esperanza que tenemos es que mamá nos diga lo que pasó. Y con suerte, esta noche lo hará.

29

Cuando llegan a su casa, hay un coche aparcado en la entrada. Becca frunce el ceño. —Ese es el coche de Jessica. ¿Qué hace aquí? —Se desabrocha el cinturón—. Entra. No tardaré mucho.

—Estás bien. Te esperaré aquí —dice Joey.

—Vamos. No puedo dejarte sentado aquí fuera. Hace un frío que pela.

Él duda. No tiene ningún deseo de entrar en su casa, pero sabe que parecerá extraño si se queda fuera. No sabe qué hacer. Ya no sabe nada. La vida se ha convertido en una gran nebulosa de confusión con demasiadas decisiones que tomar. ¿Qué está haciendo Jessica allí? ¿Y si Becca los pilla juntos a ella y a su padre? No puede dejarla enfrentarse a esto sola.

—Vamos —repite Becca.

La sigue con cautela hacia el interior de la casa donde esta pesadilla comenzó hace menos de una semana. Entran en el pasillo, aún repleto de cajas sin desembalar, cada una etiquetada con el destino de la habitación. —¡Ya estoy en casa! —grita ella.

—Estoy aquí —llama su padre desde una habitación que da al pasillo. Becca tira de Joey hacia la cocina, y su estómago se revuelve al recordar que su madre hizo lo mismo. Le está dando escalofríos. Ella se detiene en la puerta de una de las habitaciones y la empuja para abrirla. Su padre y Jessica están sentados frente a un iMac, con

tazas en las manos. El fuerte olor a café impregna el aire. —Jessica ha venido de visita. Tenemos un asunto de trabajo —dice Alan.

—¿Recibiste mi mensaje sobre el hospital? Me está pidiendo que vaya.

Alan asiente.

—Le están haciendo algunas pruebas —dice Becca.

—Te llevaré —dice Alan.

—No hace falta. Joey me va a acercar. Pero ¿podrías recogerme tú?

—Claro.

Joey sigue a Becca hasta la cocina. Apesta a desinfectante; ¿o es su imaginación? Siéntate, Joey. Siéntate antes de que te caigas. —¿Quieres beber algo? —pregunta Becca.

Se agarra al respaldo del taburete. La cabeza le da vueltas, transportándole continuamente del presente a aquella noche y de vuelta. La sangre ha sido limpiada. También la mesa preparada para dos, el vino, las copas y todas las pistas de lo que ocurrió esa noche. Todo ha desaparecido. Ojalá pudiera borrar todo de su memoria con la misma facilidad.

—¿Me has oído? —Becca abre la nevera—. ¿Quieres algo de beber? —El modo en que gira la cabeza es el mismo que hizo Maggie aquella noche. Tienen las mismas manos pequeñas, con uñas cortas y brillantes. El parecido es asombroso. Podría ser Maggie la que está ahí de pie. Incluso hay un parecido en su lenguaje corporal. Cierra los ojos. Becca dice, —¿Agua? —con el mismo tono con el que Maggie preguntó aquella noche, "¿Whisky, vino? ¿Cuál es tu veneno, Joey?"

—Joey. ¿Qué *te* pasa?

Sus palabras le sacan de su trance. —Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Quieres agua? —Desliza una botella por la encimera, justo como hizo Maggie la otra noche. La botella de lujo que llevó al trabajo y de la que se deshizo en uno de los grandes contenedores detrás del supermercado, junto con la servilleta que utilizó para envolver la pistola después de que Maggie se disparara. Ella abre otra botella para sí misma y se la bebe de un trago—. ¿Tienes hambre? —Abre un armario y coge un paquete de galletas—.

Sírvete. —Hace rodar el paquete por la encimera hacia él—. Prepárate algo caliente si quieres. Vuelvo en cinco minutos.

Él abre el paquete, pero se detiene. La visión de comida aumenta las náuseas que ha estado sintiendo desde que entró en la casa. Abre la botella de agua y da un sorbo —igual que hizo la otra noche — y mira fijamente a través de las puertas del patio. Pequeños riachuelos de lluvia corren por los cristales. Echa un vistazo por la cocina. Las cajas alineadas junto a la pared siguen esperando a ser desembaladas. Las de arriba han sido abiertas. ¿Estaban así el otro día? No puede recordarlo. Paquetes de objetos envueltos en plástico de burbujas de varios tamaños abarrotan la mesa de la cocina. Un par de candelabros de plata y fotografías enmarcadas han sido desenvueltos. No, definitivamente no estaban así el otro día. Alan o Becca deben haberlos desembalado. Se acerca y los examina. Una es de Alan y Maggie el día de su boda. Se ven tan jóvenes. Coge otra de Becca como una niña con aspecto torpe, y sonríe. Luego otra de ella en su baile de graduación, impresionante en un vestido azul eléctrico. El color le sienta bien. Hace juego con sus ojos. Se da cuenta de que nunca la ha visto con un vestido o una falda. Incluso en la fiesta de aniversario de boda de sus padres a la que le invitó el año pasado en su antigua casa, llevaba un traje de pantalón blanco.

Coge una foto de un grupo de personas en otra celebración. Reconoce a Maggie y Alan. Tienen los brazos uno alrededor del otro mientras sostienen conjuntamente un cuchillo y cortan un gran pastel con forma del número diez. Incluso entonces, Becca se parecía mucho a Maggie. Examina la foto y casi lo pasa por alto. Pero ahí está, Ronny. Apenas es reconocible. La barba ha desaparecido, y parece arreglado con traje y corbata. Uno elegante sin manchas de comida; le sienta bien. Joey lo mira fijamente. Tiene el brazo alrededor de una mujer que Joey reconoce del salvapantallas del portátil en la cocina de Ronny. La mujer lanzando un beso a la cámara. Debe ser Erin. Y la chica de pie frente a sus padres debe ser Freya, su hija.

Murmullos desde el estudio se deslizan por el pasillo. Joey sale de la cocina para oír hablar a Jessica y Alan. Se acerca sigilosamente

hacia sus voces, esforzándose por escuchar su conversación. Sabe que no debería espiar, pero no puede evitarlo.

—Está actuando de forma extraña —dice Alan.

Jessica responde. —¿De qué manera?

—No puedo evitar pensar que está involucrado de algún modo.

A Joey se le cae la mandíbula. Su miedo se convierte en pánico. Alan lo ha descubierto. Se desliza lateralmente a lo largo de la pared acercándose a la puerta.

—¿Cómo?

—No lo sé. Una corazonada. Siempre que hay problemas en esta familia, ese hombre tiene algo que ver.

Joey empieza a respirar de nuevo. Alan debe estar hablando de Ronny.

—¿Por qué le echaste de la empresa? Nunca me lo has contado.

Alan suspira profundamente. —Quería proteger a Maggie. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Si quieres hablar de ello, te escucho. —Joey detecta un tono comprensivo en la voz de Jessica. Una gran diferencia con su tono cortante de ayer.

—He intentado caerle bien a lo largo de los años, por Maggie. Ella lo idolatra. Dios sabe por qué. Cada vez que he intentado hacerle un favor, me ha salido el tiro por la culata. Solo le di trabajo para mantenerla contenta. Ella me suplicó que le dejara unirse al negocio. Sabía que acabaría en lágrimas. Debería haber hecho caso a mi instinto.

—Entonces, ¿qué pasó realmente?

Alan suspira de nuevo. —Hay que reconocerle el mérito, consiguió el contrato de Switchton, que catapultó el negocio de ser una start-up con dificultades a lo que es hoy. Yo habría llegado al mismo punto al final, solo que no tan rápido. Pero claro, yo no soy astuto como él. —Duda como si ya hubiera dicho demasiado.

—No tienes por qué seguir —dice Jessica.

—Estoy bien. Él invitó al director de cuentas a comer y cenar. Al principio, me quedé asombrado por todos los gastos de representación que solicitaba. El negocio no podía permitírselo. Ronny me dijo que me relajara. Que al final daría sus frutos. Y lo

hizo. Tengo que reconocérselo, pero su manera de hacerlo no fue buena. Un año después, Switchton firmó. Trato hecho. Otras empresas siguieron. Estaba impresionado. Pensé que Ronny finalmente había enderezado su rumbo. Era momento de celebrar. Pero pronto quedó claro que, en cuanto Switchton firmó el contrato, él levantó el pie del acelerador. Empezó a llegar tarde y algunos días ni aparecía.

—¿Por qué? —pregunta Jessica.

—En su mente, mantener la relación con el director de cuentas era su única prioridad.

—¿Así que le despediste?

—No fue por eso. Era un vago; podía soportar eso apenas, pero luego recibí una llamada del CEO de Switchton pidiéndome una reunión urgente. Le dije que haría que Ronny la organizara, pero me dijo que no. Tenía que ser solo entre nosotros dos. El CEO no estaba contento, y tampoco lo ocultó. Fui a sus oficinas en Londres. ¿Y sabes qué me dijo?

Joey oye tres golpes en el escritorio. Suena como un bolígrafo.

—Ronny chantajeó al director de cuentas para conseguir que firmara el contrato.

—¿Cómo lo hizo?

—Ronny lo sacó una noche, lo emborrachó hasta perder el conocimiento. Recuerdo haber visto la solicitud de gastos. Era de más de mil libras. Cuando le cuestioné, me dijo que no me preocupara, que era una celebración por haber firmado el contrato. La empresa iría a lugares importantes ahora, dijo. Tenía razón. Todo despegó desde allí. No sé cómo lo hizo. El CEO no quiso decirlo, pero Ronny obtuvo cierta información del director de cuentas esa noche. Lo grabó admitiendo lo que fuera que hubiera hecho, luego amenazó con exponerlo, y el director de cuentas acabó manipulando algunas cifras para conseguir que se firmara el contrato. Y eso fue solo el comienzo. Los dos estaban estafando a ambas empresas, y Maggie hacía la vista gorda.

Joey digiere esta información. Así que Ronny amenazó a este tipo, igual que lo amenazó a él con imágenes de un tipo golpeado y Dylan. ¿A quién más le ha hecho esto? No pueden ser los únicos.

—Menuda comadreja —dice Jessica.

—Esa es una palabra amable para describirlo. Tengo otras más adecuadas. El CEO estaba satisfecho con el trabajo que habíamos estado haciendo para Switchton, pero teníamos que hacer algunos cambios si queríamos mantener el contrato. Su director de cuentas se había ido, por supuesto.

—¿Qué le pasó?

—El CEO nunca lo dijo, aparte de insinuar que se apiadó de él, pero le dijo que nunca quería volver a verlo. Habían sido amigos durante años. —Hay una pausa—. Nunca mezcles negocios con familia. Gran error. Tuvimos que renegociar el contrato con ellos. El CEO estipuló, extraoficialmente, que Ronny no tendría más tratos con ellos. También sugirió que reconsiderara seriamente su papel en nuestra empresa.

—¿Fue entonces cuando le despediste?

—No necesité que me convencieran después de eso. El nuevo contrato no era tan rentable, pero el hecho de que aún manteníamos una relación con Switchton significó que atraíamos muchos otros negocios, así que necesitábamos conservarlo.

—¿Qué dijo Maggie a todo esto?

—Como he dicho, ella sabía que él tramaba algo, pero ignoró los gastos extracurriculares y las facturas sospechosas. Fue en parte por lo que tuve que animarla a tomar un papel menos activo en la gestión.

—¿No lo discutiste con ella?

Suspira profundamente antes de continuar. —Hay muchas cosas que no sabes sobre Maggie. Muchas cosas que nadie sabe. Ella y Ronny son muy cercanos. Ella adora el suelo que él pisa, y vaya si él lo sabe. Verás, tuvieron una infancia traumática. Su madre disparó a su padre antes de volver el arma contra sí misma.

—Dios mío, eso es terrible. ¿Por qué?

—Ella descubrió que su marido tenía una aventura con alguien con quien trabajaba.

30

Joey no puede creer lo que acaba de oír. La historia se está repitiendo.

—Las cosas empeoran —dice Alan.

—¿Cómo pueden empeorar más que eso?

—Maggie estaba allí. Lo presenció.

—Dios mío. Es terrible. Pobre Maggie. ¿Cuántos años tenía?

—Siete. Ronny tenía cuatro.

—¿Ronny también lo vio?

—Era muy tarde por la noche. Ronny estaba en la cama durmiendo. Maggie se había despertado porque escuchó a sus padres discutiendo. Es sorprendente cuánto puede recordar de aquella noche. Solo me ha hablado de ello una vez. Lo describió con detalle, hasta el camisón de su madre bordado con margaritas y la corbata azul de su padre.

—He leído sobre esto antes. Las personas que sufren traumas los bloquean, pero pueden recordar los detalles más extraños años después.

—Maggie lo mantuvo oculto durante mucho tiempo. Siempre supe que sufría mentalmente. A veces tenía unos cambios de humor terribles, pero no fue hasta que concerté una cita con un terapeuta hace unos años que empezó a abrirse conmigo. Era parte de su recuperación: hablar con su familia. Pero me hizo prometer que

nunca le diría una palabra a Becca. Intenté convencerla de que debería hacerlo, que sería lo mejor, pero se negó. Fue cuando todo estalló con Ronny en el trabajo, y no quería disgustarla más, así que lo dejé. Y es por eso que le oculté todo el asunto de Switchton. En aquel momento, parecía lo correcto. Ahora no estoy tan seguro. Ella dice que no es culpa de Ronny ser como es. Yo discrepo.

—¿Qué les pasó después de que murieran sus padres?

—Acabaron en un centro de acogida.

—¿No recibió ningún asesoramiento psicológico de niña?

—Sí, pero se negó a hablar sobre la noche que ocurrió. Se lo guardó e intentó seguir con su vida.

—Supongo que hay que sentir un poco de compasión por Ronny.

—Lo he intentado a lo largo de los años. Créeme, lo he intentado. Por eso lo contraté en primer lugar, y a pesar de todo lo que me hizo, a la empresa, seguí aportando el dinero para que comenzara su propio negocio. Su esposa, Erin, lo dejó poco después de que lo echara. —Hace una pausa—. Lo siento, debería decir, después de que decidiera que quería irse y establecerse por su cuenta. Eso es lo que le permití contar a todos, por el bien de Maggie. Y por Becca. Fue su elección marcharse.

—¿Por qué lo dejó Erin?

—Por varias razones. Estaba furiosa con él por dejar la empresa. Le pagaba bien. Más de lo que merecía. Ronny dijo que su taller les proporcionaría los mismos ingresos, pero las cosas no le fueron bien. Sus previsiones fallaron completamente. Erin volvió a casa de sus padres. Su hija estaba en un colegio privado, y ya no podía pagar las cuotas. Ronny me culpó a mí.

Hay silencio mientras ambos digieren sus pensamientos hasta que Jessica dice: —Cuando empecé a trabajar para ti, y Maggie me estaba enseñando el trabajo, siempre fue tan profesional. Y amable.

—Así es Maggie de principio a fin. Una de las personas más amables que he conocido. Por eso me enamoré de ella. —La voz de Alan se quiebra—. Y es por eso que quiero que se recupere.

—¿La policía sabe todo esto?

—Les conté lo que les pasó a sus padres. No vi el valor de remover los problemas con el negocio.

—Entonces, ¿crees que Ronny estuvo involucrado?

—Quién sabe. Es una rata, pero quiere a su hermana. La policía lo ha interrogado. Juega al billar y estaba en su club el martes pasado. Así que, por lo que respecta a ellos, no podía haber estado aquí esa noche.

—La vida nunca deja de sorprendernos, ¿verdad?

—Gracias por escuchar. Y perdona por arrastrarte a todas mis preocupaciones. No pretendía exponerte a todos los problemas de mi familia. Pero es bueno hablar con alguien sobre todo esto.

—Para eso están los amigos.

Joey se aparta de la puerta, tomándose un minuto para digerir lo que acaba de oír. Becca le llama mientras baja las escaleras. —Estoy lista. —Joey corre de vuelta a la cocina y se coloca en el taburete donde ella le dejó. La oye detenerse para hablar con su padre. Bebe un sorbo de agua, asombrado de cuánto se puede aprender de una breve conversación escuchada por casualidad. Una cosa está clara: esa no era la conversación de dos personas que mantienen una aventura.

Después de dejar a una melancólica Becca en el hospital, Joey va a casa a recoger el dinero de Ronny. Su estómago está retorcido en nudos de miedo y rabia por lo que está dejando atrás y a lo que se dirige: de la sartén ardiente al fuego abrasador. Ha dejado a Becca con su madre, que ahora quizás pueda contarle lo que realmente ocurrió la noche que se disparó, y ahora se dirige a casa de Ronny para continuar con su nuevo trabajo como traficante de drogas.

Al entrar en la casa, le golpea el olor del curry casero de su madre. Se siente vacío por la falta de sueño y la falta de comida, pero sabe que no puede enfrentarse a comer, y se pregunta si volverá a dormir profundamente alguna vez. Han pasado cinco días. Cinco días desde que recibió la llamada telefónica que lo ha convertido en protagonista de esta historia de terror. Puede sentir el estrés en la holgura de la cintura de sus vaqueros y el constante dolor de cabeza que se niega a dejarlo en paz. Es solo cuestión de tiempo antes de que se convierta en migraña. Su madre está

sirviendo arroz basmati. Radio Magic está sonando, y las ventanas están empañadas. —¿No has recibido nuestros mensajes? —pregunta ella.

—Sí, Joey. Hemos estado intentando localizarte toda la tarde —interviene Megan, de pie junto a la cocina, removiendo una cacerola de curry con una cuchara de madera.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunta Dylan, con las manos sumergidas en un cuenco de agua jabonosa. Se gira desde el fregadero y lanza a Joey una mirada inquisitiva.

—He estado trabajando y luego fui a ver a Becca.

—¿Cómo está? —pregunta su madre.

—Bien. Acabo de dejarla en el hospital. Su madre preguntaba por ella antes.

—Eso es bueno, ¿no?

—Claro que sí —dice Joey, intentando inyectar algo de entusiasmo en su voz. Dylan le lanza una mirada para indicarle que suena falso—. Voy a salir otra vez en un rato para recogerla. —Otra mentira, pero no puede exactamente decir la verdad.

—Te vas a quedar a cenar —dice su madre, con ese tono maternal que le indica que es una orden y no una pregunta.

—Vale. Pero solo tengo veinte minutos.

—He hecho curry de verduras.

—Sí. Es el maravilloso curry de verduras de mamá. ¿Cómo podrías rechazarlo? —dice Dylan, sujetándose el estómago y fingiendo arcadas.

Joey sonríe con ironía. —Genial —dice, intentando nuevamente con lo del entusiasmo, pero fracasando miserablemente.

—Haz de camarero, cariño —dice su madre.

Joey lleva la comida a la mesa. De repente no tiene hambre, pero sabe que no estarán contentos si no se une a ellos.

Es una de esas comidas familiares que no transcurre con fluidez. A veces pasa. Joey intenta fingir más alegría mientras comen. Es una lucha. No le gusta cómo su madre le mira constantemente... ¿o es la paranoia que viene como subproducto de la culpa? Cuenta un chiste que hace reír a su familia, mientras por dentro, se está

desmoronando. ¿Quizás debería considerar una carrera en las artes escénicas?

—No tengo hambre —dice Dylan, raspando con el tenedor alrededor del plato, irritando los nervios de punta de Joey—. Odio esta mierda de verduras.

Su madre golpea la mesa. —Dylan Clarke. Sabes que no tolero ese lenguaje en esta casa. Ahora come. —Parte un pan naan por la mitad y se inclina para colocarlo en el plato de Dylan—. Es la misma salsa que uso para el curry de pollo, y ese te lo tragas sin rechistar.

El teléfono de Joey emite un pitido. Lo saca del bolsillo de sus vaqueros. —Nada de teléfonos en la mesa, Joey. Ya conoces las reglas —canturrea Megan, imitando a su madre antes de que tenga la oportunidad de regañarle. Él sostiene el teléfono a la altura del muslo y mira un mensaje de Pat el fontanero. Lo lee con angustia.

> ¿Qué tal? Solo comprobando si recibiste mi factura. Y dime cuándo estás libre para esa pinta. Estaría bien ponernos al día como es debido. Pat.

—Nada de teléfonos en la mesa —repite su madre.

Quejándose de forma similar a su hermano sobre la comida, Megan alcanza la sal.

—Deja eso. No la necesitas. Eché bastante durante la cocción. —Ignorando a su madre, Megan espolvorea una ración de sal sobre su comida y vuelca un vaso. El zumo de naranja se derrama por la mesa y salpica la cena de Megan, lo que hace que se queje: ya está, no puede comer más. Ella y Dylan discuten, y su madre se va a la cocina, murmurando: —A veces, no sé por qué me molesto.

Joey coge su abrigo y corre escaleras arriba. Sube a la litera superior para agarrar la bolsa de dinero. Hay un golpe en la puerta, y su madre asoma la cabeza en la habitación. —Joey, ven a ver esto antes de salir.

¿Y ahora qué?

Joey la sigue hasta su habitación. —Estarás orgulloso de mí —dice ella. Extiende un brazo para mostrar las dos maletas de su

padre que yacen abiertas sobre la cama, vacías excepto por un par de prendas de ropa dobladas—. Y mira —dice, señalando dos grandes bolsas de plástico para la colada llenas de pertenencias de su padre cuidadosamente empaquetadas—. Me he quedado con algunas de mis piezas favoritas, pero todo esto puede ir a beneficencia y al vertedero. Mañana, si me siento con fuerzas, subiré al desván y haré una buena limpieza del resto de sus cosas.

—No sin mí —dice Joey—. Espera hasta que pueda ayudarte.

—Estaré bien. Ya verás.

—Mamá, hablo en serio. No lo hagas sin mí. Es un caos allí arriba. Hay tablas sueltas en el suelo. Yo sé dónde están; tú no. Lo haremos juntos este fin de semana, e iré a la tienda benéfica y al vertedero. —La besa en la mejilla—. No necesitamos que te hagas daño.

—Eres un buen chico, Joey Clarke.

No lo es. Es un mentiroso y un criminal.

Mientras camina de vuelta a su habitación, Megan está merodeando en lo alto de las escaleras, con las mejillas sonrosadas por la cena. —Joey.

¿Y ahora qué?

Ella le hace señas para que entre en su dormitorio. —No te has olvidado del dinero para mi excursión escolar, ¿verdad? Tenía que entregarse hoy.

Joey aprieta los dientes y miente. —Por supuesto que no. Está en mi lista de cosas por hacer. —Se está volviendo tan bueno en este juego de engaños, un verdadero campeón.

—Se suponía que debía entregarse esta tarde.

—Lo sé, pero no te preocupes. No supondrá ninguna diferencia.

—No olvides que tienes que firmar el formulario para darme permiso para ir. Tienes que enviarlo por correo electrónico. ¿O se lo pido a mamá?

—No, recibí el correo. Todo arreglado. —Su madre está bien en este momento. Quiere que siga así—. No le digas nada a mamá todavía. Se lo diremos cuando haya pagado.

—No necesitas efectivo. Tienes que enviar el dinero a través de ParentPay.

—Lo sé, Megs. Lo haré por la mañana.

—Tienes que hacerlo esta noche.

—Vale.

—¿Cuándo lo harás? Te esperaré despierta.

—No hace falta. Yo lo arreglo.

—Te quiero, Joey. —Se acerca a él dando brincos y le da un beso en la mejilla—. Eres el mejor hermano mayor del mundo.

Podría gritar.

31

Joey gira a la derecha hacia el camino de tierra que conduce a la casa de Ronny, reduciendo la velocidad para sortear los baches. No necesita un pinchazo ahí fuera en la oscuridad. El coche avanza dando tumbos, las ruedas hundiéndose dentro y fuera de las grietas. La lluvia azota el parabrisas, las escobillas continúan con su chirriante sonido que pone los nervios de punta, el viento sopla con fuerza. Aparca frente a la casa, preguntándose adónde lo enviará Ronny esta noche. Le llega un mensaje de Becca, respondiendo al que él envió antes de salir:

> Nada que reportar. Mamá intentó hablar conmigo un rato, pero todo era incoherente, luego se quedó dormida el resto del tiempo que estuve allí. Volveré mañana. Bx

Puede respirar tranquilo un día más.

Al salir del coche, agarra la bolsa de plástico que contiene la recaudación de anoche. Ronny abre la puerta antes de que Joey tenga la oportunidad de llamar. Lleva puesto un abrigo acolchado, con su gato negro acunado en los brazos. —Llegas tarde —dice, con voz malhumorada—. Tengo cosas que hacer. —Retrocede para dejar entrar a Joey—. ¿Es para mí? —pregunta Ronny, señalando con la cabeza la bolsa que Joey lleva en la mano. Joey se la entrega. La

cocina todavía huele a beicon y comida para gatos. Una sartén, un plato y un par de tazas descansan en el escurridor junto al fregadero. Joey se pasa la mano por los rizos mojados, sacudiendo gotas de agua sobre las baldosas del suelo. Ronny hace un gesto con la cabeza, indicándole que lo siga al otro lado de la habitación.

Joey le sigue. No quiere estar allí. Quiere estar en casa con su familia, viendo una película en el sofá. Como durante el confinamiento cuando, aparte de cuando tenía que ir a trabajar, todos estaban seguros juntos, y cada noche veían películas o series policíacas. Incluso aguantar una de las comedias románticas empalagosas de su madre resulta atractivo comparado con donde se encuentra ahora. A pesar de que el dinero era un problema, había algo reconfortante en aquellos tiempos. Cuando gente como Maggie, Ronny e incluso Ade estaban en otro mundo, uno en el que nunca pensó que se encontraría.

El gato se escapa de los brazos de Ronny y se acerca tranquilamente a Joey, ronroneando y enroscando su cola negra alrededor de su pierna. Joey se inclina para acariciarle el lomo. Ronny abre la bolsa y coloca el dinero sobre la mesa junto a su portátil. La tapa está ligeramente abierta. El salvapantallas muestra una foto diferente a la de su esposa distanciada lanzando un beso a la cámara. Hoy hay una foto de ella con Ronny y su hija. Los reconoce de la foto familiar que vio en la cocina de Becca.

Ronny le lanza a Joey una mirada desconfiada. Se humedece el pulgar con la lengua y cuenta los billetes, con el rostro contorsionado como el de un avaro amargado. El odio de Joey hacia él se intensifica cada vez que se reúnen, a pesar de todo lo que ha aprendido sobre su problemática infancia. —Bien. —Ronny junta los billetes y los mete de nuevo en la bolsa—. Está todo. —Camina hacia el armario donde guardó el archivo el otro día y arroja la bolsa dentro.

Joey divisa el trabajo de la noche esperándole sobre la mesa: tres sobres acolchados blancos con pegatinas adheridas. —Maggie preguntó por Becca hoy —dice Ronny.

—Lo sé. —Hay una pausa antes de que Joey añada—: ¿Qué pasará cuando empiece a hablar correctamente?

—¿Qué quieres decir?

Joey intenta mantener el sarcasmo fuera de su voz. No quiere provocarlo, pero hay un toque de burla en su tono. —Cuando diga que fui yo quien entregó la pistola por ti. La que usó para intentar volarse la cabeza.

—No me mencionará.

—¿Por qué?

—Sé que no lo hará. Es mi hermana. Me protege.

—¿Y yo qué?

—¿Tú qué?

—¿Y si dice que yo fui quien la entregó?

—No tengo control sobre eso.

—Entonces estoy muerto.

—Como he dicho, eso no está bajo mi control. Hablaré con ella cuando me permitan verla.

—Eso podría tardar una eternidad. Las normas por el Covid no lo permitirán.

—Sabes que hay muchas posibilidades de que no recuerde lo que pasó aquella noche.

Joey asiente. Por muy mal que le haga sentir, es con lo que cuenta. Encuentra algo de valentía. Dios sabe de dónde. Probablemente de las amenazas que este animal ha hecho a su familia. —Si vamos a trabajar juntos, Ronny, tienes que confiar en mí. ¿Por qué le diste una pistola? —Joey le está presionando demasiado. Este no es un hombre al que le guste que le presionen. Pero Joey necesita respuestas.

Ronny lo mira fijamente, con los labios torcidos hacia un lado. —¡Vaya, vaya, vaya! ¿Quién lo diría? El chico tiene agallas.

—Me dijo que iba a matar a su marido. ¿Es eso cierto? Dijo que Alan tenía una aventura con Jessica. —Ronny sigue mirándolo fijamente, pero Joey ignora su mirada amenazante—. ¿Le diste una pistola para matar a Alan?

Ronny suspira profundamente. —Mira. No te pago para que hagas preguntas. Te pago para que hagas lo que se te dice. —Agarra los tres sobres acolchados y los apila en orden—. Ahora llévatelos. Lo mismo que anoche. Entrégalos en orden. Trae el dinero

de vuelta aquí a las diez. —Le estampa los sobres contra el pecho a Joey y lo empuja hacia la puerta—. No vengas antes. No estaré aquí.

Joey se mete los sobres dentro de la parte delantera de su abrigo y abandona el nauseabundo olor a beicon y comida para gatos por el acogedor aire fresco. Corre hacia su coche, la lluvia cae a cántaros. Arranca el motor y planifica su ruta. Igual que anoche. E igual que muchas más noches por venir si no encuentra una salida a esto.

La clientela es muy similar a los profesionales que necesitaban su dosis semanal que conoció anoche. Ronny se ha montado un sistema bastante cómodo; dinero sucio que blanquea a través de su taller. Esta gente depende de él. Gente a la que probablemente ni siquiera ha conocido. Joey conduce hacia la zona elegante de la ciudad. Donde las casas están separadas y tienen jardines con canchas de tenis.

—Otro nuevo —dice el tipo alto con la cabeza afeitada que es el segundo de la lista, mientras Joey le entrega su dosis. El tipo viste vaqueros caros y un jersey de cremallera corta bajo un chaleco con un logotipo de diseñador.

—¿Perdona? —dice Joey, sin estar seguro de lo que quiere decir.

—Me acostumbro a uno de vosotros, y luego aparece un tío diferente. —El tipo guarda su mercancía dentro del bolsillo—. Hasta la próxima. —Hace un saludo burlón a Joey, riéndose—. Si es que sigues por aquí.

¿Qué se supone que significa eso? ¿Acaso Ronny tiene una plétora de pardillos como Joey a los que hace hacer su trabajo sucio? ¿Gente inocente a la que amenaza con fotos de sus familias? ¿Para obligarles a ser marionetas bajo su control? Joey observa al tipo pavonearse de vuelta a su bloque de apartamentos. Un bloque similar a aquel donde Joey entregó el paquete el otro día. El tipo de lugar con balcones y sistemas de entrada con el que siempre ha soñado vivir algún día. Ahora el único lugar donde puede verse viviendo es en una celda de prisión.

32

No puede continuar así. Esta no es la vida que quiere. Necesita ser más listo que Ronny. Engañar a ese canalla que ha dado un giro de ciento ochenta grados a su mundo y le ha despojado de su integridad. Si antes le faltaba determinación, la amenaza a Dylan le ha renovado las fuerzas. Sin embargo, el miedo a que Maggie recuerde lo que ha ocurrido y le denuncie a la policía es aterrador. Es como si cada momento de vigilia lo pasara con una soga al cuello, esperando a que ella cuente lo sucedido y abra la trampilla. El móvil desechable suena. Joey lo saca del bolsillo y responde a la llamada de Ronny. —¿Has terminado? —grita Ronny sobre el ruido sordo de la música de fondo.

—Todo hecho.

Hay una pausa mientras Joey escucha cómo se cierra una puerta de golpe y la música se desvanece. —Bien. Escucha. Estoy ocupado con algo. No volveré a casa. Quiero que me traigas el dinero aquí. Te enviaré la dirección por mensaje. Ven directamente. Llámame cuando llegues. No me hagas esperar.

Joey arranca el motor y espera. La rabia que hierve en su interior está llegando al punto de ebullición. En menos de un minuto, el móvil desechable pita con un mensaje indicándole adónde debe ir. No va a ser así a partir de ahora. Viviendo al filo de la navaja a las órdenes de este canalla. Ni hablar.

Es hora de ser fuerte, Joey. Es hora de ser fuerte.

Conduce según lo ordenado, ideando un plan. Su determinación de cambiar el rumbo que está tomando su vida le da algo de esperanza. Solo una pizca, pero está ahí de todos modos.

Su decisión está tomada.

Esta será la última entrega que haga jamás.

Ronny aparece menos de un minuto después de que Joey se detuviera frente a una impresionante casa independiente justo a la salida de la calle principal en un acomodado pueblo cercano. La música retumba a través de los grandes ventanales, y un grupo de personas se apiña en el amplio porche, fumando.

Joey baja la ventanilla mientras Ronny se acerca. El olor a cannabis se cuela en el coche. Dos mujeres pasan tambaleándose con tacones altos, faldas cortas y chaquetas de cuero. Ronny parece acosado, con las mejillas rojas y la mandíbula tensa. Mete billetes de veinte libras en la mano de Joey, y Joey le entrega el dinero que ha recaudado esta noche. —Gracias por venir hasta aquí. Alguien debía reunirse conmigo aquí, pero llegarán con una hora de retraso.

¿Acaba Ronny de darle las gracias? Joey se estremece. La gratitud suena extraña viniendo de él.

Joey conduce directamente de vuelta a la casa de Ronny. Aterrorizado, pero con una oleada de desafío que le impulsa. Toma el camino de tierra, pero no conduce hasta la casa. No es tan estúpido. Cuando hizo este viaje por primera vez —hace cuatro días, ¿o fueron cinco?— Joey vio un desvío justo después de donde las ramas crecidas de los árboles del camino formaban un arco que se extendía hasta la casa de Ronny. Toma ese desvío ahora y aparca su coche fuera de la vista. Apaga el motor y respira hondo para darse valor. Nunca los ha necesitado más.

La lluvia ha amainado, pero una persistente llovizna continúa. Joey encuentra la linterna de su móvil e ilumina el camino de vuelta hacia el sendero de tierra, intentando esquivar los baches, cada uno de los cuales ha formado un charco que sería el sueño de cualquier niño pequeño. Tiene éxito durante un rato, evitando los numerosos

charcos, pero inevitablemente pierde el equilibrio y resbala. Su teléfono desaparece en un charco. Está completamente oscuro. No puede ver nada, y lo único que escucha son los inquietantes sonidos de la fauna nocturna. Sumerge la mano en la gélida humedad, buscando a tientas su móvil. Lo saca de golpe y lo frota frenéticamente contra sus muslos. No puede permitirse que se estropee. La linterna se enciende, y continúa, saltando sobre los charcos y subiendo por el camino de tierra hacia su destino.

Cuando llega a casa de Ronny, está a oscuras, al igual que la casa contigua. Toma el camino a través de la puerta lateral y rodea hasta el desastre que es el jardín trasero. Tal como hizo con Becca el otro día. Con solo la luz de su móvil, vuelve a seguir los pasos de ella y busca el claro entre la hiedra. Necesita tres intentos para separar las hojas del arbusto descuidado y tres intentos más para dar la vuelta a las piedras hasta encontrar la que tiene la cubierta de plástico negro y el candado de combinación. La que esconde la llave de la puerta trasera de Ronny. Gira los discos del candado hasta que muestran la fecha de nacimiento de Becca. Pero cuando intenta deslizar la cubierta de plástico, no cede. ¡Esto no puede estar pasando! Le ha costado toda su determinación llegar hasta este punto. Entrecierra los ojos para mirar el código y se da cuenta de que el último dígito no está completamente fijado en su posición. Al colocarlo en su sitio, suspira aliviado, abre la cubierta y agarra la llave.

Corre hacia la puerta trasera donde exprime la lluvia de la parte inferior de sus vaqueros empapados. Al abrir la puerta, la adrenalina bombea a través de él. La droga que lo mantiene en marcha. No enciende la luz. No se atreve. ¿Y si Ronny vuelve a casa? Una ventaja —y, a ojos de Joey, solo hay una— de estar tan aislado es que al menos Joey lo oirá si regresa. Pero por lo que Ronny dijo en la fiesta, Joey siente que está seguro al menos durante media hora. Se limpia vigorosamente los pies en el felpudo de fibra de coco, sonriendo con ironía ante el mensaje incrustado de "bienvenido".

No sabe qué está buscando, pero conociendo al estafador que es Ronny, sabe que encontrará algo contra él. Todavía no puede creer que esté allí, pero a veces la desesperación te empuja fuera de tu

zona de confort. Sabe perfectamente que si no hace algo ahora, estará trabajando para este hombre el resto de su vida. Eso si no acaba encerrado en una celda.

Empieza por la mesa, levantando la tapa del portátil para proporcionar luz adicional a la de su teléfono. Apuesta a que Ronny tiene algo de interés allí. Prueba suerte y escribe el nombre de Becca en la barra de contraseña. Pero como siempre, la suerte no está de su lado. Intenta otras posibilidades: el nombre de su esposa, Erin, luego el de su hija, Freya, CC Autos, pero ninguno funciona. Prueba la fecha de nacimiento de Becca, la misma que para el candado de combinación, pero se rinde cuando esto no da resultado. No hay tiempo para entretenerse con esto.

Dirige su búsqueda a los documentos esparcidos por la mesa y examina un montón de facturas de CC Autos. Neumáticos nuevos aquí, pastillas de freno nuevas allá. Muchas facturas son por cantidades mayores. Las revisa rápidamente: venta de coches y sustitución de convertidores catalíticos. Varias facturas de compra componen el resto del montón. A veces, ayuda al señor Parasi con su papeleo, clasificando sus facturas, principalmente en el ordenador, así que sabe un poco sobre cómo funcionan los negocios. ¿Por qué están todas en casa de Ronny y no en el taller? ¿Son estas facturas falsas, y guarda las legítimas en su oficina del garaje? ¿Es esta una evidencia de blanqueo de dinero? Ha visto en la televisión cómo se blanquea dinero a través de una empresa supuestamente legítima. Joey descarta las facturas y enfoca su linterna en el resto del papeleo sobre la mesa, pero tras una rápida búsqueda, no encuentra nada más que cosas relacionadas con la industria automotriz.

Necesita entrar en el portátil. Seguro que hay algo allí. Piensa, Joey. Piensa. Pero no puede. Este no es su territorio. Sabe cómo acceder a lo básico, pero la tecnología le resulta un campo minado. Su cerebro es papilla por el dolor de cabeza que ha comenzado a afectar su visión, y sus piernas se sienten débiles, como si fueran a fallarle en cualquier momento.

Ilumina con la linterna alrededor de la habitación hasta el armario donde Ronny tiró el fajo de dinero. Quizás haya algo allí. Da

un paso hacia la puerta, pero el sonido de un motor de coche lo detiene en seco. Su corazón se acelera. Ronny debe haber regresado temprano.

33

Joey oye cómo se abre y se cierra de golpe la puerta de un coche. Esto no puede estar pasando. ¿Qué hace Ronny de vuelta tan pronto? Dijo que estaría en esa fiesta un buen rato. Joey mira hacia la puerta de la cocina. Debería haberla cerrado con llave, pero no estaba pensando. El plan era entrar y salir de allí rápidamente. Ya no hay tiempo para cerrarla ahora. Se precipita hacia el salón y ve que las cortinas están cerradas. Cruza la habitación y se dirige al pequeño vestíbulo que conduce a la puerta principal. En cuanto oiga a Ronny abrir la puerta lateral, escapará por la puerta principal y saldrá rápidamente. Pero la vida nunca sale como uno quiere. Joey debería saberlo a estas alturas. Unos pasos pesados resuenan hasta la puerta principal. Se esconde en el baño de la planta baja. Apesta a sudor y zapatos húmedos. Joey aprieta su cuerpo contra la pared, preparándose para que la puerta se abra. Oye golpes en la puerta principal. Su corazón late más rápido, su cabeza palpita con más fuerza. Es como si Ronny supiera que está dentro y estuviera burlándose de él, haciéndole pagar por pensar que puede engañarle.

El buzón se abre con un traqueteo y un paquete cae al suelo. Los pasos pesados se alejan por el camino. Joey se asoma por la puerta del baño para ver un gran sobre en el suelo debajo del buzón.

Corriendo hacia el salón, aparta ligeramente una de las cortinas. Un hombre está entrando en el jardín de la casa de al lado y

dirigiéndose hacia la puerta principal. Debe ser el vecino. Joey se golpea la cabeza con las manos, murmurando: —No puedo soportar mucho más esto.

Vuelve corriendo al armario en la zona del comedor de la cocina y abre la puerta. Una luz se enciende automáticamente. El armario está lleno de trastos: una aspiradora y una escoba, y estanterías con una caja de herramientas, bombillas, varias botellas y viejas latas de pintura. En la parte trasera hay una gran caja fuerte metálica de color verde. Se pregunta qué tendrá guardado Ronny allí dentro. Agachándose a cuatro patas, se acerca sigilosamente hacia la caja fuerte como un gato buscando a su presa. Un perchero lleno de abrigos en la pared lateral ensombrece la zona. No puede ver los dígitos en el teclado. Mete la mano en el bolsillo trasero y encuentra la linterna de su teléfono, hablando consigo mismo como si necesitara un amigo. —Por favor, Dios. Por una vez, ayúdame. Por favor, ayúdame. —No es religioso. Nunca lo ha sido, pero a veces todo vale cuando te encuentras en las profundidades de la desesperación.

El olor a bacon frito de antes flota en el aire. Contiene la respiración. Su dedo índice tembloroso presiona los dígitos del cumpleaños de Becca en el teclado. Suena ocho veces, pero no sucede nada. No hay ese sonido chirriante como el otro día. Quiere morir, ahí mismo. Acabar con todo. Sigue intentándolo, Joey. Sigue probando. Quizá solo sea una versión acortada, dos dígitos para el año. Lo intenta de nuevo, con pensamientos sobre su padre fluyendo por su cabeza. ¿Qué estará pensando de Joey ahora mismo, observándolo desde arriba?

Se oye un clic y la puerta se sacude. Joey agarra el mango y tira. La pesada puerta se abre completamente con un chirrido. Dirige el haz de luz de su teléfono al interior para ver dos secciones separadas por un estante. En la parte superior hay fajos de billetes, miles de libras, y bolsas de drogas bajo un montón de archivos. Saca los archivos del suelo alfombrado, intrigado por lo que va a encontrar. Hay unos diez. Sujeta con un clip en la esquina superior izquierda de cada uno hay una fotografía. Entrecierra los ojos ante la

primera, y su corazón se hunde hasta las suelas de sus zapatillas al reconocerse a sí mismo.

Coloca la pila en el suelo del armario y recoge el primer archivo. Su archivo. Abre la cubierta. Su nombre está escrito en la primera página con un bolígrafo negro grueso. Debajo hay una versión ampliada de la fotografía adjunta en el frente. Es él saliendo de su casa. Pasa la página para ver la foto que Ronny le mostró en el supermercado de Dylan saliendo de la escuela. La que tiene a Ronny en primer plano sonriendo maliciosamente a la cámara. Está fechada el martes de esta semana. Pasa otra página para leer detalles sobre él y su familia. ¿De dónde sacó Ronny toda esta información? El supermercado donde Joey trabaja; las escuelas a las que asisten Dylan y Megan; su dirección. La siguiente página está vacía.

Sintiéndose enfermo hasta la médula, recoge el segundo archivo y jadea al ver una foto de otro tipo que conoce del pub. Abre el archivo, procesando contenidos similares sobre este hombre, pero la última página está lejos de estar vacía. Es la misma foto que Ronny le mostró en su teléfono el otro día de este pobre hombre desde diferentes ángulos después de que Ronny, o quien fuera, le hubiera destrozado la cara a golpes.

El tercer archivo sigue un patrón similar, pero este es de Oz. El cuarto es de alguien que solía ir al pub. Una mujer esta vez. No puede recordar su nombre, pero solía salir con Becca y salió con Oz hace unos años. No la ha visto desde hace tiempo.

Siguen más archivos. Personas que Joey no reconoce, algunas gravemente golpeadas. Los hojea, asimilando información detallada sobre los individuos y sus vidas. No puede creer lo que está viendo. Pero es el último archivo el que le llama especialmente la atención.

34

Los calambres irritan el pie izquierdo de Joey. Se incorpora de golpe, tirando un abrigo del perchero de arriba. El techo inclinado del armario no le permite erguirse completamente. Se agacha, estirando el músculo de la pantorrilla lo mejor que puede en ese espacio tan reducido. Ya está harto de trepar por lugares claustrofóbicos. Cuando el dolor hormigueante se convierte en entumecimiento, equilibra el último expediente en su brazo doblado para poder pasar las páginas y asimilar el contenido. Tiene el móvil encajado entre la barbilla y el pecho, con la linterna iluminando los detalles de Pat el fontanero: dónde vive, su familia, su negocio. Joey frunce el ceño, confundido. Es como si Ronny hubiera llevado a cabo una vigilancia sobre estas personas. ¿Así es como se divierte? ¿Cómo se vio Pat involucrado con Ronny? De hecho, ¿cómo se involucraron cualquiera de estas personas con él?

El teléfono de Joey vibra, haciendo que su cabeza se estremezca. El móvil se le escapa del agarre entre la barbilla y el pecho y cae al suelo. Mientras se agacha para recogerlo, ve un mensaje de Becca.

Te dejé un mensaje. Llámame cuando puedas. Bx

Reúne los expedientes, debatiendo qué hacer. Debe ser capaz de usarlos para quitarse a Ronny de encima. Quiere llevárselos consigo, pero fuera está cayendo un aguacero. Incluso dentro de su abrigo, se empaparían. Los lleva a la parte delantera del armario, donde la luz le permite recopilar pruebas del pequeño *negocio* de Ronny. Clic, clic, clic, fotografía cada página. Con diez expedientes, le lleva un tiempo. Está casi al final cuando el teléfono desechable vibra en su bolsillo trasero con un mensaje de Ronny.

¿Qué estás haciendo?

El estómago de Joey da un vuelco, girando fuera de control. ¿Puede verle Ronny? Seguro que no. Ilumina con la linterna todo el armario. ¿Hay alguna cámara oculta en algún sitio? Necesita salir de allí. Ronny está de vuelta. Tomando una última foto del último expediente, Joey se arrodilla y golpea los bordes de los archivos contra el suelo, organizándolos para que queden perfectamente alineados uno encima del otro. Gatea hasta la caja fuerte y los devuelve a su sitio, deteniéndose para contemplar el montón de dinero en el estante superior. Necesita toda la integridad que le queda para no coger todo el dinero y metérselo en los bolsillos. Está dividido. Joey Clarke no es un ladrón. Nunca ha robado nada en su vida. Sin embargo, sabe que las ganancias mal habidas de Ronny podrían sacarlo a él y a su familia del cráter financiero en el que han caído. Empuja la puerta para cerrarla, solo para cambiar de opinión. Abriéndola de nuevo, se guarda un fajo de billetes de cincuenta libras del estante superior antes de cerrar la puerta.

Joey inspecciona el armario. Tras comprobar que todo está como lo encontró, apaga la luz y cierra la puerta. El lugar queda nuevamente a oscuras. Sale corriendo bajo la lluvia. Los nervios le traicionan y le cuesta cerrar la puerta con llave. La lluvia cae ahora con más fuerza. Cuando ha girado la llave, corre hacia la abertura en la hiedra. Vuelve a colocar la llave y deja caer el guijarro entre los demás. La lluvia le golpea con fuerza, las gotas de agua resbalan por

sus mejillas. Revuelve la hiedra para disimular la abertura y se dirige a la puerta, siguiendo el camino de tierra hasta su coche.

El trote de vuelta parece eterno. Obliga a un pie tras otro a moverse lo más rápido posible, pero parece no avanzar. Sus piernas están pesadas, cargadas de exaltación y miedo. El sonido de un motor de coche lo detiene. Mira hacia adelante, pero solo se encuentra con la oscuridad. Sin embargo, Joey puede oírlo. El vehículo subiendo y bajando por el camino desigual. Ronny viene por él. Sus piernas están débiles. No pueden aguantar más. El ruido viene de detrás. Se gira para encontrarse con unos faros que se acercan desde atrás.

Se lanza hacia el seto que flanquea el camino, tropezando con una zanja oculta entre la maleza. Maldice de dolor al torcerse el tobillo, tambaleándose mientras intenta mantenerse erguido. Sus brazos se agitan. No puede estabilizarse. Cae, acurrucándose en posición fetal, respirando contra sus rodillas y agarrándose el tobillo mientras ve pasar el coche. Apenas puede distinguir la silueta del hombre que había visto antes dirigiéndose a la propiedad vecina. El hombre no lo ve. Al menos Joey no lo cree.

Mantiene los ojos fuertemente cerrados, con la lluvia golpeándole con fuerza. Pero visiones de su madre, Dylan y Megan destellan ante él. Le necesitan. Levanta su cuerpo exhausto, estabilizándose en el borde de la zanja. Los faros ya han desaparecido de vista. Regresa con dificultad a su coche que le espera, sin molestarse ya en evitar los charcos. Ha dejado de importarle. Temiendo encontrarse con los faros de Ronny, lo único que quiere es alejarse lo más rápido posible.

Se tambalea los últimos metros dolorosos hasta su coche, que espera obedientemente para recogerlo cuando se desploma en el asiento delantero. Joey se tumba sobre los asientos, helado de frío, pero demasiado asustado para encender el motor. Porque sabe que en cuanto gire la llave en el contacto, necesita largarse de allí.

Permanece quieto unos minutos, temblando, deseando que su tobillo deje de latir. El dolor es insoportable, intenso, ardiendo por su pierna como fuego. Abre la guantera, rebusca entre el manual, las

gafas de sol y los guantes de su padre, buscando algún analgésico, pero no encuentra nada.

Mete la mano en su bolsillo, palpando el fajo de billetes que robó de la caja fuerte. Ahí está. A pesar de la culpa que siente, sabe el alivio que le proporcionará en los próximos días cuando pague sus deudas más urgentes. Luego encontrará la manera de solucionar todas las facturas que han estado llegando como la lluvia durante el último mes. Este pensamiento le da el impulso para incorporarse. Haciendo una mueca de dolor, se desplaza sobre una nalga y saca el móvil de sus vaqueros. No hay llamadas ni mensajes nuevos. Arranca el motor, activando la calefacción al máximo para entrar en calor. Su mente está en Becca, pero mientras sale de la entrada, los pensamientos sobre Ronny atrapándole se apoderan de él.

Avanza por el camino de tierra tan rápido como el coche le permite, conteniendo la respiración, aterrorizado ante la posibilidad de encontrarse con los faros de Ronny viniendo en dirección contraria. Solo cuando llega a la carretera principal se permite respirar con normalidad. Conduce hacia casa, con el dolor del tobillo intensificándose cada vez que pisa el freno. Tantos pensamientos llenan su mente que le dan vueltas más rápido que las ruedas del coche.

Las luces del salón están encendidas. Su madre debe seguir despierta. Lo único que quiere es meterse en la cama y dormir como un muerto, pero sabe que aún no puede entrar. ¿Cómo explicaría posiblemente el estado en que se encuentra? Su ropa está empapada y sucia por haber recorrido ese camino de tierra y caído en la zanja; y además está cojeando. Se marcha conduciendo, sabiendo exactamente adónde va.

Aparca en una calle flanqueada de casas adosadas. Teclea la letra P en su teléfono, encuentra el número y hace la llamada.

La sorpresa impregna las palabras de Pat. —¡Joey! ¿Estás bien?

—¿Sabes esa pinta que te debo? ¿Podría invitarte ahora?

—¿*Ahora?* ¿Sabes qué hora es?

—¿Podría pasarme por tu casa? No estoy lejos.

—¿Dónde estás?
—Fuera, de hecho.
—Será mejor que entres. Creo que sé de qué quieres hablar.

35

La casa es una vivienda victoriana de ladrillo rojo, de dos plantas y dos habitaciones, donde Pat vive con su mujer, su hija y un labrador negro. Cuando Pat abre la puerta, su perro se lanza por el pasillo y salta el umbral. Se abalanza sobre Joey, equilibrándose sobre sus patas traseras como un canguro. Casi lo derriba. —Abajo. Abajo —ordena Pat en voz baja. Agarra el collar rosa brillante de la perra y la anima a bajarse de Joey—. Lo siento. Es una perra muy buena, pero un desastre cuando se trata de saltar sobre la gente. Se emociona demasiado. —Joey espera en el umbral, con la ropa mojada pegada al cuerpo. Pat lo examina de arriba abajo—. Dios mío, ¿qué te ha pasado? —Abre la puerta de par en par—. Será mejor que entres.

Joey se quita las deportivas empapadas y entra cojeando al cálido pasillo, como en trance. Pat toca la manga del abrigo empapado de Joey. —Mejor quítatelo, colega —dice, ayudando a Joey a quitárselo—. Lo pondré en un radiador. —Empuja suavemente la parte baja de la espalda de Joey y lo guía hacia una pequeña sala de estar, donde una lámpara solitaria proporciona una iluminación inquietantemente suave—. ¿Qué te pasa en la pierna?

Joey pone los ojos en blanco. —Es una larga historia.

Algún programa cómico resuena desde la televisión con risas inapropiadas para el momento. Pat busca el mando a distancia entre las revistas, libros, coleteros y envoltorios de chocolate sobre la

mesa de centro, y lo apaga. La habitación está repleta de fotos y juguetes rosas —tanto rosa por todas partes—. Pat guía a Joey hacia la chimenea, donde unas llamas menguantes arden en una estufa de leña. Apartando la protección de la chimenea, Pat lanza un grueso tronco a la estufa, reanimando las brasas moribundas. Da una palmada en el hombro de Joey. —Quédate aquí. Pronto entrarás en calor.

—¿No podría pedirte algo caliente para beber? —dice Joey, incapaz de dejar de temblar.

—Sí, claro. Te buscaré ropa seca y pondré la tetera. Un café negro fuerte con un chorrito de algo más fuerte, me parece. Y por lo que veo, necesitas hielo para ese pie.

—¿Dónde está tu mujer? —pregunta Joey.

—En la cama. No te preocupes.

Joey extiende las manos hacia la estufa, absorbiendo el calor mientras las nuevas llamas crepitan y chisporrotean. Se acerca más, demasiado cerca, pero está acostumbrado a vivir al límite, tratando de mantener el equilibrio. La perra de Pat se sienta a sus pies. Joey mira la fila de fotografías enmarcadas separadas por una vela en un platillo de plata que adornan la repisa de la chimenea, examinando las imágenes de Pat con su mujer y su hija en varias ocasiones: en la playa, en una fiesta, paseando con su perra en un parque. Una de ellas muestra a Pat y su mujer en una cabina de fotos, en la que Pat parece años más joven de lo que es hoy. Están haciendo caras extrañísimas y riéndose a carcajadas. ¡Risas sin restricciones! ¿Cuándo fue la última vez que Joey se permitió eso? Piensa intensamente por un momento, pero no lo recuerda. La otra foto está en un marco en forma de corazón y tiene una fecha escrita en el lateral. Pat con su hija el día que nació. Una existencia normal que Joey anhela, pero teme que está lejos de su alcance.

—Aquí tienes. Es lo mejor que he podido encontrar —dice Pat—. Cámbiate a esto y prepararé esas bebidas. —Le entrega a Joey unos pantalones de chándal gris oscuro y una sudadera a juego—. Luego podremos hablar.

Joey coloca su móvil en el suelo y se quita los calcetines empapados pegados a su piel, seguidos de los vaqueros y los

calzoncillos. Su pie está amoratado y manchas púrpuras causadas por el frío cubren sus piernas. Se mete en los pantalones de chándal y se los sube hasta los ángulos sobresalientes de sus huesos de la cadera. Le quedan holgados. Aprieta el cordón para ajustar la cintura, luego se quita la sudadera con capucha y la camiseta y se pone la sudadera nueva. Le queda enorme.

Pat aparece y le lanza a Joey una bolsa de guisantes congelados. —Ponte esto en el pie —dice—. Volveré con las bebidas en un momento. —Joey hace una mueca al colocar los guisantes sobre su tobillo dolorido. Pat reaparece, llevando dos tazas. Le pasa una a Joey—. Bebe esto, colega. Te calentará los huesos.

Joey da un sorbo a la bebida; café fuerte con un toque de brandy. Se desliza hacia abajo, mordiendo la parte posterior de su garganta. Toma otro sorbo. Pat empuja un sillón hacia el fuego con el pie y le indica a Joey que tome asiento. —Mejor intentar secar un poco esta ropa. —Pat coloca la ropa mojada de Joey sobre la protección de la chimenea—. Eso debería funcionar. —Aparta el desorden de la mesa de café, creando un espacio para sentarse lo más cerca posible de Joey.

Joey da otro sorbo a su bebida. Sabe bien: un momento de consuelo en el caos en que se ha convertido su vida. —Siento hacerte esto, pero tenemos que hablar.

—¿Hablar? —Pat frunce el ceño, apoyando los codos en sus rodillas y entrelazando las manos formando un apretado puño—. Si es por el dinero que me debes, Joey, no pasa nada. Puedo aguantar un tiempo. No te preocupes. —La preocupación de Pat por el bienestar de Joey parece superar sus problemas de liquidez.

Joey coge su teléfono y busca entre las fotos hasta encontrar las que quiere. —Tengo tu dinero, Pat. No se trata de eso.

Pat lo mira confundido.

Joey gira la pantalla hacia Pat: la foto del expediente compilado por Ronny. Joey se inclina hacia delante y ladea la cabeza para mirar también. Pat entrecierra los ojos ante la pantalla mientras Joey pasa las fotos que tomó antes: detalles de la casa de Pat, su negocio y su familia, y un collage de fotos de él con su mujer e hija.

Una confusión absoluta cubre el rostro de Pat. —No lo entiendo.

Joey mira a Pat a los ojos. —No eres el único. Hay montones como estas.

Pat se agita en la mesa de café, apretando más las manos, con los nudillos cada vez más blancos por la presión. —¿De dónde has sacado esto? —Sus ojos van de Joey a la alfombra, con la mandíbula tensa. Mira de nuevo a Joey, comprendiéndolo todo—. Ronny Carling.

Joey resopla y le explica cómo consiguió las fotos. —¿Qué relación tienes con él?

Pat se sienta erguido, agarrándose las rodillas con las manos. —¿Podemos confiar el uno en el otro?

—Por supuesto.

Las palabras brotan de Pat como el agua de las tuberías reventadas que a menudo tiene que arreglar. —Alguien en el pub me presentó a Ronny. Becca. La conoces. La guapa de pelo largo y rubio. A veces sale con la chica del ejército. —Baja la cabeza y chasquea los dedos junto a su sien—. ¿Cómo se llama?

—Te refieres a Courtney.

—Esa misma. Becca es la sobrina de Ronny.

—Lo sé. Somos buenos amigos.

—Hace unos años, me dijo que su tío buscaba un fontanero y me preguntó si me interesaría hacer algunos trabajos. Acababa de mudarse a su casa. Era un auténtico desastre: sin calefacción central, apestando a humedad, decoración del siglo pasado, ya te imaginas. En fin, parecía un tipo bastante decente. —La voz de Pat se quiebra—. Al principio.

Joey mira fijamente al fuego, contemplando la idea de contarle a Pat sobre la pistola y Maggie. Le encantaría soltarlo todo a alguien que lo entendiera, pero ¿no es preferible que cuanta menos gente lo sepa, mejor? Maggie podría morir. Podría no recordar nunca. Nadie más tendría por qué saberlo. Dios, cómo se odia a sí mismo por estos pensamientos. —Continúa.

—Acordó pagarme un buen precio para instalar calefacción central en toda la casa. Fue cuando mi mujer estaba embarazada de nuestra pequeña, y habíamos hecho una oferta por esta casa. En efectivo, me dijo, lo que era una ventaja. No le importaba que

trabajara por las tardes y los fines de semana, así que lo encajé todo entre otros trabajos. Me doblé para terminarlo lo más rápido posible para él. Y para mí. Necesitaba el dinero. Nos llevamos genial durante ese tiempo. Era fácil de complacer y nos echábamos unas risas. Incluso compartíamos una cerveza algunas noches cuando me quedaba hasta tarde, lo que ocurría a menudo. Estaba bastante destrozado porque su mujer le había dejado, y me daba pena. Ella se había llevado a su hija a vivir con sus padres. Habían tenido que vender su casa, por eso había acabado en ese antro. Era todo lo que podía permitirse.

—Becca me contó que recientemente ha empezado a ver a su hija otra vez.

—¿Ah, sí? —dice Pat, levantando las cejas.

—Quiere recuperar a su mujer.

Pat niega con la cabeza. —Están mejor quedándose con sus padres. En fin, la noche que fui a cobrar, todo se torció. Me invitó a tomar una copa con él. Yo había estado muy estresado: problemas con un trabajo, sin cobrar por otro. Mis proveedores amenazaban con suspender mi cuenta. Estábamos a punto de intercambiar los contratos de esta casa. —Sus ojos recorren la habitación—. Necesitaba el dinero. De lo contrario, íbamos a perderla. No podía hacerle eso a mi mujer. Tenía el corazón puesto en esta casa. —Sacude la cabeza—. Incluso había elegido el papel pintado.

Joey termina su bebida y la coloca junto al pie del sillón. —Creo que me imagino lo que viene ahora.

Pat niega con la cabeza. —Oh no, no te lo imaginas. No podrías saberlo.

36

—Tomamos unas copas. Me emborraché. Y cuando digo borracho, me refiero a completamente embotado, sin poder recordar qué demonios pasó. —La cara de Pat refleja dolor—. Todavía no lo recuerdo. A menudo me he preguntado si me echó algo en la bebida. Me desperté a la mañana siguiente en el sofá de su salón. Él ya estaba despierto, silbando mientras preparaba el desayuno. Me palpitaba la cabeza. Y cuando digo palpitar, era en serio. Y para colmo, hasta me había meado encima. —Deja de hablar, con aspecto de estar a punto de llorar.

Joey le dedica una sonrisa alentadora. —Sigue, colega.

Pat se levanta y se acerca al protector de la chimenea, girando la ropa de Joey para que el lado mojado quede frente al fuego. —En fin, me lanzó unos vaqueros viejos y me dijo que me limpiara y me sentara a la mesa, burlándose de mí por no aguantar la bebida. Todo es tan confuso. No podía creer el estado en que me encontraba. Había preparado bocadillos de beicon.

—Le encanta el beicon. Su casa apesta a eso.

—Estaba hambriento. Como si no hubiera comido la noche anterior. Probablemente no lo había hecho. No lo recuerdo. Era una sensación extraña. Tenía tanta hambre, pero me sentía fatal, como un perro enfermo. Él también actuaba de forma extraña. Cuando terminamos de comer, me preguntó si recordaba lo que habíamos

hablado la noche anterior. Le dije que ni siquiera recordaba haber llegado allí. Para resumir, me había pasado toda la noche quejándome de mi situación económica, así que me ofreció un trabajo para "hacer algunos recados" para él. —Pat se recuesta un poco, con las cejas levantadas—. Y, al parecer, yo había aceptado. —Se encoge de hombros—. Estaba montando un negocio de mensajería y necesitaba conductores. Solo entregar sobres, documentos legales, ese tipo de cosas. Si soy sincero, tuve la corazonada de que era algo turbio desde el principio, pero andaba escaso de dinero. Y él era muy persuasivo.

—Me suena familiar.

—A partir de ahí, todo fue a más. Antes de darme cuenta, tenía mi propio grupo de clientes habituales a los que entregaba drogas. La verdad es que me acostumbré al dinero extra. Nos mudamos aquí, y luego llegó nuestra pequeña. Los bebés son caros y había mucho que hacer en este sitio. Acumulé deudas bastante grandes. Me dije a mí mismo que lo haría durante seis meses mientras me recuperaba económicamente, y luego le diría que se fuera a la mierda. Eso nunca ocurrió. Ahora recojo un alijo semanal de coca y hierba y lo reparto durante la semana. Me odio por ello. —Pat cierra los ojos, haciendo una mueca—. Me odio. Pero ¿qué opción tengo? Ninguna ahora.

—¿A qué te refieres? —pregunta Joey.

—¿Encontraste algo más con ese archivo?

Joey niega con la cabeza.

—Tiene una grabadora. Probablemente estaba en algún lugar de la caja fuerte con los archivos.

Joey recuerda lo sucedido antes. Estaba tan agitado que podría haberla pasado por alto. —No recuerdo haber visto nada. Había montones de dinero en efectivo. Quizás estaba detrás. ¿Qué había en ella?

—El muy cabrón me tendió una trampa. En mi estupor de borracho, hablé más de lo que debía.

—¿Sobre qué?

—El año pasado, ya estaba harto. Pero cuando intenté dejar de "hacer recados", me dijo que quizás querría reconsiderar mi posición

si quería mantener a mi mujer y a mi hijo. Y entonces sacó la grabadora y le dio al play.

Joey siente una profunda compasión por él. —¿Qué había grabado?

—Digamos que no he sido honesto con Hacienda durante años. He aceptado demasiados trabajos pagados en negro. Todo el mundo lo hace. Pero el tonto de mí estuvo presumiendo de ello aquella noche. Y lo tiene todo grabado. Lo perdería todo si alguna vez llegara a manos equivocadas. —Pat abre los brazos y mira alrededor de la habitación—. Perderíamos esta casa, seguro. Me quedaría con antecedentes penales, e incluso podrían encerrarme. Mi mujer nunca me lo perdonaría. ¿Sabes? Cuando era niña, su padre acabó en prisión por lo mismo. Ronny lo sabía. Se lo conté aquella noche.

—Es lo más rastrero que hay.

—Me llevó una eternidad convencerla de que pasé esa noche en el sofá de un amigo porque, por supuesto, la noche me cambió. Ella pensó que la había engañado. Hay una pequeña parte de ella que todavía no confía en mí. No la culpo. Es decir, ¿cómo se veía la situación? No solo no volví a casa, sino que ni siquiera llamé para decir que me quedaría fuera. Luego volví hecho un desastre, apestando a alcohol. Había doce llamadas perdidas de ella cuando me desperté a la mañana siguiente. Estaba hecha una furia. Dejé de escuchar cuando llegué a la sexta. Decía que pensaba que estaba muerto.

—¿Por qué no se lo dijiste simplemente?

—¿Qué, admitir que eres un criminal ante la mujer que amas cuando está a punto de tener a tu bebé? ¿Por la misma razón que destruyó su infancia? No podía hacerle eso. Pensé en ello durante un tiempo después de que naciera nuestra pequeña, pero tendría que admitir todas las mentiras que he dicho desde entonces. Y ella odia las drogas; su hermano fue drogadicto durante un tiempo. Así que ese canalla me tiene justo en sus garras.

—Puedo ver el control que tiene sobre ti.

—He aprendido a vivir con la culpa. Se ha convertido en parte de mi vida. No solo la forma en que manipulé mis libros contables, sino el engaño y las mentiras que le he contado.

Ahora es el turno de Joey. Su corazón tiene la costumbre de dominar su cabeza. Pero es como si hubiera encontrado un aliado. Un amigo fiel que entenderá la angustia por la que está pasando. Lo cuenta todo sobre Becca y su familia desestructurada. Una vez que empieza, no puede parar. Se siente como una pelota sobreinflada. Una a la que Pat ha insertado una aguja y abierto la válvula, liberando una pizca de la presión que se ha estado acumulando dentro de él desde que recibió esa llamada telefónica el domingo por la noche. —Me siento como un completo idiota —dice—. Un completo idiota de mierda.

Pat extiende la mano y golpea suavemente la rodilla de Joey. —No estás solo, colega.

—Todo empezó el domingo, algo aparentemente inocente, y antes de darme cuenta, soy un maldito traficante de drogas.

—No me digas, ¿Becca te presentó a él?

—En realidad fue a través de Oz. Me ofreció un trabajo para entregar un sobre acolchado.

—El canalla ya le está haciendo iniciar el proceso, ¿eh?

Joey desbloquea su teléfono y le muestra el expediente de Oz a Pat. —Parece que Oz es solo otra víctima. Al principio estaba receloso, pero también estoy sin dinero. En realidad, eso es quedarse corto. Estoy hasta el cuello de deudas. Agentes ejecutivos, atrasos en impuestos municipales, facturas de tarjetas de crédito. Sin mencionar todas las facturas del hogar. —Se golpea la frente con la palma de la mano—. Y la hipoteca. Ya estamos en mora. Perderemos nuestra casa a este ritmo. Mi coche también ha estado fallando, y mi madre ha estado demasiado enferma para trabajar regularmente. Mi hermana quiere ir a Alton Towers en una excursión escolar. Le dije que yo lo pagaría.

Pat chasquea la lengua. —Se aprovecha de los vulnerables.

—Entonces la maldita caldera se estropeó.

—Mira, Joey. No te preocupes por pagarme. Realmente puedo ayudarte durante un tiempo.

—He sido un idiota. He enterrado la cabeza en la arena. Todo se ha descontrolado.

—Hay organizaciones a las que puedes acudir, ¿sabes? Pueden ayudarte.

—Seguía pensando que podría solucionarlo yo mismo, de alguna manera. No quería involucrar a mi madre porque la estresa. Su salud se resiente y surgen todo tipo de problemas.

—Entonces conociste a Ronny.

—Al principio, pensé que podría ser dinero fácil. Mucho más fácil que apilar estanterías y atender a clientes quejumbrosos ocho horas al día. Ronny estuvo bien al principio. Entregué su paquete, pero cuando intenté irme, el coche no arrancaba. El motor seguía girando. Fue muy servicial. Me dijo que lo dejara allí, y que haría que uno de sus mecánicos lo arreglara al día siguiente. ¿Qué otra opción tenía? De todos modos, cuando fui a recogerlo, me dijo que necesitaba un nuevo alternador. Le hizo una revisión y también le puso limpiaparabrisas nuevos. Incluso le echó gasolina.

—No me digas. No podías permitirte pagarle, así que entregaste más paquetes para él.

Joey suspira profundamente. —Se pone peor. Mucho peor.

37

Sin escatimar en detalles, Joey pasa a contarle sobre Maggie y la pistola. —Y, por si fuera poco, mamá se ha ido a liar con un poli. Menudo campo de minas.

—Joder, y yo que pensaba que tenía problemas. Tienes suerte de que Maggie no pueda hablar.

—Por lo que ha pasado, es posible que nunca llegue a recordar lo que ocurrió aquella noche.

—¿Qué probabilidades hay de eso?

—Cincuenta-cincuenta. Las mismas de que nunca vuelva a hablar.

—¿Qué hiciste con la pistola? ¿Y el abrigo y las zapatillas?

—Están en el desván de casa.

Pat se estremece. —Joder, Joey.

—Lo sé. Lo sé —Joey se cubre la cara con las manos—. No debería haberlos cogido en primer lugar, pero entré en pánico. —Levanta la mirada hacia Pat—. No sabía qué más hacer con ellos. Pensándolo bien, debería haber devuelto la pistola directamente a Ronny la noche que Dylan la encontró. Pero nunca sabes cómo vas a reaccionar hasta que te encuentras en una situación así.

—Me ahogo en deudas. ¿De dónde iba a sacar el dinero para pagar a Ronny por arreglar mi coche? Entonces, de alguna manera, consiguió una foto de Dylan. Debe de haber ido a su colegio y la

tomó cuando Dylan salía. Se presentó en el supermercado y me la enseñó, junto con una foto de la cara destrozada de un tipo. Me amenazó y me dijo que ahora trabajo para él. Si no, Dylan acabaría con la cara igual. Eso me hizo perder la cabeza, y decidí que necesitaba hacer algo para alejarme de él. —Joey hace una pausa—. Puede meterse conmigo, pero con mi familia no.

—Y yo que pensaba que habías venido a decirme que no tenías dinero para pagar una mísera bomba de caldera. —Pat se sienta erguido, desliza las manos por sus piernas y saca pecho—. ¿Sabes qué? Estoy de acuerdo. Basta ya. Es hora de plantarle cara. Poner fin a todo esto. —Se queda callado un momento—. Fuiste valiente al ir allí esta noche. Bien hecho. Pero ¿por qué no te llevaste simplemente los archivos?

—Lo pensé, pero estaba diluviando. Pensé que se estropearían de camino al coche. También necesitaba tiempo para pensar. Recibí un mensaje suyo mientras estaba allí, preguntándome qué hacía. Me asusté. No pensaba con claridad. Pensé que podría haber una cámara escondida en alguna parte y que me estaba observando. Me preocupé de que estuviera de camino a casa y me pillara. Me entró el pánico y los dejé. Antes de venir aquí, le envié un mensaje preguntándole qué quería decir. Me contestó que el mensaje era para otra persona.

Se quedan sentados en silencio, mirando las llamas. Joey empieza a entrar en calor. —¿Qué piensas? ¿Nos enfrentamos a él juntos, solo nosotros dos, o implicamos a los demás?

—¿Estás decidido entonces?

—Tengo que hacer algo. Amenazarme a mí es una cosa, pero amenazar a mi familia... —Sacude la cabeza—. No, nadie los amenaza.

—Olvídate de los demás. Ya no tengo tiempo para sus juegos. También tengo que pensar en mi familia.

Ambos están en las mismas aguas, solo que en barcos diferentes.

—Me pregunto qué haría el tipo de la cara destrozada para merecer semejante paliza —dice Joey.

—¿Decirle a Ronny que quería salirse?

Ambos se vuelven hacia la puerta cuando esta se abre. Aparece una mujer menuda con un camisón rosa y su larga melena pelirroja despeinada. —¿Va todo bien? —Mira de Pat a Joey y a la ropa tendida frente al fuego.

Pat se levanta de un salto y camina decidido hacia ella. —Solo estoy ayudando a un colega, cariño. No tienes de qué preocuparte. —Le dice a Joey moviendo los labios sin emitir sonido: "Vuelvo en un segundo", y dirige a su mujer fuera de la habitación.

Joey mira todas las cosas que ocupan toda una pared. Cajas llenas de peluches y toneladas de plástico: un carrito, una casa de muñecas, bloques de construcción, una cámara y un joyero. Le recuerda a su salón cuando Megan era pequeña y todos, incluido él, la mimaban. Su padre murió justo antes de que ella naciera, y la compasión de la gente se traducía en generosos regalos envueltos en papel rosa. ¿Marcaría alguna diferencia si tuviera hijos propios? ¿Seguiría sintiendo tanta rabia si Ronny hubiera amenazado a uno de sus hijos? Sabe que no.

La familia es la familia.

Un dolor palpitante le rodea la cabeza. Debería volver a casa con ellos. Megan y su madre probablemente ya estén dormidas, pero con todo lo que ha pasado esta semana, Dylan seguramente le estará esperando. Se levanta y busca sus vaqueros. Todavía están húmedos, pero más secos que cuando llegó. Afloja el cordón del pantalón de chándal de Pat, se lo quita y se pone sus vaqueros y la sudadera. Los calcetines siguen demasiado mojados, así que los enrolla y los mete en los bolsillos de sus vaqueros. Pat reaparece. —Perdona por eso —dice—. Le he dicho que tenías problemas con una mujer —se ríe—. Me ha dicho que menudo consejero soy yo para esos temas. ¿Ves lo que te digo? Todavía no me ha perdonado del todo por aquella noche.

—¿Cómo vamos a hacer esto, entonces?

—Cada domingo por la noche, recojo mi alijo semanal de él. A las ocho. Mi mujer cree que es mi noche de pub, que en cierto modo lo es. Aunque ya no bebo mucho. Me encuentro con los colegas en el Coach and Horses sobre las seis y después paso por su garaje para recoger mi suministro semanal. Digo que lo confrontemos entonces.

Joey no está tan seguro. —¿No deberíamos darnos más tiempo para planear?

—Olvídalo. Es el momento perfecto. Me estará esperando.

—¿Y qué exactamente estás pensando que hagamos?

—Dispararle con esa pistola que consiguió para su hermana. Tráela.

Joey levanta las palmas hacia Pat. —Tranquilízate.

Pat se ríe por primera vez en toda la noche. —Claro que no. Créeme, me gustaría poder hacerlo, pero tengo demasiado que perder. Después de todo lo que me ha hecho, podré fingir bien, sin embargo. Voy a darle un susto de muerte. Y una vez que se recupere del hecho de que no va a recibir una bala en la cabeza, podemos amenazarle con decirle un par de cosas a su mujer. Y nunca volverá a ver a su hija.

—Tenemos que tener cuidado. No sabemos qué más puede tener guardado —dice Joey, inseguro.

—¿Qué quieres? ¿Seguir viviendo esta vida dentro de tres años, como yo? Ese canalla me ha llevado a esto. Siempre estoy mirando por encima del hombro, con miedo de dar un paso en falso. Con miedo de perderlo todo.

Joey sabe que Pat tiene razón. De lo contrario, lo único que le espera es un vínculo con Ronny que nunca podrá cortar.

Pat retuerce los labios en un gesto de desafío. —Ya es suficiente. Necesitamos poner fin a todo esto. Supongo que tienes un teléfono desechable, ¿no? —Joey asiente—. Dame el número. No queremos que haya mensajes entre nuestros propios teléfonos. Me pondré en contacto contigo mañana.

Suena un teléfono. Es el de Joey. El nombre de Becca aparece en la pantalla. Considera contestar la llamada, pero deja que vaya al buzón de voz. Ella no deja mensaje. Llama otra vez. Mira a Pat. —Es Becca. —La llamada se corta.

—Llámala.

—No puedo ahora mismo. La llamaré más tarde.

Pat lanza otro tronco a la estufa, y discuten brevemente sus opciones para tratar con Ronny. Joey tiene la incómoda sensación de que Pat iría más lejos que él, lo que aumenta su ansiedad.

Becca intenta contactar con Joey por tercera vez, esta vez por mensaje. El teléfono vibra. Joey lee el mensaje. Su mandíbula cae, el alivio compite con sentimientos de tristeza y arrepentimiento.

Mamá ha muerto esta noche. Bx

38

Sábado

Es pasada la medianoche cuando Joey sale de casa de Pat. Llama a Becca cuando se mete en el coche. Solo hablan un minuto. —Tuvo otra hemorragia cerebral. No pudieron salvarla. Papá estaba con ella. Le dejaron verla, gracias a Dios. No puedo creer que se haya ido —dice ella con voz adormecida por el dolor y por una pastilla para dormir de Maggie que dijo haber encontrado en el botiquín del baño de sus padres.

Joey se hunde en el asiento. ¿Cuándo terminará esta pesadilla?

—Ven aquí. Por favor —le suplica—. Papá sigue en el hospital. No quiere dejarla. No consigo localizar a mi tío Ronny, y no quiero estar sola.

—Estaré allí lo antes posible.

Primero pasa por casa para cambiarse. No puede presentarse con la ropa mojada. La casa está en silencio, pero Dylan sigue despierto, esperándole en la cama. Le bombardea con preguntas como si fuera un detective. Joey no le cuenta nada más que la madre de Becca ha muerto y que pasará la noche en su casa.

—Mierda.

—Deja de decir palabrotas.

Después de ponerse ropa limpia, se dirige directamente a casa de Becca. Número Uno de Regency Close, donde comenzó toda esta pesadilla. Ella abre la puerta vestida con un pijama negro, con los ojos rojos e hinchados. —No puedo creerlo —dice, mientras él la estrecha entre sus brazos. La acompaña escaleras arriba hasta su dormitorio, con su cuerpo esbelto apoyado pesadamente contra el suyo. En cinco minutos, la pastilla para dormir parece transportarla a un sueño profundo.

Joey soporta otra noche de insomnio. La vergüenza y la tristeza por Becca frustran sus intentos de dormirse. Contar ovejas, concentrarse en su respiración, la aplicación que le recomendó su madre... nada funciona. El dolor de cabeza que le ha seguido como un perro perdido durante toda la semana alimenta la náusea de culpabilidad que tampoco le da tregua. Pasa el tiempo dándole vueltas a todo lo que ha ocurrido, mirando al techo o apoyado en el codo contemplando a Becca mientras duerme, deseando que todo pudiera ser diferente.

A las siete en punto, encuentra un bolígrafo en su escritorio y una hoja de papel de la impresora y le escribe una nota. Hay tantas cosas que quiere decirle, pero sabe que nunca podrá. En su lugar, le dice lo mucho que lamenta su pérdida, que tiene que trabajar hoy pero que puede venir después de terminar. Que hablará con el señor Parasi para decirle que ella no irá. Que está ahí para lo que necesite. La empuja suavemente antes de irse. —Becca, tengo que marcharme —ella no se mueve. Se inclina y la besa en la frente.

Cuando Joey llega a casa, aturdido por otra noche sin dormir, su familia está sentada alrededor de la mesa del comedor desayunando. Dylan está untando mantequilla en una rebanada de pan, y Megan está vertiendo leche en su tazón de cereales mientras discuten sobre quién tiene más deberes este fin de semana.

—¿Qué te has hecho en el pie? —pregunta su madre, con las manos rodeando una taza de té.

—Me tropecé con una silla en el pub.

Ella le lanza esa mirada. Esa que pregunta si cree que nació ayer. —Siento lo de la madre de Becca.

—¿Qué le pasó? —pregunta Megan.

—Ha muerto —dice Joey, incapaz de mantener contacto visual con su hermana.

—Te prepararé un té —su madre se levanta y va a la cocina.

—¿Pagaste la reserva para mi excursión? —pregunta Megan. Dylan le sisea que se calle.

—Solucionado —dice Joey, mintiendo. Lo hará más tarde.

—Te quiero, Joey —Megan le saca la lengua a Dylan, que le dice que madure.

—Ya vale, vosotros dos —dice Joey, antes de dejarlos terminar el desayuno.

El día transcurre aún más lento de lo habitual. Un sábado sin Becca en el trabajo ya es bastante deprimente, pero saber por lo que está pasando lo hace cien veces peor. Esa noche, Joey escribe un correo electrónico de disculpa a la secretaría del colegio de Megan. Lo siente, pero no ha podido hacer funcionar ParentPay para enviar los fondos que cubren la reserva de la excursión escolar de Megan. Lo intentará de nuevo el lunes. Hasta entonces, adjunta el formulario de consentimiento parental cumplimentado para que ella pueda asistir. Esto le dará tiempo para ir al banco a ingresar algo de dinero y sacar su cuenta del descubierto. Cuando pulsa enviar, Pat llama. Hay un tono en su voz que Joey nunca ha oído antes. —Lo tengo todo planeado —dice Pat—. Trae la bolsa de viaje con las cosas que hay que eliminar, además de la pistola. He pensado qué hacer con ellas. Este es el plan.

39

Domingo

El día se hace eterno. Joey está haciendo horas extra porque dos empleados del domingo dieron positivo en Covid ayer, y el señor Parasi le ofreció las horas adicionales. No puede evitar mirar su reloj constantemente mientras repone estanterías y atiende a los clientes. Solo puede pensar en Becca, en lo que debe estar pasando, y en cómo Pat pretende que se enfrenten a Ronny. Becca está con su padre; ha estado con él desde que salió del hospital ayer por la mañana. —Está destrozado —dijo anoche cuando la llamó para ver cómo estaban—. Y está furioso.

Cuando llega el momento, espera en el desvío del camino de tierra que conduce a la casa de Ronny, tal como Pat le indicó. El tobillo aún le duele, aunque no tan intensamente como la noche anterior, y la cabeza le empieza a latir. Tiene las uñas de los pulgares mordidas hasta la carne viva. Nunca se había mordido las uñas antes de que comenzara todo esto. Ha pasado una semana desde que cometió el mayor error de su vida al atender aquella llamada telefónica. Una semana de auténtico infierno.

La llamada esperada de Pat llega a las siete y media. —Está en el taller. Hora de ir.

—¿Estás seguro?

—Relájate, Joey. Siempre está allí los domingos por la noche. Solo mantén la calma y sigue el plan.

Joey se dirige a la casa de Ronny, incapaz de imaginar cómo terminará todo esto. Se esfuerza por calmarse, pero no puede. La bolsa de deporte que contiene la pistola, las zapatillas y el abrigo en el maletero del coche no se lo permite. Volvió a limpiar minuciosamente la pistola cuando regresó del trabajo, frotándola con un paño hasta que le dolió la mano.

Recuperar la llave de la puerta trasera de Ronny resulta tan fácil como antes. Y entrar en su casa y abrir la caja fuerte parece demasiado sencillo. Primero, busca la grabadora que Pat estaba seguro que debía estar en alguna parte. Detrás de todo el dinero en efectivo apilado en el estante superior, la encuentra. Joey pulsa play. La voz pastosa de Pat rompe el silencio. Pulsa stop. No necesita escuchar esto. Guardándose la grabadora en el bolsillo, comprueba si hay algo más en la caja fuerte, pero solo encuentra los archivos, dinero y una reserva de cocaína. Busca entre los archivos y, siguiendo las instrucciones de Pat, retira el suyo y el de Pat y vuelve a colocar el resto en la caja fuerte antes de cerrar la puerta.

Al salir del armario, camina hacia la puerta trasera. Solo entonces inicia el vídeo en su teléfono. La filmación abarca el recorrido por la cocina de Ronny, la apertura de la caja fuerte mostrando el dinero y la cocaína, y la extracción de los ocho archivos restantes. Uno por uno, Joey los abre y filma los detalles de cada uno antes de finalizar la grabación. Misión cumplida: la prueba de las actividades delictivas de Ronny en vídeo.

Joey coloca los archivos en una carpeta de plástico que ha traído para la tarea y cierra la puerta. Duda antes de abrirla de nuevo, mirando fijamente los montones de billetes. Una vez más, su conciencia le insta a marcharse. Pero no, este hombre le ha hecho daño a él y a su familia de tantas maneras. Vacía el dinero en sus bolsillos. Hay suficiente para compartir con Pat y para empezar de nuevo. Un inicio donde estará libre de todas las deudas, donde las excursiones escolares de Megan no serán una carga tan grande, y podrá permitirse pedir comida a domicilio ocasionalmente para su

familia. Le comprará ese teléfono nuevo a Dylan, y a su madre unas gafas nuevas.

Tan rápido como puede, dado el dolor de su tobillo, regresa con dificultad a su coche. Cada paso se siente como una milla. Cuando llega, deja la carpeta de plástico en el maletero junto a la bolsa de deporte. Llama a Pat mientras avanza dando tumbos por el camino de tierra alejándose de la casa de Ronny hacia la carretera principal.

—¿Encontraste la grabadora?

—Todo arreglado —dice Joey—. No podría haber salido mejor.

—Un coche lleno de pruebas. Mejor que no te paren. Conduce con cuidado. Estoy aquí esperando.

Joey controla constantemente su velocidad para reunirse con Pat en el taller de Ronny, haciendo muecas de dolor por el tobillo cada vez que pisa el freno. Se esfuerza por pensar en Becca para distraer su mente del dolor, en los buenos momentos que han disfrutado a lo largo de los años, antes de que comenzara esta pesadilla.

Como Pat sugirió, aparca a la vuelta de la esquina en una calle sin iluminación donde se pone una mascarilla de Covid y su gorra de béisbol. Recoge todo del maletero del coche. Tranquilo, Joey. Tranquilo. Todo va según el plan. Pronto habrá terminado. Se apresura hacia el taller, el dolor punzante de su tobillo empeorao con cada paso. La bolsa de deporte cuelga de un hombro, la carpeta de plástico con los archivos bajo el otro.

Encuentra a Pat esperando en su Ford Transit al lado de la explanada. Pat se inclina para abrir la puerta, indicando a Joey que se siente en el asiento del pasajero. Joey arroja la carpeta de plástico en el espacio para los pies, se quita la bolsa del hombro y sube. Le entrega la grabadora a Pat.

—Tío, eres una estrella. ¿Dónde está la pistola?

Joey da una palmada a la bolsa de deporte. —Aquí dentro.

—Sácala.

—Pat, no me gusta esto.

—Tranquilo, Joey.

—Dejémoslo. No me siento cómodo con que salga a la luz. Nunca se sabe qué puede pasar.

—No la usaré. Te lo prometo. —Pat es más contundente. Su tic nervioso es más pronunciado, su cabeza se sacude constantemente —. Sácala.

Joey abre la cremallera de la bolsa de deporte y desenvuelve la pistola. Se la entrega a Pat y levanta la bolsa que contiene el abrigo, las zapatillas y la mochila sobre sus rodillas. —¿Qué vas a hacer con todo esto?

—Mi padre vive en medio de la nada, en los Fens. Es un poco ermitaño. A menudo vamos a quedarnos con él. Siempre está quemando cosas. Pondré todo esto en su incineradora.

—¿Harías eso por mí?

—Sí, por supuesto. Eres un buen tipo, Joey. Una rara especie. No hay muchos como tú por ahí.

Joey se burla.

Pat gira la pistola en su mano, inspeccionándola.

Las imágenes de Maggie agitando ese objeto pasan por la mente de Joey. —Bájala.

—Deja de preocuparte. Sé lo que hago. —Abre la recámara, comprobando que la pistola está cargada, pone el seguro y luego la sostiene frente a Joey—. Estás muerto, Ronny.

Joey levanta las manos. —Ni hablar.

Pat se ríe. —Cálmate. Por supuesto que no lo haré. Odio a ese hombre más de lo que jamás pensé que podría odiar a alguien, pero no soy un asesino.

Joey es solo un tipo normal, no está preparado emocionalmente para esto. —Ya no estoy tan seguro de esto.

—No seas estúpido. No vamos a echarnos atrás ahora. —La voz de Pat es resoluta—. He soportado a ese cabrón mucho más tiempo que tú. Me ha hecho pasar por un infierno estos últimos tres años. Se acabó. Su tiempo ha terminado. —Su voz siseante es venenosa —. Vamos. Entremos.

40

Huele igual dentro. Grasa, aceite de motor, goma de neumáticos —metálico, como la sangre. El aire es tan tóxico que podría asfixiarte. Y hace frío; un frío como Joey nunca ha conocido, que se mete en sus huesos. Suena música de una radio entre dos coches elevados en una plataforma. Joey sigue a Pat. —Quédate conmigo —susurra Pat mientras caminan hacia Ronny, que trabaja debajo de uno de los coches. Está de espaldas a ellos. Joey reconoce el coche. Es el de Becca. Debe de estar arreglándoselo. Absorto en su trabajo, silbando, Ronny no les presta atención al principio. Hasta que Pat habla con autoridad, apuntando con la pistola en dirección a Ronny. —A menos que quieras que te vuele la cabeza, será mejor que reconozcas nuestra presencia. —Pat patea una caja de herramientas. Llaves inglesas, llaves de vaso y destornilladores salen volando por el suelo de hormigón.

Ronny se da la vuelta. —¿No te dije que me mandaras un mensaje cuando llegaras? —Sus ojos furiosos van de Pat a Joey, a la carpeta con archivos, y finalmente se detienen en la pistola—. ¿Qué está pasando? —Mira hacia la oficina al final del taller. Mira a Joey—. ¿Qué haces *tú* aquí?

—Quédate donde estás. —El bramido de Pat resuena por todo el edificio. Si siente nervios, parece estar ocultándolos bien. Sus ojos son como balas, lanzando las miradas más mortíferas—. Esto no

llevará mucho tiempo. —Pat avanza hacia Ronny, todavía apuntándole con la pistola—. Joey tiene algo que mostrarte.

Ronny cruza los brazos sobre el pecho. Tiene la mandíbula apretada y los ojos fieros de ira. ¿O es pánico? Joey pone su teléfono en la línea de visión de Ronny mientras Pat le apunta a la cabeza con la pistola y pulsa el botón de reproducción del vídeo que Joey grabó antes. —Aquí termina todo, Ronny —dice Pat mientras se reproduce el vídeo—. Te metiste con las personas equivocadas. Se acabó. Una copia de este vídeo está a salvo en la nube. Varias personas saben cómo acceder a él. Si alguna vez te acercas a mi familia, o a mí, o a Joey y su familia, de nuevo, tu mujer, tu hija y la policía recibirán una copia, junto con todo esto. —Pat asiente a Joey, quien guarda el teléfono en su bolsillo, abre la carpeta de plástico y saca los archivos.

—Todas estas vidas que estás arruinando. Todas las amenazas que has hecho para que la gente haga tu trabajo sucio. Por no mencionar a las personas que han sido golpeadas casi hasta la muerte. ¿Y qué hay de tu hermana? ¿Tu *hermana?* La tendiste una trampa. Y conseguiste que un chaval inocente como Joey hiciera todo tu trabajo sucio. Eres una despreciable alimaña, aprovechándote de los vulnerables. Eres una mancha en este planeta. Te lo advierto. —Pat mueve la muñeca, sacudiendo la pistola que sigue apuntando a la cabeza de Ronny—. Si nos contactas de nuevo, tu hija verá esto.

El rostro de Ronny por fin es una imagen de shock y repugnancia. Su mandíbula tiembla. —No lo harías.

—Ponme a prueba. —Pat empuja a Joey—. Vámonos. —Joey retrocede hacia la salida. Entrando en pánico, deja caer la carpeta de plástico. Pat lo empuja. La audacia en su tono está flaqueando—. He dicho que te vayas. —Joey se inclina para recoger la carpeta. Pat la aparta de una patada—. Déjala. Yo me ocuparé. Vete a casa. —Empuja a Joey en dirección a la salida.

Joey gira sobre sus talones y corre hacia fuera, soportando el dolor de su tobillo torcido. Cojea de vuelta a su coche, alternando pasos de puntillas para aliviar la presión en su pie. Es la única manera en que puede manejar el dolor. Está lloviendo intensamente,

pero puede sentir la luz al final del oscuro túnel de la fatalidad. Ha terminado. Las emociones lo invaden. La pesadilla que ha estado viviendo esta última semana ha terminado. Y entonces lo oye. El distante crujido de un disparo que estalla en su cabeza.

Los recuerdos vuelven como una avalancha. Imágenes de la mirada en los ojos de Maggie cuando apretó el gatillo. Su sangre salpicada por la pared de su cocina. El grito de Becca. Joey no puede soportarlo. Sus manos se apresuran a cubrirse los oídos. Es tan irreal que siente como si estuviera en un cine, experimentándolo todo en una película. Quiere correr a su coche. Alejarse de la escena más rápido que la bala que acaba de ser disparada, pero está clavado al suelo por la conmoción. Sigue adelante, Joey. Solo sigue adelante.

Una vez en su coche, llama a Pat. Le salta el buzón de voz. Golpea el botón de finalizar llamada. Su cabeza está palpitando tan fuerte que apenas puede ver con claridad. Varios intentos más no tienen éxito. Deja un mensaje diciendo que necesitan hablar. Conduce sin rumbo por lo que parece una eternidad. De pueblo en pueblo, viaja por sinuosas carreteras rurales. La lluvia rebota en el parabrisas. El aullido del viento es como una voz acusatoria. "¿Qué has hecho ahora, Joey Clarke?"

Le dijo a Becca que la llamaría esta noche. Pero no puede. Ahora no. Entonces se le ocurre. El teléfono. ¿Qué pasa con el teléfono de Ronny? Deteniéndose en un apartadero, llama a Pat de nuevo. Contesta de inmediato. —¿Qué demonios ha pasado? —pregunta Joey antes de que Pat tenga la oportunidad de hablar.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no contestabas el teléfono?

—Acabo de ver tu mensaje. —Su voz tiembla. Joey está seguro de que está mintiendo.

—¿Qué pasó cuando me fui?

—Me fui poco después de ti.

—Oí un disparo cuando volvía a mi coche.

—No oí nada. Deben ser juegos de tu cabeza.

—No lo son. Lo oí. ¿Le disparaste?

—Joey, tienes que calmarte, tío. No dejes que esto te afecte. Me fui después de ti y vine directamente a casa. Se acabó. Ve a casa con tu familia.

—Sé lo que oí, Pat. Si Ronny está muerto, la policía estará por todo ese lugar cuando sus trabajadores lleguen por la mañana. También estarán en su casa. Necesitamos volver y conseguir su teléfono desechable. Tendrá pruebas de contacto conmigo antes de que me diera el mío. No podemos estar conectados con él de ninguna manera.

—Cálmate. Deja de preocuparte. Tengo su teléfono y todos los archivos. Están en mi furgoneta con la bolsa. Encuéntrate conmigo mañana a las ocho, en la esquina de Maze Road, y trae tu teléfono desechable. Voy a llevar todo esto a casa de mi padre mañana. Todo habrá desaparecido para mañana por la noche.

Joey no puede evitar sentir que Pat está ocultando algo. —Pero oí un disparo, Pat.

—Te equivocaste. Se acabó, Joey. No volverá a acercarse a nosotros nunca más.

41

Lunes

El incidente inunda las noticias locales el lunes por la tarde. Los comentarios saturan una página de Facebook comunitaria sobre el catastrófico accidente en el taller mecánico local la noche anterior; los detalles sobre cómo murió el hombre aún no han sido revelados.

Qué triste. No le conocía. Envío mis pensamientos a su familia.

Qué cosa más terrible.

Era un tipo muy simpático. Me arregló el coche una vez. Descanse en paz, Ronny.

Joey los lee conmocionado mientras está sentado en su coche después del trabajo. ¿Sabe Pat esto? No dijo nada esta mañana. Joey había oído a dos clientes en el supermercado cotilleando sobre el desafortunado suceso, preguntándose si se referían a Ronny cuando mencionaron la muerte de un hombre en un taller local. Ha

estado nervioso todo el día, esperando que Pat le llamara para decirle que había ido a casa de su padre. Una llamada que no ha llegado, a pesar de que Joey le ha dejado un par de mensajes de voz.

Joey mira a través del parabrisas. Un dolor le atraviesa la cabeza. Necesita encontrar algunas pastillas. Una pareja pasa junto al coche, cogidos del brazo. La cabeza de la mujer descansa sobre el hombro del hombre, su pelo rubio mantequilla rebotasobre su espalda. Piensa en Becca. Esta noticia la destruirá. Debería llamarla, pero necesita hablar primero con Pat para averiguar exactamente qué ocurrió la noche anterior.

Sabiendo que esta no es una conversación para tener por teléfono, Joey se dirige directamente a casa de Pat, aliviado al ver su furgoneta Ford Transit aparcada fuera. Conduce hasta la siguiente calle, Maze Road, y aparca. Lo mismo que hizo temprano esta mañana para encontrarse con Pat y entregarle el teléfono desechable. También le había entregado una parte del dinero de la caja fuerte de Ronny. Pat había sonreído y dicho: «La venganza es dulce». Parecía distante, un poco ausente. Joey lo atribuyó al shock por la confrontación de la noche anterior, pero se preguntó si había ocurrido algo más siniestro.

Cada paso hacia la casa de Pat es doloroso. Su tobillo no mejora, y el dolor de cabeza tampoco. —¿Qué haces aquí? —dice Pat, conteniendo a su perro para que no salte sobre Joey.

—He intentado llamarte. Necesito hablar contigo.

—Espera ahí. —Pat, algo reticente, desaparece. Joey le oye decir: «¿Te apetece pasear?», provocando frenéticos ladridos de júbilo por el pasillo. Pat aparece con su perro atado y se une a Joey fuera.

—¿Por qué no has respondido a mis llamadas? —pregunta Joey.

Pat parece cauteloso. Duda antes de hablar. —He tenido un día de locos. Iba a hacerlo, pero me distraía constantemente. Seamos sinceros, no todos los días destruyes pruebas para encubrir múltiples delitos. Lo siento, tío. —Cierra la puerta del jardín—. Supongo que te has enterado de lo de Ronny.

—Me enteré por las noticias. ¿Por qué no me llamaste?

Pat ignora su pregunta. —¿Sabes cómo murió?

Joey niega con la cabeza. —Lo último que supe es que esos detalles no se habían revelado. Supuse que le habían disparado.

—Te lo sigo diciendo. No hubo ningún disparo. Debiste imaginártelo. El coche le cayó encima.

—¿Qué?

—Ese coche en el que estaba trabajando. Se le cayó encima. —Pat levanta las palmas en dirección a Joey—. Y antes de que preguntes, no fui yo. Elevador defectuoso. Ha habido una retirada del fabricante para esos elevadores que tiene en su taller. El fabricante advirtió que no debían usarse hasta que se les instalara un kit de corrección.

—¿Cómo sabes eso?

—Ronny me lo contó hace unos meses. Ignoró ese consejo. El cabrón recibió lo que se merecía. Buen viaje —dice Pat—. Un monstruo como él no merece estar en este mundo. Todo lo que me ha hecho. Ha convertido nuestras vidas en un infierno estos últimos años. ¿Por qué me miras así?

—El hombre está *muerto* —dice Joey.

Pat se detiene en seco. —Eres demasiado blando, tío. Necesitas ser más duro. Piensa en todo lo que te ha hecho. Y a todas las demás personas en esos archivos.

—Aun así. —Joey agarra el brazo de Pat—. Mi tobillo sigue matándome. No puedo caminar mucho.

—Sígueme. —Se desvían a la derecha por un callejón que conduce a una pequeña zona verde. Pat lo guía hacia un banco. El zumbido de una pequeña subestación eléctrica al otro lado de la zona estropea el paisaje, por lo demás tranquilo—. Hoy llevé todo a casa de mi padre. La mochila, las zapatillas, el abrigo. Todo ha desaparecido. Reducido a cenizas.

—¿Y los teléfonos?

—El suyo, el tuyo, el mío, desaparecidos. Quemé las tarjetas SIM y tiré los aparatos al embalse detrás de la casa de mi padre.

—¿Y los archivos?

—También desaparecieron. No vi sentido en conservarlos.

—¿Y la pistola?

—Deja de preocuparte. Podemos hablar de esto cuando te hayas calmado.

—¿Y si alguien te vio?

—Te llevaré a visitar a mi padre un día. Lo verás por ti mismo. Piensa en la casa de Ronny. Aparte de la propiedad vecina, está bastante aislada, ¿verdad? La casa de mi padre está cien veces más aislada. La persona más cercana vive al menos a tres kilómetros. Puedes dejar de preocuparte ahora. No pueden relacionarnos con él de ninguna manera.

—Esto matará a Becca. Le quería.

El perro de Pat tira de la correa, jalando su mano. —Debería irme. —Acerca al perro hacia su pierna y le acaricia el lomo. Mira a Joey—. Mantente en contacto, ¿vale?

—No creo que te olvide fácilmente.

Pat se ríe. —Supongo que no. —Hace una pausa—. Sabes, he estado pensando. ¿Por qué no vienes a trabajar conmigo?

—¿Yo? No tengo ni idea de fontanería.

—Podría formarte. Darte un oficio. Podríamos montar un negocio juntos. Si hay una persona en nuestras vidas en la que ambos podemos confiar ahora, Joey, somos el uno para el otro. Te digo una cosa. Nunca nos faltará trabajo. Los fontaneros escasean tanto. Estoy loquísimo de trabajo. La agenda está llena hasta el verano.

—Quizás.

Pat pone su mano sobre el hombro de Joey. —Tienes un aspecto horrible. Ve a casa y descansa, tío. —Pat se levanta—. Todo ha terminado.

42

Joey conduce lentamente hacia casa. El aura ha comenzado. El tic en su ojo derecho que le indica que ha pasado el punto de no retorno. Debe llegar a casa. Tiene unos veinte minutos hasta que su cuerpo no pueda más, y no tendrá otra opción que tumbarse en la oscuridad y esperar a que el dolor disminuya. La reciente falta de sueño no ayuda. El dolor late a través de sus ojos llorosos, nublando su visión, y una tensión en el cuello se extiende por la parte posterior de su cabeza, presionando su cráneo. El estridente sonido de su teléfono le hace estremecerse. Mira la pantalla. Es Becca. No puede hablar con ella. La angustia emocional empeorará el dolor insoportable.

Cuando llega a casa, tropieza al entrar por la puerta principal. Su madre le saluda: —Hola, cariño—. Hetty corre alrededor de sus pies. Ni siquiera puede agacharse para saludarla. Ella gira, persiguiendo su cola. Puede ver diez de ella. Da vueltas y más vueltas. No puede mirar. Se tambalea por el pasillo, apoyando una mano contra la pared para mantenerse firme. Su madre le espera en el salón. Da una palmadita en el sofá junto a ella. —Quiero contarte algo.

—Ahora no —dice Joey, apoyándose en el marco de la puerta.

—Ya no veo a Ade.

Está confundido. ¿Ha oído bien? —¿Qué? ¿Por qué?

—No se sentía correcto.

—Pero pensé que te gustaba.

—Me gustaba. Me gusta. Simplemente no es el momento adecuado para una relación.

—¿Por qué no?

—Intuición de madre, Joey. Intuición de madre.

Le conoce tan bien. Sabe que se ha involucrado en algo serio, y un policía en escena no es lo que su hijo necesita. Él se lo ha arruinado. La oportunidad de felicidad que ella había esperado durante tanto tiempo. Todo por culpa de esa maldita llamada telefónica. Ha destruido tanto para todos ellos. Cierra los ojos, el dolor se intensifica. Su cabeza parece estar en llamas. —Migraña — logra decir antes de caer al suelo. Todo se vuelve negro.

43

Martes

Es el olor lo que le despierta: la frescura de fresas y menta. Una compresa fría le cubre los ojos y la frente. Becca le está cogiendo la mano, con sus pequeños dedos envolviendo los suyos. Se toma un momento para evaluar el dolor, preguntándose si tiene fuerzas para quitarse la compresa y abrir los ojos. Acaricia con el pulgar el lateral de la mano de ella. —¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta.

—Toda la noche.

Se quita la compresa y abre los ojos. Una tenue luz solar entra por las cortinas del salón. Entrecierra los ojos, preguntándose si la luz será demasiado intensa, pero no lo es. El dolor ha disminuido hasta convertirse en una molestia sorda en la nuca, lo que indica que ha pasado lo peor.

Becca se ve tan pálida como él se siente. Lleva el pelo recogido en una coleta. —Lo siento —dice él.

—¿Por qué?

—Me enteré de lo de tu tío. Quería llamarte anoche, pero debí de desmayarme. —Sintiendo calor, se quita el edredón de la parte superior del cuerpo.

—Lo sé todo —dice ella—. Ya no tienes que ocultarme nada.

—¿Qué?

—Estuve allí.

—¿Dónde?

—El domingo por la noche, en el taller. Mi padre me llevó a recoger mi coche. Hacía mucho frío, estábamos en la oficina, esperando a que Ronny terminara de arreglarlo. Oímos que alguien tiraba esa caja de herramientas por el suelo, y nos levantamos para ver qué pasaba. Vimos a Pat apuntando a mi tío con esa pistola. Lo vimos todo, lo escuchamos todo. Quería salir para ayudarte, pero mi padre no me dejó. Dijo que era demasiado peligroso con un arma de por medio. Tuvo que sujetarme.

Joey la mira con cautela.

Ella parece notablemente tranquila. —Sé que fuiste tú quien llevó esa pistola a mi madre. Sé que Ronny te pidió que la entregaras. Y sé lo que Ronny te hizo a ti y a toda esa gente. Lo oí todo. Me siento tan culpable y avergonzada.

—¿De qué tienes que sentirte culpable?

—Yo fui quien le presentó a Pat cuando necesitaba un fontanero. Y fui yo quien lo presentó a Oz cuando Oz necesitaba que le arreglaran el coche. Y le conté todo sobre ti. Le odio por lo que os ha hecho a ti y a todos los demás.

—Ronny está muerto —dice Joey.

—Lo sé —dice ella—. Mi padre lo mató.

44

—¿Qué?

—Mi padre pulsó el botón que hizo caer el elevador sobre él —Becca saca una pluma del edredón y la mira con intensidad—. Antes de que mamá muriera, logró contarle a papá lo que pasó aquella noche. En un momento estaba hablando, aunque lentamente y con dificultad, y a veces, completamente incomprensible. Al siguiente, se había ido. Dijo que Ronny le había contado que papá tenía una aventura con Jessica. Le lavó el cerebro. Es pura maldad. La había convencido para drogar a papá y luego fingir su suicidio. ¿Cómo pudo ella, o Ronny, pensar que saldría impune?

Joey le levanta la barbilla, pero sus ojos siguen fijos en la pluma mientras la gira entre sus dedos. —Debió de odiar mucho a tu padre —dice él.

—Así es. Papá me lo ha contado todo. Ha sido mucho que procesar, pero poco a poco lo voy asimilando. Ronny culpaba a papá de que Erin le dejara. Y de perder a su hija y su hogar. Lo odiaba tantísimo. Decía que papá lo tenía todo y a él no le había dejado nada. Pero papá hizo lo honorable y le permitió abandonar la empresa discretamente. Mi tío era un enfermo. *Era* un enfermo —no hay remordimiento en su voz, solo un aire de desafío—. El mundo es un lugar mejor sin él.

—Aun así, Bex, ha muerto un hombre.

Sus ojos se encuentran con los de él. Deja caer la pluma. —No era un hombre. Era un animal —dice con amargura.

—¿Pat presenció todo esto?

Ella asiente. —Todos lo presenciamos. Papá salió corriendo de la oficina cuando te fuiste y me dijo que me quedara quieta. Pat se asustó cuando vio a papá. Le dijo que se alejara; si no, iba a disparar. Papá intentó calmar todo y convenció a Pat para que bajara el arma. Fue como si Ronny sintiera que Pat había perdido el valor. Nunca lo había visto así. Gruñía como un maníaco, insultando a Pat y a papá con todos los nombres habidos y por haber. Era un caos. Todos se gritaban entre sí. Papá extendió la mano hacia el botón del ascensor y eso fue todo —su rostro está marcado por el dolor. Joey quiere acercarse y abrazarla—. Mi coche simplemente cayó. Fue horrible. Le supliqué a Pat que no te dijera nada. Necesitaba que escucharas todo esto de mí. Él entró en pánico después de que ocurriera. Pero después de que papá nos calmó, todos acordamos seguir adelante. Pat no quiere verse involucrado en nada de esto. Y yo no quiero que papá se enfrente a cargos por homicidio imprudente. Lo perdería a él también. No podría soportarlo.

—Habrá una investigación, Becca.

—Esos ascensores son defectuosos. Ronny lo sabía. Ignoró la orden de retirada del fabricante. Recuerdo que nos lo dijo en Navidad. Eran los mejores ascensores que había tenido nunca, dijo. La cabina le cayó encima. Fue un accidente. Nadie puede demostrar que alguno de nosotros estuviera allí. No tiene cámaras de seguridad. ¡Ahora sé por qué!

—Oí un disparo anoche, poco después de irme.

—Debes haberte equivocado. Esa pistola nunca se disparó. Te lo prometo. Debió ser el ruido de la rampa cediendo y el coche cayendo.

Eso tiene sentido. Recuerda a Ronny pulsando el botón con su mecánico desprevenido y el ruido que provocó. —¿Cómo puedes estar tan tranquila, Bex?

—Porque tengo que creer que estoy haciendo lo correcto. Si voy a la policía, pierdo a mi padre. Y a ti. Todo saldrá a la luz. Me quedaré sin nada.

—La policía sigue buscando a la persona que huyó con la pistola la noche en que tu madre se disparó.

—Ya nos hemos ocupado de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Dejamos la pistola en la oficina de Ronny. La policía la encontrará. Harán coincidir la bala y concluirán que fue Ronny quien se la llevó a mi madre aquella noche.

Joey mira hacia la ventana, intentando asimilarlo todo. Espera que tenga razón. —Lo pensasteis todo.

—Creo que sí. Espero que sí.

—No sé qué decir.

—Nada. No digas nada. Nunca menciones esta conversación a nadie. Todo ha terminado —Becca se levanta. Tiene el pelo revuelto y la ropa arrugada tras una noche durmiendo en el suelo—. Debería irme —se sienta en el borde del sofá y pone su mano sobre el pecho de él. Él la guía hasta su cara y la presiona contra sus labios.

—Quédate —dice él.

—Volveré más tarde. Quiero asegurarme de que papá esté bien —se inclina hacia delante y lo besa en los labios. Él intenta levantarse—. Quédate y duerme un poco más. Te veré luego —dice ella—. Te quiero.

La observa mientras se marcha. —Yo también te quiero —dice cuando ella sale de la habitación. Ella se gira y sonríe. De repente hace frío. Él se cubre de nuevo con el edredón y escucha cómo la mochila de ella roza contra sus vaqueros mientras camina por el pasillo y sale por la puerta principal.

Mira al techo, sintiéndose agotado. El tormento de la última semana lo ha dejado sin fuerzas. Pero espera que Becca tenga razón, y que realmente todo haya terminado.

45

Cinco Meses Después

Joey sorbe su daiquiri de coco mientras observa a Becca caminar desde el bungalow de paja hasta sus tumbonas. Lleva un diminuto bikini blanco, cuyo contraste acentúa el brillo saludable de su piel bronceada. Nada le ha sentado nunca mejor. Joey no puede evitar sonreír. Aunque sea el séptimo día consecutivo que disfruta de esta visión. El sol les ha beneficiado a ambos. La piel anteriormente pálida de Joey ahora luce un saludable tono tostado. Ha ganado peso estos últimos meses, y le sienta bien. Ella le lanza un tubo de crema solar. —¿Te apetece ponerme un poco en la espalda?

Por supuesto. Joey se levanta de un salto de su tumbona.

—¿Dónde cenamos esta noche? —pregunta Becca, tumbándose boca abajo sobre su toalla.

—Todo arreglado —dice él, echándose una porción de la espesa crema en la mano. Huele a mangos, un intenso aroma a vacaciones —. Uno de los lugareños me habló de un restaurante estupendo por la costa. —El lugar perfecto para una ocasión especial, le había dicho el joven mauriciano—. Hacen el mejor calamar de la isla.

Joey masajea la crema en su espalda, contemplando el paracaídas multicolor que vuela sobre las aguas turquesas y exuberantes. Parece tan tentador. Va a darse un baño después de

esto. Han tenido mucha suerte con estas vacaciones. El padre de Becca se las reservó en Semana Santa. Becca había perdido siete kilos debido al estrés de perder a su madre y la proximidad de sus exámenes finales, y Alan dijo que necesitaba algo que la ilusionara. Joey se ofreció a pagar su parte, pero Alan se negó rotundamente.

El calor de la tarde está haciendo mella en él. Mueve los dedos de los pies en la arena fina y sedosa. Las olas acarician la orilla. Podría acostumbrarse a esto. Tal vez pueda. Ahora que está libre de deudas y gana un sueldo decente. Todavía no se acostumbra a ver su furgoneta azul con *P & J Los Fontaneros* grabado en el lateral, aparcada frente a su casa. Todavía tiene mucho que aprender. Pero con su entusiasmo, la paciente enseñanza de Pat y el curso intensivo que pronto realizará, no tardará en ser tan competente como su socio.

Ahora sólo necesita que Becca diga que sí.

Sigue soñando, Joey. Nunca dejes de soñar.

Llega un camarero, vestido con una camisa de estampado tropical, pantalones cortos caqui y un sombrero de paja. Su mano extendida lleva una bandeja de bambú con otro daiquiri de coco para Joey y una botella de agua para Becca. —Aquí tiene, señor —dice, con una sonrisa rebosante de entusiasmo mientras descarga las bebidas en la mesa baja que conecta las dos tumbonas.

—Gracias —dice Joey, limpiándose el exceso de crema de los dedos en un lado de su toalla.

Becca gira su cuerpo y desenrosca el tapón de su botella de agua. —No es propio de ti beber durante el día.

Tiene razón. Pero hoy, Joey necesita una dosis de valor líquido. —He reservado mesa para las seis.

Ella mira su reloj. —Son las cuatro ahora.

—Mejor nos damos prisa, entonces.

Se dan una ducha rápida y toman un taxi hasta el restaurante iluminado con farolillos que bordea una playa de arena blanca. Becca se dirige al baño de señoras, y Joey pide una botella de champán en la barra, agradeciendo la suave brisa que atraviesa el espacio

abierto. Se palpa el bolsillo lateral de sus pantalones cortos de estilo militar. Sigue ahí —la caja que contiene el anillo de diamantes por el que ha estado ahorrando estos últimos cuatro meses. Tenía un pequeño sobrante del dinero que cogió de la caja fuerte de Ronny, pero no podía usarlo para este propósito. El diamante es pequeño. Pero eso está bien. Algún día pronto, le comprará uno más grande.

Cuando Becca aparece, un camarero les dirige a la mesa del rincón que el lugareño aconsejó a Joey reservar. Tiene las mejores vistas, había dicho. El ritmo tradicional de sega, la música mauriciana que han ido apreciando durante la semana, suena desde altavoces ocultos en la vegetación que se extiende por el techo de la estructura de madera.

—Esto es el paraíso —dice Becca, enroscando un mechón de pelo alrededor de su dedo—. Mira esa puesta de sol. —Retira el dedo, liberando un rizo de pelo. Lleva un mono sin tirantes. Su pelo, ahora decolorado a un blanco rubio, envuelve sus delgados hombros bronceados.

Joey se gira para admirar las palmeras y los contrastantes tonos anaranjados del sol mientras les desea su cariñosa despedida del día. El estrés y las tensiones de la vida cotidiana parecen estar a años luz de distancia.

—Te estás pasando. ¿Cuál es la ocasión? —dice Becca cuando aparecen la botella de champán y dos copas flauta.

Joey se encoge de hombros. —Me apetecía un poco de burbujas. —El camarero descorcha la botella y llena las copas.

—Me parece bien —dice ella, levantando su copa para brindar con la suya.

—Por nosotros —dice él.

—Por nosotros —repite ella.

Él se bebe la suya de un trago.

—Tranquilo. —Frunce el ceño, ladeando la cabeza—. Estás actuando raro esta noche. ¿Qué pasa?

Joey no puede contenerse más. Sacando la pequeña caja negra de su bolsillo, la abre de golpe. No se atreve a arrodillarse, por si acaso. Hay demasiada gente en el restaurante para semejante

humillación si no obtiene la respuesta que espera. Presenta el anillo. —Becca, ¿quieres casarte conmigo?

Ella jadea, con los ojos muy abiertos. Joey espera que sus labios formen una sonrisa; cualquier destello de felicidad, pero no hay ninguno. En su lugar, un sonido estridente le atraviesa mientras ella aparta su silla de la mesa. Sus manos vuelan para cubrir sus labios. Él observa horrorizado cómo ella retrocede tambaleándose, baja de la plataforma de madera a la playa y se aleja tropezando.

Joey tarda unos cinco segundos en asimilar lo que acaba de ocurrir. Es como si su cerebro necesitara ese tiempo para procesar la conmoción de su reacción. Se levanta de un salto y corre tras ella, pasando junto a parejas sentadas en la playa, disfrutando de la puesta de sol. —¡Bex, lo siento! —grita. La arena es suave bajo sus pies. Es como correr cuesta arriba. Puede verla adelante —una figura solitaria en la cercana distancia—. Bex, para. Habla conmigo. —Cuando la alcanza, tira de su brazo, sin aliento—. Bex, simplemente para.

Ella se da la vuelta. Agarrándola por los hombros, la atrae hacia él, solo para encontrarse con resistencia. —Lo siento, Joey. —Ella lo aparta con fuerza y cae al suelo en cuclillas. Coloca los codos sobre sus rodillas para estabilizarse.

Él se agacha frente a ella. —¿Qué? —Desconcertado, destrozado, diferentes escenarios pasan por su mente mientras el miedo le invade. El mórbido temor de estar perdiéndola. Su relación está muerta.

—Nunca pensé que llegaríamos a esto. —Se muerde los labios. Joey espera a que continúe, tratando de bloquear el sonido de las olas que chapotean en la orilla y el distante murmullo del restaurante. Su voz es todo lo que quiere oír. Y entonces ella lo golpea como una bofetada en la cara—. Hay algo que debes saber. —Duda, su labio inferior temblando.

—¿Qué?

—Mi padre no mató a mi tío Ronny. Lo hice yo.

46

Joey sacude la cabeza, intentando procesar su revelación. —Pero dijiste...

—Si te casas conmigo, te estarás casando con una asesina. ¿Entiendes eso?

No puede responderle. Procesar todo esto le está llevando tiempo. Durante todos estos meses ella le ha mentido. ¿Y Pat? Él también debe saberlo. —¿Por qué?

—Estaba tan enfadada, Joey. Todo lo que le había hecho a ti y a mi familia. Lo que le hizo a mi madre. Le considero totalmente responsable de su muerte. Mi padre intentaba ayudarla a recuperarse, pero él le contó todas esas mentiras sobre mi padre y Jessica. Ronny la empujó a hacer lo que hizo. Era mi tío, por el amor de Dios. Familia. Durante toda mi vida, me llamaba su ángel. Siempre me preguntaba por mis amigos del pub. ¿Sabes? Le conté un montón de cosas sobre casi todas las personas de esos archivos, tú incluido. Sé que tuvo una infancia traumática, pero nada puede excusar lo que hizo. Me traicionó. Nos traicionó a todos.

Joey dibuja patrones ondulantes en la arena con su dedo índice mientras escucha al amor de su vida defendiendo su acto de asesinato.

—Mi padre realmente tuvo que sujetarme con fuerza en el taller aquella noche. Me agarró tan fuerte que me quedaron moratones en

el brazo al día siguiente. Cuando te fuiste del taller, conseguí escaparme de él y salí corriendo de la oficina. Intentó con todas sus fuerzas detenerme. Cuando llegué al elevador, vi todo rojo y pulsé el botón. Mi coche cayó sobre Ronny.

Joey intenta digerir sus impactantes palabras. Tienen un sabor amargo. Mezcladas con el alcohol que ha consumido, le han revuelto el estómago. Muy lejos de lo que había planeado para la velada. —¿Por qué dijiste que lo hizo tu padre?

—Él insistió, y yo estaba en tal estado que le seguí la corriente. Dijo que si la policía descubría alguna vez que estuvimos allí esa noche, él diría que pulsó el botón. Se mantiene en eso. Yo tengo mi vida por delante, dice él. Ahora que mamá está muerta, la suya ha terminado —Sus palabras los ahogan a ambos.

—¿Y Pat? —pregunta Joey.

—Le hicimos jurar que nunca te contaría la verdad. No te enfades con él, Joey. Estaba tan destrozado como nosotros por lo que pasó. Créeme, esto ha sido una tortura para todos.

Se sientan con las piernas cruzadas uno frente al otro. Joey coge puñados de arena y la deja caer entre sus dedos mientras la escucha desahogarse. Ella toma su mano entre las suyas y la aprieta con fuerza. Con la otra mano, le levanta la barbilla hasta que sus miradas se encuentran. —¿Puedes perdonarme? —susurra—. Si es así, mi respuesta es sí.

Este no es el tren que tenía previsto tomar. Se ha encontrado en el andén equivocado. Pensaba que su vida iba en una dirección diferente: una ruta de honestidad, integridad y hacer lo correcto. Pero a veces los planes se descarrilan, y un desvío inesperado es el camino hacia la felicidad. Y eso es lo que su corazón le está diciendo ahora.

—Nunca puede haber más secretos entre nosotros. No más mentiras —dice—. Ninguna. Nunca. —Ahora son iguales. Ambos criminales a su manera. Pero tendrán que encontrar una forma de lidiar con esto.

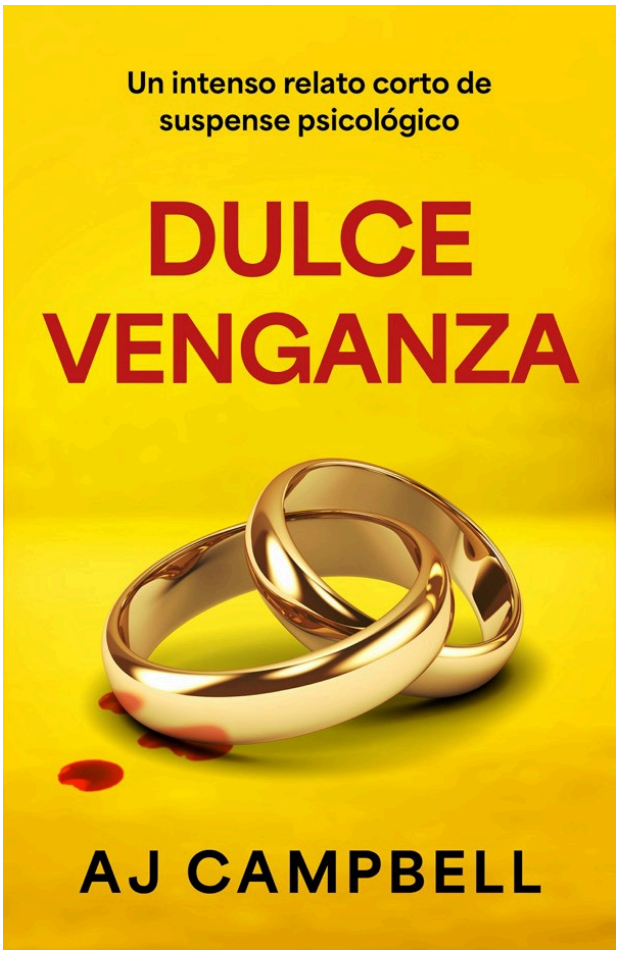
—Pregúntamelo otra vez, Joey.

Él se coloca de nuevo sobre una rodilla y saca el diamante.

~

Muchísimas gracias por leer La Llamada. ¡Espero que la historia de Joey te haya tenido en vilo hasta la última línea!

Descarga una copia **GRATUITA** de mi relato corto Dulce venganza para descubrir más sobre mis libros: ¡La quiero!



Descubrió que su marido la engañaba.
No tenía nada que perder.
Tenía un plan.

¿Qué podría salir mal?

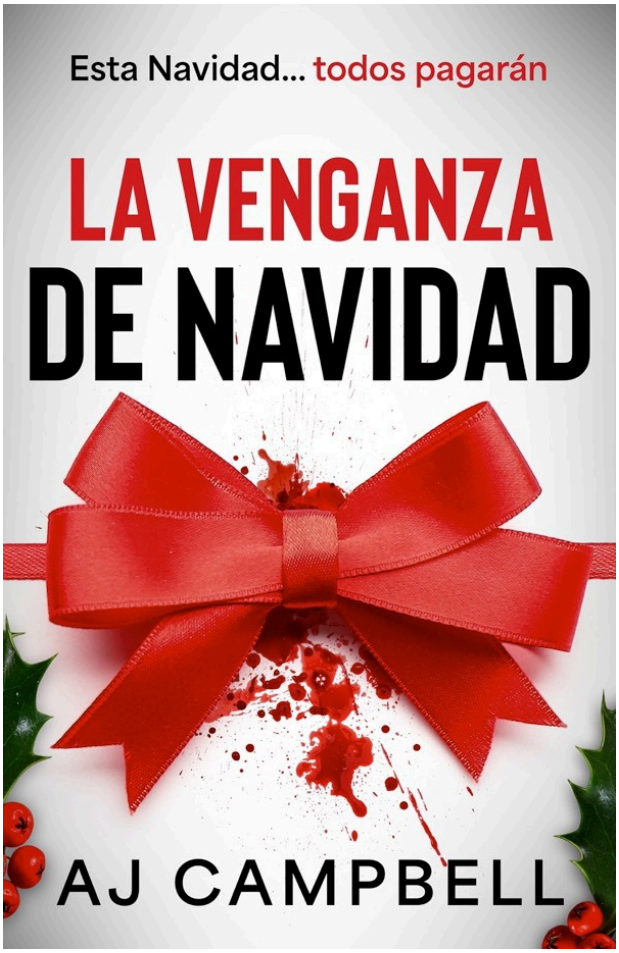
¡La quiero!

TAMBIÉN DE AJ CAMPBELL:

TAMBIÉN DE AJ CAMPBEL



El Marido Desaparecido



La Venganza de Navidad


AJ CAMPBELL
SECRETOS DE SANGRE
Desconfía de los tuyos

AGRADECIMIENTOS

Cuando me preparaba para publicar mi primera novela en 2020, jamás habría soñado que menos de dos años después estaría publicando mi cuarto libro. Como diría Joey, no dejes de soñar. Nunca dejes de soñar.

Una vez más, le debo mi agradecimiento a tantas personas que me han ayudado a conseguirlo. Gracias a mi hábil editora, Louise Walters, por ayudarme a ver el bosque a través de los árboles para desarrollar esta historia, y a Tim Barber por otra portada extraordinaria. Me encanta trabajar con vosotros dos.

A mis perspicaces lectores beta, Mr C, Christine Henderson, Maddie Standen, John Black y Melanie Vout, gracias por ayudarme a dar forma a la historia. A mi equipo ARC, vuestro apoyo continuo significa el mundo para mí. La mayoría de vosotros ha estado a mi lado desde que publiqué mi primera novela, y no puedo expresar lo agradecida que estoy. Y gracias a todos los increíbles book bloggers y personas de los medios de comunicación por defender mis libros.

A vosotros, mis lectores, gracias por leer mis novelas. Sin vosotros, no podría seguir escribiendo y publicando mi trabajo. Tengo tantas historias que traeros. Espero poder seguir entreteniéndoos con mis giros, vueltas y tormentos.

Por último, pero siempre el primero, para Mr C. Gracias por escucharme mientras te cuento mis ideas argumentales y por no quejarte nunca cuando te pido que leas un capítulo por enésima vez.

AJx

ACERCA DEL AUTOR



AJ CAMPBELL es autora bestseller de Amazon (top 40) con trece thrillers psicológicos. Sus historias prometen giros inesperados, vueltas sorprendentes y mucho tormento.

AJ se inspira en situaciones aparentemente increíbles en las que se encuentran personas corrientes. Crea personajes convincentes que conectan con sus lectores. Vive en el Reino Unido, en la frontera entre Essex y Hertfordshire, con su esposo, sus hijos y su cocker spaniel, Max. Es amante de los perros, adicta a Netflix y entusiasta del vino y la comida asiática. Ya sea leyendo, viendo televisión o escribiendo, ¡lo que más le gusta a AJ es sumergirse en una historia llena de giros!